HQÑ™

Si te atreves, ámame

OLGA SALAR



Si te atreves, ámame

OLGA SALAR

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2020 Olga Salar

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Si te atreves, ámame, n.º 260 - febrero 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1348-329-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo
Nota de la autora
Si te ha gustado este libro…

Estás entre lo que quiero tener y lo que me da miedo tener.
MARILYN MONROE (actriz)

Los hombres sabios dicen que solo los tontos se apresuran.
ELVIS PRESLEY (músico)

Para ti, papá.

Prólogo

Nueva Jersey, verano de 2007

Ivy Anderson se sentó en el banco de madera que su abuela Elisabeth había obligado a su padre a poner, cuando estuvo con ellos el verano anterior por vacaciones, y esperó a que llegara Rhys.

La abuela solo los visitaba en verano y siempre que lo hacía se quejaba del acento americano que su padre había asumido, y de lo feos que eran los jardines en ese país. Ivy estaba segura de que su padre había cedido con el tema del banco solo para redimirse por el acento. Los Anderson vivían en un barrio residencial típicamente americano, y los vecinos habían cuchicheado acerca del banco y del origen británico de su padre como si una cosa implicara necesariamente la otra. No obstante, Ivy estaba al tanto de que las vecinas de mayor edad admiraban el porte elegante de su abuela y trataban de imitarla sin mucho éxito.

Dejó de pensar en su abuela y miró su reloj. ¿Dónde estaba Rhys? Ella ya no tenía ni diez años ni todo el tiempo del mundo. Tenía quince y una vida social muy activa, no podía estar esperando a que el mejor amigo de su hermano apareciera. Después de todo, era él quien necesitaba hablar con ella y no a la inversa.

Cinco minutos antes le había estado tirando piedras insistentemente a la ventana de su dormitorio y, cuando se asomó para ver qué quería, la había citado en la parte trasera del jardín de su casa. Rhys era, además del mejor amigo de su hermano, su vecino. A diferencia de ella, que tenía a George, Rhys era hijo único, por lo que se pasaba la vida en su casa. Además, sus padres eran médicos y pasaban poco tiempo ocupándose de su hijo, lo que hacía que su madre lo hubiera semiadoptado como a un hijo más.

No queriendo hacerle esperar, y porque solo se trataba de Rhys, salió con una vieja sudadera con la que no hubiera permitido que la viera nadie del instituto y unas mallas de correr.

Se levantó del banco molesta, pero se relajó un poco cuando lo vio aparecer, alto y desgarbado, con el cabello castaño claro revuelto como si se acabara de levantar de la cama y no se hubiera pasado el cepillo por él, apreciación que se correspondía bastante con la realidad, unos vaqueros desgastados por las rodillas y una sudadera.

—Ya me iba. Llevo un rato esperándote y tengo que cambiarme porque he quedado con Carrie y Raven.

—Tenía cosas que hacer —comentó llegando a su lado.

Ivy puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Después de todo, Rhys era el que la defendía de las habladurías maliciosas de sus compañeras de piano, todas mayores que ella y menos dotadas, cuando George se marchaba a Londres con su tía Rachel para hacer cursos de verano en

su universidad. Su hermano estaba decidido a ser periodista de investigación y se preparaba para ello cada vez que tenía la oportunidad.

—¿Qué es tan importante que me has hecho venir antes de desayunar?

—Ya te lo he dicho. Necesito un favor.

Ivy suspiró exasperada.

—¿Por qué no se lo has pedido a Bruce o a Mike?

Rhys se encogió de hombros.

—Sería un poco raro pedírselo a ellos. Tú eres más adecuada.

—¡De acuerdo! —concedió sin estar del todo segura—. Pero no has especificado el tipo de favor que necesitas y yo no estoy dispuesta a hacer cualquier cosa que me pidas. No eres mi hermano —aclaró por si tenía alguna duda.

Tras pensárselo unos segundos, Rhys habló en un tono mucho más bajo del habitual. Demasiado calmado, pensó Ivy, lo que no auguraba nada bueno.

—Creo que será mucho mejor si te muestro lo que necesito en lugar de hablarte sobre ello.

Ivy aceptó, después de todo, seguro que así sería más rápido y podría marcharse a prepararse para su cita con sus amigas. Tenían previsto desayunar en el City Diner e ir de tiendas después.

—¡De acuerdo!

Estaba convencida de que él le haría valorar alguna de sus interpretaciones, después de todo, Rhys era el actor principal de la obra del instituto y su sueño era trabajar en el cine. No obstante, en lugar de levantarse y ponerse a declamar frases en inglés shakespeariano, que hubieran hecho las delicias de su abuela Elisabeth, se acercó más a ella en el banco y, antes de que fuera consciente de lo que sucedía, sintió su brazo por encima de sus hombros y su aliento en la cara.

Olía a pasta de dientes y parecía tan nervioso y aturdido que Ivy pensó que iba a contarle algún secreto de gran envergadura.

—¿Ha sucedido algo?

Contra todo pronóstico, Rhys la silenció poniéndole un dedo en los labios.

—Somos amigos, ¿verdad?

Ivy asintió ya que él seguía impidiéndole hablar.

—Entonces no te asustes. ¡Prométemelo!

Ella abrió la boca, pero su dedo seguía sobre su boca.

—Asiente y lo tomaré como una promesa —pidió, reacio a quitar el índice de sus labios.

Parecía preocupado, lo que logró que ella se tensara. No era propio de Rhys estar tan nervioso, normalmente no se alteraba por nada.

Ivy asintió con vehemencia, apurada porque dijera lo que tuviera que decir de una vez. No obstante, Rhys no habló. Apartó el molesto dedo de su boca y se inclinó sobre ella para posar sus labios donde antes había estado su mano.

La sorpresa fue tal que durante unos segundos Ivy no fue capaz de nada más que de quedarse paralizada por la sorpresa y la conmoción.

¡Estaba recibiendo su primer beso! De Rhys, nada más y nada menos.

—Ayudaría en algo que colaboraras un poco —pidió él con suavidad sobre su boca.

Ivy comprendió entonces que estaba viviendo su primer beso y, aunque fuera Rhys quien la estuviera besando, la situación merecía que lo hiciera memorable. Después de todo, era la clase de experiencia que contabas a tus nietos.

Con esa idea en mente cerró los ojos y correspondió a las caricias de su amigo con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

¡Estaba besando a Rhys Byrne! George iba a matarlos si se enteraba.

Al primer beso le siguieron otros y durante los siguientes quince minutos ni una palabra con sentido salió de los labios de ambos.

Cuando por fin se separaron, Ivy se preguntó si de repente se habían convertido en novios. Después de todo, las parejas que se besaban eran las que mantenían ese tipo de relación. ¿Tendría pensado pedírselo?

Seguía perdida en sus pensamientos cuando Rhys se levantó y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Gracias, Ivy! Has sido de mucha ayuda.

El comentario dejó a la aludida desubicada. ¿Gracias? ¿Había que dar las gracias después de besarse?

—De nada, supongo. ¿Por qué me das las gracias exactamente? —inquirió tratando de hablar sin tartamudear.

Él la miró con un deje de duda en su rostro.

—El beso —aclaró—, gracias a ti ahora me siento capaz de invitar a Melissa Gilbert a salir y de besarla al dejarla en casa.

—¡Oh!

—Estaba seguro de que me ayudarías a practicar. ¡Eres una amiga genial! —Se detuvo de repente con el ceño fruncido—. Pero, Iv, será mejor que no se lo digamos a George. No creo que fuera a entenderlo como nosotros.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, asintió con un brusco movimiento mientras lo veía alejarse de ella.

Sintió ganas de llorar cuando una oleada de sentimientos que no sabía que tenía la embargaron de golpe haciéndola consciente de que acababa de ser utilizada por el chico que ni siquiera sabía que le gustaba para conquistar a otra.

Capítulo 1

Aeropuerto de Heathrow (Londres)
Otoño de 2019

Bruce llegó dando traspiés hasta donde Rhys estaba pacíficamente sentado e hizo un gesto con la mano para pedirle a la camarera que estaba sirviéndole un café a su amigo que se retirara.

La mujer le lanzó una mirada resentida, pero no hizo ademán de desobedecer.

—Rhys, no te pongas nervioso —pidió Bruce sentándose a su lado.

El aludido apartó la vista de su iPad y le miró con desgana.

Su agente tenía tendencia a ser exagerado e histriónico, y no solo en lo que se refería a sus atuendos sino a todo en general; no obstante, ese día sus peores características parecían haberse exagerado.

—Te aseguro que estoy muy tranquilo.

—Te prometo que lo voy a solucionar —siguió este—. Relájate y déjalo todo en mis manos —continuó insistiendo el mánager—. Es un pequeño contratiempo, pero no tiene por qué afectarnos si lo gestionamos bien.

La insistente palabrería de Bruce despertó la curiosidad de Rhys, que dejó de lado la música que estaba escuchando y centró la atención en su amigo.

—¿Qué sucede?

—Yo… yo… ya te he dicho que no te pongas nervioso. No hay motivos para preocuparse. Estoy seguro de que se comportará. No va a hacer nada con tanta gente mirando, ¿verdad?

—¡Basta! —lo acalló Rhys—. Hasta hace escasos minutos estaba perfectamente relajado, no obstante, tras tu molesta e incomprensible cháchara, estoy comenzando a sufrir migraña. ¿Qué demonios está pasando?

Antes de que Bruce pudiera responderle la puerta de la sala VIP del aeropuerto de Heathrow se abrió de golpe y por ella entraron dos personas.

Tanto Rhys como Bruce reconocieron a una de ellas, una chica morena de cabello corto por debajo de las orejas y figura esbelta. Carrie les hizo un gesto con la cabeza, a modo de saludo, y se sentó con su acompañante lo más alejada posible de ellos.

A Rhys no le sorprendió que mantuviera las distancias, a pesar de los años que hacía que eran amigos, su relación ya no era lo que había sido.

La persona que le acompañaba caminaba con la cabeza gacha, llevaba una gorra de béisbol negra, gafas oscuras y un enorme abrigo del que no se deshizo siquiera para sentarse. No obstante, por el tamaño de sus manos y de sus pies, Rhys podía adivinar que se trataba de una mujer.

Trató de disimular su interés en las recién llegadas por lo que centró su atención en Bruce.

—¿Todo este lío era por Carrie? ¿Todavía no lo has superado?

Su mánager le lanzó la mirada que les dedicaba a sus subordinados cuando cometían un error, pero a diferencia de ellos, Rhys no pareció inmutarse.

—¡No seas idiota! Solo tuvimos una cita y no fue tan memorable. Si Carrie está aquí ten por seguro que ella también está.

—¿Ella? —repitió Rhys.

—Ivy.

La expresión de Rhys no cambió un ápice tras escuchar ese nombre y Bruce supo que le había costado un gran esfuerzo mantenerse impasible.

—Son amigas, Bruce, no siamesas —protestó.

—Puede que ese sea el caso con Raven, pero estas dos son más que amigas. Trabajan juntas.

El comentario captó el interés del músico.

—¿Desde cuándo?

—Hace más de tres años que Ivy dejó a Sarah, su anterior agente.

—Recuerdo a Sarah, pero pensaba que Carrie trabajaba de editora.

—Así era, pero ahora es su mánager.

Rhys no siguió preguntando. Durante los siguientes cinco minutos trató de no pensar en nada, del mismo modo se obligó a no mirar a su vieja amiga, pero sus buenas intenciones no pudieron resistir durante más tiempo y terminó dirigiendo su mirada a la pareja al tiempo que le preguntaba a Bruce:

—¿Por qué sabes tanto sobre ellas? ¿Te lo ha contado George?

Negó con la cabeza.

—George jamás hablaría conmigo de su hermana. Ya lo sabes.

—¿Entonces? ¿Por qué sabes tanto de ella? —siendo justos, Carrie era un simple daño colateral, le odiaba por solidaridad. La persona que realmente tenía motivos para odiarle era Ivy, y después del último intento fallido de retomar su relación, ella jamás había vuelto a ponerse en su camino, lo que había hecho imposible que Rhys se redimiera ante ella. Y si alguna vez el destino los había hecho rozarse había sido en el momento menos adecuado.

—Necesito protegerte.

La explicación de Bruce fue tan inesperada que se dio la vuelta con rapidez para ver su expresión.

—¿De qué hablas?

—¡Vamos, Rhys! Esa mujer te odia.

—Es posible, pero eso no significa que vaya a…

—No digas que es incapaz de hacerte daño —le cortó—, ¿acaso has olvidado a quién escogió para el vídeo de su sencillo *Nunca más*? ¡Steve Cameron! Lo escogió a él y su popularidad aumentó tanto que te robó el papel en aquella película que tanto deseabas protagonizar.

—Estoy seguro de que fue pura casualidad.

—¿Casualidad? No te engañes, Rhys, Ivy te odia y es capaz de cualquier cosa para fastidiarte la vida. Además, no trates de quitarle importancia ahora, no es un secreto la inquina que le tienes a Steve.

—Eso es absurdo.

—¿Absurdo? Entonces, ¿por qué aceptaste el papel en la nueva película del director Gier, pero pusiste como condición que Cameron no consiguiera el papel de coprotagonista?

—¡Déjalo ya, Bruce! Me gustaría tomarme mi café en silencio.

Inconscientemente dirigió su mirada hacia las dos personas sentadas en el otro extremo de la sala. Carrie hablaba gesticulando, como era habitual en ella, mientras que la persona que trataba de pasar desapercibida no dirigió una sola vez la mirada hasta donde estaban ellos.

Rhys se lamentó de que estuvieran tan lejos, si tan solo las tuviera unos metros más cerca podría decir sin género de dudas, solo mirando esos labios, si la persona que se ocultaba tras las gafas y la gorra era Ivy.

El pensamiento le tomó por sorpresa incluso a él mismo, por lo que, deseoso de dejar de pensar en el tema, sacudió la cabeza, como si con ello borrara sus pensamientos, y se dio la vuelta en su asiento para alejarse de la tentación de seguir observándolas.

—Nunca supe lo que pasó realmente entre vosotros —comentó Bruce de repente, y Rhys recordó que seguía a su lado.

—¿De qué hablas ahora? —Estaba molesto porque su mánager no parecía dispuesto a dejar correr el asunto.

—De ti y de Ivy.

—No pasó nada. Simplemente nos distanciamos cuando ella se vino a Londres a estudiar.

—Te habría creído si no hubiera estado en la inauguración del Red Raven o si nunca hubiera escuchado su canción *Nunca más.* —Y añadió muy serio—: Es evidente que habla de ti.

—No lo hace.

Bruce abrió la boca para protestar, la canción hablaba de un actor tan bueno que fingía hasta en la vida real.

—Por supuesto —musitó para sí mismo.

—¿Cuándo embarcamos? —pidió Rhys impaciente.

Bruce miró su reloj.

—Dentro de media hora. Acábate el café.

Rhys asintió y volvió a ponerse los auriculares. Instintivamente busco en iTunes la canción que Bruce acababa de mencionar.

Tenía casi seis horas de vuelo hasta Nueva York para tratar de olvidarse de aquel inesperado encuentro y del recuerdo que trajo consigo, pero antes de llegar a ese punto necesitaba asegurarse de que la canción en cuestión no hablaba de él, aunque lo que contaba le resultara tan familiar.

Capítulo 2

Nueva Jersey
Otoño de 2010

Ivy estaba tan nerviosa que a duras penas podía quedarse quieta. Era su decimoctavo cumpleaños, acababa de soplar las velas de su tarta en compañía de sus amigos, y estaba decidida a que su deseo se hiciera realidad.

Con esa idea se había acercado a Rhys y le había pedido que la acompañara al jardín de atrás de su casa. Carrie y Raven la habían animado con sonrisas cuando la vieron salir del salón con él y aunque Ivy estaba nerviosa sentía que estaba haciendo lo que debía.

En los últimos años su percepción de él había cambiado, tanto que ya no era el mejor amigo de su hermano sino el primer chico que la había besado, el chico al que le había escrito docenas de canciones… Tanto que llevaba ya un tiempo pensando en decirle lo que sentía… tanto que decidió que su fiesta sorpresa de cumpleaños era el mejor momento para hacerlo.

Ese fin de semana sus padres les habían dejado a ella y a George la casa para demostrarles que confiaban en ellos, y su hermano le había organizado una fiesta sorpresa con sus amigos más íntimos: Carrie, Rhys, Bruce, Mike, Raven, Derek, George y ella misma. De modo que la habitual noche de peli y pizzas se había transformado gracias a ellos en peli, pizzas y tarta de cumpleaños, sombreritos y decoración incluidos.

Porque, por muy increíble que les pareciera a los padres de sus amigos, los hermanos Anderson estaban muy bien avenidos. El año y medio que se llevaban en lugar de alejarles los acercaba hasta el punto de que, sin contar con Raven y con Carrie, George era el mejor amigo que Ivy tenía. Por ese motivo le dolía no haberle contado nada sobre el beso…

Rhys la siguió en silencio, pero a juzgar por las miradas furtivas que le dedicaba mientras caminaban uno junto al otro, sentía curiosidad por conocer el motivo de su petición.

Ella se lanzó en cuanto ambos se sentaron en el banco de su abuela, el que había sido testigo de su primer beso… Tomó tres respiraciones profundas para relajarse, sabía que debía decírselo del tirón para no darse tiempo a arrepentirse y a guardarse de nuevo lo que sentía.

—Rhys, me gustas y me preguntaba si querrías salir conmigo. Ya sé que lo habitual es que sea el chico el que dé el primer paso, pero… —Se calló de golpe cuando él se levantó a toda prisa y la miró con una expresión extraña—. ¿Rhys?

El aludido no dijo nada. Se quedó observándola unos largos segundos en los que ella esperó que dijera algo, pero en los que él no abrió la boca. Ivy estaba a punto de volver a hablar cuando Rhys se dio la vuelta en completo silencio y se marchó sin mediar explicaciones.

Era evidente que su no respuesta era una respuesta en sí misma.

Ivy se quedó allí sentada completamente asombrada. Lo único en lo que podía pensar era en el modo en el que se había marchado. Ni siquiera había fingido que estaba pensando qué decir.

La tenía en tan poca estima que no había tratado de rechazarla con tacto y delicadeza. No se había molestado en ser amable, se había limitado a escucharla hasta que consideró que era apropiado hacerlo, y después se había largado como si no acabara de abrirle su corazón. Como si sus sentimientos no tuvieran ningún valor para él. Como si Ivy no le hubiera puesto todo el valor del que disponía para ponerlo en su desastrosa declaración…

Se quedó allí parada hasta que Carrie salió a buscarla y trató de sonreír mientras su amiga intentaba adivinar por su expresión lo que había sucedido.

—¿Cómo ha ido? —preguntó impaciente por saber lo que había respondido Rhys. En cuanto le vio entrar en la fiesta de nuevo había salido corriendo hasta el jardín para enterarse de los detalles.

Ivy trató de que su sonrisa fuera convincente.

—¿Hablamos después?

Carrie fue consciente en ese instante de que algo andaba mal por lo que asintió y dejó de insistir. Lo mejor era que buscara a Raven y así las tres podían marcharse al dormitorio de Ivy y consolarla.

—¿Quieres volver a la fiesta? —preguntó con afecto.

—Por supuesto. Es mi cumpleaños y los que hay dentro son mis invitados.

Su amiga asintió y enlazó su brazo al de ella. Tenía que evitar que Raven le preguntara. Ivy estaba haciéndose la fuerte, pero era evidente que estaba hecha polvo.

Ambas entraron en la fiesta donde Derek las recibió con un vaso de cerveza para cada una; aunque Ivy estaba segura de que el de ella era una simple excusa para disimular su interés en Carrie. Fuera como fuera, las dos se lo cogieron con la sonrisa en los labios, aunque ninguna de ellas fuera auténtica.

* * *

Todavía con esperanzas de que Rhys la buscara para disculparse por su reacción, Ivy esperó tres días. Tres días en los que les prohibió a sus amigas sacar el tema y tres días en los que él no pasó una sola vez por su casa. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra porque tampoco se topó con él en ninguna otra parte.

Ivy sintió que debía replantearse su futuro, quedaba apenas un semestre para que comenzara la universidad, y ya era mayor de edad. Sus padres le habían ofrecido varias veces la posibilidad de estudiar en Inglaterra, pero ella siempre había rechazado la idea porque no se sentía con fuerzas para alejarse de Rhys, no obstante, la situación había cambiado. Por ello esa tercera noche habló con su tía y su abuela por teléfono y, tras la aceptación de estas, les expuso a sus padres sus planes para mudarse cuanto antes a Londres.

Tal y como había esperado, no se opusieron. Entendían que ella siempre había soñado con hacerse un hueco en la música y que Londres era el mejor lugar para comenzar a trabajar en ello. Muchos de los grandes estudios musicales estaban ubicados allí.

Del mismo modo, Rachel se iba a encargar de matricularla en un instituto para que terminara el semestre y pudiera graduarse a tiempo. Después vendría la universidad, la única obligación que sus padres le habían impuesto para que pudiera perseguir su sueño, pero tampoco sería un problema porque Rachel era la rectora de una universidad privada del país. Incluso su padre, que

era profesor de literatura inglesa en Columbia, podría haber ayudado a que la aceptaran en la Universidad de Londres.

Si sus padres sospecharon por su repentino interés en explorar sus raíces inglesas, ninguno de los dos dijo nada. Fuera como fuera, en menos de una semana, en la que por supuesto no vio a Rhys, estaba todo dispuesto para que se marchara. Sus progenitores incluso aceptaron su petición de guardar el secreto, según Ivy, porque quería ahorrarse las despedidas, aunque la realidad fuera otra.

El cambio fue duro, a pesar de estar con su abuela y su tía, había dejado en Jersey a sus padres, a su hermano, a Carrie y a Raven. Pero su estrepitoso fracaso con Rhys la había hecho sentirse tan ridícula que sintió que era imposible seguir allí. Además, el hecho de que él siguiera evitándola era todavía más humillante.

Pasados unos meses, Londres consiguió enamorarla hasta el punto de que no regresó a casa ni durante las vacaciones. Fueron sus padres los que viajaron allí en Navidad, y en verano aprovechó que estaba en Europa para visitar Italia, Francia y España con su hermano, con Raven y con Carrie.

La sorpresa fue que cuando comenzó el curso de nuevo ni su mejor amiga ni su hermana regresaron a Estados Unidos. Le dolió despedirse de Raven, que comenzaba a estudiar en el famoso *Le Cordon Blue* de Paris, pero no estaba tan lejos como para no poder verla de vez en cuando.

Su vida había cambiado, ella lo había hecho. Ya no era la jovencita soñadora que temía a los cambios, ahora era una mujer independiente que estaba forjándose su propio destino mientras luchaba por sus sueños.

Capítulo 3

El aeropuerto estaba lleno de gente que corría de un sitio para otro buscando su zona de embarque, pero Ivy no pensaba en ellos, ni siquiera trataba de pasar desapercibida a pesar de la gorra y las gafas de sol que su amiga, y agente, le había obligado a ponerse para no ser reconocida. En lo único en lo que era capaz de pensar era en la persona a la que había vislumbrado cuando bajó del coche que le había llevado hasta allí.

Tenía que ser una ilusión óptica. No había escuchado nada sobre que Rhys Byrne tuviera ningún rodaje en Londres. Puede que hiciera tres años desde que hablaron por última vez, pero eso no significaba que ella no estuviera al tanto de su carrera.

No, no podía ser, se dijo, llevaba años evitándole con considerable éxito, salvando algunos encuentros fugaces que no habían ido más allá de unas miradas, y no tenía ninguna intención de fastidiarla a esas alturas por culpa del destino.

Perdida en sus pensamientos se dejó llevar por Carrie hasta la sala de espera VIP y tomó asiento donde ella le indicó. Estaba dispuesta a olvidarse de lo que creía haber visto hasta que un gesto con la cabeza de su amiga la hizo echar un vistazo en la dirección de su mirada.

Sintió que el estómago le daba un vuelco al mismo tiempo en que sintió un sudor frío en la nuca. Por instinto se arrebujó en su abrigo y agachó la cabeza para que la gorra le impidiera ver y ser vista.

No estaba preparada para enfrentarse a Rhys Byrne, no lo estaba con dieciocho años ni lo estaba con veinticuatro, y seguía sin estarlo con veintisiete.

—¿Estás bien? —preguntó Carrie.

—Perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo? —respondió muy digna.

Su amiga no contestó, sino que fingió creerla.

—Aquí puedes quitarte el abrigo —comentó—. Nadie va a acosarte por una fotografía. La mayoría de los presentes son famosos en algo. Algunos lo son en ser millonarios —bromeó con su agudo sentido del humor.

—Prefiero dejármelo puesto.

Aparentemente, Carrie no tenía previsto contestar porque pasaron unos minutos antes de que dijera nada.

—Eres una de las cantantes más queridas y admiradas del panorama musical. Has sido elegida para poner la música al mismísimo 007, ¿de verdad vas a ocultarte de un actorucho como Rhys Byrne?

Ivy alzó la cabeza y clavó la mirada, a través de sus gafas de sol, en su mejor amiga.

—No es un actorucho. La critica le adora y los fans también. Dicen que es el mejor de su generación.

Carrie hizo un gesto de desdén con la mano.

—A ti te quieren más, pero ese no es el punto y lo sabes.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó con tiento.

—Quiero que cumplas la promesa que me hiciste en París, quiero que te quites el abrigo, las gafas y la gorra. Básicamente que te dejes ver, que le demuestres lo hermosa, inteligente y valiosa que eres.

—Cumpliré mi promesa, a pesar de que la hice bajo los efectos del alcohol y eso debería invalidarla; pero antes deja que te pregunte: ¿haré todo eso que has dicho con solo quitarme la ropa?

La morena sonrió más tranquila al notar la ironía en la voz de su amiga.

—¡Por supuesto! Eres la maravillosa Ivy Anderson. ¡No lo olvides! Aunque si lo haces aquí estoy yo para recordártelo.

Ivy sonrió y se levantó del asiento. Sin dejar de mirar a su amiga se quitó la gorra. Inmediatamente, una cascada de ondas doradas se derramó por su espalda. Le siguieron las gafas de sol y el abrigo. Antes de que volviera a sentarse se escucharon murmullos y Carrie comprendió de dónde venían sin siquiera mirar en esa dirección.

Rhys era demasiado discreto para ser tan evidente, de Bruce, en cambio, no podía decir lo mismo.

—Perfecto —alabó Carrie—. ¿Por qué no aprovechas estos minutos para tratar de componer? ¡Quién sabe! Un aeropuerto puede ser una fuente de inspiración dado el tráfico de personas que hay.

—¿No vas a dejarme descansar ni siquiera hoy?

—¡*Nop!* —dijo levantándose para buscar a las azafatas que servían las bebidas.

Ivy suspiró y se puso a hurgar en su bolso en busca del iPad cuando sintió que alguien se detenía frente a ella. Antes de alzar la cabeza para comprobar quién era sintió cómo se le aceleraba el pulso.

—Disculpe —dijo una voz que no pertenecía a Rhys, y en la que destacaba un marcado acento tejano.

Más relajada ante el descubrimiento de que no era él, levantó la mirada y se topó de pleno con un chico, de unos *veintimuchos* o treinta y pocos. Alto, atractivo, con el cabello castaño en el que se mezclaban vetas de pelo doradas y unos preciosos, aunque pequeños, ojos azules.

—¿Sí?

—Es usted Ivy Anderson, ¿verdad?

¡Vaya! Un fan, pensó, y qué fan. Atractivo y educado, justo su tipo.

Con la misma sonrisa cercana que utilizaba para tratar con sus seguidores se levantó y le ofreció la mano.

—Así es.

Él pareció sorprenderse por su cercanía, pero estrechó su mano al tiempo que se presentaba.

—Soy Asher Mills, es un placer conocerla. Me declaro fan de su música —dijo él con una sonrisa tan irresistible que por un momento Ivy se olvidó de que Rhys estaba en la misma habitación que ella en esos momentos.

—¡Encantada, Asher Mills!

Asher Mills, repitió mentalmente, ¿de qué le sonaba tanto su nombre? Era imposible que le hubiera conocido anteriormente porque era la clase de hombre al que ninguna chica olvidaría.

—¡Asher! —gritó Carrie acercándose a ellos con dos cafés en la mano.

—Carrie, qué sorpresa —saludó él y se inclinó sobre su amiga para darle un afectuoso abrazo.

Completamente desubicada, Ivy paseó la mirada de uno a otro sin entender muy bien lo que estaba sucediendo. ¿De qué se conocían y cómo podía ser que fueran tan cercanos hasta el punto de que se abrazaran? ¿Era acaso un antiguo compañero de clase del que se había olvidado?

—Veo que ya conoces a Ivy —dijo Carrie sonriendo y añadió—: he dejado la edición, ahora soy su mánager.

—¿De qué os conocéis vosotros? —preguntó la rubia.

—Lo mismo digo —secundó Asher.

Carrie, que era la única que tenía todas las respuestas, sonrió con suficiencia.

—Asher es uno de los escritores con los que trabajé en mi época de editora. De hecho, es el más exitoso de todos ellos. Un auténtico superventas.

Señaló a Ivy.

—Y ella es mi mejor amiga desde la escuela primaria.

Él sonrió.

—Entiendo.

—Así que es por eso por lo que me sonaba tu nombre. Seguramente he leído alguno de tus libros porque, como digo, tu nombre me suena mucho.

—¿De veras?

Ella sonrió.

—Estoy casi segura. Aunque ahora mismo no sabría decirte cuál.

—En ese caso queda pendiente que me informes cuando lo sepas. Siento mucha curiosidad.

Ivy aceptó con una sonrisa. El escritor no solo era guapo, sino que también era encantador e interesante. De hecho, durante el tiempo que estuvieron hablando ni siquiera recordó que Rhys estaba a unos pocos metros de distancia, lo que decía mucho en favor de Mills.

Tuvieron que dejar la conversación a medias porque una azafata entró para anunciar que ya podían embarcar y la mala suerte hizo que sus asientos estuvieran demasiado alejados para poder continuarla con comodidad.

—Ha sido un placer conocerte, Asher —se despidió ella cuando Carrie se puso en marcha para embarcar.

—Igualmente, Ivy. Acuérdate de que me debes una respuesta.

Ella sonrió divertida.

—Tienes mi palabra.

Tras despedirse de su antigua editora, Asher regresó a donde había dejado sus cosas e Ivy regresó a la realidad. Una realidad en la que lo prioritario era rezar para que Rhys no fuera a regresar a casa en el mismo vuelo que ella, no obstante, como solía suceder, sus peticiones no fueron atendidas…

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo ya? —pidió Rhys a Bruce—. Estoy perfectamente.

—Tienes razón. No hay nada de qué preocuparse ya que ni siquiera te ha dirigido la mirada —siguió Bruce con su monólogo—. Parece ser que prefiere tratarnos como a completos desconocidos, a lo que no me opongo. Puede que sea la hermana pequeña de George, pero a mí nunca me ha caído bien.

—No te sientas culpable por eso. Es mutuo.

Su respuesta fue tan hiriente porque el comentario de Bruce sobre el modo en que ella lo había

ignorado se sintió como un puñetazo en el estómago, aunque no por eso dejaba de ser menos cierto. Ivy no le había dirigido una sola vez la mirada, lo que resultaba significativo y molesto a partes iguales. Por otro lado, se había mostrado excesivamente simpática con el tipo que se había acercado a ella en la sala de espera.

No sabía de quién se trataba hasta que Bruce había mencionado su nombre y, aunque no había leído nada suyo, Rhys había visto alguna que otra entrevista suya en la prensa.

Decidido a no pensar más en eso, desconectó de la voz en *off* de Bruce y se recostó mejor en su sillón de primera clase. Lamentablemente para su paz mental, no tenía que moverse para tener una visión perfecta de Ivy Anderson, el destino o la mala suerte la había colocado una hilera por delante de ellos en la fila de la izquierda, por lo que al estar ellos sentados en el centro podía divisar cada uno de sus movimientos, de haberle interesado monitorizarlos, por supuesto.

Pero él no estaba por la labor. Había decidido hacía mucho tiempo poner distancia entre los dos. Solo una vez en esos años había hecho algo por acortarla, pero el resultado no había sido el esperado.

Puede que en el pasado hubieran sido amigos, pero hacía muchísimo tiempo que habían dejado de serlo. Ella se había mudado a miles de kilómetros de él y ni siquiera había tenido la deferencia de despedirse. Ni siquiera respondió a las llamadas que le hizo cuando supo de su marcha. De modo que se obligó a sí mismo a dejar de interesarse por ella, a pesar de que George no había dejado de ser su mejor amigo en ningún momento.

Después de eso, aunque intentó, en las ocasiones en que el trabajo le llevó a Londres, verla y retomar su amistad, una serie de situaciones le habían impedido hacerlo. Hasta esa vez, tres años antes… Puede que hubiera terminado en desastre, pero no se arrepentía de nada. Quizás de no haberse atrevido a abordarla aquella vez…

Desde su asiento la vio levantarse y dirigirse al baño, Carrie llevaba puesto el antifaz y parecía dormida, lo que convertía el instante en perfecto para aproximarse a ella sin que su guardaespaldas les interrumpiera.

Con esa idea se levantó tras ella haciendo caso omiso a las preguntas de Bruce. Cuando llegó, se detuvo frente a la puerta del baño a la espera de que saliera. La situación era perfectamente normal, se dijo, solo estaba esperando que el baño se desocupara para entrar él.

Llevaba allí dos minutos cuando vio que la luz roja cambiaba a verde y la puerta se abría ante él. Un aroma femenino, que recordaba a la perfección, y que le erizó el vello, hizo acto de presencia antes que ella.

—Hola, Ivy —saludó cuando ella abrió la puerta y se dio de bruces con él.

—Rhys.

La embargó una sensación de *déjà vu* que arremetió con violencia en su estómago. No era la primera vez que él la esperaba en la puerta de un baño. Ese momento ya lo había vivido…

Durante el tiempo que se tomó ella para asimilar la situación, Rhys no dijo nada. Se limitó a observarla consciente de los cambios que el tiempo había hecho en su rostro. Sus labios parecían más carnosos y sus mejillas estaban menos afiladas que tres años atrás, pero por lo demás seguía siendo la misma. Igual de hermosa a como él la recordaba.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Regresas a casa?

—Es evidente —respondió, y él supo que el único motivo por el que le estaba respondiendo era porque no podía evitarle sin resultar grosera. Ivy era una mujer rencorosa, pero por sobre todas las cosas era orgullosa. Y por eso jamás le dejaría ver lo dolida que estaba.

Él asintió.

—¿Cuánto hace que no has vuelto?

Ella se encogió de hombros.

—Hace unos meses regresé para descansar.

Rhys se sorprendió por la inesperada respuesta. Estaba seguro de que ella no había vuelto a casa desde la inauguración del Red Raven, o al menos eso pensaba, dado que no se habían vuelto a ver más que en Londres y aquella vez en París…

—¡Entiendo! ¿Vas a quedarte en tu casa?

—No, George se ha hecho cargo de mi alojamiento. Conmigo en casa mis padres no podrían tener un momento de tranquilidad —respondió dándole más información de lo que esperaba.

—Es cierto, a mi me pillan siempre que voy a ver a los míos.

—Sí, supongo que a ti también te persigue la prensa. Bueno, Rhys, he de regresar a mi asiento. —Y añadió sin una veta de sinceridad en la voz—: ha sido agradable verte.

Ivy estaba molesta por su actitud. ¿Acaso pretendía hacerla sentir culpable de su frialdad siendo extremadamente amable con ella?

—Lo mismo digo, Iv —contestó, usando el diminutivo cariñoso que antaño utilizaba.

Sonrió forzada y se alejó.

Estaba ya en camino cuando volvió a llamarla.

Se dio la vuelta para mirarle con una expresión neutra que mudó en cuanto él le dijo lo que había deseado decirle desde el instante en que supo que la mujer del abrigo era ella.

—Hemos sido amigos durante muchos años… Saludémonos como tal la próxima vez. —Y entró en el lavabo sin decir nada más o aclarar qué era lo que pretendía.

Ivy se mordió el labio con fuerza. Las palabras que le hubiera gustado responderle en la punta de la lengua:

—¡Vete a la mierda, Rhys!

Capítulo 4

Ivy se subió al coche que iba a llevarla hasta su nuevo apartamento en Nueva York y trató de olvidarse de las últimas siete horas, y con ellas de Rhys. En los últimos nueve años transcurridos desde que se mudó a Londres había aprendido a dejar de lado aquello que le hacía daño, de modo que era muy buena con el método Scarlett O'Hara de ya lo pensaré mañana. Y si había un momento perfecto para poner en práctica esa filosofía era ese.

Por ese motivo cerró los ojos y se dedicó a aspirar el aroma de su hogar. Londres había sido un hogar adoptivo maravilloso, pero esta era su verdadera casa. Las calles desprendían el aroma a especias que emanaba de la gran cantidad de restaurantes que poseía la ciudad, de verde, gracias a sus parques, e incluso de agua si te encontrabas cerca de la isla de la Libertad o del río Hudson.

Las luces que hallabas a cada paso hacían sentir al visitante, e incluso a los que allí vivían, que eras el guionista y protagonista de tu propia historia. Nueva York era la ciudad que nunca dormía por algo, allí era imposible sentirse solo, siempre había una cafetería abierta, una luz dándote la bienvenida, fuera a la hora que fuera.

—Mañana te dejaré descansar —estaba diciendo Carrie—, pero después de mañana tendrás que atender a la misma rutina que tenías en Londres.

—¿Es necesario que me hagas trabajar tan pronto? ¿No puedes darme siquiera una semana para que me adapte a mi nuevo hogar? Para superar el jet lag, para que visite a mis padres… A Raven… —lo dijo sin abrir los ojos, con toda la intención de despertar la lástima de su amiga.

Carrie suspiró sonoramente y accedió.

—¡Está bien! Tienes una semana de descanso, ni un minuto más. Después organizaremos tu agenda y retomaras la composición del disco, aunque debes darle prioridad a la canción para 007. Por no mencionar que aceptaré cada invitación que recibas de programas, eventos…

—¡De acuerdo! Gracias por ser la mejor mánager del mundo.

Carrie torció el gesto.

—Estoy segura de que eso era lo mismo que le decías a Sarah. De hecho, estoy segura de que si no hubiese sido por cierto actorucho egocéntrico ella todavía seguiría siendo tu agente.

—No seas tonta, ¿cuántas veces te pedí que vinieras a trabajar conmigo antes de lo de Sarah?

El coche se detuvo.

—Supongo que tienes razón —aceptó incorporándose—. ¡Descansa! Y mañana iré a verte.

—¡Pero me has dado una semana libre!

—Te he dado la semana libre, pero no te olvides de la fiesta solidaria de mañana.

Ivy había sido invitada a un baile solidario organizado por la *Maison* francesa para la que había sido recientemente imagen de su nuevo perfume. Iba a ser una fiesta sensacional en el Plaza, a la que asistiría toda la flor y nata de la ciudad, por lo que Carrie no lo había contado

como trabajo, y por lo que tenía que asistir a pesar de su semana de vacaciones.

—Te han pagado muy bien por el anuncio y es un acto solidario. Tú nunca rechazas actos solidarios. Además, solo tienes que asistir y estar preciosa. No será difícil para ti —comentó Carrie tratando de animarla.

—No trates de halagarme.

—Solo digo la verdad.

Al ver que no iba a conseguir alterar a Carrie y hacer que cambiara de opinión, optó por otra táctica.

—No tengo nada que ponerme y Martha está muy lejos para…

—Sin excusas. Te pondrás un vestido exclusivo de la marca. Por Dios, Ivy, son especialistas en alta costura, los perfumes son otra parte de su imagen.

—De acuerdo, puede que tenga vestido, pero no tengo pareja.

—No la necesitas, yo iré contigo y si quieres podemos invitar también a Raven. Será una salida de chicas.

Con la propuesta Ivy dejó de estar enfurruñada. No era una mala opción. Si iban sus amigas podría ser divertido.

—Y para compensarte por la tarde perdida, al día siguiente te llevaré a comer al Red Raven para que disfrutes de las delicias que prepara Raven. Así podremos hablar las tres de nuestras cosas y de lo genial que nos lo hemos pasado en la fiesta.

Ivy se calló. Sabía perfectamente que la fiesta no iba a ser el tema de conversación, por mucho que tratara de disfrazarlo, del mismo modo que también sabía por qué quería que Raven estuviera presente, para que la secundara en todo lo que ella dijera, como siempre. En cualquier caso, pretendía torturarla justo con el último tema que ella sacaría a conversación de poder evitarlo.

Rhys solo salía de su boca cuando el alcohol invadía su organismo y, aun así, tenía que invadirlo mucho para que ella lo nombrara.

No queriendo presionarla más, Carrie salió del coche cuando el conductor le abrió la puerta, y seguida por el hombre, que arrastraba su maleta, cruzó la calle para detenerse frente a su edificio.

—Me niego a hablar de él —dijo para nadie, dado que estaba sola en el coche—. Para mí no ha supuesto nada verle. Lo he visto antes y no fue un trauma.

Suspiró y se masajeó las sienes.

—Está de vuelta en Nueva York al mismo tiempo que yo, y qué, era algo que tenía que pasar tarde o temprano, y ya está. ¡Ha pasado! Y el mundo no ha colapsado.

Volvió a reclinarse y a cerrar los ojos y su mente divagó hasta sus recuerdos más recientes de él. Cómo le había cedido el paso para que ella saliera antes del avión y cómo la había asido del brazo cuando tropezó por su aturdimiento al tenerle tan cerca. El calor de sus dedos había sido tan intenso que había traspasado las capas de ropa que llevaba, eso o se lo había imaginado, lo que era casi peor.

Después de ese momento no había vuelto a encontrarse con él a pesar de que los dos se habían subido al mismo autobús que los llevaba a la terminal.

Quizás el que no se encontraran había sido cosa de Bruce, quien, a juzgar por las miradas que le había lanzado, estaba visiblemente molesto con ella.

Debió de haberse dormido porque unos instantes después de dejar a Carrie, lo que era imposible, dado el tráfico de Nueva York, el coche se detuvo y el conductor le abrió la puerta con una sonrisa expectante.

Ivy tenía demasiada experiencia con fans como para no saber lo que significaba esa sonrisa.

El hombre no tardó en hacer su petición.

—Señorita Anderson, podría por favor firmarme un autógrafo para mi hija. No se va a creer que la he llevado esta noche —anunció emocionado ante la idea de darle la noticia a su hija.

—Por supuesto, ¿cómo se llama su hija?

—Maggie —anunció el hombre, tendiéndole un pedazo de papel, que a todas luces había arrancado de un callejero de la guantera.

Con una sonrisa cansada aceptó el papel y buscó en su bolso una de las tarjetas que Carrie siempre se empeñaba en que llevara encima para situaciones como la que se estaba dando.

—Tengo esto —le mostró al hombre—, pero no tengo bolígrafo. ¡Lo siento mucho!

Como salido de la nada el portero de su edificio apareció junto a ella.

—Bienvenida, lady Anderson, soy Albert y estoy a su servicio —saludó con una rimbombante reverencia.

—Encantada, Albert. ¿Es usted irlandés?

El hombre, de unos cincuenta y muchos la miró, encantado de que hubiera notado su acento.

Su sonrisa se ensanchó.

—La mayoría de los estadounidenses se consideran irlandeses, milady, en mi caso es cierto —sonrió con travesura.

Ella le devolvió la sonrisa. Acababa de conocerle y ya le caía bien.

—Verás, Albert, el caballero y yo tenemos un problema. No tendrás, por casualidad…

No fue necesario que terminara la frase. Albert se sacó del bolsillo, cual mago de una chistera, una preciosa estilográfica.

—¡Gracias! —comentó con una sonrisa.

Tras firmar la tarjeta se la tendió al sonriente chófer y dejó que los dos hombres se hicieran cargo de sus maletas.

Escuchó que otro coche se detenía detrás del suyo, pero estaba tan ansiosa por llegar a su nuevo hogar que ni siquiera se molestó en girarse para ver de quién se trataba.

Albert, por su parte, se disculpó con el chófer, al que cargó con todas las maletas, y se dirigió a toda prisa hasta el siguiente vehículo para abrir la puerta.

Estaba esperando el ascensor cuando Albert se detuvo a su lado, tras haber dejado dos maletas negras junto a él, y asió las de ella, que amablemente le había llevado el chófer.

—Discúlpeme, lady Anderson, pero ha llegado otro propietario y he tenido que atenderle.

—No te preocupes, Albert. Lo entiendo perfectamente. —Y añadió al recordar las indicaciones de George—: Mi hermano me dijo que tú tenías una llave y que me abrirías la puerta.

—Así es. Yo mismo la acompañaré arriba. Su hermano ha dejado instrucciones para que la atendiera cuando llegara. Sus propias llaves están esperándola en el recibidor de su apartamento.

—Gracias, Albert.

El hombre volvió a ofrecer una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, Albert —saludó una voz a su espalda—. Ivy. Qué casualidad que volvamos a encontrarnos tan pronto.

—Dios mío, estoy tan cansada que he empezado a sufrir alucinaciones —comentó sin importarle la presencia del portero.

Al parecer el encuentro en el avión sí que había tenido efectos secundarios. De no ser así no estaría oyendo a Rhys en lugares en los que era imposible que estuviera.

—Vaya, Iv me han llamado muchas cosas en la vida, pero es la primera vez que alguien me tilda de alucinación.

—No puede ser… —Se dio la vuelta para toparse con un Rhys muy carnal.

—Milady, ¿se encuentra bien?

—A ver si adivino, Albert, el señor Byrne es el propietario del que hablaba hace un momento, ¿verdad?

—Así es. En este edificio viven muchas celebridades. Toda la segunda planta pertenece a Beyoncé y a su esposo. La séptima planta pertenece al escritor de terror Sam Hawkins, Julian Stevens, el director de cine, vive en la decimosegunda…

—¿Y en qué planta vive el señor Byrne, Albert? —le cortó con suavidad. Aunque le preguntaba al portero no había apartado la mirada del actor, que parecía divertido con su frustración.

—En la quinta. Ustedes son los únicos inquilinos en ese piso. Tenemos quince plantas en total, milady, incluyendo el ático en el que se encuentran el gimnasio y la piscina.

—¿De verdad? Suena genial.

Mientras el hombre parecía desconcertado por las preguntas de Ivy y sus reacciones, Rhys estaba más que encantado. Era evidente que estaba disfrutando de su sufrimiento.

—Supongo que tú estabas al tanto de que mi queridísimo hermano me había comprado un apartamento en tu edificio. Espera, no. Me lo ha comprado en tu misma planta.

Negó con la cabeza.

—Lo cierto es que no tenía ni idea, pero es la mejor sorpresa que George me ha dado desde que somos amigos.

Gracias a Dios, el ascensor llegó en ese momento y Albert se puso en movimiento entrando maletas. Normalmente el portero subía en el ascensor del servicio, pero esa noche le resultaba imposible apartarse de esos dos. Primero porque tenía que acompañar a lady Anderson a su casa, y no podía hacerla subir en aquel pequeño ascensor, y segundo porque, fuera lo que fuera lo que hubiera entre la cantante y el actor, era cuanto menos entretenido de ver y a Albert le fascinaban los chismes. No obstante, el portero sospechaba que si el señor Byrne seguía sonriendo de ese modo iba a ser testigo no de un chisme, sino de un intento de asesinato.

—Cuando antes te he pedido que nos saludáramos como amigos no había pensado en que lo haríamos cada día, aunque reconozco que no me molesta la idea.

—¡Cállate, Rhys!

—Como deseé, milady —concedió imitando el tono de Albert.

Capítulo 5

Londres
Finales de 2015 (Invierno)

Las entradas para el concierto de Ivy en el Royal Albert Hall de Londres llevaban agotadas desde que se pusieron a la venta, seis meses antes del concierto; lo que había desarrollado muchas expectativas entre la propia cantante y sus seguidores. Ese y el hecho de que fuera a ser grabado para un disco en vivo incrementaba la tensión y el deseo de que todo saliera bien. Por lo que, a pesar de las tablas que Ivy tenía sobre el escenario, se sentía nerviosa más de lo que lo había estado nunca.

Desde que el productor musical Phillip Watson la había descubierto cantando en un pub de Londres tres años después de mudarse a la ciudad, había ganado en experiencia y profesionalidad. Había recibido clases de canto y perfeccionado sus estudios musicales de piano y guitarra.

A pesar de toda la presión a la que estaba sometida, se relajó en cuanto comenzaron las pruebas de sonido, unas horas antes del inicio del concierto. No obstante, no pudo deshacerse por completo de una sensación extraña en la boca del estómago, demasiado parecida a los nervios como para pensar que se podía tratar de otra cosa distinta.

No obstante, se olvidó de todo y se volcó en el concierto en cuanto el teatro se quedó en completo silencio y la música comenzó, dándole paso a ella, que pisó majestuosa el escenario…

Dos horas más tarde estaba en su camerino maquillándose de nuevo tras darse una ducha y recibir a los responsables del teatro.

—Ivy, el actor Rhys Byrne está fuera y quiere saludarte —anunció uno de los chicos de su equipo.

El concierto había sido un éxito y su camerino estaba repleto de ramos de flores que habían dejado algunos vips que habían tenido la suerte de poder pasar unos minutos con ella.

No obstante, en esos momentos estaba a solas, arreglándose para la siguiente parada: la fiesta que había organizado su agente para atender a algunos medios y celebrar el concierto con sus amigos más íntimos y los famosos que habían asistido esa noche. Un concierto que en unos meses sería un disco y un DVD.

La barra de labios con la que se estaba retocando el maquillaje se le cayó de las manos.

—¿Quién? —Seguro que había escuchado mal. No había visto a Rhys desde que se marchó a Londres a los dieciocho años y, aunque había pensado poco en él desde entonces, la idea de verle

fue tan impensable como lo había sido entonces.

—Rhys Byrne. Dice que sois viejos amigos —dijo Ralph y repitió—: está fuera. Esperando para verte. ¿Le digo que pase?

—¡No!

Sarah, su mánager, que hasta el momento había estado hablando por teléfono, dejó la conversación para tratar de comprender la agitación de su artista.

—¿Va todo bien?

—No. Necesito que te deshagas de alguien sin ofenderle. ¿Puedes hacerlo? —preguntó. No quería verle. No en esos momentos cuando todavía no había asimilado que estaba allí. Necesitaba tiempo para calmarse y poder hablar con él con normalidad.

El pasado era pasado, pero eso no significaba que podía afrontarlo de repente, sin tiempo para prepararse.

—¿De qué se trata?

—Ahora no puedo ver a Rhys Byrne, que está fuera esperando para saludarme. Acaba de terminar el concierto y estoy un poco cansada, es por eso por lo que no deseo verle en estos momentos. No obstante, invítale en mi nombre a la fiesta de esta noche. Dile que estoy deseando tomarme una copa con él y charlar de los viejos tiempos. Sí, decidió que esa era la mejor manera de invitarle, apelando a su vieja amistad.

Si Sarah encontró la petición extraña tuvo el buen tino de no decir nada.

La morena se cuadró de hombros como si fuera a hacerse cargo de una batalla titánica y le sonrió para calmarla, logrando con ello que sus ojos rasgados se estiraran más.

—No te preocupes. Ahora mismo le invito en tu nombre —comentó y salió del camerino dispuesta a demostrar por qué era una de las mejores representantes del mundo.

Cinco minutos más tarde entraba con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¡Solucionado!

—Gracias. ¿Qué le has dicho?

—Que estás ocupada con unas entrevistas y que te encantaría que asistiera a la fiesta que das esta noche en el *Claridges* para tus amigos más íntimos.

—¿Ha aceptado? —le preocupaba tanto que hubiera dicho que no como que hubiera dicho que sí.

Sarah la cogió de la mano y se la apretó con afecto.

—Por supuesto que sí. Estaba encantado con tu invitación.

Contra todo pronóstico, Rhys estaba nervioso. Hacía mucho tiempo que no había visto a Ivy, al menos en persona, ya que era un fan de su voz que disfrutaba de cada vídeo musical que sacaba, y leía cada entrevista que le hacían. Además, tenía la suerte de contar con una fuente directa: su amigo George, quien siempre alardeaba de su famosa hermana, aunque se cuidaba mucho de no contar nada que le hiciera saber dónde estaba o con quien.

Por todo ello, la posibilidad de verla tras tanto tiempo y poder aclarar los malentendidos que los habían distanciado era el motivo principal por el que había tratado de verla en su camerino.

Llevaba un largo tiempo tratando de encontrar un modo de verla sin que el encuentro pareciera forzado, y aunque las cosas no habían salido exactamente como él esperaba, el que fuera a verla en una fiesta era, quizás, mucho mejor, ya que el ambiente haría difícil que hubiera tensión o incomodidad. Tenía toda la intención de entablar con ella esa vieja amistad que les hacía capaces

de hablar de cualquier cosa e, incluso de besarse sin que la situación se volviera extraña entre ellos.

Con esa idea entró en la suite reservada para la fiesta, y sonrió al comprobar que era la voz de Ivy la que sonaba de fondo. Se adentró entre los asistentes sin molestarse en comprobar que Bruce le estuviera siguiendo, después de todo, estaba allí con una meta bien clara: hablar con Ivy. Recuperarla.

Si por él hubiera sido, su agente no estaría a su lado, no obstante, le había sido imposible darle esquinazo y, aunque en ocasiones tenía la facultad de sacarlo de quicio, como norma era alguien en quien se podía confiar.

Había terminado trabajando con él por casualidad. Habían comenzado cuando Rhys le había consultado sobre un contrato para su primer papel en una serie de televisión. Bruce era abogado y antes de que se diera cuenta había negociado con la productora una mejora en sus condiciones. Desde entonces se había hecho cargo de todos sus proyectos.

—Esto es lo que yo llamo una fiesta —anunció Bruce deteniéndose a su lado y ofreciéndole una copa de champán que acababa de tomar de una de las bandejas que paseaban los camareros por la sala.

Rhys no respondió, ocupado como estaba en otear entre la gente en busca de la anfitriona. Una mata de pelo rubio brillante captó su atención… Estaba hablando con James Sunders, el actor con el que acababa de disputarse el papel principal en una película que prometía ser el boom del año; y con varias personas más a las que conocía por ser gente de la prensa.

Obvió la copa de Bruce y echó a andar hacia ella, no obstante, la mánager de Ivy le detuvo cuando casi estaba a punto de llegar.

—Hola, Rhys, gracias por venir —lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

No recordaba haberle pedido que lo tuteara, pero era la agente de Ivy, no podía ser grosero con ella, de modo que le ofreció una sonrisa neutra.

—Eres mi invitado de honor, así que debo de asegurarme de que lo pasas bien —siguió ella.

—¿Tu invitado? —preguntó confundido. ¿No había sido Ivy quién lo había invitado?

—¡Por supuesto! —dijo ella con un brillo oscuro en los ojos.

—Creía que había sido Ivy la que me había pedido que viniera.

Sarah esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Tienes razón, *mea culpa*. Fue ella la que me pidió que te invitara. No debería tratar de agenciarme el mérito.

A pesar del intento de la mujer de arreglar su imprudencia, Rhys se dio cuenta de lo que sucedía en realidad. Le ofreció su mejor sonrisa y jugó su baza:

—¿Qué te parece si nos tomamos una copa en otro lugar menos… concurrido?

Sarah sonrió triunfal.

—Es la mejor idea que he escuchado en mucho tiempo.

Capítulo 6

Nueva York
2019

Ivy se despertó pasada la hora de comer. Su primer impulso fue llamar a su hermano para pedirle explicaciones por lo que había hecho. Le había dado poderes para que compara una casa en su nombre y él no tenía otra idea más que convertirla en la vecina de Rhys. No iba a poder salir de su apartamento sin darse de bruces con él.

—Tranquilizate, Ivy. George no tiene la culpa —dijo, tratando de recuperar la calma.

Su hermano no estaba al tanto de todo lo que había sucedido entre ella y Rhys. Tan solo le había contado la mitad de la historia, en realidad la parte menos importante de ella. Que había estado enamorada de él siendo joven, nada demasiado incriminatorio, y lo había hecho después de que su hermano escuchara una conversación entre Raven y ella.

Se arrebujó más en la cama y se permitió recordar… Normalmente bloqueaba cualquier pensamiento que tuviera que ver con Rhys, pero en esos instantes no podía hacerlo. Tenía que organizar sus pensamientos antes de que su vida se convirtiera en un caos más grande del que ya era. Encontrárselo en el aeropuerto había sido difícil, pero que él le hablara como si no hubiese sucedido nada era mucho peor. Y, aun así, hubiera sido peor que la evitara, se dijo. Se habría sentido más ofendida si él lo hubiera hecho. De hecho, conocía la sensación a la perfección.

Fuera como fuera tenía que ser práctica. Su apartamento era fantástico, a juzgar por lo poco que había visto de él la noche anterior. Las vistas nocturnas eran espectaculares, estaba bien situado y el portero le había parecido encantador. La clase de hombre que le hubiera presentado a su abuela Elisabeth si ambos vivieran en el mismo continente.

Y, por otro lado, la vida de ambos era lo suficientemente caótica como para no coincidir muy a menudo. Puede que ella hubiera terminado con su gira y que hubiese regresado a casa para componer, para ella y para otros artistas, pero aun así, tenía proyectos que la llevarían de un lado para otro y que no la tendrían atrincherada en casa donde podía encontrarse con Rhys solo con abrir la puerta.

Además, ¿por qué él vivía en Nueva York? Debería haberse mudado a California como la mayoría de los actores de Hollywood. Vivir en aquellas colinas, cerca del famoso letrero, ser vecino de sus compañeros de oficio… Arrugó el ceño. Rhys y su molesta costumbre de ir contra corriente.

Estaba comenzando a sentirse mejor cuando sonó su móvil. Descolgó sonriendo. Grace, su madre, había sido capaz de esperar hasta una hora prudencial para llamarla, lo que suponía un gran paso para una mujer tan impaciente como ella.

Tras prometerle que al día siguiente iría a comer a casa y que pediría ayuda si la necesitaba, aceptó colgar el teléfono.

—Va a ser hora de levantarse —se dijo—. Todas esas cajas no van a vaciarse solas.

La gran mayoría de sus cosas de Londres estaban en cajas en medio de su salón. Lo único que George se había molestado en colocar eran los muebles y el piano y, aun así, la distribución no se correspondía con el gusto de Ivy. El piano podía moverse al salón, no era necesario que ocupara tanto espacio en el estudio porque ella componía con la guitarra. Era más manejable y la hacía sentir más cercana a su música. El piano era un instrumento de desahogo para cuando se sentía estresada, no podía vivir sin tener uno cerca, pero no lo utilizaba tan a menudo como se pensaban sus fans.

Menos mal que tenía una semana libre antes de retomar la rutina del trabajo. Así podría personalizar su casa hasta convertirla en un hogar.

Sacó las piernas desnudas de debajo de las mantas e inmediatamente buscó los calcetines gordos que había encontrado la noche anterior en su maleta. No podía dormir con pantalones largos que se arrugaban y la hacían sentir aprisionada, por lo que siempre acababa con una camiseta enorme como camisón, cuando era más joven, robada a su padre o a su hermano, y después, comprada expresamente para ese fin en la sección de caballeros de cualquier tienda.

Desperezándose se encaminó hasta la cocina. Era amplia y luminosa, con muebles blancos y electrodomésticos de acabado metalizado.

Sintiendo que el estómago le rugía de hambre, abrió uno de los armarios y miró dentro. Nada. Sartenes, cazuelas, pero nada comestible.

En el siguiente encontró vasos y tazas. Platos y fuentes en el tercero. Siguió con los armarios sin encontrar nada a lo que hincarle el diente, por lo que su única esperanza fue la nevera de dos puertas que tenía enfrente.

Agua, mucha agua. Botellas pequeñas y más grandes, pero nada que alimentara.

—No solo de agua vive el hombre —dijo a nadie en particular puesto que estaba sola.

Cerró la nevera compungida. George no había pensado en que tenía que comer o qué. Ni siquiera había café instantáneo con el que poder animarse un poco, después de todo, disponía de agua suficiente para hartarse a él.

Suspiró resignada.

No iba a tener más remedio que vestirse y salir a hacer la compra. Llevaba tan poco tiempo en la ciudad que ni siquiera sabía dónde comprar por Internet para que te la trajeran a casa, o qué restaurantes repartían comida a domicilio.

O quizás podía llamar a Raven y hacer que ella le enviara lo que necesitaba. Miró la hora y se sintió culpable por pensar en esa posibilidad. Raven tenía que estar en medio de la vorágine de las comidas en su restaurante. No podía obligarla a prepararle algo y encima hacer que se lo trajeran a casa.

Sí, definitivamente, lo mejor que podía hacer era darse una ducha, vestirse y hacerse cargo ella misma de sus propias necesidades. Además, estaba segura de que Albert le diría dónde podía encontrar un supermercado. No obstante, antes de hacer todo eso tenía la intención de desahogarse con el culpable de sus penas.

Regresó al dormitorio y buscó el móvil que había dejado sobre la cama. Lo desbloqueó y entró en favoritos. El teléfono de su hermano apareció en primera posición.

George descolgó antes del tercer tono.

—Hola, Iv. ¿Ya te has levantado? Pensé que dormirías hasta la tarde.

—No hay café —dijo sin mediar saludos.

—¿Cómo dices?

—No hay café, George. De hecho, tampoco hay comida, solo agua. ¿Cómo pretendes que sea capaz de ducharme, vestirme e ir a hacer la compra si ni siquiera puedo tomarme una taza de café cuando me despierto?

—Lo siento, Iv. No lo pensé.

George sonaba tan preocupado que enseguida se arrepintió de su arranque de mal humor. Su hermano era extremadamente protector con lo que su rapapolvo lo iba a tener incómodo durante todo el día.

—No importa. Te dejo, voy a meterme en la ducha y a buscar el café por mí misma.

—De verás que lo siento, Iv. Ahora estoy con un artículo importante para la edición de la tarde, si no, iría yo mismo a llevarte tu dosis de cafeína.

—¡Tranquilo! He exagerado un poco por el desfase horario. Te llamaré después —dijo y colgó.

No le quedaba otra más que ducharse y salir de compras, decidió.

La pega era que sin café lo más que podía era arrastrarse hasta el cuarto de baño, ducharse, ponerse cualquier cosa y entrar en la primera cafetería que encontrara. La gorra de Carrie y las gafas seguían en su bolso, podía hacer uso de ellas y evitar ser reconocida en tan lamentable estado.

Con esa idea subió la maleta a la cama y sacó unos vaqueros y un jersey de lana abrigado. Definitivamente, iba a detenerse en una cafetería para tomarse un café caliente antes de buscar un supermercado. El otoño en Nueva York era precioso, pero el frío también era mucho más intenso que en Londres.

El timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos.

La esperanza apareció de repente. ¿Habría hablado George con el portero para que le subiera una taza de café? Su hermano era lo bastante protector como para hacer algo así. Se miró y decidió que iba lo suficientemente decente como para abrir la puerta.

Volvió a sonar el timbre, por lo que se apresuró por el pasillo.

—¡Voy!

Abrió sonriente y se quedó con la sonrisa petrificada en el rostro. Ni siquiera el aroma a café recién hecho la hizo reaccionar.

—Hola, Iv —saludó su vecino—. Te he traído café —se encogió de hombros—, normalmente a los nuevos vecinos se les lleva un pastel o una tarta, pero George me ha dicho que el café sería más bienvenido.

Alargó una de las dos tazas que llevaba en la mano y se la puso debajo de la nariz. La dejó allí para tentarla.

Por mucho que Ivy intentó resistirse, el aroma del café la disuadió, por lo que la aceptó y le dio las gracias.

—¿Cómo sabías que estaba despierta?

—Tu hermano acaba de llamarme para pedirme que te trajera una taza del café más negro que tuviera. Dice que sin cafeína estás de mal humor.

Se encogió de hombros con una sonrisa.

—Supongo que no sabe que hay algo que te pone de peor humor que no tenerlo…

La alusión a su persona era clara, pero Ivy decidió no comentar nada.

Los dos seguían mirándose sin moverse. Al darse cuenta de que ella no iba a invitarle a pasar,

Rhys jugó su baza. Estaba al tanto, gracias a George, de que no tenía nada en casa. Del mismo modo que sabía que Ivy era una golosa y que sería incapaz de beberse el café sin sus dos cucharadas de azúcar.

—Tu hermano no ha especificado si querías azúcar o edulcorante, así que te lo he traído solo.

Ella arrugó el ceño.

—¿Qué sucede? Pareces decepcionada.

—No tengo nada de primera necesidad en casa. Bueno —rectificó—, agua. Tengo agua.

—En ese caso, sígueme. Te puedo ofrecer leche, azúcar y es posible que haya alguna galleta en la despensa.

La mención de la comida hizo que se decidiera a seguirle. No había ingerido nada desde la tarde anterior. Nunca comía en los aviones y después, al llegar a casa, se había metido en la cama sin pensar en comer.

Sonrió contra su voluntad al pensar en que su hermano se lo había enviado como quien arroja un salvavidas a alguien que se estaba ahogando, no podía despreciar el gesto. Por otro lado, solo iba a ser esa vez, se dijo, necesitaba azúcar y cafeína en la sangre si pretendía tener fuerzas para salir a hacer la compra. Además, ¿qué podían significar diez minutos de conversación? Nada, no serían nada más que una anécdota.

No podía permitirse que significaran nada más.

Con la taza que olía tan deliciosamente en las manos se dio la vuelta para coger las llaves que la noche anterior había dejado en la cerradura, las sacó y, armándose de valor, le dijo a Rhys:

—¡Vamos! Pero cumple tu palabra y dame también galletas, si es posible, con pepitas de chocolate.

Después de todo, ¿dónde había leído que el chocolate era el sustitutivo del sexo?

Capítulo 7

En cuanto entró en la casa de Rhys, Ivy se dio cuenta de que era tan grande como la suya, a pesar de que él la llevó de la cocina a su estudio sin mostrarle nada más, las puertas y los pasillos tenían la misma distribución que en su apartamento. Y por lo poco que pudo vislumbrar, además se dio cuenta de que también era más acogedora. En ella había detalles de los que su casa carecía: libros, plantas, fotografías… al menos hasta que colocara todo lo que contenían las cajas del salón. Trabajo que al parecer ese día no iba a realizar.

De hecho, eran las fotografías las que destacaban en el pequeño estudio al que Rhys la había llevado para tomarse el café. La pared de detrás del escritorio estaba repleta de marcos de distintos tamaños y colores.

Ivy la señaló con la cabeza.

—¿Qué es eso? Parece la típica pared familiar de casa de mi abuela.

—Fue cosa de la diseñadora.

—¿Escogió ella las fotografías?

—Por supuesto. Yo no tengo tiempo para esas cosas.

—Entiendo.

Rhys notó un cambio apenas perceptible en su tono. ¿Qué era? ¿Decepción? ¿Qué esperaba que le dijera? Que las fotos de su infancia y de su juventud en Jersey en las que aparecían tanto ella como George, Bruce, Mike, Raven o Carrie habían sido escogidas por él… Pues lo sentía mucho, pero no estaba dispuesto a hacerlo por mucho que esa fuera la verdad.

Ivy no quería saber la verdad, se dijo molesto. Si alguna vez hubiera querido saberla habría preguntado, y ella nunca había hecho algo que se le pareciera lo más mínimo.

Ivy siguió mirando las fotografías. Algunas escenas las recordaba porque las había vivido, otras en las que Rhys era el protagonista se correspondían con carteles de cine. Paseó la mirada por el resto del estudio. Estanterías que cubrían las dos paredes laterales de arriba abajo, repletas de libros y cajas de películas y, frente a ellos, un mueble con una enorme televisión y un reproductor de Blu-ray. Nada de música o de reproductores para escucharla. No es que hubiera esperado que fuera un fan con todos sus trabajos perfectamente colocados en una estantería cual altar, pero al menos sí que había creído que compraría alguno de ellos… quizás por añoranza de los viejos tiempos.

—Me gusta tu estudio —dijo muy seria—, incluso tus fotografías escogidas por la diseñadora.

—¡Gracias!

Rhys, que no estaba dispuesto a seguir hablando de las dichosas fotografías, decidió optar por un tema menos comprometido para él.

—A mí me gusta tu atuendo —señaló mirándole las piernas—, creo que eres la primera

invitada que me visita descalza.

—Permíteme que lo dude.

Él asintió con vehemencia.

—Te lo prometo. Normalmente vienen con zapatos de casa y es aquí cuando se los quitan.

—Entre otras muchas cosas, supongo.

—¿Estás interesada en mi vida amorosa?

Ivy abrió la boca para negarlo, pero en un momento de lucidez negó con la cabeza. No cabía duda de que el gesto era mucho menos comprometido que si se dejaba llevar por las palabras.

Rhys sonrió satisfecho con cómo se estaba desarrollando la situación. Se levantó y tomó las tazas de la pequeña mesa de café que había delante de los sillones de masaje del estudio en que estaban sentados.

—Cámbiate y te llevaré a hacer la compra —dijo dirigiéndose a la cocina con las tazas en la mano.

—¿Estás loco? —lo siguió ella.

—No lo creo.

—No necesito que me lleves a ningún lado.

—Yo creo que sí. ¿Sabes dónde está el supermercado? ¿Tienes modo de transporte o pretendes subir al metro como una persona normal?

—Soy una persona normal —protestó.

—Si tú lo dices…

Ivy se dio por vencida con ese tema. La verdad era que meterse en el metro era una completa locura.

—Puedo ir en taxi.

—Si tú lo dices.

—Y también puedo pedirle ayuda a Albert. No tienes por qué molestarte por mí. Estoy segura de que él me ayudará encantado.

Rhys negó con la cabeza.

—Albert no está. Ayer fue su turno de noche. ¿Qué te crees, que es un robot que se recarga con baterías? El pobre hombre tiene que descansar —agitó la cabeza en un gesto de regaño como si creyera que su comentario había sonado egoísta hasta para ella.

—Pues le preguntaré al portero que esté sustituyéndolo.

—No te lo aconsejo. Putin es bastante… cortante. Por decirlo amablemente.

—¿Putin?

—No es su nombre real, pero le pega dado que es ruso y un tirano. —Y añadió decidido a salirse con la suya—: Además, le he dado mi palabra a tu hermano de que te acompañaría al supermercado.

—No creo que…

—¿Qué sucede, Anderson? ¿Tienes miedo de pasar tiempo conmigo?

—¿Disculpa? —inmediatamente se puso de uñas.

Cómo podía tener el descaro de decir algo como eso. ¿Acaso no tenía tacto? ¿No podía tener un poco de miramiento por una vez en su vida?

—Así que es eso. Te preocupa pasar tiempo conmigo porque puedo terminar gustándote de nuevo —dijo y, aunque sabía que se estaba metiendo en terreno pantanoso, no se le ocurría otro modo de que ella aceptara su compañía.

Desde niña, apelar al orgullo de Ivy era el mejor modo de lograr que ella hiciera algo que no

deseaba hacer y, aunque Rhys sabía que la táctica era rastrera, estaba decidido a retomar su relación a como diera lugar. Lo había decidido la noche anterior y él siempre llevaba a cabo sus metas.

—No me gustarías ni aunque fueras el último hombre del mundo.

—Qué respuesta más infantil —siguió provocándola—. Pero no hay duda de que tengo razón.

—Generalmente, los hombres creen fácilmente lo que desean.

Rhys sonrió encantado.

—Eso es del *Julio César* de Shakespeare. Ahora estoy completamente seguro de que tengo razón. Has escogido una frase del personaje que interpreté durante meses en el teatro *The Playhouse* de Londres. ¡Viniste a verme! Y tuviste que hacerlo varias veces si te aprendiste mis diálogos.

Ivy era cantante no actriz, aun así, salió bastante bien del paso con una cara de póquer que había aprendido de Raven.

Nadie ponía mejor cara de póquer que la pelirroja.

—No es cierto. Ni siquiera sabía que hubieras actuado en Londres. Puede que tu ego te impida creerlo, pero no sigo tu carrera y, mucho menos, soy tu fan. En cambio, sí que soy una ávida lectora.

Él sonrió divertido.

—Tienes razón. No me lo creo.

Ivy no dijo nada. Se dio la vuelta y salió de la cocina para ir a darse una ducha y vestirse para salir de compras con una estrella de cine engreída y totalmente desconsiderada.

Capítulo 8

Londres
Otoño de 2015

—¿Estás segura de que no te molesta ir al teatro? —preguntó Ivy por décima vez a su amiga.

Raven Michaels, la emergente segunda chef del famoso Le Bernardin, había sido invitada esa semana a un conocido programa de cocina que se había expandido por el mundo y convertía a meros aficionados en profesionales del arte culinario. Por ese motivo se encontraba en Londres, en casa de Ivy, una de sus mejores amigas, junto con Carrie.

Ivy apenas podía creérselo cuando abrió la puerta de su ático en Kensington y se topó con la sonriente pelirroja gritando: ¡Sorpresa! Con una maleta lo suficientemente grande como para anunciar que su estancia se prolongaría más allá del fin de semana y una sonrisa tan grande que le empañó los ojos.

Las dos amigas lanzaron gritos de alegría al tiempo que daban ridículos saltitos cogidas de las manos. De sus dos amigas, Raven era la comprensiva, la que sabía escuchar sin interrupciones, todo lo contrario que Carrie, quien apenas podía contenerse de preguntar los detalles. También era la más sensata a la hora de dar consejos. La morena era demasiado radical.

—¿Por qué no me habías dicho que venías? ¿Y si no hubiese estado esta semana en Londres? —preguntó Ivy cuando por fin se les pasó la euforia del reencuentro.

—Quería darte una sorpresa y sabía que estarías en casa hasta el diecinueve, que es cuando comienzas con la promoción.

—¿George? —adivinó la rubia.

—¿Quién si no?

—Pues me la has dado, la sorpresa, digo.

—¡Lo sé! ¿A que soy genial?

—Muy genial —aclaró Ivy—, ¿cuánto tiempo te quedas?

—Una semana. Soy la chef invitada en *MasterChef Reino Unido* esta semana.

—¿De verás? Es fantástico.

Raven asintió sonriente.

—Desde que empecé a trabajar en Le Bernardin me he ido haciendo un nombre —dijo con una expresión de orgullo—. Lo próximo será abrir mi propio restaurante, pero antes quiero aprender de los mejores.

—¿Un restaurante propio? Eso suena genial.

—¿A que sí? Es mi sueño.

—Si necesitas socios capitalistas, cuenta conmigo. Pero dime, ¿cómo se llamará? —preguntó

como si la apertura del restaurante fuera inminente.

—Red Raven, por supuesto. Y voy a pensarme lo de ser socias.

Ivy rio divertida. El nombre de su amiga era una sorpresa para todo aquel al que le decía su nombre por primera vez. Siendo sus padres morenos habían acordado llamar a su hija Raven, con lo que no habían contado era con que la niña tuviera el pelo rojo, igual que un bisabuelo irlandés por parte de madre. Aunque, de hecho, tampoco les importó porque mantuvieron el nombre que habían escogido previamente y convirtieron a su hija en una niña única. Un precioso cuervo rojo.

—¡Me encanta el nombre! —exclamó sonriente—. Eres la mejor chef que conozco, y no lo digo porque seas mi amiga. —Y añadió con una sonrisa—: Vaticino que tu restaurante será un éxito.

—Gracias, pitonisa Ivy, pero para eso habrá que esperar un poco. De momento vengo con una buena noticia: la grabación no empieza hasta el lunes, así que este fin de semana soy toda tuya.

De repente la sonrisa de Ivy desapareció de su rostro.

—¿Qué sucede? ¿Tienes planes que George desconoce? ¿No me digas que estás saliendo con alguien?

Ivy negó con la cabeza.

—¿Qué piensas de ir al teatro esta noche? ¿O prefieres salir de copas por East London? Haremos lo que tú prefieras.

—¿Qué obra iríamos a ver? —Raven era mucho más suspicaz que Carrie, por lo que la pregunta era de lo más acertada.

—Julio César en el *The Playhouse*.

—¡Entiendo! —Y añadió tras una pequeña pausa—: El teatro me parece un plan genial.

—Gracias —dijo abrazándola—, pero ¿puedes hacerme un favor?

—Tranquila, no se lo contaré a Carrie.

—Gracias, y tampoco…

—Tampoco se lo diré a George. Solo aclárame algo. ¿Vamos solo a mirar o también vamos a hacernos ver?

Ivy negó con la cabeza muy seria.

—Solo vamos a mirar.

—¿Estás segura?

—¡Completamente! Él no vino a mi fiesta a pesar de que le invité, así que yo me niego a ir a verle actuar.

Raven no comentó el hecho de que su frase carecía de sentido.

—En ese caso tendremos que emborracharnos adecuadamente después.

Ivy sonrió encantada de tener a Raven en Londres.

—Me parece una idea maravillosa, pero que no sea con tequila, por favor.

—¡Hecho!

Capítulo 9

—Cualquiera que te vea creerá que te llevo al patíbulo y no a una fiesta —comentó Carrie en la limusina que les había enviado la *Maison* francesa organizadora del evento para que asistieran al mismo.

—Muy graciosa.

—No trato de serlo. Lo digo con sinceridad, tienes cara de que te molesten las hemorroides. Menos mal que Raven no ha podido venir, la habrías asustado con tus muecas y tu mal humor.

—Me prometiste una semana libre. A lo mejor estoy molesta porque no cumples con tu palabra.

Carrie suspiró exasperada. ¿De verdad creía que la iba a engañar con una excusa tan poco elaborada?

—Van a ser un par de horas —dijo siguiéndole el juego—. No seas quisquillosa. Por cierto, ¿qué has estado haciendo esta mañana que pareces tan cansada? A Karen le ha costado cubrirte las ojeras.

—He ido de compras con Rhys.

—¿Cómo dices?

—George no había abastecido mi despensa. No tenía más opciones que aceptar su ayuda y permitir que me llevara de compras.

—Podrías haberme llamado. Además, ¿por qué te iba a enviar George a Rhys?

Ivy se encogió de hombros.

—Es mi vecino.

—¡Repite eso!

—Es mi vecino. Mi hermano me ha comprado un apartamento en su edificio. Si no fuera por la ubicación, ya me habría mudado.

—¡Wow! Tu hermano es capaz de sorprender a cualquiera. Y ¿cómo fue?

—Mejor de lo esperado —comentó sin entrar en detalles.

Rhys había sido el mismo que ella recordaba de cuando eran más jóvenes. Aquel Rhys que se preocupaba por ella y con el que compartía una gran complicidad.

Había sido inevitable que la gente les reconociera, Ivy estaba acostumbrada a que los fans se le acercaran y si no era porque asistía a algún evento multitudinario no solía llevar escolta; al parecer Rhys también actuaba del mismo modo.

Durante su tarde de compras se les acercaron varias personas en el supermercado y Rhys, con su encanto canalla, consiguió centrar en él la atención para evitar que ella se sintiera presionada. Cuando llegó a casa, Ivy se quedó con la molesta sensación de que para él ya no era nada más que la hermana pequeña de su mejor amigo. Aunque, bien pensado, a excepción de aquella única

vez, ¿cuándo había sido otra cosa?

No, Rhys no había hecho ninguna mención a lo sucedido entre ellos, de hecho, actuaba como si no lo recordara, o no deseara hacerlo.

—Puedes ser más específica.

—Esta noche no.

Ivy podría estar cansada, pero era una profesional, por lo que, en cuanto bajó del coche, compuso su mejor sonrisa y entró en el Plaza con ella puesta. Tenía que lucirla del mismo modo que lucía el impresionante vestido de seda blanco, largo hasta los pies, cubierto de bordados en plata, de manga larga y escote en uve casi hasta el ombligo, aun así, cómodo porque no era completamente abierto, sino que formaba una rejilla con el mismo hilo plateado que cubría todo el vestido y que la casa francesa le había enviado para la ocasión. Todo ello rematado con un cinturón en plata, zapatos y bolsito del mismo color. En la cabeza una diadema plateada y el cabello suelto en suaves ondas. Como complemento solo llevaba unos pendientes largos y finos de brillantes. Tan atractiva que los flashes de las fotografías que le estaban haciendo iluminaron la noche neoyorquina.

Carrie, por su parte, había optado por un sobrio vestido negro largo y con una abertura hasta medio muslo.

La responsable de la firma se acercó a ella y le dio la bienvenida. Después la acompañó hasta el *photocall*, donde estuvo casi media hora posando para la prensa. Durante ese tiempo se limitó a sonreír y a atender a los medios que le preguntaron por los motivos por los que apoyaba causas tan dispares como la protección del medio ambiente o, en ese caso, la ELA.

—Apoyo cualquier causa que necesite ayuda y me parezca justa —dijo, y se disculpó para mezclarse con los invitados.

—Una respuesta sensacional —dijo una voz a sus espaldas.

Se dio la vuelta sabiendo de quien era.

—¿Qué…? —Rhys estaba impresionante en su esmoquin negro que Ivy perdió el hilo de lo que estaba diciendo.

—¿Qué? —le hizo un gesto con la mano para que continuara la frase.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también soy una persona solidaria —se acercó a ella y la tomó del codo—, creo que necesitas una copa —anunció moviéndose y tirando de ella para entrar en el salón.

—¿Cóctel o champán? —preguntó.

—Cualquier cosa.

—Entonces champán. —Paró a un camarero y le cogió dos copas de la bandeja—. La barra está abarrotada. Pero ¿dónde está Carrie? Me sorprende que te haya dejado sola.

—¿Cómo sabes que he venido con ella?

—Os he visto bajar de la limusina.

—¡Acosador!

Rhys rio y le dio un sorbo a su bebida. Por su parte, Ivy también se llevó a los labios la copa de champán mientras miraba la pista de baile en la que varias parejas danzaban al ritmo de Michael Bublé y *Feeling Good.*

And I know how I feel.

It’s a new dawn.
It’s a new day.
It’s a new life
For me.

Rhys se dio cuenta de lo que miraba, le quitó la copa de las manos y la dejó, junto con la suya, de nuevo en la bandeja de un camarero que pasó junto a ellos.

—Bailemos.

—No creo que…

—No puedes rechazarme. Me he dedicado en cada entrevista que me han hecho a jactarme de que somos amigos y nos hemos criado en el mismo barrio. Quedarás fatal si no bailas conmigo.

Molesta porque tratara de manipularla se puso a la defensiva.

—La prensa está fuera. Correré el riesgo —dijo ella, pero él la asió por la muñeca y la atrajo hacia sí.

—La prensa está por todas partes. No puedo creer que te hayas olvidado de lo bien que lo hemos pasado esta mañana en el supermercado.

—Muy gracioso.

—Es cierto, mi parte favorita ha sido cuando nos hemos peleado sobre si era mejor comprar ciruelas pasas o ciruelas rojas para el estreñimiento.

—¡Rhys! —Le dio un manotazo para que se callara—. Quieres no gritar.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que tus fans sepan que tienes problemas para…?

—¡Calla!

—¡Baila conmigo! —dijo sin darle tiempo a negarse otra vez—. Soy el mejor bailarín que encontraras aquí —anunció y, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, estaba entre sus brazos y se mecía con él al ritmo de la música—. Por cierto, esta noche estás preciosa.

—¡Gracias! ¿Por qué no me habías dicho que ibas a asistir?

—¿Por qué no me lo dijiste tú?

—No sabía que estuvieras invitado.

Él le guiñó un ojo con picardía.

—Ahí tienes tu respuesta. —Y le dio una vuelta sobre sí misma para después volver a ajustarla a su cuerpo.

Ivy sentía que su corazón estaba acelerado, aunque se negaba a aceptar que el motivo era Rhys, tenía que ser el baile. Hacía mucho tiempo que no bailaba, por lo que estaba desentrenada, se dijo. No podía permitirse el lujo de dejar que él volviera a afectarla.

No podía consentir que la mano que él tenía sobre su cintura se sintiera tan cálida como para expandir su agradable calor por todo su cuerpo.

¿Dónde demonios estaba Carrie cuando la necesitaba? Necesitaba apartarse de él o volvería a fantasear con cosas absurdas que terminaban por lastimarla.

—¿Buscas a alguien? —preguntó él.

¿Por qué era siempre tan perspicaz?

—Me preocupa Carrie. Ya sabes lo directa que puede ser a veces.

—Carrie es mayorcita. Puede cuidarse sola.

—Hablando de soledades. ¿Dónde has dejado a tu pareja?

Rhys sonrió encantado por la pregunta.

—He venido solo. Tenía la esperanza de encontrar a alguna chica guapa con la que bailar.

Ella le lanzó una mirada afilada antes de responder:
—Lástima que hayas terminado bailando conmigo.
Rhys soltó una carcajada que atrajo la atención de varias parejas que bailaban cerca.
—Las mujeres son demasiado complicadas, prefiero bailar contigo.
—¿Las mujeres? ¿Se puede saber qué soy yo entonces? ¿Un florero?
—Ivy. Tú eres Ivy —dijo muy serio.

Capítulo 10

Ivy no había vuelto a encontrarse con Rhys después de que coincidieran en la fiesta solidaria a pesar de que vivían en el mismo edificio.

Ella, por su parte, se había pasado los siguientes tres días debatiéndose entre las ganas de toparse con él y las de evitar ese encuentro a toda costa. Y todo por culpa de ese estúpido baile que habían compartido y de sus enigmáticas palabras. De lo protector que siempre había sido con ella y de lo fácil que era relajarse y ser ella misma en su presencia.

Incluso después de tantos años la misma sensación de familiaridad la embargaba estando a su lado. Los años habían pasado, pero él seguía mostrándose como si no hubiera

pasado tanto tiempo desde la última vez que compartieron ese grado de intimidad.

Por muy increíble que hubiera sido la noche, Ivy trató de seguir con su vida sin Rhys. Por ello pasó el día siguiente, viernes, con sus padres; y el sábado fue con Carrie a comer al restaurante de Raven. Su amiga había terminado convirtiéndose en una empresaria de éxito, tal y como ella había vaticinado, y una chef famosa en el competitivo mundo gastronómico, por lo que no había podido asistir con ellas a la fiesta.

El Red Raven se convirtió en uno de los restaurantes de moda de la ciudad prácticamente desde que se inauguró a finales del 2016.

Dado lo atada que Raven estaba con su trabajo, escogieron el restaurante de su amiga para comer. No obstante, contra todo lo esperado, la pelirroja no las recibió sin su habitual uniforme de chef, sino enfundada en un bonito vestido de lana verde que lograba que su llameante pelo destacara mucho más.

Las tres montaron el numerito del reencuentro, atrayendo la atención de los trabajadores de la pelirroja que, hasta ese momento, pensaban que su jefa era demasiado seria para divertirse.

—Vamos a sentarnos. He reservado mi mejor mesa para nosotras. —Y añadió con un guiño—: Después de todo, Ivy es una estrella internacional.

—Todas lo somos. Tú eres una chef con una estrella Michelin y Carrie es la mejor agente musical del momento. ¿No te ha contado que ha empezado su propia empresa y que ahora tiene subordinados?

—Me lo ha contado. Lo que significa que tenemos un motivo más para celebrar.

Se sentaron a comer y hablaron de todo como en los viejos tiempos en los que tan solo vivían a unos metros de distancia las unas de las otras.

La comida estuvo deliciosa, el segundo chef de Raven se esmeró mucho para complacer a su superior, lo que le valió el aplauso de las tres, y convenció a Raven de que era buena idea delegar de vez en cuando en su segundo.

—Me he apuntado a una agencia de citas —anunció Carrie durante los postres.

—¿Eso que es? ¿Como una de esas aplicaciones en las que marcas a los tipos que te gustan y si ellos también te escogen quedas para tener sexo? —preguntó Raven con curiosidad.

—No. Es una agencia seria.

—¿Qué quieres decir con seria? —intervino Ivy.

—La finalidad es el matrimonio.

Ni Raven ni Ivy fueron capaces de decir nada por unos segundos. En ningún momento se hubieran planteado la posibilidad de que su amiga pensara tan pronto en el matrimonio.

—¡Vaya! Eso sí que es serio —declaró la pelirroja.

Carrie asintió e Ivy las miró con aire soñador antes de confesar:

—Sabéis, siempre soñé con que alguna de las dos se casara con George y fuera mi hermana de verdad.

Las otras dos se miraron cómplices.

—¿Qué ha sido ese gesto? Os he visto miraros de forma rara. ¿Me he perdido algo?

Carrie sonrió divertida.

—¿Se lo contamos?

Raven asintió también con una sonrisa.

—George está vetado para nosotras —contó la chef—, cuando teníamos dieciocho las dos estábamos prendadas de tu hermano, así que hicimos un pacto de no agresión y renunciamos a él por el bien de nuestra amistad.

Ivy parpadeó sorprendida.

—¿Por qué no me lo contasteis entonces?

—Tú ya te habías ido a Londres. Supongo que te echábamos tanto de menos que tu hermano se convirtió en tu sustituto en nuestro corazón —explicó Carrie.

La rubia asintió comprendiendo lo que sus amigas habrían sentido cuando se marchó de repente.

—¡Un momento! —paseó la mirada de una a otra para detenerla finalmente en Carrie—, pero tú te enrollaste con él en Londres. Lo recuerdo perfectamente. Fue la primera noche que salimos después de los exámenes de primero.

Carrie enrojeció tanto que Ivy se sintió fatal por haberlo dicho en voz alta. Había estado pensándolo sin darse cuenta de que lo había verbalizado.

—¿Cómo dices? ¿Rompiste nuestro pacto? —Raven estaba completamente asombrada y no cabía duda de que también estaba enfadada.

—Estaba borracha y no fueron más que unos besos.

—¿Nada más que unos besos? ¿Sabes lo que me costó cumplir mi palabra cuando George trató de besarme aquella vez en Año Nuevo? Estaba loca por él, pero me aparté solo porque te lo había prometido, y tú… —Estaba tan molesta que no le salían las palabras.

—Lo siento mucho, Raven.

—Para mí no fue un sustituto de Ivy. Realmente me gustaba. Me gustaba mucho y, aunque un beso en Año Nuevo no habría significado nada, no se lo di porque te lo había prometido.

—¡Chicas! Por favor, no os enfadéis. Hace mucho tiempo de todo esto, no vale la pena estar enfadas por el pasado.

La pelirroja la miró molesta e Ivy comprendió el motivo. Ella era la menos indicada para decir algo así. No era ni moral ni éticamente correcto que alardeara de ese modo cuando ella era peor.

—¡Dios mío, Raven, lo siento tanto! —se disculpó Carrie, completamente pálida—. No sabía lo que sentías y te juro que estaba tan borracha que apenas me acuerdo de nada. Nos dimos dos

besos rápidos y después me desmayé.

—Es cierto, Raven, yo estaba allí y lo presencié todo. Creo que George ni siquiera lo recuerda.

Ella asintió y trató de sonreír, pero no le salió más que una mueca.

—No tiene importancia. Disfrutemos de la comida. Mi chef repostera es maravillosa.

Tuvo que pasar una larga media hora hasta que la conversación volvió a ser fluida y normal.

Ivy se pasó el día siguiente entre paseos hasta la mesa de Albert y su casa, visitas que no tenían otro fin más que hacerse la encontradiza con Rhys. Aun así, a pesar de sus esfuerzos, no lo había vuelto a ver hasta ese momento en el que el ascensor se abrió y apareció ante ella perfectamente trajeado, y acompañado de una morena despampanante, cuyo look contrastaba tanto con el suyo, vestida con vaqueros, jersey y abrigo, el *outfit casual* que había elegido para ir a la librería.

—Ivy —la saludó Rhys con una sonrisa.

La morena a su lado la miró con abierto asombro y admiración.

—Hola, Rhys.

—¡Madre mía! —exclamó ella sin dejar de mirarla—, ¡madre mía! Eres Ivy Anderson. Me encanta tu música. —Se giró para mirar a su acompañante—. Rhys ¿por qué no me habías dicho que vivía en tu edificio?

—No sabía que te gustaba tanto —se excusó él—. Estás acostumbrada a codearte con famosos.

—Lo sé, pero ella es especial. ¡Me encanta! Supongo que estarás agotada de que te acosen los fans, pero ¿puedo hacerme una foto contigo? —pidió con cierta timidez.

Ivy asintió y le devolvió la sonrisa contagiada por el entusiasmo de la morena, a la que dadas las circunstancias no podía odiar por muy novia que fuera de Rhys.

La chica le tendió el móvil al actor y le dio indicaciones de cómo quería que fuera la fotografía. Acto seguido se acercó a Ivy con cierta timidez.

Consciente de que, aunque fuera la cita de Rhys también era una fan, le sonrió y le pasó el brazo por la cintura. A la morena le brillaron los ojos por el entusiasmo y correspondió al gesto haciendo lo mismo.

—Sácanos un par por si no sale bien a la primera.

—Sois las dos guapísimas, es imposible que no salgáis perfectas —dijo él en tono meloso y añadió en un tono socarrón—: Sé que es difícil para ti, Ivy, pero intenta mirarme y sonreír.

La morena emitió un sonido escandalizado y Rhys rio más a gusto.

Después de hacerse las fotos la chica volvió a agradecérselo e Ivy se despidió de ellos para tomar el ascensor del que acababan de bajar.

Aun así, llegó a escucharla preguntarle que de qué la conocía y la fría respuesta de él de que se conocían desde siempre porque se habían criado en la misma calle.

Capítulo 11

La semana de vacaciones se fue sucediendo sin grandes momentos. No volvió a toparse con Rhys, quizás porque tampoco propició tal encuentro. Tras encontrarle con la morena sus ganas de verle se esfumaron tan deprisa como aparecieron. ¿Estaban juntos? Y si ese era el caso, ¿por qué no la había llevado a la fiesta del Palace?

Se regañó mentalmente por seguir pensando en él. Años atrás había decidido retomar su relación, pero Rhys no aceptó su oferta y no se presentó en la fiesta a la que ella le invitó. Después volvieron a intentarlo y la cosa no salió bien. Ya era hora de que se rindiera.

Se dijo a sí misma que se había dejado llevar por la tarde que habían pasado juntos en el supermercado y que por eso permitió que se acercara tanto en el baile; en sus ganas de verle no había más que un poco de melancolía por los años en los que habían sido amigos.

Mentalizada de que ese era el caso, Ivy aprovechó los días libres para sacar sus cosas de las cajas y para leer. Su visita a la librería se había saldado con la bibliografía completa de Asher Mills. Le quedaba pendiente con el escritor una promesa y cuando llegara el momento de saldarla tenía toda la intención de impresionarle. Después de todo, Asher no solo era brillante como escritor, sino que también era atractivo y encantador, la clase de hombre por la que debería sentirse interesada.

Una pena no haber pensado en intercambiar teléfonos, se dijo. Aunque siempre cabía la posibilidad de que Carrie lo tuviera. Lo malo era tener que pedírselo a su amiga. Conociéndola, no iba a dárselo sin verse sometida a un tercer grado.

Horas más tarde, cuando miró el reloj del teléfono, comprobó sorprendida que eran casi las cinco de la tarde de un viernes y que se le había pasado sin que apenas se diera cuenta, sumergida en su lectura.

Estaba a punto de lamentarse por cómo estaba yendo su vida desde que dejó Londres, donde solía salir más, cuando el timbre de la puerta le impidió sufrir un episodio de autocompasión.

Se encaminó descalza, como siempre que estaba en casa, y abrió sin grandes expectativas. No esperaba a nadie: Raven estaría en su restaurante en medio de la vorágine de trabajo que suponía un viernes por la noche, Carrie tenía una cita que le había concertado la agencia, y el resto de sus amigas estarían en Jersey, no en Nueva York preocupadas por la densidad del tráfico.

Abrió sin preguntar, esperando encontrarse con Albert trayéndole algún paquete, pero para su sorpresa se topó con la sonriente cara de su hermano.

—¡George!

Él alzó las manos y le mostró una abultada bolsa de papel. Tenía el mismo tono de rubio que ella, pero su pelo era más fino y corto, por lo que siempre estaba despeinado como si se hubiera pasado los dedos por él, gesto que solía hacer cuando se sentía frustrado. Además, dada la hora

que era, su aparición debía de estar relacionada con algo del periódico, ya que George era de los que se quedaban la noche en la redacción.

—He traído cervezas.

Ivy se apartó para dejarle pasar.

—Entonces eres bienvenido —bromeó—, hace años que no me tomo una.

Él se detuvo a medio entrar.

—¿Por qué? ¿Va a golpearme Carrie si se entera de que te he dado alcohol?

—No. La gira ha terminado. Ahora estoy en periodo de composición y te aseguro que el alcohol es una fuente de inspiración. Acuérdate de Poe.

George asintió más tranquilo. Adoraba a su única hermana, pero eso no significaba que no temiera a Carrie con la misma intensidad. La mejor amiga de su hermana era demasiado… extrema. Nada que ver con el carácter de Raven, con quien siempre se había sentido más… cercano.

—En ese caso… —Entró decidido a pasar la noche charlando y bebiendo con su hermana menor.

Ivy rio de buena gana.

—No me puedo creer que tengas miedo de Carrie.

George le lanzó una mirada dolida mientras se adentraba en el piso.

—No disimules, estoy seguro de que tú también sientes… —Se detuvo buscando una palabra más prosaica—. Respeto por ella.

Ivy asintió con vehemencia.

—Tienes razón. Eso ha estado de más.

George sonrió con pillería.

—Te perdono si traes algo para picar. La cerveza entra mejor con comida basura.

—De eso tengo de sobra. Ya sabes lo mal que se me da cocinar.

—La abuela Elisabeth no te perdonará nunca que no sepas hacer un buen budín de frutas o un pastel de carne comestible.

—No me lo recuerdes —pidió llevándose una mano a los ojos en un gesto dramático—. Soy la oveja negra de la familia.

Su hermano rio de buena gana.

—¿Nunca has pensado en dedicarte a la interpretación? —preguntó al tiempo que tomaba asiento en el sofá del salón—. Estoy seguro de que lo harías genial.

Negó con la cabeza.

—Lo mío es la música. Por cierto, George, hablando de actores —dijo intentando poner un tono casual—, ¿sabes si Rhys está saliendo con alguien?

Su hermano la miró sin dobleces.

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Es que anteayer me lo encontré con una chica en el ascensor y parecía una cita.

—¿Cómo era?

—Morena, alta y atractiva.

George negó con la cabeza.

—No es para nada el tipo de Rhys. —George ya había abierto la primera cerveza, sin esperar a que llegara la comida, y se disponía a bebérsela.

—¿No le van las mujeres atractivas con cuerpos esculturales?

Él volvió a negar.

—No le gustan las morenas. Tiene predilección por las rubias. —Algo en su mirada atrajo la atención de Ivy, no obstante, no pudo identificar qué era.

Imposible, replicó mentalmente, todas las chicas con las que lo había visto eran morenas o castañas. No recordaba a ninguna rubia a su lado. Aunque, claro, hacía mucho tiempo que no eran tan cercanos como para saber a ciencia cierta con quién había estado.

Se regañó a sí misma por seguir pensando en él y centró su atención en George.

—¿Y a ti? ¿Qué tipo de mujeres te atraen? —preguntó, no recordaba haberle conocido ninguna novia formal. Cierto era que sabía que había tenido citas, sobre todo en la universidad, donde su acento americano había atraído a muchas inglesas, pero nada que fuera remotamente una relación.

—Me gustan las pelirrojas.

—¿De veras?

Asintió.

—¿Podemos cambiar de tema?

Ivy sonrió con picardía.

—No me digas que te da vergüenza hablar de chicas conmigo.

—No me da vergüenza, es solo que no me parece apropiado hablar de esas cosas contigo.

—¿Con esas cosas te refieres a sexo?

George enrojeció e Ivy pensó que era la primera vez que veía a un hombre enrojecer de ese modo.

No queriendo seguir incomodándole aceptó el cambio de tema.

—De acuerdo, entonces dime, ¿qué te ha hecho salir del periódico a esta hora? ¿Va todo bien?

—Casi que prefiero hablar de chicas.

—¡Dispara!

George suspiró resignado.

—Me han ofrecido el puesto de redactor jefe. Matthew se jubila el próximo mes.

—Eso es genial. Supongo que has aceptado y las cervezas son para celebrarlo conmigo.

George esbozó una tímida sonrisa.

—En realidad son para olvidar que he aceptado.

Ivy palmeó encantada.

—No me puedo creer que mi hermano vaya a ser como Perry White —dijo con orgullo—. Siempre me gustó ese tipo.

—Si me preguntas, hubiera preferido ser Clark Kent. Es más guapo y se queda con la chica —dijo con una sonrisa y un guiño.

—Pero Lois Lane no es pelirroja.

George se hizo el sordo.

Capítulo 12

Ivy se despertó a la mañana siguiente de la visita de su hermano sin resaca. Lo que era increíble teniendo en cuenta el tiempo que hacía que no bebía alcohol y la cantidad ingerida, aunque en realidad tenía cierto sentido. La única bebida alcohólica que su cuerpo se negaba a digerir era el tequila. Daba igual la cantidad que bebiera, el resultado siempre era el mismo: dolor de cabeza y una borrachera simpática y somnolienta.

Sin hacer ruido se levantó de la cama y se encaminó hasta la habitación de huéspedes, donde él había pasado la noche. Abrió la puerta con sumo cuidado para encontrarse con la cama hecha y la habitación vacía.

Suspiró sonoramente, preocupada por la adicción de George al trabajo, y se encaminó hacia la cocina para hacerse un buen café.

Tras preparárselo se sentó en un taburete de la isla y lo saboreó a placer. Solo faltaba un día para que se cumpliera el plazo de vacaciones que le había dado su mánager, lo que significaba que esta no tardaría en pasarse por allí con la firme decisión de organizar su vida para que fuera lo más productiva posible. Lo que en situaciones como en la que se encontraba actualmente agradecía. Necesitaba mantenerse activa, si pretendía sobrevivir a Nueva York y a la inesperada proximidad de Rhys. Si lograba hacerlo evitaría cometer estupideces como pasearse por el pasillo a la espera de toparse con él, o arriesgarse a ser descubierta preguntándole a su hermano por las relaciones sentimentales de su amigo.

Sí, se dijo, necesitaba hacer algo con su vida, establecer una rutina. Mantener la mente ocupada…

No tuvo tiempo de darle más vueltas a su idea porque sonó el timbre de la puerta en ese momento y se vio obligada a ir a abrir.

¿Podría ser George que había bajado a comprar el desayuno? Abrió la puerta esperando ver a su hermano, pero fue con Rhys con quien se encontró.

—Buenos días, ¿qué tal la resaca? —Ni siquiera esperó a que ella le invitara a entrar, sino que la empujó con suavidad y se metió dentro del apartamento.

Ivy se fijó en que iba sin afeitar, con el pelo revuelto y los ojos enrojecidos, seguramente por la falta de sueño. Su amiga la morena tenía que mantenerlo despierto a menudo a juzgar por su aspecto desaliñado. Inmediatamente después del pensamiento se dio una bofetada mental y trató de centrarse en lo que estaba pasando.

—Entra, por favor —dijo con sorna—, estás en tu casa.

—Gracias, eres muy amable —se burló él.

—¿Qué haces aquí?

Él ya estaba caminando por el pasillo hacia la cocina.

En cuanto entró dejó las bolsas que ella ni siquiera había visto que sostuviera y se sentó en el taburete de la isla.

—Tu hermano me ha pedido que te traiga analgésicos. Las tostadas francesas son cosecha propia —dijo al tiempo que se llevaba la taza de café, que ella había dejado sobre la mesa, a los labios.

—Ese es mi café.

Él sonrió encantado.

—Está rico. Ponte otro para ti que este me lo quedo yo.

Ivy resopló, se dio la vuelta y buscó una nueva taza en el armario para servirse otra vez un café.

Al escuchar el sonido de papel miró por el rabillo del ojo y vio a Rhys hincarle el diente a una tostada. Suspiró, tomó su taza y se sentó frente a él. Lo conocía como para saber que no se marcharía hasta que él deseara hacerlo.

—¿Y puede saberse por qué mi hermano te ha pedido que me traigas analgésicos?

—Es evidente el porqué.

Ivy arqueó una ceja.

—¡Ilústrame!

—Porque por mucho que hayas crecido tú siempre serás su hermana pequeña y por mucho tiempo que pase yo siempre seré su mejor amigo.

—No veo cómo nos relaciona.

—Puede que no lo sepas porque no eres un hombre, pero hay una regla no escrita de que los amigos deben encargarse de las hermanas pequeñas de sus amigos si la situación lo requiere.

—¡Entiendo! —musitó ella, pero no era eso lo que le estaba pasando por la mente en esos instantes.

—Así que tómate un paracetamol. —Alargó el brazo para tomar la otra bolsa—. Y cómete una tostada. Te sentirás mejor cuando lo hagas.

—Ya me siento bien. No tengo resaca.

—¡Lo suponía! Era cerveza, no tequila.

—¿Y si lo sabías por qué no se lo dijiste a mi hermano y te salvaste de hacer de niñera?

—Porque me hubiera obligado igualmente a venir. Así que… Tómate la pastilla de todos modos, y Ivy —dijo haciendo que ella le mirara de frente—, la próxima vez que tu hermano y tú organicéis una fiesta no os olvidéis que vivo en el apartamento de enfrente.

—Puede que no lo sepas, Rhys, porque eres un hombre, pero las hermanas pequeñas no acostumbran a relacionarse de ese modo con los amigos de sus hermanos mayores.

Ivy estaba segura de que le había devuelto la pelota, pero entonces él sonrió y el café de su estómago comenzó a burbujear.

—Nosotros somos la excepción a esa regla, Ivy. Por muchas razones que no viene al caso enumerar.

Ella no respondió. No podía hacerlo, como tampoco podía mirarle a los ojos sin que él leyera en ellos lo que estaba pensando.

Capítulo 13

El día en que se cumplía su regreso oficial al trabajo, tras la semana de vacaciones que le había dado Carrie, Ivy decidió inaugurarla saliendo a correr. Igual que hacía cuando vivía en Londres.

Además, hacerlo le permitía dejar de pensar en cosas que no hacían más que desequilibrarla. Justo lo que no necesitaba. En esos instantes tenía que componer y si se dejaba llevar por su estado de ánimo actual sus canciones iban a ser demasiado deprimentes y oscuras.

¡Correr! Esa era la respuesta que había estado buscando el día anterior y que dejó en *stand by* por la súbita aparición de Rhys. Sí, eso era lo que necesitaba. Buscarse una afición que le permitiera desconectar del mundo por unas horas.

Con la decisión tomada, se puso de pie a toda prisa y se encaminó hasta su dormitorio para ponerse ropa deportiva.

—Buenos días, Albert —saludó veinte minutos más tarde, con un precioso conjunto de running en fucsia y negro y una coleta alta.

—Lady Anderson. Qué madrugadora. ¿Va al gimnasio? —preguntó él al verla ataviada con ropa deportiva.

—¡Cuántas veces te he dicho que me llames Ivy! —le regañó con una sonrisa.

—¡Tiene razón, lady Ivy!

Ella soltó una carcajada al comprender que no tenía previsto dejar de llamarla lady.

—Eso está mejor —dijo sin dejar de sonreír—, ¿de qué gimnasio hablas, Albert? Tenía previsto salir a correr.

El portero la miró sorprendido por su audacia.

—No puede salir a correr en medio de Park Avenue, milady. Es una locura.

—Tenía previsto ir a Central Park. Hay mucha gente que sale a correr por el parque.

—Así es, pero ellos no son tan famosos como usted. No creo que sea una buena idea que salga sola. ¿Por qué no sube al gimnasio?

—¿Gimnasio?

Albert asintió.

—Le hablé de él el día que llegó. ¿No lo recuerda?

—Me temo que esa noche estaba muy despistada por razones que no vienen a cuento.

Los ojos del portero brillaron con entendimiento.

—Central Park será incómodo, es imposible que la gente no la reconozca. ¿Por qué no prueba con el gimnasio? Si lo desea puedo acompañarla y mostrárselo. A estas horas suele estar vacío. Muy poca gente en este edificio madruga tanto.

—No es tan pronto —protestó ella.

—Lo es en esta parte del mundo. Acompáñeme, estoy seguro de que no se arrepentirá de cambiar de planes.

Ivy pensó en las palabras del portero y decidió que seguramente Albert tenía razón, y que no podría evitar llamar la atención por mucho que tratara de perderse por los caminos menos transitados de Central Park. Suspiró melancólica. Por cosas como esa echaba de menos vivir en Europa. Allí era mucho más fácil pasar desapercibida.

—Te lo agradecería mucho, Albert. La verdad es que no he investigado el edificio. Además del hall y de mi planta no he visto nada más.

—Será un honor acompañarla.

La idea de poder hacer ejercicio sin tener que atravesar la avenida o comerse un atasco para ir a un gimnasio la puso de buen humor. Podía cumplir con las normas de la tirana de Carrie sin necesidad de abandonar su edificio.

Mientras el ascensor los llevaba al ático, Albert le iba contando que además del gimnasio también disponían de una piscina con unas vistas espectaculares de Manhattan.

Llegaron a su destino sin que el ascensor se detuviera en ningún momento, lo que Ivy agradeció, porque estaba impaciente por verlo todo. Las puertas se abrieron y un espacio más grande que su propia casa quedó al descubierto. Grandes ventanales por los que entraba luz a raudales y una hilera de máquinas de ejercicios pulcramente colocadas. Desde cintas de correr y bicicletas elípticas, hasta bancos de pesas pasando por otras máquinas que Ivy no sabía para qué servían.

Aquello era tan grande que no reparó en las dos mujeres que caminaban rápido en las cintas hasta que Albert las saludó con excesiva amabilidad. De fondo sonaba de hilo musical *Lost On You* de LP. No obstante, la canción se estaba terminando y la siguió una de la propia Ivy, que hizo que las mujeres la miraran con más intensidad.

—¿Qué le parece? —preguntó Albert, quien le mostró dónde estaba la nevera y el armario de las toallas.

—Las vistas en mi apartamento son increíbles, pero desde aquí son todavía más maravillosas.

—Pues espere a ver la piscina. Parece que uno esté nadando en las estrellas.

Ella sonrió por la comparación, pero su expresión cambió de inmediato cuando se dio cuenta de que las dos mujeres no dejaban de mirarla con descaro.

—Seguramente la han reconocido, pero son demasiado estiradas para saludarla o pedirle un autógrafo.

—No me importa. Al final una se acostumbra a que la miren y hablen.

—Deberían tener un poco de decoro —protestó Albert. Y añadió apartando la mirada de la zona donde estaban—, ¿ve a la rubia platino?

Ivy asintió.

—Es la marchante de arte más importante de Manhattan. Acaba de casarse con el abogado que llevó su segundo divorcio, un tipo diecisiete años menor que ella. —Y siguió en el mismo tono confidencial—: La otra rubia es la esposa del arquitecto que diseñó el edificio. Es la típica pareja perfecta de la alta sociedad neoyorquina.

—¿A qué te refieres?

—Se engañan mutuamente.

—¡Vaya! Albert, estás al corriente de todo lo que sucede en el edificio.

—Es mi trabajo, lady Ivy, aunque en mi defensa diré que usted es a la única a la que se lo he

contado.

Ella sonrió fingiendo que le creía.

—¿Conoces la vida y milagros de todos los inquilinos?

—¿Qué desea saber?

—¡Nada! Era una pregunta retórica.

El portero sonrió con ternura.

—Si alguna vez necesita información, yo soy su hombre y, lo más importante, no le diré nada a nadie. Usted es la única que puede confiar en mi discreción.

Capítulo 14

Las dos rubias se habían marchado, por lo que Ivy estaba sola en el gimnasio y por culpa de las palabras de Albert no podía quitarse de la cabeza aquello de nadar en el cielo, pero ¿de verdad iba a bajar a casa para ponerse un bañador y volver a subir para hacer unos largos? No había nadie allí y la ropa interior que llevaba era deportiva, nada de encaje sexy, seguramente pasaría por un biquini si tenía la mala suerte de que alguien se presentara mientras ella estaba en el agua.

Nunca había sido de locuras, a excepción de la que le había dado cuando decidió mudarse a Londres. ¿Por qué no cometer una y meterse en el agua, aunque fuera en ropa interior?

Decidida a disfrutar de la experiencia de la que le había hablado el portero, atravesó el ahora desierto gimnasio y se dirigió hasta la puerta que daba paso a la piscina. Tras abrirla se quedó en medio del umbral, completamente asombrada y admirada por lo que veía.

La piscina era un auténtico sueño. No era la primera vez que veía una de ese tamaño, los hoteles en los que se hospedaba cuando estaba de gira también disponían de ese tipo de instalaciones. Su encanto no radicaba en su tamaño, sino en lo que la rodeaba.

Los ventanales, que ya en el gimnasio era espectaculares, aquí se multiplicaban en grandeza. Enormes cristaleras cuya cualidad era que parecía que no estuvieran allí.

—Nadando en las nubes —musitó para sí—, que comentario tan acertado.

Acabó de cruzar el umbral con la piel hormigueándole por sus ansias de sumergirse en el agua.

En esos instantes dejó de preocuparse de no ir equipada para la ocasión.

Rio a carcajadas cuando un pensamiento poco convencional se hizo hueco en su mente:

—Si fuera de noche me bañaría desnuda —dijo al tiempo que se deshacía de su camiseta y de las zapatillas—. Solo las estrellas y yo.

—Eso quiero verlo —dijo una voz a su espalda.

Había estado tan ensimismada que ni siquiera había escuchado los pasos de la otra persona que se encontraba allí con ella.

Se dio la vuelta rezando para que su oído la hubiera traicionado y que la voz no fuera de quien ella creía. Como siempre, Dios hizo oídos sordos a su petición y la sonrisa petulante de Rhys Byrne la recibió.

Menos mal que había pretendido hacer deporte para mantener la mente ocupada y dejar de pensar en él.

Rhys la miró con descaro, sin molestarse en fingir que no le estaba mirando los pechos, cubiertos con el sujetador.

—¿Qué haces aquí? —Hizo el mayor esfuerzo de su vida para mantener los brazos a ambos costados de su cuerpo y no cubrirse con ellos.

—¿Por aquí te refieres a la galaxia, la tierra en general, a Nueva York, o a esta sala en particular?

—No tengo tiempo para tus tonterías.

—¡Lo sé! Estabas a punto de meterte desnuda en la piscina. Así que me callo para no hacerte perder tiempo. —Y añadió en el mismo tono socarrón—: Aunque si fuera otro te diría que es poco higiénico, pero como soy tu amigo no puedo más que animarte a que lo hagas.

—No voy a meterme desnuda.

Él se encogió de hombros.

—¡Cobarde!

—Voy a meterme en ropa interior. —¡Estupendo! Pensó, él la provocaba y ella caía de pleno en su trampa.

Rhys sonrió con picardía.

—Eso tan poco suena mal —dijo y acto seguido comenzó a despojarse de su propia ropa.

—¿Qué haces?

—No puedo permitir que te bañes sola.

—Sí que puedes. Vete a hacer pesas o lo que sea que hagas.

—Veo que te has fijado en mis músculos —dijo haciendo gestos con los brazos para marcar los bíceps.

Ivy enrojeció, pero no apartó la vista.

—No es cierto. Lo he dicho porque es lo que suelen hacer los hombres.

—Este hombre no, estos vienen de serie. —Y se quitó los pantalones cortos, la única prenda que le quedaba. A parte de los boxers negros de Armani que le sentaban como un guante.

Sin añadir nada más se lanzó al agua con un estilo impecable.

Ivy apartó la mirada, solo que era demasiado tarde para hacerlo. Ya había visto más de Rhys de lo que quería, o al menos trató de convencerse a sí misma de ese hecho.

—¡Vamos! El agua está perfecta. ¡No seas cobarde!

—No te tengo miedo.

Él sonrió como si acabara de ganar un Oscar, satisfecho y orgulloso de sí mismo.

—Me refería a que no te preocupes por si viene alguien más. No eres la primera en tirarse a la piscina en ropa interior. En este edificio no somos tan sofisticados como puedas creer.

Estupendo, Ivy, se dijo. Acabas de meter la pata tú solita.

Ahora no le quedaba otra más que quitarse los pantalones y lanzarse al agua para demostrarle que su presencia ni le molestaba ni le importaba.

Sin tomarse tiempo para pensarlo, consciente de que si lo pensaba jamás se decidiría, se quitó las mallas y se lanzó. Se sintió agradecida a su madre por haberla obligado a acudir cada miércoles, durante tres años, a clases de natación, porque gracias a ello logró entrar en el agua con estilo.

Se mantuvo flotando frente a Rhys, aunque les separaban unos metros.

—No hace falta que estés tan lejos. Te prometo que no voy a hacerte ahogadillas como cuando éramos niños.

—Lo siento, pero no confío en tu palabra.

—¡Mal hecho! Soy la persona más confiable que conocerás nunca.

—Permíteme que lo dude.

Él hizo un gesto con ambas manos indicándole que hiciera lo que quisiera.

—¿Por qué andas tanto por aquí? ¿No tienes ningún rodaje? —preguntó, queriendo hacer

menos incómoda la situación.

—He estado leyendo varios guiones, pero aún no me he decidido por nada. Creo que me merezco un descanso.

Siguieron hablando de asuntos triviales o, al menos, no comprometidos, como si merecía o no de su confianza, y tras casi media hora en el agua en que la distancia autoimpuesta por Ivy acabó acortándose, la joven anunció que ya había nadado suficiente y que regresaba a casa.

Rhys seguía en la piscina cuando ella se subió en el ascensor de camino a su apartamento.

Cuando llegó a casa corrió a la ducha, no solo para eliminar el cloro de su pelo y su piel, sino también para borrar la sensación de desapego que le atenazaba el estómago.

Desde que había vuelto a ver a Rhys no había dejado de comportarse con él como la misma estúpida enamorada de siempre mientras que él solo le había ofrecido camaradería y amistad. Ninguno de sus gestos podía malinterpretarse de otro modo distinto a la amistad. Se lo había dicho por activa y por pasiva y ella se había negado a verlo.

Cada una de las visitas que le había hecho fue propiciada por George, y cada una de las veces que se habían visto él había sacado a relucir su amistad. Había sido ella la única en pretender que había algo más. Ya se lo había explicado Alex a Gigi[1], cuando un hombre quiere verte hará lo que sea para hacerlo, y cuando le gustas te lo hará saber.

—¡Oh, Dios mío!

De algún modo se había convertido en un personaje tan obsesionado y lamentable como Gigi Phillips, lo había hecho al evitarle y lo había hecho con cada una de sus hirientes contestaciones… Cuando se quedó esperando a que la llamara y él jamás lo hizo…

Era evidente que, a diferencia de él, ella no había pasado página.

A pesar de que se había duchado con el agua tan caliente que le enrojeció la piel salió tiritando de frío. Se puso el albornoz y se secó el pelo. Después rebuscó en su armario y se vistió con unas mallas y un jersey de lana de cuello alto. Aun así, estaba helada cuando se sentó en el sofá y trató de entretenerse con la televisión.

Sin embargo, no pudo concentrarse en nada. Acababa de descubrir que había estado haciendo el ridículo más absoluto.

Su orgullo la hizo replantearse su actitud. No podía seguir siendo tan evidente ni tan tonta. Se levantó del sofá de un salto y buscó su móvil. Iba a llamar a Raven, pero dos llamadas perdidas de un número desconocido la retuvieron.

No tenía idea de quién podía ser y, además, ella nunca contestaba a números de teléfono que no conociera de antemano, por lo que no devolvió las llamadas.

Dejó el móvil encima del sofá y salió disparada hasta su dormitorio para cambiarse. No necesitaba llamar a Raven, sabía exactamente dónde podía encontrarla. Y en esa situación de emergencia en la que se encontraba, su amiga era la única que la ayudaría a comprenderse a sí misma.

En su dormitorio se cambió las mallas por unos vaqueros y antes de maquillarse un poco llamó a Albert para que le pidiera un taxi. El portero no pareció sorprendido de que su tiempo en el gimnasio hubiera sido tan breve.

Dos minutos después el interfono de su piso sonó:

—Su taxi estará aquí en cinco minutos, milady.

—Gracias, Albert.

Raven, necesitaba a su calmada y ordenada Raven. Necesitaba replantearse su futuro y su amiga era la indicada para ponerle los pies sobre la tierra.

[1] Personajes de la película *¿Qué les pasa a los hombres?*

Capítulo 15

Nueva York
Invierno de 2016

El vuelo acababa de aterrizar y se sentía dolorida por haberse pasado tantas horas sentada. Daba igual lo fantásticos que fueran los asientos de primera clase, la sensación de agobio era la misma, al menos para ella. No obstante, por mucho que deseara aprovechar su visita a casa para descansar no podía meterse en la cama y dormir durante tres días, sino que necesitaba cumplir con su palabra y asistir a la inauguración del Red Raven, aunque al hacerlo se topara con Rhys Byrne.

Raven se había disculpado con ella cuando le dijo que este estaba entre su lista de invitados, no solo por la amistad que les unía, sino porque como empresaria la asistencia de ella y de Rhys era una publicidad que no podía dejar pasar.

—Sé que soy horrible por echar mano de mis amigos famosos, pero es que necesito que estéis los dos. Además… —Se calló sin saber cómo seguir—. Lo que sucedió ya no tiene importancia, Ivy. Tal vez no fue a la fiesta porque le surgió algo inesperado.

—¿O sea que crees que soy una exagerada?

Se hizo un silencio en la línea mientras Raven buscaba el modo de que sus palabras no la lastimaran.

—Creo que le has dado demasiada importancia a todo lo que tiene que ver con él. Puedo entender que te avergüences por el pasado, pero ha llovido mucho desde entonces. Es posible que ni siquiera recuerde que te declaraste. Solo éramos unos críos.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque hasta que no pasó lo de tu mánager no pensé en que existiera esa posibilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Rhys puede ser un engreído y un donjuán, pero estoy segura de que jamás se habría liado con Sarah de haber recordado lo que sucedió entre vosotros. No te habría lastimado de ese modo. Él quiere a George y George te adora. No haría nada que te lastimara.

—Quizás sí. Quizás ha pasado tanto tiempo que pensó que no me importaría.

—No lo creo. Estoy casi segura de que no lo recuerda.

Ivy no había protestado, se limitó a prometerle a Raven que asistiría a la inauguración y, en cuanto colgó, se olvidó conscientemente del tema.

En esos instantes no tenía tiempo para pensar en un posible reencuentro.

Los tirones de manga de Carrie, su otra mejor amiga y, desde hacía unos meses, nueva mánager, la sacaron de golpe de sus pensamientos.

—¡Date prisa! Tenemos que llegar a casa para que puedas cambiarte.

—No te preocupes, aún queda tiempo.

Carrie le lanzó una mirada mortal.

—¿Sabes lo mala que es la circulación en esta ciudad? Pues eso se multiplica por mil en invierno, y por si no te has dado cuenta estamos en noviembre —bufó molesta consigo misma—. Si lo hubiese pensado antes habría alquilado una limusina y nos habríamos cambiado dentro.

Ivy sonrió.

—Es una idea sensacional. Sin duda es una experiencia que me gustaría disfrutar.

Carrie volvió a poner mala cara.

—Lástima que la haya tenido demasiado tarde. Mi genialidad ha llegado con retraso.

Entre bromas salieron de la terminal y subieron al coche que las esperaba para llevarlas a casa.

La primera parada fue el hogar de Ivy, pero tal y como había esperado no había nadie allí, sus padres ya debían de haberse puesto en marcha para llegar al restaurante y George, al igual que ella, hacía muchos años que había abandonado el nido familiar. Aun así, sus padres conservaban ambos dormitorios tal y como ellos los habían dejado, como si esperaran que volvieran en algún momento.

Entró en su antiguo cuarto y vio el vestido de Chanel que le habían enviado y que su madre había colocado cuidadosamente sobre la cama.

Carrie la había amenazado con volver en media hora por lo que no podía perder el tiempo deambulando por su dormitorio y rememorando sus dulces años allí.

Por ello, se duchó, se maquilló y se vistió a toda prisa. Estaba terminando de ponerse los zapatos cuando sonó el timbre.

Miró el reloj digital de su mesita de noche.

—Carrie, tan puntual como siempre.

El restaurante de su amiga era un local de cocina fusión entre la cocina francesa, donde Raven había estudiado, y los platos americanos, con los que había crecido. Del mismo modo la estética era una mezcla de ambos mundos, el estilo sobrio parisino y la naturalidad minimalista americana.

Con la finalidad de que los invitados saborearan la esencia del restaurante, Raven había preparado un menú degustación que estaba teniendo una gran acogida. Del mismo modo y, siguiendo esa naturalidad de la que los americanos se jactaban, los comensales habían sido repartidos en mesas de diversos tamaños. En la más grande Raven había colocado a todos sus amigos y familiares, y había otras más pequeñas para los invitados de sus trabajadores, una para la prensa especializada, los asiduos al Le Bernardin donde ella había trabajado durante tanto tiempo, y los demás compromisos. Igualmente había espacio para las improvisaciones, por si aparecía alguien por sorpresa.

Aunque había estado nerviosa antes de llegar, Ivy se relajó en cuanto vio a los suyos juntos y sonrientes; durante los instantes de besos y abrazos ni siquiera pensó en Rhys, de hecho, no lo hizo hasta que Carrie señaló una mesa, íntima y para dos, en la que el actor cenaba con su cita, una morena de pelo largo y sonrisa perfecta que a Ivy le sonaba de haberla visto en alguna serie.

Ivy seguía observándole cuando él, como si hubiese notado su escrutinio, se giró y se topó con su mirada. Aunque ninguno de los dos la retiró, la expresión de Rhys fue de completa indiferencia. Nadie que hubiera sido testigo de ese intercambio habría creído que, apenas unos meses antes, él había ido a buscarla a su camerino después de asistir a uno de sus conciertos.

Capítulo 16

El taxi la dejó en la puerta del Red Raven, que por supuesto estaba cerrado a esa hora. No obstante, Ivy sabía que, aunque fuera así, dentro estaban trabajando Raven y sus empleados para que cuando se abrieran sus puertas estuviera todo perfecto.

Con esa idea se plantó frente a la puerta y la golpeó con fuerza. Tuvo que repetirlo tres veces más antes de escuchar pasos y una voz al otro lado.

—Disculpe, pero está… —dijo una chica de unos veinte y muy pocos años, vestida de negro con un gorro de pinche en la cabeza. No llegó a terminar la frase al reconocerla.

En momentos como ese se alegraba de ser famosa. De no haberlo sido la reacción de la muchacha podría haber sido menos amigable.

—¿Está Raven? —preguntó.

La chica asintió con la cabeza, todavía asombrada de ver a Ivy Anderson en persona.

—¿Podrías decirle que estoy aquí?—pidió con una sonrisa.

—Por supuesto, pase, por favor.

No era la primera vez que visitaba el restaurante, por lo que los empleados de Raven, sobre todo los camareros, estaban al tanto de la relación que la unía a la dueña. No obstante, Ivy no recordaba haber visto antes a la chica, lo que podía indicar que era nueva y eso explicaría su asombro ante su aparición.

—¡Gracias!

Ivy entró en el restaurante, pero con las luces apagadas y las mesas desnudas parecía otro lugar. El comedor estaba desierto, tan solo se veía la luz a través de las pequeñas ventanas de la cocina.

La chica cerró de nuevo la puerta e hizo un gesto para que la esperara, para acto seguido salir disparada hacia los dominios de Raven.

Su amiga tardó apenas unos segundos en salir por la misma puerta por la que se había ido la pinche.

—Ivy, ¿va todo bien? ¿Qué haces aquí a esta hora?

—Siento molestarte, pero necesito hablar contigo.

La chef la observó detenidamente. Estaba pálida, el maquillaje que se había puesto no ocultaba esa realidad, y sus ojos se veían apagados y tristes.

—¿Puede esperar esa conversación a que nos tomemos un buen café y unos pastelitos? Tengo la sensación de que necesitas azúcar.

Ivy sonrió más relajada porque Raven no se hubiera tomado a mal su interrupción.

—Lo cierto es que suena bien. El azúcar siempre es bienvenido.

—¡Genial! —aprobó y enlazó su brazo al de ella—, Matilda hace unas tartaletas de fresas para

el desayuno que están de muerte.

—¿Desayuno?

—En este restaurante no comenzamos a trabajar hasta haber desayunado como reyes.

Si hubiera dudado de sus palabras se hubiera disipado en cuanto atravesó las puertas de la cocina. En aquel enorme espacio donde predominaba el color metalizado y el blanco, y el aroma de los ingredientes que se cocían en grandes ollas habían colocado una mesa del mismo estilo que las del comedor, en medio. Cinco personas estaban sentadas alrededor de ella. Una silla quedaba vacía e Ivy imaginó que se trataba de la de Raven.

—Dan, por favor, trae una silla para Ivy, va a desayunar con nosotros.

Se escucharon unos murmullos y cinco pares de ojos se clavaron en ella.

—Siento haberme colado —se disculpó sonriendo—. Pero es que todo tiene muy buena pinta.

La chica que le había abierto la puerta fue la primera en hablar.

—Es un honor poder contarles a mis nietos que he desayunado contigo —dijo con vergüenza.

Ivy rio al tiempo que el resto del personal de cocina comentaba lo increíble que era que Raven tuviera una amiga tan famosa. El tacto de su amiga hizo que no se jactara de conocer a alguien tan famoso o incluso más que ella.

Entre risas aceptó la silla y un café, que tuvo que reconocer que era el más bueno que había probado nunca. Y cinco minutos más tarde ya se sabía los nombres de todos y le había dado la razón a su amiga: las tartaletas de Matilda eran sencillamente espectaculares.

De hecho, cualquier cosa horneada por esa mujer era sencillamente deliciosa. Ivy recordó la tarta de limón que había probado la última vez que estuvo allí y así se lo hizo saber.

La pastelera se ofreció a pasarle la receta, pero las risas de Raven y el desconcierto de Ivy le dieron a entender que era una mala idea:

—No te molestes, Mati. Ivy es capaz de quemar el agua.

—¡Oye! —se quejó.

—¿Qué?

—De acuerdo, tienes razón —concedió Ivy ganándose las risas de aquellos geniales cocineros.

—Si te apetece nosotros podemos darte clases —ofreció Dan—, a cambio tendrás que cantarnos.

—No es mala idea —apoyó Raven—, no hay duda de que sería toda una experiencia.

Todo estaba yendo bien, Ivy había olvidado el motivo por el que había salido disparada de casa, el desayuno estaba delicioso y la compañía era muy agradable, entonces comenzaron a hablar de cuáles eran sus mejores canciones y, Peter, el chef de la partida del pescado, le preguntó si *Nunca más* estaba basada en alguna experiencia real.

Raven reaccionó con rapidez cambiando de tema, pero no fue suficiente. Rhys había vuelto a su cabeza para desbaratarla otra vez.

—¿Puedo preguntaros algo en confianza?

Todos asintieron al tiempo que Raven la observaba preocupada.

—Y si lo que cuenta la canción fuera verdad… si verdaderamente una mujer pasó por esa experiencia, ¿qué debería hacer ella cuando vuelve a encontrarse con él?

La respuesta de las mujeres fue unánime: jamás volverían a fijarse en un tipo así, ellos en cambió opinaban que debía de haber algo que justificara la actitud del hombre.

De algún modo, al hablar de lo sucedido, aunque fuera veladamente, hizo que Ivy comenzara a sentirse mejor y la armonía volvió a reinar en la cocina.

Ivy ayudó a quitar la mesa, a pesar de las protestas, y los caballeros llevaron las mesas y las

sillas de nuevo al comedor. Entonces la maquinaria comenzó a ponerse en marcha, el contenido de las ollas que estaban al fuego se probó y se condimentó en los casos en los que fue necesario. Se pelaron y cortaron las verduras e Ivy fue llamada por todos para que probara las salsas y las sopas con las que posteriormente se confeccionarían los platos.

—Creo que no he comido tanto en mi vida —se quejó.

Raven le hizo un gesto para que la siguiera y la llevó hasta su despacho. No hicieron más que sentarse cuando Robin, la pinche, les llevó una bandeja con té.

—Gracias.

La muchacha sonrió en respuesta y cerró tras de sí.

—De acuerdo, ya has comido y el color ha vuelto a tu rostro. Dime, ¿qué te pasa?

—Tengo la sensación de que he estado viviendo mi vida del modo equivocado.

—¿En qué sentido?

—¿Por qué me marché de aquí? ¿Por qué le evité durante tanto tiempo? ¿Por qué le dejé hacerme daño? ¿Por qué no le pedí explicaciones después de lo de aquella maldita noche?

—Hay cosas que por mucho que quieras son imposibles de cambiar, pero hay otras que sí que se pueden cambiar. Te marchaste porque eras una niña y estabas dolida y avergonzada, ¿podrías haberte quedado y haber actuado como si nada hubiese pasado? Sí, pero si lo hubieras hecho puede que ahora no fueras la gran Ivy Anderson. —Alargó la mano para palmear la de su amiga —. Sea como sea, el pasado no puedes cambiarlo, pero sí que puedes cambiar el presente.

—¿Cómo? Me vuelvo una completa idiota cuando estoy cerca de él. A veces ni siquiera me reconozco a mí misma.

—Supongo que es porque todavía le quieres. Tal vez deberías comenzar tu cambio por ahí.

—¿Te refieres a que lo supere?

Raven asintió.

—Sal por ahí, conoce a gente. ¡Enamórate de nuevo!

—Ahora mismo pareces Carrie.

—No es un mal consejo.

—Entonces, ¿crees que lo nuestro no tiene futuro, que no siente nada por mí?

Raven le ofreció una sonrisa triste.

—Creo que ahora mismo lo que necesitas es dejar de pensar tanto y disfrutar de tu juventud, de Nueva York, y dejar que pase lo que tenga que pasar.

Capítulo 17

Carrie se encontraba en su despacho, atareada revisando contratos y ofertas de publicidad para sus clientes, cuando su secretaria llamó a la puerta sin haber sido convocada.

—Adelante —dijo sin apartar la vista de los papeles que leía.

—Carrie, tienes una visita.

La noticia hizo que levantara la cabeza. No recordaba haber concertado ninguna cita para esa mañana. De hecho, estaba segura de ello porque tenía previsto visitar a Ivy a la hora del almuerzo y exponerle la oferta que estaba revisando en esos instantes.

La tenía encima de su mesa una semana y la había mirado y dejado tantas veces que se la sabía de memoria. Por un lado, era una oportunidad que no podían dejar pasar, por el otro, era una temeridad aceptarla.

—¿Quién es?

—Bruce Adams, el representante de actores.

—¿Quién? —Carrie hizo la pregunta más por incredulidad que porque en realidad tuviera la necesidad de que Anna se lo repitiera.

—Bruce Adams. ¿Le digo que pase o que estás ocupada y no puedes atenderle?

Carrie asintió. Por supuesto que estaba allí y ella sabía por qué.

—Hazlo pasar, y después nos traes café. Gracias, Anna.

La mujer cabeceó y salió del despacho.

Unos segundos más tarde Bruce cruzaba su puerta. Vestía un traje de chaqueta oscuro e incluso corbata. Lo que le dio a entender a Carrie que la visita no era social, el traje pretendía darle seriedad y distancia. Para que le quedara claro que no era una visita de cortesía entre dos viejos amigos.

Por todo ello, no se levantó para saludarle. Ya había hecho suficiente recibiéndole sin una cita previa, no tenía previsto pasarse de amable con él. No si él entraba, de buenas a primeras, marcando las distancias.

—Buenos días, Carrie.

—Bruce, ¿qué te trae por aquí sin avisar?

Él la miró unos segundos antes de responder.

—¿Por qué no has aceptado la propuesta?

Ella le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento al tiempo que fingía pensar en lo que él había dicho.

—¿Cómo dices? ¿A qué propuesta te refieres?

Aunque Bruce había tratado de parecer tranquilo al ver la actitud pasiva de Carrie comenzó a alterarse y a echar por la borda todas sus buenas intenciones de tratar el tema con tranquilidad.

—No voy a tolerar que Ivy vete a Rhys para el proyecto. Sé que el otro participante ha pedido expresamente que sea ella la representante musical, pero, aun así, no voy a tolerar que se aproveche de ello para perjudicar a mi representado.

En ese instante apareció Anna con la bandeja de café que su jefa le había pedido que llevara, pero esta la detuvo antes de que pudiera dejarla sobre la mesa.

—No, Anna, no será necesario. El señor Adams se marchará en un par de minutos. El café es para los invitados no para los que se cuelan.

La secretaria asintió y se llevó de nuevo la bandeja. Ni siquiera pareció sorprenderse, pensó Bruce. Debía de llevar el tiempo suficiente con la morena como para entender sus altibajos.

—No sé qué es lo que pretendes con esta visita —retomó la conversación con la mirada clavada en Bruce—, pero Ivy no tiene ninguna razón para querer vetar a Rhys, es una profesional. El único motivo por el que no hemos aceptado la oferta es porque mi representada está de vacaciones y no le he expuesto el proyecto.

—¿Cómo dices? —se interesó Bruce—, no me puedo creer que pienses que me voy a tragar algo así.

—Sinceramente, me importa un pimiento lo que tú creas. Las cosas son como son, las creas o no. Ahora, si no te importa. —Se levantó e hizo un gesto de la mano para invitarlo a irse—. Necesito hacer una visita a mi cliente para exponerle una oferta muy beneficiosa que acabo de recibir. Te informaré si decidimos contar con Rhys.

—¡Bruja!

—¡Gordo!

Bruce explotó de rabia.

—No soy gordo, tengo los huesos grandes.

—Por supuesto.

Cuando Carrie llegó a casa de Ivy no hacía ni media hora que esta había regresado de su visita a Raven. No obstante, se abstuvo de contarle a su amiga lo que había hecho y, lo más importante, el porqué. No es que quisiera ocultárselo, era simplemente que trataba de no pensar en ello. No lo haría, se dijo, dejaría de darle vueltas al mismo tema y trataría de retomar su vida.

Ajena a todo, Carrie le contó acerca de la campaña de publicidad. Le expuso que uno de sus *partenaires* sería Asher Mills, el escritor al que había conocido en el aeropuerto, lo que le trajo a la memoria que él la había llamado para pedirle el número de Ivy, a la que le había dicho que iba a llamar. Recordando las llamadas perdidas, Ivy se levantó para buscar su teléfono.

—¿Es este su número? —preguntó al tiempo que se las enseñaba a Carrie.

—Sí. ¿No se lo cogiste?

Ella negó con la cabeza.

—¿Debería llamarle?

—Por supuesto. Es más, no solo deberías llamarle, deberías invitarle a salir.

—¡Estás loca!

—Es posible, pero deberías hacerlo igualmente. Asher es guapo, inteligente, amable y no hay duda de que se quedó prendado de ti cuando te conoció.

—Tonterías.

—Si no le hubieras gustado no me habría llamado, sabiendo que somos amigas, para pedirme tu teléfono.

—Tal vez sea solo porque quiere hablar conmigo sobre la campaña.

Carrie se encogió de hombros y trató de armarse de valor para seguir con las explicaciones que le quedaban pendientes. Se había guardado para el final que el otro *partenaire* sería Rhys. Igualmente, tampoco le había contado acerca de la inesperada visita de Bruce. No obstante, debía decírselo.

—Ivy —su voz sonó lo bastante seria como para que la rubia apartara la mirada de su móvil y la clavara en ella.

—¿Qué sucede?

—Rhys también aparecerá en la campaña —dijo del tirón.

—Entiendo, seremos un cantante, un escritor y un actor. ¿Estás segura de que la campaña es para propiciar la lectura entre los jóvenes?

—Completamente. Será una campaña a nivel nacional. Vuestros rostros estarán por todas partes igual que el anuncio que rodéis.

Carrie esperaba de un momento a otro un estallido, pero este nunca llegó.

—Nunca he actuado. ¿Qué tal es el guion?

—¡Es perfecto! En él rechazas a Rhys y te quedas con Asher. Respecto a actuar será igual que en los vídeos musicales. Pero Ivy, de verdad, ¿no te importa que esté Rhys? Vas a tener que trabajar con él. Eso es más de lo que has hecho nunca.

Ella negó con la cabeza.

—No, ya no me importa.

—Perfecto, porque Bruce ha venido esta mañana a mi oficina a exigirme que no hicieras nada para sacar a Rhys del proyecto.

—¿Me cree capaz de algo como eso? ¡Vaya! Sabía que le caía mal, pero esto es excesivo.

Su agente asintió.

—Creo que nos odia a las dos. Es posible que Raven se salve.

—Entonces será una lección para él que no lo haga, y que mi personaje se permita el lujo de rechazar a Rhys será la guinda del pastel. —Y añadió sonriendo al anticipar la lectura—: Dame el guion, me muero por leerlo.

Carrie se lo tendió sin decir nada más sobre el tema. Siguieron hablando de proyectos y de cómo iban las letras para el nuevo disco. Una hora más tarde, Carrie se preparó para regresar a la oficina, no sin antes darle un nuevo consejo a su amiga:

—Llama a Asher e invítale a salir.

Ivy rio.

—¿Y a qué restaurante le llevo para que no nos reconozcan? No creo que sea una de tus mejores ideas.

—Nada de restaurante. Invítale a tu casa.

—Eso es muy atrevido —replicó—. Solo nos hemos visto una vez.

—Puedes invitarle a tu casa sin que suceda nada. No tienes por qué acostarte con él en la primera cita.

—No me preocupa eso, sino el hecho de tener que cocinar para él. Ya sabes lo mal que se me da.

Carrie soltó unas carcajadas de diversión.

—Pídele a Raven que cocine por ti. Así solo tendrás que preocuparte por si lo haces o no. —Le guiñó un ojo.

Capítulo 18

Ivy se sentía especialmente bien después de un tiempo de dudas y preocupaciones, y el motivo no era otro que la campaña en la que había aceptado participar.

Por un lado, que su personaje se decidiera por Asher en lugar de por Rhys podría funcionar como una auténtica catarsis para ella y, por el otro, gracias a dicha campaña podía volver a conectar con Asher, de quien ya llevaba devorados tres libros y estaba comenzando a creer que era el mejor escritor de su generación.

Con esa mentalidad positiva se metió en el despacho para componer el que iba a ser su séptimo disco. Tenía que aprovechar el momento y sacarle todo el jugo a la sensación de euforia que la embargaba. Tras dos horas de letras y acordes, su estómago comenzó a rugir. El desayuno había estado genial, pero habían pasado cuatro horas desde que lo ingirió y tenía que recargar pilas.

Como la cocina era una misión imposible para ella contaba con muchas clases de comida precocinada, además de varias fiambreras preparadas por su madre para que no se alimentara exclusivamente de comida basura. Hasta Raven la había enviado de vuelta esa mañana con varias raciones de comida, que Ivy guardaba como oro en paño en la nevera.

Finalmente se decidió por unos *noodles*, a los que solo tenía que añadirles agua hirviendo y que podía comer mientras escribía. Le costó cinco minutos prepararlos y con ellos regresó al despacho donde le estaba sonando el teléfono móvil. Aunque seguía sonando no lo veía entre todos los papeles que tenía en el escritorio, apartó libretas y más folios y finalmente dio con él, no obstante, la llamada se cortó antes de que tuviera tiempo a responder.

Era Asher, adivinó al ver el número. Tres veces, se dijo, la había llamado tres veces, no iba a haber una cuarta. Por lo que decidió aceptar el consejo de Carrie y llamarlo ella misma.

Pulsó sobre la llamada perdida y escuchó los tonos: uno, dos…

—Hola —dijo la voz profunda y amable de Asher.

—Hola, soy Ivy Anderson. Lo siento, no he llegado a tiempo de coger el teléfono.

—Me alegro. Empezaba a creer que no querías hablar conmigo.

Ella sonrió.

—Lo cierto es que hasta hace unas horas no sabía que fueras tú.

—¡Vaya! Eso me deja más tranquilo —bromeó él—, ya que veo que no era personal.

—No lo es. No suelo coger llamadas de números que no tengo memorizados.

—¿Me permites que te pregunte el motivo?

—Normalmente suelen ser periodistas que me piden alguna entrevista y que no aceptan que les diga que eso lo lleva mi mánager. Suelen ser muy insistentes. A veces hasta impertinentes.

—¡Entiendo! Supongo que son las consecuencias de ser archifamosa.

Ivy volvió a reír.

—¿Archifamosa? ¿Y tú qué eres pues?

—Digamos que famosillo.

—De eso nada —protestó ella—, te he estado investigando y sé que tus libros se han traducido a veinticinco idiomas. Archifamoso, de existir, también te incluye a ti.

—¡Me gusta! —exclamó él, sorprendiéndola.

—¿El qué?

—Que me hayas investigado. Me gusta. Mucho.

Ivy sintió que las piernas le temblaban, gracias a Dios que estaba sentada. El tono, las palabras, las pausas… Ese tipo podía ser increíblemente sexy solo usando su voz. Si se decidía a pasar tiempo con él las cosas iban a ponerse interesantes.

—Vamos a trabajar juntos, hay que ser profesional.

Él rio.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —secundó—, lo mejor es que cenemos juntos y así nos conocemos un poco más. Ya sabes, para ser profesionales.

—Profesionales, por supuesto —repitió ella con diversión en la voz.

Asher sugirió cenar en un restaurante del que era asiduo y en el que a nadie le importaba con quien estaba sentado el de al lado. Lo que facilitó que Ivy aceptara.

Cuando dieron por terminada la conversación los *noodles* estaban blandos y fríos, no obstante, a Ivy nunca le habían sabido tan bien.

Siguiendo con su idea de darle un giro a su vida, Ivy decidió comenzar por su vestuario. En Londres contaba con Martha, su estilista, que era quien se encargaba de encontrarle la ropa que mejor le sentaba, y de filtrar lo que le enviaban las grandes marcas que querían que ella las vistiera. Sin embargo, en Nueva York no tenía a nadie que se ocupara de su estilismo. Por ello, le había pedido a Carrie que contratara a una estilista que se ocupara de ella mientras estuviera allí.

Y eso había hecho su eficiente mánager, además de darle la noticia de la campaña, cuando había ido a verla, le había llevado la tarjeta de Lucy Bell, con quien había hablado previamente y que era la estilista más renombrada de la ciudad.

Ilusionada con la idea de renovar su estilismo la había llamado inmediatamente para concertar una cita en su estudio. Lucy la había citado para el día siguiente: el sábado por la mañana.

El día señalado, pensando en aprovechar el tiempo, Ivy madrugó más de la cuenta y subió a la piscina a dar unos largos antes de desayunar. Por supuesto, esta vez llevaba la ropa adecuada, aunque tampoco hubiese sido un problema dada la hora en la que se ejercitó.

Después se duchó, se vistió y salió de casa para tomarse un desayuno de verdad. Nada de café y bollos industriales.

Tras dar un paseo encontró una pastelería pequeña bastante vacía. Entró y se bajó la visera de la gorra tanto que apenas podía ver.

Sonrió cuando escuchó la música que tenían puesta de fondo: Ed Sheeran y Camila Cabello cantando *South Of The Border*, una canción que, inicialmente, estaba destinada para ella, pero que había tenido que rechazar por incompatibilidad de agendas con Ed:

I love her hips, curves, lips say the words
«Te amo, mami, ah, te amo, mami»

I kiss her, this love is like a dream.

La señora que estaba tras el mostrador salió para atenderla. Era una mujer rubia de unos cincuenta y muchos años, aparentemente normal, si uno no se fijaba en su colorido delantal lleno de puntillas.

Ivy pidió una taza de café y uno de los pasteles de nueces y pasas que habían llamado su atención. La mujer iba a darse la vuelta para preparar su pedido, pero en el último momento se lo pensó mejor y la miró tratando de ver bajo su gorra.

—¿Por qué no se cambia de mesa?

Ivy alzó la cabeza para mirarla.

—¿Cómo dice?

La mujer sonrió comprensiva.

—Tengo la mesa perfecta para usted —le dijo—, si me acompaña podrá quitarse la gorra y desayunar tranquila sin que nadie la vea.

—¿Cómo me ha reconocido?

La mujer amplió su sonrisa.

—Su voz es inconfundible incluso cuando habla, señorita Anderson. —Y añadió—: Sígame, por favor. No se arrepentirá.

Ivy se levantó y la siguió por la pastelería hasta un rincón junto al mostrador en el que no había reparado. Una columna en el lateral lo hacía prácticamente invisible para el resto del comedor.

La mujer le señaló la mesa e Ivy tomó asiento al tiempo que se quitaba la gorra.

—Eso está mucho mejor. Era imposible que disfrutara de mis pastelitos con la gorra hincada hasta la nariz.

—Gracias.

—Ya me las dará cuando pruebe mi comida —dijo yéndose de nuevo.

Ivy se relajó, era cierto que nadie podía verla, a no ser, por supuesto, que conociera la existencia de la mesa.

Aun así, se permitió disfrutar del momento. Estaba en la calle, no encerrada en su apartamento, y encima estaba a punto de disfrutar de unos pasteles que le hacían la boca agua con solo mirarlos.

El local era acogedor, el color verde pastel de las paredes y el rosa clarito de las mesas y las sillas, así como los adornos en azul celeste y amarillo pálido le daban un aspecto pintoresco, casi infantil.

Cinco minutos más tarde la mujer regresó con una bandeja llena de comida.

Un vaso de zumo de naranja, un café, un plato con huevos revueltos y beicon, y otro con dos pastelitos de pasas y nueces.

—Yo no he pedido tanta comida —protestó Ivy.

—Lo sé, pero es lo que necesita.

Ante la seriedad de la mujer no se atrevió a replicar. La dueña de la pastelería le recordaba de algún modo a su abuela Elisabeth, siempre tan dulce y autoritaria al mismo tiempo.

—Será mejor que se lo coma todo, jovencita.

Ivy se tragó la risa para no ofenderla.

Tres cuartos de hora más tarde, se levantó y se acercó al mostrador para pagar y marcharse.

—Cóbreme, por favor.

La mujer, que estaba moliendo café, se dio la vuelta para mirarla. Ivy se había vuelto a poner la gorra por lo que le costó verle los ojos.

—Por esta vez está invitada. No obstante, espero que vuelva. Ya sabe que aquí puede pasar desapercibida si lo desea.

Desconcertada, insistió en pagar, pero la mujer se negó.

Totalmente asombrada, pero decidida a cumplir con su palabra y volver, salió a la avenida principal en busca de un taxi que la llevara hasta el estudio de su nueva estilista.

¡Su nueva estilista era la novia de Rhys! La encantadora morena con la que se había hecho una fotografía, ni más ni menos.

—Hola, nos conocemos, ¿verdad? —dijo disimulando. No podía decirle nada impertinente a la novia de Rhys ni reconocerla con mucha rapidez para no ser evidente.

La morena sonrió encantada de que la recordara.

—Sí, así es. Nos presentó Rhys Byrne hace una semana.

—¡Es verdad! Eres su novia y nos vimos en el vestíbulo de mi edificio.

La chica abrió los ojos sorprendida por sus palabras.

—Rhys no es mi novio.

—¡Lo siento! Tu cita, entonces —rectificó ella esperando que le diera más información.

Lucy sonrió perspicaz.

—Rhys es mi cliente. Le dieron el premio al hombre mejor vestido del año en la revista *Millenium Man* y me invitó a acompañarlo, ya que, según él, el mérito es mío, pero no hay nada entre nosotros. Nunca ha habido nada.

—¡Lo siento! Pensé…

Lucy movió las manos con las palmas hacia ella.

—No, no, es un honor que creyeras que él podía fijarse en mí. Aunque si te soy sincera, Rhys no es mi tipo.

—Eres una mujer preciosa, por supuesto que puede fijarse en ti, y me alegra que no sea tu tipo, Rhys es… poco fiable como pareja.

Lucy rio divertida, pero no trató de indagar cómo era que lo sabía, seguramente porque él le había dicho que eran viejos amigos, dedujo Ivy.

—Eres muy amable. Ahora deja que te compense por tus palabras haciendo que te veas todavía más espectacular de lo que te ves normalmente.

Fue Ivy la que rio esta vez.

—Suena genial.

—Pero antes… Cuéntame. ¿Qué es lo que te gusta?

La conversación siguió mientras Ivy la puso al día sobre sus preferencias a la hora de vestir y sobre el estilo que deseaba. Lucy comentó la posibilidad de que se cortara el pelo e Ivy aceptó la propuesta. Había decidido cambiar por fuera y por dentro y estaba dispuesta a hacerlo.

Por alguna razón, cuando una mujer decidía cambiar siempre comenzaba por su pelo e Ivy estaba decidida a seguir esa regla.

Lucy hizo una llamada y, media hora más tarde, Luigi, uno de los peluqueros más solicitados entre los famosos, se presentó en el estudio con un maletín en las manos.

—Quiero que sepas que no dejo la peluquería por cualquiera —comentó con un acento auténticamente italiano. Ivy había escuchado demasiados acentos falsos como para ser capaz de

distinguir los genuinos.

—Gracias por venir.

El peluquero, un tipo moreno y delgado, con unos ojos negros penetrantes alzó un dedo antes de hablar:

—No creas que te va a salir barato.

Ivy iba a protestar que el precio no sería un problema cuando él volvió a alzar el dedo acallándola.

—No estoy hablando de dinero, querida. Vas a tener que pagarme en especias. Cuando termine contigo vas a tener que hacerte todas las fotografías que te pida y, por supuesto, contarle a todo aquel que quiera oír que yo soy el artífice de la obra maestra que será tu pelo.

Tanto Ivy como Lucy tuvieron que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—Por supuesto, Luigi, ahora haz que me vea y me sienta diferente.

Capítulo 19

Rhys acababa de terminar el guion para la campaña en favor de la lectura. Y aunque inicialmente había estado seguro de querer participar, después de leerlo no estaba nada convencido de que fuera adecuado para él. Tras leer el guion era evidente quien era el perdedor en el anuncio.

Estaba seguro de que iba a tener que pelearse con Bruce, quien prácticamente le había obligado a aceptar la oferta. Si, como su agente temía, Ivy no se encargaba de echarle del proyecto. Por culpa de ese comentario había terminado discutiendo con él.

No podía entender por qué Bruce tenía tan mala impresión de Ivy, ella jamás haría algo así. De hecho, en la última semana sentía que su relación parecía estar recomponiéndose poco a poco. Quizás demasiado lentamente para su gusto, pero iba a ser paciente. No tenía intención de precipitar nada y volverlo a estropear por sus prisas.

Ivy era importante para él y por eso estaba dispuesto a hacer las cosas siguiendo el orden correcto.

La parte mala era que George había dejado de ofrecerle excusas para verla y ella había comenzado a ir a horas intempestivas al gimnasio, seguramente para no toparse de nuevo con él.

—¡Un momento! —dijo alzando la voz más de lo necesario ya que hablaba consigo mismo.

Ya no necesitaba a George para que le diera excusas, ahora podía visitar a Ivy como compañera de trabajo sin resultar evidente. Podía presentarse en su puerta y alegar que lo hacía por cualquier tema que estuviera relacionado con la campaña de la lectura.

Con esa idea cogió el guion que le había dejado Bruce y salió por la puerta. Atravesó los apenas diez pasos que le separaban de casa de Ivy y llamó al timbre a la espera de que ella le abriera.

Estaba claro que ya no podía decir que no a la campaña, por mucho que él fuera el perdedor. Tendría que hacerse a la idea de que el personaje de Ivy, la música, se decantaría por el escritor, y punto. Si renunciaba, su excusa para verla se disiparía y entonces sí que lo volvería todo evidente y, de momento, tenía que evitar que eso sucediera. Ella necesitaba tiempo para acostumbrarse de nuevo a su presencia, y sobre todo lo necesitaba para volver a aceptarlo.

Como no obtuvo respuesta volvió a llamar, pero no escuchó ni un solo ruido en la casa. ¿Estaría ahora en la piscina?

Decidido a encontrarla se encaminó hacia el ascensor y subió hasta el ático.

Tardó más de lo esperado en poder revisar la piscina porque la mujer del arquitecto y la marchante de arte, ni siquiera recordaba sus nombres, le retuvieron más tiempo del que dictaba la cortesía. Cuando finalmente se deshizo de ellas y entró en la sala de la piscina no vio a Ivy por ninguna parte.

Lamentablemente no tenía su numero de teléfono para llamarla. Lo había tenido, pero ella lo cambió en 2016 y desde entonces no había vuelto a disponer de él. Pedírselo a George habría sido una opción, pero no tenía ganas de hablar de ese tema con su amigo. Con una vez había tenido más que suficiente.

Por tanto, su última opción era bajar al vestíbulo y preguntarle a Albert. Era imposible que el portero no supiera si estaba en el edificio e, incluso, si tenía algo de suerte, donde había ido de no estarlo.

—¡Mierda! —musitó Rhys para sí cuando vio que no era el turno de Albert.

Con su eterna expresión impasible y la gorra bien calada hasta las cejas estaba Putin. Era consciente de que no iba a sacar nada en claro sobre el paradero de Ivy. ¿Dónde estaba Albert cuando lo necesitaba? No obstante, decidió que no iba a tirar la toalla tan pronto. Trataría de preguntarle al ruso a ver si lograba sacarle algo más que sí o no.

El inalterable portero estaba sentado tras su pequeño escritorio en la entrada y se levantó en cuanto lo vio aparecer.

—Buenos días, señor Byrne —saludó con su brutal acento.

Había ocasiones en las que era tan pronunciado que a Rhys le costaba entenderle.

—Pu… Vladimir, buenos días. —¡Mierda! Había estado a punto de llamarle Putin. Lo que todavía pondría más difícil ganarse su simpatía.

No le quedaba otra que actuar, se dijo a sí mismo. Tal vez, si ponía la misma expresión que él, lograría su objetivo; por ello hizo uso de su capacidad interpretativa, esbozó una expresión de indiferencia y preguntó:

—¿Sabe si la señorita Anderson ha salido? Vengo de su apartamento y no contesta. Deseo asegurarme de que no le ha sucedido nada.

Putin le miró evaluador unos segundos que para Rhys fueron eternos. Ese hombre le sacaba de quicio con cada uno de sus gestos marciales y cortantes.

—No puedo darle esa información, señor.

—¿Cómo dice?

—Forma parte de la privacidad de la señorita Anderson, señor.

Rhys iba a protestar, pero la voz de Ivy acalló cualquier reproche. El volumen siguió subiendo hasta que sacó el móvil del bolsillo y lo silenció.

—No soy un fan loco —se justificó, fulminando al ruso con la mirada.

—Por supuesto, señor Byrne.

—Somos amigos de toda la vida. De hecho, la persona que me está llamando es su hermano que, además, es mi mejor amigo.

—No dudo de su historia, señor —siguió el portero.

—No es una historia, es… ¡Joder! —protestó cuando su teléfono volvió a sonar insistentemente—. George, ya puede ser importante lo que sea que tengas que decirme porque me has hecho quedar como un acosador.

—¿De qué hablas?

—¡Nada! No lo entenderías. Dime, ¿qué necesitas?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque últimamente solo me llamas para que te haga algún favor, que, además, suele estar relacionado con tu hermana pequeña. —Clavó la mirada en Vladimir para que este viera que no

mentía respecto a su relación—. No me extrañaría que la hubieras hecho vivir aquí solo para que la vigile por ti.

—Eres muy perspicaz, amigo.

—Eres increíble.

—¡Lo sé! Por eso te llamo. ¿Estás libre esta noche? Hay algo que quiero celebrar.

—¿Qué?

—Soy el nuevo redactor jefe del periódico —declaró con orgullo. Hasta el momento la única que lo había sabido era su hermana, no obstante, ya era el momento de que lo supiera todo el mundo.

—Enhorabuena, tío. Para algo así por supuesto que estoy libre. ¿Vamos a salir los dos solos o también vamos a invitar a los otros?

—Vamos todos. Ivy hasta ha tenido que cambiar su cita con el escritor ese para unirse —explicó—, y Raven ha delegado por primera vez en su segundo para venir… Y es sábado, así que, si ella ha podido, tú no puedes faltar.

George siguió hablando del resto de sus amigos, pero Rhys había desconectado tras la mención de Ivy y de su cita.

—¿Ivy va a salir con Asher Mills?

—Sí, eso. Asher Mills. ¿Cómo sabes su nombre?

—Tenemos una campaña publicitaria juntos.

—Será por eso. Bueno, pues cuento contigo. En mi casa a las seis.

George iba a colgar cuando Rhys le lanzó una pregunta de último minuto:

—¿Vas a cocinar tú o llevo algo?

—Voy a cocinar yo. Raven viene a ayudarme.

—¡Menos mal!

Colgó con un pensamiento en la mente. Otro motivo más para no dejar el proyecto. Si Asher Mills pensaba que se lo iba a poner fácil era porque no le conocía.

Capítulo 20

Nueva York
Invierno de 2016

Ivy sabía que era imposible ir al cuarto de baño sin pasar por delante de la mesa de Rhys, por lo que llevaba quince minutos aguantándose las ganas ir. No obstante, tenía que armarse de valor o se haría pis encima, lo que sería mucho más vergonzoso que tener que saludarle.

Consciente de que no podía retrasarlo más, se excusó con sus compañeros de mesa y se levantó para ir al aseo. No tenía por qué preocuparse, se dijo, Rhys y ella habían sido buenos amigos en el pasado y si no lo eran en ese instante era porque él no había acudido a su fiesta, de modo que si había alguien que tenía que sentirse culpable ese era él.

Decidida a sortear el trago lo mejor posible avanzó con la espalda recta y la mirada al frente. Iba a pasar de largo por su mesa y lo iba a hacer sin ningún remordimiento. Y para eso era necesario que siguiera mirando al frente y que se tranquilizara para que los latidos de su corazón no lo ensordecieran.

Siguió su camino repitiéndose el mantra y suspiró un poco más calmada cuando llegó al baño de señoras.

—¡Misión cumplida! —se felicitó.

Tres minutos más tarde se miraba en el espejo mientras se lavaba las manos y trataba de mentalizarse para repetir la operación.

—¡Tú puedes!

Pero antes… abrió el *clutch* negro que portaba y sacó el pintalabios para retocarse. No tenía previsto detenerse para hablar con Rhys, pero eso no tenía nada que ver con el hecho de que deseara verse bien.

Complacida con la imagen que le devolvía el espejo sonrió para darse ánimos y salió del cuarto de baño.

—Buenas noches, Ivy —la saludó la fuente de sus desvelos antes de que ella pudiera asimilar que él estaba parado frente a la puerta del baño de señoras.

—Hola, Rhys.

—¡Vaya! Ahora sí que me saludas. Y no he tenido que hacer nada más que seguirte al cuarto de baño para que lo hagas.

—¿De qué hablas?

—Has pasado por delante de mi mesa como si no me conocieras.

—No quería molestar. Y tampoco estaba segura de que fuera una buena idea.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Tú siempre tan detallista, pero no habrías molestado. Siempre es un placer para mí saludar a las viejas amigas. Una pena que para ti no sea lo mismo.

—Lo siento, tienes razón. Debería haberme detenido para hablarte. Ha pasado mucho tiempo.

Él arqueó una ceja al tiempo que le lanzaba una mirada apreciativa.

—Sí, mucho tiempo, tanto que deberías haber hecho mucho más.

Ella trató de parecer despreocupada.

—¿Deseabas que me sentara a tomar una copa con tu cita y contigo? Porque si es eso todavía estamos a tiempo. —Y añadió con malicia—: ¡Vamos!

—Me refería a recibir a los amigos cuando te visitan. —Era evidente que había esperado tener la ocasión de decírselo porque había un brillo de triunfo en sus ojos cuando lo hizo.

—No te comprendo.

—Londres, tu concierto en el Royal Albert Hall, ¿te suena?

Ivy enrojeció.

—Tienes razón. Lo siento por eso. No te recibí, pero te invité a mi fiesta y tenía previsto pasar tiempo contigo allí.

—¿Cómo dices?

—Nunca apareciste. Me quedé esperándote. Supongo que tú tampoco eres tan buen amigo como alardeas, de lo contrario te habrías pasado, aunque fuera a saludar.

—Yo…

—Si me disculpas, tengo que regresar, he dejado a mis amigos —remarcó la última palabra—, solos en la mesa. Adiós, Rhys. Ha sido agradable verte después de tanto tiempo.

Ivy echó a andar, pero la mano de Rhys asiendo su brazo la detuvo.

—Sarah me dijo que me había invitado ella. Que era su invitado de honor, no el tuyo.

Sus palabras atrajeron la atención de Ivy.

—¿Sarah? ¿Mi agente?

Él asintió.

—Bueno, lo cierto es que no me sorprende. Después de todo estaba claro que pretendía cazarte y por lo que escuché lo logró. Adiós Rhys.

Él estaba tan estupefacto que la dejó marcharse sin tratar de retenerla.

Ivy regresó a la mesa, pero sus pensamientos estaban muy lejos. ¿Realmente Sarah le había dicho que el que asistiera a la fiesta había sido idea suya? La falta de moralidad y de ética profesional de esa mujer eran asombrosas. Lo sorprendente era que no se hubiera dado cuenta de cómo era antes de la aparición de Rhys.

Su padre le rellenó la copa de vino y ella sonrió por instinto, todavía perdida en sus pensamientos.

La voz de Rhys a su espalda, unos minutos después, la trajo de vuelta al Red Raven.

—¿Hay hueco en esta mesa para uno más? —preguntó con una sonrisa en la voz. Ivy no se dio la vuelta, aunque se moría de ganas de ver lo que había sucedido con su cita.

—¿Dónde está tu chica? —preguntó George verbalizando las dudas de todos.

—Audrey no es mi chica, es mi compañera de reparto, y ha tenido que marcharse. Un compromiso inesperado.

—Siéntate donde quieras —ofreció la madre de Ivy—. Hace mucho que no te vemos, Rhys. ¿Dónde te metes estos días?

Ivy no escuchó su respuesta. Estaba tratando de controlar su respiración. Después de todo,

Rhys había escogido sitio y estaba haciendo que Carrie se apartara un poco más para poner su silla junto a la de ella. Se imaginó la mirada fulminante que le estaría lanzando la morena y se sintió un poco mejor.

Capítulo 21

Raven estaba nerviosa por mucho que se dijera a sí misma que no debía estarlo. No era la primera vez que iba al piso de George, eran amigos, había estado allí demasiadas veces como para haberlas contado, no obstante, esa sí que iba a ser la primera vez que estaría a solas con él en su casa, al menos durante unas horas. Hasta que llegaran sus amigos para celebrar su ascenso.

Para Raven nunca había sido fácil estar cerca de George. A su lado vivía en un incesante estado de nervios, que no llegaba a ser molesto, pero que sí que la convertía en una persona más tímida de lo habitual e incluso titubeante en algunas ocasiones. George, por su parte, no parecía verse afectado por su presencia, siempre sabía qué decir para ser perfecto, era amable y atento.

Y por si todo eso no fuera suficiente, tenerle cerca le despertaba un sentimiento de culpabilidad tan intenso que la empujaba a alejarse de él. El haberle escondido a Ivy sus sentimientos por su hermano no se debía a nada más que a cumplir la estúpida promesa que habían hecho Carrie y ella. ¿Qué importancia podía tener lo que sentía si había renunciado de antemano a cualquier posibilidad de conseguirlo?

La chef se detuvo frente al edificio de su amigo, que vivía en un apartamento más modesto que el de su hermana, primero porque su nivel económico no llegaba al de Ivy, y segundo, porque había dado prioridad a que estuviera cerca de su trabajo. Aun así, su casa era grande, dado el tamaño de la mayoría de los hogares de Nueva York, y estaba muy bien situada en un barrio tranquilo y familiar.

Tratando de recomponerse subió despacio los escalones que llevaban hasta el portal y, una vez allí, se cuadró dándose ánimos antes de decidirse a tocar al timbre.

Él respondió unos segundos después abriéndole el portal, sin preguntar quién era.

Raven entró y cruzó el vestíbulo hasta el piso del fondo, en el que vivía George.

—Raven, qué puntual —la saludó—, pasa, por favor—. Estaba parado en la puerta esperándola y ella agradeció que fuera tan detallista y educado.

—Gracias.

—Dame tu abrigo —pidió y Raven se lo quitó tendiéndole también el bolso.

George estaba guapísimo con un jersey verde que destacaba el color de sus ojos, de un tono más claro, y unos vaqueros azules que le quedaban especialmente bien en la parte de atrás.

Se alegró de no haberse vestido demasiado formal al ver qué él también llevaba ropa casual. De no ser porque su propio jersey era azul marino podrían haber ido combinados como una pareja.

—Gracias por venir —estaba diciéndole—. Si no fuera por ti estaría perdido.

Ella sonrió encantada con el cumplido.

—No te preocupes por nada. Esto es pan comido —bromeó tratando de calmar su propia

tensión—, nuestros amigos no son nada exigentes, se comerán cualquier cosa que les demos.

—¿Estás segura? Creía que eran clientes habituales de tu restaurante.

—*Touché!* —rio ella.

—¡Lo siento! Es que estoy nervioso —confesó, sorprendiéndola.

—No lo parece —comentó—, pareces siempre tan seguro de ti mismo.

Él sonrió sin alegría.

—Te aseguro que es pura fachada.

—¡Lo dudo! Pero, sea como sea, estoy aquí para ayudarte. ¿Qué tienes previsto servir esta noche?

—No estoy seguro. Además de pasta y barbacoa, mi capacidad culinaria es inexistente.

Raven asintió pensativa. ¿Qué podía preparar para que todos sus amigos quedasen satisfechos y que no fuera excesivamente complicado?

—¡Lo tengo! —exclamó alegre—. Vamos a preparar tacos. ¿Tienes verduras y pollo?

—Sí. He llenado la nevera esperando que se te ocurriera algo.

—¿Tienes especias y aguacates? ¿Limones?

—Mi capacidad organizativa no llega para tanto —dijo con cierto aire de culpabilidad.

Raven sonrió comprensiva.

—No pasa nada, ahora mismo te escribo una lista de lo que nos falta y vas a comprarla en un momento. Mientras me quedaré limpiando y cortando las verduras.

—¿Cuesta mucho de hacer? —preguntó—, cortar y limpiar las verduras —aclaró.

—Unos minutos, ¿por qué?

—¡Vente conmigo! No me parece muy justo dejarte aquí trabajando mientras yo salgo a comprar. —Miró su reloj de pulsera—. Todavía tenemos tiempo para conseguir lo que falta, cocinar e incluso hacer una parada en un café para reponer fuerzas.

Raven rio de buena gana.

—Lo que nos falta ni siquiera llenaría una bolsa. No hay fuerzas que reponer.

—Di lo que quieras, pero el café es indispensable. Invitarte es lo menos que puedo hacer después de que hayas accedido a ayudarme en un día tan ajetreado para ti.

—¡De acuerdo! Nunca digo que no a un chico guapo que me invita a un café.

George pareció sorprenderse por su respuesta, pero se repuso y se encaminó hasta el perchero en el que había colgado su abrigo y la ayudó a ponérselo, después le tendió el bolso.

—¡Perfecta! —comentó él y el corazón de Raven se aceleró de inmediato.

—Este café está delicioso.

—No solo está rico, además es potente. Es lo que me permite estar activo a todas horas.

—Y yo que pensaba que mi trabajo era agotador —bromeó Raven.

—Todos los trabajos lo son. Por eso se llaman trabajo, porque cuesta trabajo hacerlos.

Ella rio divertida y él la miró confuso.

—¿Qué he dicho que es tan gracioso?

—La verdad. Has dicho la verdad. ¡Perdona! Es solo que ha sonado… —siguió sonriendo.

—Ahora que lo pienso, tienes razón. Ha sido un pelín redundante —corroboró George.

Siguieron hablando unos minutos antes de que Raven le instara a moverse para preparar la cena. Raven había comprado más de lo que había previsto, por lo que iban más cargados de lo esperado y la parada en el café había sido más que necesaria.

Como habían caminado unas pocas calles hasta el supermercado del barrio regresaron con relativa rapidez.

Una vez en casa de George, llegaba la parte complicada, poner al anfitrión a cortar verduras sin que se lesionara. Tras varios intentos y muchas risas la cosa comenzó a funcionar y, mientras Raven preparaba el guacamole, George limpió y cortó los pimientos.

—¿Y qué tal va todo? Hacía mucho que no hablábamos —preguntó para sacar un tema de conversación—, tu restaurante está en el *top ten* de todas las guías. Mi periódico lo ha recomendado varias veces en las páginas de sociedad.

—¡Lo sé! Gracias. Imaginé que sería cosa tuya.

George no lo admitió, pero tampoco lo negó, y Raven continuó hablando:

—El restaurante va muy bien, aunque la verdad es que da mucho trabajo, pero merece la pena cada minuto que pasó allí.

—Trabajar en algo que disfrutas es un lujo.

Ella asintió.

—Tú tampoco puedes quejarte, siempre quisiste ser periodista, y mira, redactor jefe. Pero ¿cómo te va el resto? Lo que no tiene que ver con el trabajo. ¿Hay alguna novedad en tu vida que deba conocer?

Él asintió antes de responder.

—Estoy conociendo a una mujer. Hemos salido un par de veces, para ser exactos.

Raven tardó más de lo normal en reaccionar, pero tras unos segundos de confusión compuso una sonrisa.

—Eso es estupendo. ¿La conozco?

—No creo, es periodista. De la competencia —dijo sonriendo—. Como digo, de momento solo nos estamos conociendo, pero soy optimista.

—¡Eso es genial! Me alegro mucho por ti.

—Gracias, ¿y tú? ¿Sales con alguien?

—No tengo tiempo para citas, y la única persona que me interesaba para algo romántico ya está con otra persona, así que no. Sigo sola. Y por lo que puedo adivinar seguiré así un tiempo.

George pareció confundido.

—¿Le conozco?

—¿A quién? —preguntó para ganar un poco de tiempo. Era evidente lo que estaba preguntando.

—Al tipo que te gusta. No tenía ni idea de que hubiera alguien que te interesara. Supongo que no hemos coincidido mucho últimamente, por lo que no me había dado cuenta de nada.

Ella asintió con la cabeza.

—Lo cierto es que me gusta desde hace mucho tiempo, pero las cosas entre nosotros son… complicadas. Nos conocemos demasiado bien.

—¿De veras? ¿Quién es? ¿Alguien del trabajo?

Antes de responder, Raven pensó en todo el tiempo que había perdido por culpa de la promesa que le había hecho a Carrie, y pensó en que sucediera lo que sucediera después de hoy, no quería quedarse con la espinita de no haberle dicho a George la verdad sobre sus sentimientos, así que le miró directamente a los ojos y le dio su respuesta.

—No es nadie del trabajo. —Hizo una pausa para tratar de controlar su respiración—. Eres tú, George, hace mucho tiempo que me gustas, pero supongo que llego tarde porque ya estás pillado. —Y añadió como si no acabara de confesarse—: ¿Por qué no abrimos una de las botellas de vino

que hemos comprado para la cena y nos servimos una copa? Ahora mismo me vendría de maravilla.

—Es una idea estupenda —secundó él, y ninguno de los dos volvió a sacar de nuevo el tema.

Capítulo 22

La primera sorpresa con la que se encontró Ivy tras regresar de la estilista fue con la noticia de que George había organizado una cena para celebrar su ascenso, lo que la llevó a tener que posponer su cita con Asher, quien se mostró comprensivo y tan encantador como siempre; la segunda fue que Rhys se pasara por su casa a recogerla para ir juntos, según él, porque era un desperdicio de recursos y un gesto de irresponsabilidad pedir dos taxis para ir al mismo lugar:

—Debemos limitar la contaminación, Iv —había dicho muy serio.

La tercera sorpresa fue que todo el mundo alabó su nuevo corte long bob. Incluso Rhys pareció encantado con el cambio.

La cuarta y, más importante, fue el estado de despiste total en el que se encontraba George. Su hermano, normalmente, era una persona centrada, metódica y organizada, pero esa noche parecía completamente fuera de sí, por mucho que tratara de disimularlo.

—George, ¿estás bien? —le preguntó ella entrando en la cocina para ayudarle a sacar la comida que él y Raven habían estado preparando.

—Perfectamente —pero su respuesta no se correspondía con lo que Ivy estaba viendo.

—Pareces en otro mundo —dijo, pero era evidente que él ni siquiera la había escuchado.

Esperó unos segundos a que respondiera, pero no hubo respuesta.

—¿George? ¡George!

—Sí, dime. Perdona. ¿Me has preguntado algo?

—Sí, te he preguntado ¿qué te sucede esta noche?

Él la miró fingiéndose tranquilo y le ofreció una sonrisa que trataba de calmar su preocupación.

—No me pasa nada. Es solo que estoy un poco cansado. Ha sido una semana muy larga.

Ivy dejó correr el tema, pero no se quedó satisfecha con su respuesta. En lugar de estar eufórico por haber conseguido el ascenso que tanto se merecía estaba como ensimismado. No obstante, no era el único que parecía tener la mente en otra parte.

—¿Habéis bebido Raven y tú mientras cocinabais? —preguntó Mike como una broma, pero dado el estado de aturdimiento de los dos parecía muy posible que así fuera.

Aunque los dos admitieron haber abierto una botella de vino mientras cocinaban, Ivy pensó que su actitud no tenía nada que ver con el alcohol. Ya que de alguna manera parecía como si estuvieran ausentes, perdidos en sus propios pensamientos, no achispados.

Y por si la actitud sospechosa de Raven y George no fuera suficiente, hasta Bruce se mostró excesivamente amable con Ivy, con quien siempre había chocado. De los amigos de su hermano, Bruce era con el que peor se llevaba.

Rhys, por su parte, adivinó que lo que su agente pretendía era contentar a la rubia para que no

se planteara mover hilos y echarle del proyecto de la lectura como él se temía que iba a hacer, y sus sospechas se confirmaron cuando Bruce sacó el tema mientras cenaban.

—¿Sabéis que Ivy y Rhys van a trabajar juntos? Dejó caer con un tono alegre.

—No me digas que ahora vas a probar suerte con la actuación? —intervino Mike, que era el único del grupo que había tenido tiempo de casarse y de divorciarse—. O peor, Rhys va a cantar —se rio de su propio chiste.

Entre ellos se conocían demasiado, por lo que conocían los puntos fuertes y los débiles de cada uno. Y ninguno dudaba de que la música era una de las pocas carencias de Rhys.

—Es para una campaña de publicidad —respondió Bruce.

—Suena bien —apuntó George—, ¿y de qué va exactamente?

Molesta porque Bruce hubiera monopolizado la conversación, Carrie se apresuró a responder y los dos representantes se lanzaron a una batalla por ver cuál de los dos corregía más al otro.

Mike fue el único que parecía interesado en la batalla dialéctica, el resto desconectó.

Raven se levantó para llevar más tortillas a la mesa y George la siguió para ayudarla. Ivy se dio cuenta que era la primera vez desde que había llegado que los dos estaban cerca, incluso Rhys pareció notar algo raro porque le preguntó:

—¿Qué les pasa a estos dos?

Ella se encogió de hombros.

—¿Crees que hayan discutido?

Rhys negó con la cabeza.

—¡Imposible! Tu hermano nunca discute con nadie. Es una opción prácticamente imposible. Piensa en otra cosa.

—¿Como qué?

—No lo sé. Estoy igual que tú.

—¿Qué cuchicheáis vosotros? —preguntó Carrie de repente interesada en su conversación.

—Decía que se notaba que los tacos habían sido obra de Raven, mi hermano jamás los habría hecho tan ricos. La salsa casera estaba deliciosa, ¿verdad, Rhys?

Él asintió con vehemencia.

—¡Deliciosa!

Bruce iba a decir que no se lo creía, pero la mirada de Rhys le silenció antes de que dijera nada.

—No debes preocuparte por la campaña de publicidad —comentó Rhys inclinándose hacia ella para hablarle al oído.

Ivy no se esperaba un giro de conversación tan radical, por lo que le preguntó a qué se refería. Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Eres una actriz estupenda. —Contra su voluntad le devolvió la sonrisa.

La velada siguió su curso. Tras el vino de la cena, se sirvieron los margaritas y el tequila sin mezclar, solo con sal y limón. Raven había tenido la idea, tras decidir el menú, de hacer una fiesta temática y, el mezcal formaba parte de la noche.

Tras la segunda ronda de margaritas el ambiente, antes enrarecido, se había disipado y reinaba la alegría y la cordialidad. Hasta Carrie y Bruce habían dejado de pelear y se dedicaban a alardear de sus capacidades delante de Mike, quien, por su parte, parecía asombrado con ellos.

George y Raven, por su parte, habían desaparecido en la cocina y, aunque Rhys se moría de

curiosidad por saber qué los retenía allí durante tanto tiempo, los demás parecían ajenos a su desaparición.

—Deberías parar un poco —aconsejó Rhys a Ivy—, si no recuerdo mal, el tequila no te sienta muy bien.

Ella se encogió de hombros y le dio otro sorbo a su copa.

—Eso era antes. Ahora lo tolero mucho mejor. Además, ¿por qué te importa lo que bebo? —se quejó volviendo a vaciar su copa.

—Porque tienes pinta de pesar y no quiero que mi espalda se resienta por tu culpa.

—¿De qué hablas?

—Es evidente a quién le va a tocar llevarte a casa y meterte en la cama si no te tienes en pie.

—¿Estás borracho? —preguntó Ivy tratando de evaluar su sobriedad, aunque ella tampoco es que estuviera en condiciones de hacerlo—. Mi hermano no te dejaría acercarte tanto a mí.

—Me temo que tu hermano ni siquiera va a darse cuenta. —Y añadió—: Está demasiado ensimismado esta noche.

Ivy achicó los ojos.

—También te has dado cuenta.

Rhys asintió.

—Todo indica que esta noche vas a convertirte en mi responsabilidad. Que sepas que me tomo muy en serio la tarea de ser un buen vecino.

Ivy no pudo evitarlo y se echó a reír con tantas ganas que hasta tuvo dolor de estómago por ello. Lo más gracioso y lo que la hizo reír con más ganas es que ni siquiera tenía la más remota idea de qué era eso tan gracioso por lo que no podía parar…

—Definitivamente, voy a tener que actuar de buen vecino —comentó para sí mismo porque en el estado en que estaba Ivy era imposible que le oyera.

Capítulo 23

Raven había comenzado a arrepentirse de haber sido tan sincera con George respecto a sus sentimientos. Se suponía que era una mujer adulta, pero desde el instante en que las palabras salieron de sus labios empezó a sentirse como una adolescente insegura. De repente se había vuelto más incómodo estar cerca de George, rozarle inconscientemente mientras cocinaban, o cogerle la mano para mostrarle cómo cortar una cebolla sin rebanarse un dedo.

Súbitamente le preocupaba que él pudiera malinterpretar sus gestos como un intento de coqueteo, o peor, que pensara que se estaba aprovechando de la situación. Por esas razones que solo estaban en su cabeza trató de alejarse todo lo posible de él sin ser muy evidente.

La única pega a su plan fue que su actitud despertó las suspicacias de Ivy, quien la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de que sucedía algo. De algún modo siempre se había sentido culpable con su mejor amiga por no confesarle lo que sentía por George, pero tras contarle sobre la promesa que habían hecho ella y Carrie comenzó a sentirse mejor al respecto. Lamentablemente, el haberse declarado a George sin contárselo volvía a despertar su culpabilidad.

—No quedan tortillas —se quejó Mike y Raven aprovechó la situación para darse un respiro.

—En la cocina hay más. ¡Voy a por ellas!

Se levantó antes de que otra persona se ofreciera para ir. Acostumbrada a vivir entre sartenes y cazos, en cuanto entró en la cocina comenzó a sentirse mejor. Abrió el armario en el que habían guardado los paquetes de tortillas, le hizo un agujero a la bolsa y las metió en el microondas para calentarlas.

Lo ideal era ponerlas en una sartén e ir calentándolas de una en una, pero estaba segura de que Mike no iba a poder esperar tanto tiempo para comer.

Se mantenía pendiente del ruidito del micro por lo que no escuchó que alguien más entraba en la cocina. Dio un respingo cuando se puso a su lado y su aroma le dio la clave de quien era.

—Lo que has dicho antes… —soltó George sin preámbulos—. ¿Lo decías de verdad?

—¿A qué te refieres? He dicho muchas cosas esta noche —dijo ella tratando de parecer casual.

—¿De verdad que no lo recuerdas?

¡No seas infantil, Raven! Se dijo a sí misma. Tienes que ser consecuente con tus actos.

La campana del microondas anunció que el minuto había terminado, pero ninguno de los dos hizo amago de sacar la bolsa de tortillas.

—Sí —confesó por fin—, sea lo que sea lo que he dicho seguro que es la verdad. Jamás te he mentido.

—¡Bien! —musitó y la sorprendió cubriendo la distancia que los separaba y dándole un beso largo y profundo.

Ella respondió al instante. Le dio su lengua y gimió con cada aliento. A George la sangre le palpitaba en las ingles y su cuerpo le pedía que no se detuviera en el beso. Necesitó de todo su autocontrol para no sucumbir y desnudarla allí, en medio de la cocina, con todos sus amigos cenando a menos de tres metros de distancia. Por ello se limitó a besar aquellos labios suaves y receptivos. Raven se apretó contra él, relajada y cálida. George sorbió sus labios. Sabían a vino dulce y cálido.

Ella sintió la delicada succión de su boca y supo que la había desarmado, y estaba demasiado agotada para seguir sintiéndose avergonzada por sus sentimientos. Él estaba muy excitado y ella también. Su cuerpo había cobrado vida bajo las capas de sentimientos encontrados que él le inspiraba. George sabía a dulzura y deseo, y a esa especie de energía masculina que ella casi había olvidado que poseía. Su beso se hizo mas profundo. Raven sentía los músculos fibrosos, la fuerza de su cuerpo contra ella. Entreabrió los labios y la lengua de él se deslizó en su boca. Le rodeo el cuello con los brazos. Él jugueteaba y la acariciaba. Oyó su propio suspiro cuando George dejó de besarla para levantarla en brazos y dejarla con suavidad sobre la encimera, colocándose entre sus piernas.

La miró unos segundos antes de retomar el beso con la misma pasión.

—¡Raven! —gritó Mike desde el comedor—, tenemos hambre.

Se separaron con reticencias, pero ninguno de los dos habló.

Él le pasó el pulgar por los labios, hinchados y enrojecidos por sus besos, y alargó la mano para abrir el microondas y sacar la bolsa de tortillas.

—Yo iré —le dijo—, ve al baño. Tienes aspecto de que te hayan besado mucho y bien.

Ella sonrió con timidez y él le guiñó un ojo antes de salir de la cocina.

Se tomó unos segundos para tratar de calmarse antes de moverse, después, cuando estuvo segura de que sus piernas podrían sostenerla, se bajó de la encimera y se encaminó al cuarto de baño. Dio gracias a que hubiera uno en el dormitorio de George, porque no se veía con fuerzas para cruzar el comedor en ese estado.

Abrió la puerta del cuarto y el aroma de George embargó sus fosas nasales. Trató de pasar rápido al cuarto de baño, no queriendo que él creyera que estaba cotilleando entre sus cosas.

En cuanto se vio en el espejo entendió lo que él le había dicho. La piel alrededor de sus labios estaba enrojecida. Al ser pelirroja su piel era muy blanca y cualquier marca se veía incluso de lejos.

Se inclinó sobre el lavabo y abrió el grifo del agua fría. Normalmente no se maquillaba mucho, no obstante, para esa velada sí que lo había hecho por lo que se mojó las manos y se las pasó por la boca y las comisuras. A la porra el maquillaje, se dijo, lo importante era que sus amigos no sospecharan nada. Sobre todo, porque ni ella misma sabía qué significaba lo que acababa de suceder entre ella y George.

El protagonista de sus pensamientos hizo acto de presencia en el cuarto de baño. Lo vio por el cristal antes de que se detuviera tras ella.

—¿Estás bien? —preguntó mirando las rojeces, que no parecían haberse atenuado.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi dormitorio.

—¡Lo sé!, pero…

—Los demás creen que estás preparando los margaritas y que yo te estoy ayudando. ¡No te preocupes por ellos!

—Entonces será mejor que vayamos a la cocina. Por si alguien más se ofrece a ayudar.

—¡De acuerdo! —aceptó él con rapidez, y una parte de Raven se sintió decepcionada de que no hubiera tratado de volver a besarla.

¿Hacía unos pocos minutos que se habían besado con pasión y ahora aceptaba regresar a la cocina sin tratar de hablar sobre lo sucedido? ¿Acaso significaba que no significaba nada? ¡Mierda! Se quejó mentalmente, estaba comenzando a pensar como hablaba él.

—¡Vamos! —dijo, poniéndose en marcha. No se dio la vuelta para ver si él la seguía porque era consciente, aún sin verle, de que lo hacía.

Escucharon las voces de Carrie y de Bruce, que se debían de haber vuelto a enzarzar en una de sus habituales peleas, y entraron en la cocina en silencio.

—¿Dónde has guardado el tequila?

—En el armario de arriba del fregadero.

Lo abrió y sacó las botellas.

—Por favor, acércame las limas y el hielo.

George hizo lo que le pedía e incluso le pasó el licor de naranja antes de que se lo solicitara.

Raven cortó las limas y apartó varios trozos para las copas, que George estaba sacando del estante. Le vio buscar la sal como si nada hubiera sucedido hacía solo unos minutos allí mismo, para después mojar los bordes con la lima y ponerles la sal, que se quedó pegada en ellos.

¿Tenía intención de seguir como si nada? Se preguntó. Ella sola se respondió, ¡seguramente! ¿No le había contado que estaba conociendo a alguien? Y que era optimista al respecto. Eso significaba que la chica le gustaba… Su optimismo debía de deberse a eso, a que era un interés correspondido.

Tal vez el beso había sido solo para sacarse una espinita por aquel que ella le negó aquella lejana Nochevieja. Seguro que no había significado nada para él por eso estaba tan impasible.

—Deja de pensar así o te besaré de nuevo —dijo George repentinamente, haciendo que diera un bote de sorpresa.

—No estoy pensando en nada.

Él la miró con incredulidad y una chispa de diversión en los ojos.

—Puedo escucharte pensar desde aquí. Y estás equivocada en todo —sentenció.

—Muy gracioso.

—Solo digo la verdad —se aproximó a ella hasta que sus labios estuvieron a unos pocos milímetros de distancia—, hablaremos mañana durante el desayuno. ¿Te parece bien?

Raven no tenía voz para responder, por lo que se limitó a asentir con la cabeza.

¿Desayuno? Significaba acaso que la estaba invitando a quedarse a dormir.

—Me alegra que estemos de acuerdo —dijo George y le dio un beso rápido en los labios—. Por cierto, Raven, no bebas mucho esta noche.

Sí, se dijo ella. Ya no había duda de que lo había hecho.

Capítulo 24

—Ivy, cariño, despierta —pidió Rhys cuando el taxi se detuvo frente a su edificio.

Contra todo lo esperado, George no había insistido en que su hermana se quedara a pasar la noche en su apartamento, sino que prácticamente se la había puesto en los brazos para que se hiciera cargo de llevarla a casa. Eso, unido a la actitud sospechosa de su amigo y de Raven, había hecho pensar a Rhys que las cosas entre ellos habían cambiado.

Después de todo, Rhys estaba al tanto, desde siempre, de los sentimientos de su mejor amigo respecto a la pelirroja, lo que no entendía era que hubiera esperado tanto tiempo para hacer algo al respecto.

—Iv, despierta —dijo dándole unas palmaditas afectuosas en la mano—, ya hemos llegado a casa.

Se había quedado dormida sobre su hombro en cuanto el taxi arrancó y había seguido dormida desde entonces.

Rhys sacó la cartera del bolsillo y pagó al taxista mientras se preguntaba cómo iba a hacer para sacarla del taxi. Gracias al cielo, la puerta se abrió y Putin asomó la cabeza por ella.

—¿Necesita ayuda, señor Byrne?

Rhys asintió.

—Sí, pero primero asegúrate de que no haya nadie husmeando —pidió. Vivían en una zona que la prensa solía visitar a la caza de algún famoso, y no quería que le hicieran fotografías a Ivy en ese estado.

—Deme un minuto —pidió el portero, que cerró de nuevo la puerta.

—Lo siento, vamos a esperar unos minutos antes de salir —le dijo el actor al taxista, al que previamente le había dado una considerable propina.

—Lo que necesite. No hay problema.

La puerta volvió a abrirse y Vladimir, alias Putin, informó de que no había nadie sospechoso por los alrededores. Dado el aspecto militar del portero, Rhys no dudó de que hubiera hecho una exploración a conciencia.

—Ivy. —Le dio unas palmaditas en las mejillas y ella por fin abrió los ojos—. Estamos en casa. ¿Crees que puedas salir del coche por tu propio pie o necesitas ayuda?

Ella sonrió ampliamente, aunque se notaba que era una sonrisa de bebida.

—Claro que puedo.

—Bien, cariño, pues vamos.

—Me gusta —dijo ella haciéndole caso y arrastrándose por el asiento para salir.

—¿Qué es lo que te gusta? —inquirió Rhys, si la hacía hablar no volvería a dormirse y podría llevarla hasta su apartamento sin tantos problemas.

—Que me llames cariño. Me gusta mucho.

Él sonrió.

—A mi también me gusta, cariño. Vamos, cógete de mí —pidió y ella se colgó de su cuello. Rhys le pasó el brazo por la cintura y caminó hasta el edificio con ella pegada a su costado.

Putin salió disparado para abrirles la puerta y en cuanto entraron fue directo al ascensor para presionar el botón. Era poco probable que se cruzaran con algún inquilino a esas horas, no obstante, era mejor evitarlo porque la señorita Anderson estaba un poco… intoxicada esa noche.

El ascensor llegó y Rhys entró con Ivy colgada de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Ella asintió con vehemencia, y el gesto la hizo gemir al sentir unas inesperadas náuseas.

No respondió de inmediato. Enterró la nariz en su cuello y aspiró su aroma.

—Hueles muy bien —musitó medio adormecida.

Rhys reaccionó con rapidez, la apartó de sí y la apoyó contra el espejo del ascensor para obligarla a mirarlo.

—Ivy, no te duermas. Tienes que cambiarte de ropa y meterte en la cama. ¡Despierta! Por favor.

Ella abrió un ojo y sonrió con picardía.

—Así no.

—¿Qué quieres decir?

—Cariño —rio como una niña pequeña—, llámame cariño o no te haré caso.

—¡Está bien! Cariño, no te duermas.

—¡Vale! Pero dame un beso.

¡Joder! Sí que estaba bebida, se dijo, acababa de pedirle un beso sin siquiera disfrazarlo de otra cosa.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—¡Vamos, cariño! Ya estamos en casa.

Ella achicó los ojos y negó con la cabeza, esta vez con suavidad.

—¡Ivy, vamos!

Decidida a salirse con la suya se fue escurriendo sin dejar de apoyarse en el espejo del ascensor hasta que su trasero tocó el suelo.

Para evitar que las puertas se cerraran, Rhys se había quedado en medio de estas, por lo que corría el riesgo de que si se apartaba de allí estas se cerraran y el ascensor se pusiera en movimiento si alguien lo pedía.

—¡Ivy! Vamos a casa.

—No voy a moverme hasta que me des mi beso.

—¿Y qué te parece si te lo doy en casa? Los dos solitos…

—No. Aquí.

Era bastante testaruda para estar borracha, se quejó Rhys.

Consciente de que no iba a poder con ella, dejó su lugar estratégico entre las puertas, y pidió al cielo que no aprovechara nadie para llamar al ascensor en ese instante. Después se agachó frente a ella y le dio un rápido beso en los labios.

Ella abrió los ojos decepcionada.

—Más.

—¿Quieres más?

—Sí.

—De acuerdo, pues si te levantas y vienes conmigo te daré más. —Y añadió, desesperado por evitar que nadie los viera en ese estado—. Te daré todos los que quieras.

Ivy aceptó de inmediato y alzó los brazos hacía él para que la levantara.

Tras cinco largos minutos de tensión, en los que se vio obligado a esquivar los besos que ella pretendía darle, logró sacarla del ascensor sin que nadie los viera. Entrar en su apartamento fue mucho más fácil. Ivy le dio las llaves sin grandes complicaciones y entró por su propio pie.

Rhys la siguió gracias al reguero de ropa que iba dejando a su paso: el bolso, el abrigo, los zapatos… La encontró en su dormitorio saltando en la cama como una niña.

—Beso, beso —estaba cantando con su hermosa voz.

—Está bien, pero antes vamos a quitarte el vestido. ¿De acuerdo?

A ella le gustó la idea porque se dejó caer sentada en el colchón.

—¿Dónde está la camiseta con la que duermes? —preguntó buscándola con la mirada.

Ella señaló con el dedo la almohada y, tras apartarla, Rhys vio que estaba debajo.

La asió de la mano y la hizo ponerse de pie. Ella ya no estaba tan activa, sino que le permitió darle la vuelta para bajarle la cremallera del vestido.

—Ahora voy a salir de la habitación para que te cambies y cuando estés lista me avisas. ¿De acuerdo?

—¿Por qué vas a marcharte?

—Estás borracha. No dirías eso de estar sobria —trató de explicarse.

Ella negó con la cabeza.

—Ya me has visto antes desnuda. No quiero que te vayas.

—Ivy —su voz sonó suplicante.

—No, Rhys, no te vayas. Por favor…

—De acuerdo, entonces me daré la vuelta. ¿Te parece mejor?

Ella asintió y él hizo lo que había dicho. Aun así, darse la vuelta no fue tan efectivo como lo habría sido marcharse. Escuchaba cada movimiento de ella y su mente la imaginaba deslizando el vestido por sus hombros, por sus senos, su vientre… hasta convertirse en un charco a sus pies.

Tras el vestido seguían el sujetador y las medias…

—¡Ya! —dijo ella al cabo de unos minutos.

Se dio la vuelta, temeroso de lo que iba a encontrarse, ¿estaría realmente vestida? ¿O en su estado de embriaguez le estaba llamando antes de tiempo?

Sintió una mezcla de decepción y tranquilidad cuando la vio ataviada con la enorme camiseta.

—Ahora métete en la cama.

Ella no protestó, lo que desconcertó al actor, que había esperado alguna queja. ¿Habría recuperado ya el control de sí misma? Tal vez el efecto del alcohol había desaparecido por completo de su organismo.

En silencio abrió la cama para que ella entrara y la arropó cuando lo hizo. Ya no había más que tuviera que hacer, se dijo, ahora debía ir a su propio apartamento y darse una ducha muy fría. Mañana ya tendría tiempo de arrepentirse por no haberla besado cuando ella se lo pidió.

—Buenas noches, Ivy.

—Rhys —lo detuvo ella cuando iba a marcharse del dormitorio—, ¿nunca cumples tus promesas?

Él se quedó petrificado unos segundos donde estaba antes de reaccionar.

—Dijiste que me besarías cuando llegáramos a casa. ¿Vas a cumplir tu promesa?

¡Estaba perdido! ¡Completamente perdido! No tenía suficiente fuerza de voluntad para

resistirse a ella. No, no la tenía.

Se dio la vuelta y la miró, se había sentado y estaba esperando a que él reaccionara. Quería que la besara y que lo condenaran porque él también lo quería. Aunque estuviera bebida, aunque mañana le odiara por ello, él también lo deseaba.

Sus pies se pusieron en marcha antes de que su mente le dijera que lo hicieran…

Rhys la besó con una avidez que le desconcertó hasta a él mismo.

Decidido a ir al infierno con todos los motivos que pudiera acaparar esa noche, le acarició los senos por encima de la camiseta, y luego volvió a besarla con la misma avidez.

Ivy se pegó a él y le clavó las uñas en la espalda mientras gemía ante los húmedos besos que él iba regando por su cuello y garganta.

Volvió a buscar su boca y se estremeció cuando ella metió las manos por debajo de su camiseta para acariciarle el pecho. Si no se detenía de inmediato las cosas terminarían del modo en que había tratado de evitar.

Una serie de imágenes del pasado pasaron por delante de sus ojos y el hechizo que lo había obnubilado se hizo añicos.

—No —dijo apartándose de ella—, tengo que irme. —Se levantó de la cama a toda prisa con todo el cuerpo temblando a causa del esfuerzo que le suponía moverse.

—¿Rhys?

—Ivy, duérmete.

Salió del dormitorio sin volver la vista atrás, consciente de que si lo hacía de nuevo iba a ser incapaz de hacer lo correcto.

Capítulo 25

Nueva York
Invierno de 2016

Se habían ido marchando todos. Sus padres, los padres de Raven, y la mayoría de los invitados a la inauguración habían terminado por regresar a sus casas. Incluso George se había marchado, ya que le habían llamado de la redacción porque había que cubrir un suceso de última hora, y él era el único libre en ese momento.

No obstante, su protector hermano no se había marchado sin más, sino que había tenido la brillante idea de darle a Rhys, nada más y nada menos, las llaves de su apartamento para que llevara a Ivy cuando decidieran terminar la noche.

Según él, regresar a casa de sus padres era innecesario dado que él no iba a estar en su piso y ella podía disponer de él como quisiera.

Consciente de dos cosas: que discutir con su hermano era una soberana tontería y que esa velada había vuelto a poner a Rhys en su camino, optó por no protestar y aceptar lo que los dos hombres habían decidido.

Desde que se había sentado a su lado, tras la marcha de su cita, Rhys había dejado atrás la actitud beligerante de la que había hecho gala en el pasillo de los baños y se mostraba atento y amable. Mucho más amable de lo que ella lo recordaba.

De hecho, había estado tan pendiente de ella que le había resultado imposible hablar con nadie más. Durante la velada, Rhys la había estado interrogando sobre su trabajo y la había tocado inconscientemente varias veces. En esas ocasiones, Ivy había sentido que su corazón iba a estallar de nerviosismo y emoción; Rhys por su parte ni siquiera había parecido darse cuenta de que la tocaba.

—No tengo mucho tiempo para escuchar música, pero si la tuviera escucharía la tuya —había dicho galante.

—Te entiendo, yo tampoco dispongo de mucho tiempo libre para ir al cine.

—También hago teatro —había dicho con una sonrisa e Ivy se había preguntado si su disfraz no había sido lo suficientemente bueno como para pasar desapercibida.

—¡Lo siento! El teatro me aburre —mintió.

—Eso sí que no me lo esperaba. Estaba segura de que eras una gran aficionada.

Ivy negó nerviosa y él dejó correr el tema.

Raven se acercó sonriente a su mesa y miró a Mike y a Bruce, que eran los más escandalosos.

—Chicos, vamos a cerrar —anunció—, no quiero que me pongan una multa el primer día que abrimos —bromeó.

—Rhys, vamos a seguir la fiesta en otra parte —anunció Bruce agarrándose al brazo de Mike. Se puso el dedo en los labios cuando se dio cuenta de que Carrie se había dormido en la silla.

La morena se había desvanecido media hora antes. No solo porque hubiera bebido un poco más de la cuenta, sino porque tras el vuelo estaba agotada.

—Déjala aquí —pidió Raven—, dormirá en mi casa esta noche. Después miró a Ivy y con disimulo le guiñó el ojo.

La pelirroja sabía que Carrie no permitiría que Ivy se fuera sola con Rhys. Las dos sabían lo que había sucedido entre ellos, el problema era que mientras que Raven era la clase de persona que creía que todo el mundo tenía derecho a hacer sus propias elecciones sin ser juzgados por ello, Carrie era de las que no soportaba que sus amistades sufrieran si ella podía evitarlo.

—Gracias. Me da pena despertarla.

—¡No te preocupes! —Y el mensaje iba más allá de Carrie.

—De acuerdo. Confío en que la cuides. —Y de nuevo las palabras no eran exactamente lo que parecían.

—¡Hazlo! Te llamaré mañana. ¿Cuándo vuelves a marcharte?

—El lunes, me quedo todo el fin de semana —dijo haciendo un esfuerzo por no mirar a Rhys.

—¡Genial! A ver si podemos volver a vernos antes de que regreses a Londres.

—¡Vendré a verte! —anunció con una sonrisa de comprensión—. Estoy segura de que será la única forma de que lo hagamos. Va a ser imposible sacarte de aquí.

Raven también sonrió. Ivy la conocía lo bastante como para adivinar su *modus operandi*.

Se despidieron de los demás y salieron los primeros de allí. Había un coche esperándoles en la puerta y Rhys se encaminó directo hasta él.

—¿Por qué no cogemos un taxi?

—A estas horas. No te preocupes, es mi coche.

Ivy se fijó en el Porsche 911 de color negro y decidió que le pegaba a Rhys, era exactamente la clase de vehículo en el que se lo habría imaginado.

El hombre que había tras el volante se bajó al verlos acercarse y Rhys le saludó por su nombre, estuvieron hablando unos segundos, y tras verlo marcharse se acercó hasta el lado del copiloto para abrir la puerta a Ivy.

—¡Sube!

—¿Vas a conducir?

Él asintió.

—No he bebido, si es lo que te preocupa.

No escuchó la respuesta de Ivy, cerró la puerta y dio la vuelta para ponerse tras el volante. En cuanto encendió el motor, la voz de Adele inundó el pequeño espacio:

Old friend, why are you so shy?
It ain't like you to hold back Or hide from the lie

Ivy arqueó una ceja y le miró medio divertida medio molesta.

—Así que no tienes tiempo para escuchar mi música, pero sí para ser fan de la competencia.

—Lo cierto es que la música venía con el coche —bromeó.

—En ese caso, te perdono.

Rhys hizo una mueca dramática antes de confesar:

—Me siento tremendamente culpable. Lo cierto es que me gusta mucho Adele, siendo sincero,

me gustáis las dos.

Ella rio esta vez abiertamente.

—Jamás hubiera imaginado que escucharas este tipo de música.

—No veo por qué no. No me digas que eres sexista.

—Por supuesto que no lo soy. Es solo que… No te pega.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estilo de música crees que va más conmigo? Algo como Frank Sinatra, por eso de que soy todo un caballero.

Ivy giró la cabeza para que no viera que se estaba riendo.

—Lo cierto es que no. Te imagina escuchando algo… menos romántico y más… ¿Salvaje? Algo de rock, heavy tal vez…

Rhys carraspeó para esconder una carcajada.

—Así que me imaginabas —resaltó la palabra—, escuchando música salvaje. ¿Estás tratando de decirme algo?

—Yo no…

Un semáforo hizo necesario que detuviera el coche. Rhys aprovechó la circunstancia para inclinarse sobre ella y acallar sus palabras con un beso tan intenso y sensual que todo su cuerpo reaccionó a él.

—Una pena, porque yo sí que espero haberte dado una pista de lo que siento con esto.

—Perdona, no lo he entendido bien. ¿Podrías explicármelo de nuevo?

Él rio y, obedientemente, se lo repitió.

Entraron en casa de George a trompicones. Antes de cerrar siquiera la puerta, Rhys ya le había quitado el abrigo y ella se había deshecho por el camino de sus zapatos.

—¿Dónde está el dormitorio? —preguntó Rhys sin dejar de besarla.

—¡No! —protestó ella.

Él se separó para mirarla a los ojos.

—¿No quieres? ¿Qué sucede?

—No creo que sea buena idea hacerlo en la cama de mi hermano.

Él lo pensó un segundo.

—¡Tienes razón!

Se detuvo en el salón y decidió que ya no iba a ir más allá. Aquel era un sitio perfecto, como cualquier otro.

Rhys le bajó la cremallera del vestido y la despojó de él en unos segundos. Ella sintió que se rendía incluso antes de que él metiera los dedos bajo el tanga y tirara de él, al tiempo que se arrodillaba frente a ella. La asió de la mano y tiró de ella para que se tumbara en la alfombra.

Ivy echó la cabeza atrás cuando Rhys hundió la cara entre sus muslos. Inspiró su esencia, como si quisiera memorizarla, le separó los muslos y le cubrió las nalgas con una mano.

La devoró.

Sus piernas se paralizaron, pero él la sostenía con su ancha mano justo en la posición apropiada, abierta y accesible.

Su orgasmo la pilló de sorpresa. Se le escapó un grito ahogado

Rhys la acompañó en la arremetida y luego la ayudó a levantarse del suelo para tumbarla en el sofá. Se hizo un lío con los téjanos, y su inusual torpeza provocó una sonrisa a Ivy. Descubrió que él estaba preparado cuando le vio sacar del bolsillo un preservativo previsor. Trató de no

pensar en para quién lo había guardado en la cartera, después de todo, no era con ella con quien había ido a la cena.

Dejó de pensar cuando él se paró frente a ella desnudo al fin, y la hizo tumbarse de espaldas para acariciarle con los labios los pezones, siguiendo hasta el vientre y más abajo.

Se exploraron, tocándose y saboreándose.

Rhys la asió con una mano por un tobillo y agarró la otra pierna por la rodilla con la otra mano, una vez la tuvo a su antojo, la penetró con fuerza, sin brutalidad, pero sin demasiados miramientos tampoco.

Ella le rodeó con las piernas y sus cuerpos se enlazaron en un ritmo tan intenso como peligroso. La espalda de Rhys temblaba bajo las manos de ella. Él arqueó las caderas, rodeó sus nalgas con la mano y encontró un nuevo punto donde darle placer.

—¡Dios! Eres perfecta —musitó enterrando la cara en su cuello—, llevo tanto tiempo soñándote así.

—¿De veras? —preguntó ella sorprendida.

Él gruñó como respuesta e Ivy arqueó el cuerpo y gritó, dejándose llevar.

Capítulo 26

Seis horas después de la huida de Rhys después de besarla, Ivy se despertó con dolor de cabeza y los recuerdos de la noche anterior intactos. Su primera reacción fue arrebujarse más en la cama y plantearse la posibilidad de no volver a salir de allí nunca más.

Se acordó de cómo le había pedido con insistencia que la besara… y de cómo él lo había hecho, tratando de contentarla para que no armara un escándalo…

—¡Un momento! —dijo incorporándose demasiado rápido, lo que le valió un intenso dolor de cabeza.

Él lo había hecho, la había besado, de acuerdo que ella se lo había pedido, pero él podía haberse negado de haber querido. Tampoco es que fuera a obligarlo. Por muy bebida que estuviera ella no podía obligarle a hacer nada que no quisiera, ni tenía la fuerza ni la capacidad para hacerlo.

Además, se había mostrado afectuoso y amable con ella, más allá de los cuidados que se le dan a un amigo achispado.

—¡No! No, no y no. ¡Para ya, Ivy! Habías decidido pasar página de una vez. Ahora no puedes tratar de sacarle punta a todo lo que dice o hace Rhys.

Volvió a tumbarse. Esta vez con cuidado de no hacer movimientos bruscos.

Había tomado una decisión y tenía que ser fiel a ella. Esa misma noche iba a salir a cenar con Asher Mills, no es que estuviera enamorada del escritor ni nada que pudiera parecérsele remotamente, aunque no podía negar que le había parecido encantador y muy atractivo, lo que ya de por sí era un paso importante, teniendo en cuenta que le sacaba peros a todos los hombres que conocía.

Tenía que comenzar a asumir que Rhys era parte de su pasado y que lo mejor que podía hacer era no hurgar en él.

Que la morena hubiera terminado por ser su estilista y no fuera su novia no significaba que las cosas hubieran cambiado. Él desapareció de su vida aquella mañana hacía tres años cuando, tras pasar la mejor noche de su vida, se despertó en el apartamento de su hermano completamente sola y sin ninguna nota o mensaje que justificara su ausencia.

Esperó y esperó a que él se pusiera en contacto, pero la llamada nunca llegó. Después de todo, tenía que saber interpretar silencios para nunca tener que pedir respuestas… Rhys Tampoco fue a verla en los días posteriores, e Ivy comprendió que la falta de respuesta era una respuesta en sí misma. No estaba interesado en ella, no había sido más que una noche más para él y, lo más importante, no creía que mereciera la pena hacérselo saber.

Sin dar ninguna explicación a nadie dejó el piso de su hermano para regresar a casa de sus padres donde se quedó un día más, a pesar de que su vuelo estaba previsto para el lunes. Tras

comprender que Rhys no tenía intención de buscarla, regresó a Londres esa misma tarde, cuando se hizo doloroso saber que él no iba a aparecer.

Como su móvil seguía apagado y tenía intención de que siguiera así por mucho tiempo, sus amigos habían tratado de contactar con ella a través de su fijo en Londres, donde la esperaban dos mensajes de Carrie, uno de George y otro de Raven, quien se lamentaba por no haberse podido despedir de ella.

El mensaje de George era preocupado, quería asegurarse de que estaba bien.

Los de Carrie eran otra cosa.

—¿Qué sucede contigo, Ivy Anderson? —gritaba a través de la línea—. ¿Eres acaso una niña pequeña? ¿Por qué tienes que salir huyendo cuando las cosas no salen como tú esperas? —Largo silencio mientras trataba de calmarse y después el sonido de fin del mensaje.

En el siguiente parecía más calmada.

—No sé lo que ha sucedido, pero Raven me ha dicho que te marchaste con Rhys el viernes, así que estoy segura de que sea lo que sea es culpa suya. De modo que no te preocupes. Cogeré el próximo vuelo que salga. Estaré allí mañana.

Se dejó caer en el sillón y pensó en la reprimenda de Carrie. Su amiga tenía razón, siempre que las cosas no salían como ella quería, optaba por poner tierra de distancia. Lo había hecho antes y había actuado igual ahora.

Los recuerdos le resultaron menos dolorosos que antes, pero, aun así, la avergonzaron.

Carrie había tenido razón al acusarla de cobarde. Pero aceptar que lo era no mitigaba el dolor del rechazo. Después de eso se había dedicado a evitarle. No aceptaba invitaciones a eventos si él estaba entre los invitados, y seguía huyendo de Londres cuando sabía que él se encontraba en Inglaterra rodando, ni siquiera era necesario que estuviera en la ciudad, tan solo el país era demasiado cercano para ella.

En esos momentos, Carrie evitaba tocar el tema, pero ella sabía que su amiga no estaba de acuerdo con su actitud. Aun así, por pura solidaridad, Carrie le evitó también.

Hasta que una noche estando en París, tras un concierto, y después de disfrutar de una extensa variedad de quesos y de champán, el tema volvió a salir a la palestra e Ivy no pudo evitarlo.

—¿Nunca has pensado qué hacen dos chicas como nosotras en un sitio como este? —preguntó Carrie. Estaban en un reservado del bar del hotel, todavía perfectamente vestidas y maquilladas tras la recepción después del concierto.

—¡No! ¿Debería?

Carrie asintió.

—¿Por qué? —miró a su alrededor. Estaban en uno de los mejores hoteles de la ciudad, de modo que seguía sin ver el problema.

—Somos guapas, ricas, listas y solteras. No tiene sentido —siguió la morena—, deberíamos estar rodeadas de hombres. Hombres locamente enamorados de nosotras, hombres cachas…

Ivy se giró para ver que, efectivamente, estaban rodeadas de hombres cachas, tal y como Carrie deseaba.

—Lo estamos. No creo que estén enamorados, pero no hay duda de que nos rodean los hombres musculosos.

—Los guardaespaldas no cuentan —zanjó Carrie.

La rubia se encogió de hombros.

—Deberíamos pegar un polvo de vez en cuando —continuó Carrie riendo por su ocurrencia—, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice. ¿Te acuerdas de cuando fue la tuya?

—Sí que me acuerdo, aunque preferiría no haber perdido la memoria.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Cuando Raven inauguró su restaurante. Con Rhys. Fue genial hasta que me desperté.

—¡Cierto! Me acuerdo de eso. Tendrías que habérselo contado a George en lugar de salir huyendo de allí. Tu hermano le habría dado una buena paliza.

Siguieron bromeando sobre lo que George le habría hecho a Rhys de haberlo sabido, y disfrutaron de lo lindo mientras le amorataban un ojo, le astillaban una costilla o le tiraban del pelo.

—No creo que George le tirara del pelo —protestó Carrie.

—A lo mejor sí —insistió Ivy.

—No. Le rompería un diente, pero jamás le tiraría del pelo.

Ivy se carcajeó.

—¿Crees que estaría guapo sin un diente?

—Es horrible decirlo, pero creo que sí.

—Tienes razón, Rhys estaría guapo hasta con granos en la cara.

Carrie asintió y de repente se puso muy seria.

—Ivy, prométeme que nunca más vas a huir. Que se ha terminado lo de dejar el continente cada vez que Rhys te hace daño. Estoy segura de que esa no es la solución y te hace quedar como una niña con una pataleta.

Ivy se puso muy seria.

—¡Te lo prometo!

Carrie la abrazó y ella pensó que, aunque en el amor no tuviera suerte, era una mujer afortunada en lo que a amistades se refería. Carrie y Raven siempre estaban a su lado cuando las necesitaba, cada una con sus manías y sus virtudes y defectos, pero siempre dispuestas a ofrecer su hombro para que ella se apoyara en él.

—¿Sabes? Creo que deberías aprovechar tu cita de mañana con Didier Allard y cambiar eso de que Rhys sea tu último polvo. Es guapo, canta bien y se mueve de maravilla —le guiñó un ojo con picardía.

—Tienes razón, sabe cómo moverse. —Después se había reído sin pensar por un segundo siquiera en seguir su consejo.

Ahora acostada en su cama de Nueva York, Ivy quería creer que había aprendido la lección y que era capaz de afrontar lo que fuera sin tener que marcharse. Lo había hecho cuando descubrió que vivía en el mismo edificio que Rhys, y lo iba a hacer después de haberse emborrachado tanto como para insinuársele.

Eso sí, lo mejor en esos instantes de resaca era no pensar en la noche anterior y volver a tratar de dormirse. No obstante, no pudo hacerlo porque repentinamente supo que no estaba sola en casa.

Lo primero que atrajo su atención fue el sonido de pasos en el pasillo, después los suaves golpecitos en la puerta y finalmente que esta se abriera.

—¡Buenos días! —dijo Rhys, sorprendiéndola al meter la cabeza por la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Él se dio por invitado, por lo que entró con una taza de café en la mano y una caja de paracetamol en la otra.

—Ayer me llevé tus llaves. Me preocupaba que te pasara algo.

Ella arqueó una ceja incrédula.

—¿Qué me iba a pasar?

Rhys se encogió de hombros.

—Podrías haberte ahogado en tu propio vómito.

—¡Rhys! ¡Qué asco! —protestó sintiendo arcadas tan solo de imaginarse la escena—. No estaba tan borracha para eso —siguió protestando cuando se le pasaron las ganas de vomitar.

—Por si acaso —le tendió el café y una pastilla—, tómatelo.

Ella le miró molesta.

—Gracias —dijo de mala gana.

—¿Te duele mucho la cabeza?

—Un poco. —Le devolvió la taza de café vacía—. No dejes que vuelva a beber tequila nunca más.

—¡Lo prometo! La próxima vez me lo beberé por ti.

Ella rio y gimió al mismo tiempo ya que la risa le había producido pinchazos de dolor en las sienes.

—Duerme un poco más —ofreció Rhys—, vendré más tarde para ver cómo estás.

Ivy asintió.

—Sí, he de recuperarme. Esta noche tengo una cita con Asher —murmuró arrebujándose entre las sábanas.

—¿Debería unirme? —inquirió Rhys.

Ella se dio la vuelta para mirarle.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Imagino que esa cita es por trabajo…

—No, es una cita. Ya sabes, una pareja saliendo a cenar y tratando de conocerse mejor.

Él puso una expresión de completa incredulidad en el rostro.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes pretender tener una cita con alguien después de que ayer mismo me dijeras que estás enamorada de mí? Pensaba que estábamos juntos —lo dijo de una manera tan exagerada que era evidente que faltaba a la verdad.

Ivy se incorporó de un salto.

—¿Qué has dicho?

Rhys asintió con la cabeza, pero un musculo de su mentón le traicionó.

—¡Mentiroso! Jamás te dije nada como eso.

—¿Estás segura? ¿Te acuerdas de todo, entonces?

¡Mierda! La había pillado.

—Creo que sí. ¿Te pedí que me besaras?

Él asintió.

—De hecho, insististe bastante en ello.

—También te dije que me gustaba que me llamaras cariño.

—Así es —corroboró.

—Y te impedí marcharte del dormitorio mientras me cambiaba.

—Vaya, señorita Anderson, su memoria es prodigiosa.

—Entonces me acuerdo. Ahora déjame dormir —volvió a tumbarse y se dio la vuelta para que él no notara su nerviosismo.

—Volveré en un par de horas. Si te encuentras peor, llámame.

No protestó, no estaba segura de que fuera lo adecuado.

Aun así, cuando escuchó que él salía y cerraba la puerta tras de sí, no pudo evitar sentirse un

poco orgullosa de sí misma. No, esta vez no iba a marcharse a ninguna parte.

Capítulo 27

Tal y como Rhys le había dicho, regresó dos horas después para despertarla y lo hizo cargado con dos cuencos de sopa y pollo frito.

Ivy acababa de darse una ducha y de vestirse cuando él llegó cargado de bolsas.

—¿Otra vez te has llevado mis llaves?

—No, son las mías. He hecho una copia esta mañana mientras dormías.

Ivy se quedó paralizada por la sorpresa. Abrió la boca para protestar, pero ningún sonido salió de ella. ¿Qué demonios debía decir? ¿Se había convertido Rhys de repente en un acosador?

Al ver su expresión, Rhys comenzó a reír con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en la pared para no tirar las bolsas que llevaba.

—Muy gracioso —se quejó la cantante cuando comprendió que era una broma—, eres un chiste andante.

Él siguió riendo.

—Tendrías que haberte visto la cara. —Tuvo que callarse porque seguía riendo—. Estabas completamente asustada. ¿Te doy miedo, Ivy?

—Lo cierto es que un poco de miedo sí que das —dijo airada porque él se lo estuviera pasando tan bien a su costa.

Se acercó hasta él y le quitó las bolsas de los brazos.

—Espero que sea comida.

Rhys trató de contenerse y poco a poco fue dejando de reír, aunque de vez en cuando, cuando lo recordaba, soltaba alguna carcajada aislada.

La siguió a la cocina.

—¡Es comida! —anunció cuando ya no era necesario porque Ivy había vaciado las bolsas y buscaba cubiertos. Lo colocó todo sobre la isla de la cocina, abrió la nevera, sacó dos botellines de agua y se sentó.

Rhys hizo lo propio frente a ella. El actor iba a coger la cuchara para comenzar, pero Ivy fue más rápida y le puso la mano encima para impedírselo. Después extendió la mano y le miró significativamente.

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Las llaves. Dámelas o no comes.

—Pero si la comida la he traído yo —protesto, pero ya estaba buscando en sus bolsillos para devolvérselas.

Las puso en su mano.

—¡Gracias!

—¿Por la comida o por las llaves?

—Por todo. Por cuidarme, por la paciencia y por la comida. Eres un buen amigo.

Rhys saltó de la silla como un resorte y se acercó a ella para ponerle una mano en la frente.

—¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre? ¿La resaca ha afectado a tu cerebro? ¿Hay que amputar?

—Muy gracioso —le palmeó la mano para que la apartara de su cara—. Deberías dedicarte a la comedia.

Rhys siguió con su numerito. La comicidad era lo único con lo que podía disimular su sorpresa y su emoción.

—Lo digo completamente en serio. ¿Te encuentras bien?

—¡Perfectamente!

Sin darse cuenta, su expresión se puso seria.

—Pensé que jamás volveríamos a ser amigos.

Ella se encogió de hombros.

—Pues te equivocaste. —Y añadió con picardía—: No te sorprendas. Sueles hacerlo a menudo.

Contra todo lo que esperaba Ivy, él no protestó. Cogió la cuchara y comenzó a comer.

La sopa estaba deliciosa e Ivy estaba hambrienta, por lo que los dos comieron en completo silencio hasta que la voz de Ivy, que no había abierto la boca, comenzó a cantar en el bolsillo de Rhys. La rubia arqueó una ceja interrogante.

Sin alterarse, este sacó su teléfono del bolsillo y respondió a George, que llamaba para pedirle que fuera a asegurarse de que su hermana estuviera bien.

—¡Tarde, amigo! Ya he ido por mi cuenta y estamos comiendo juntos —dijo con cierto orgullo.

—¿Has tenido que obligarla? —preguntó George medio de broma medio en serio.

—¡Muy gracioso! Tu hermana no me odia tanto como crees.

—¡Tienes razón! Lo siento. Gracias por preocuparte por ella. Te llamo después, ahora tengo una reunión.

Cuando colgó, Ivy todavía parecía conmocionada por el tono de llamada.

—¡Suéltalo! —dijo mirándola muy serio.

—¿Qué esperas que diga?

—Lo que sea que estás pensando.

—No pienso nada, es solo que me sorprende. Esperaba a Adele o algo por el estilo —su comentario los llevó a aquel momento de hacía tres años en el que todo cambió varias veces en la misma noche.

Rhys sonrió y se encogió de hombros.

—Tú eres algo por el estilo.

—Sabes a lo que me refiero.

—Siendo sincero, tienes razón. Antes tenía a Adele —mintió—. Pero me sentía culpable porque a ella no la conozco como a ti y lo cambié.

Ella no dijo nada, pero Rhys sintió que las cosas estaban comenzando a normalizarse. Por lo pronto no había huido como él había esperado que hiciera y no era porque no recordara los detalles de la noche anterior… Creyéndola capaz de marcharse, se había llevado las llaves de su casa y se había pasado la noche haciendo visistas para asegurarse de que seguía en la cama.

No obstante, más tarde, cuando hablaron del tema, no se alteró ni lo evitó, sino que habló abiertamente de lo que había sucedido, lo que era un paso enorme en su relación llena de

conversaciones pendientes y verdades no dichas.

Hablaremos de todo, se dijo, cuando recuperemos nuestra amistad hablaremos de lo que pasó y lo superaremos.

—¿Qué te parece si subimos a hacer un poco de ejercicio después de comer? —ofreció Rhys.

—Si por ejercicio te refieres a la piscina, cuenta conmigo. Si es otra cosa, paso.

Él sonrió divertido.

—La piscina es ejercicio, Iv.

Capítulo 28

Ivy se sentía orgullosa de sí misma. Estaba comenzando a tratar a Rhys como nada más que un buen amigo y, además, estaba a punto de tener una cita con un hombre, después de un largo tiempo sin tener una.

La última vez que salió con un hombre fue dos semanas después de la fatídica noche que pasó con Rhys, y lo hizo, precisamente, para olvidarse de ella. Tras salir a cenar con Steve Cameron se dio cuenta de que por muy guapo que fuera el actor y por muy amable y encantador que fuera con ella no dejaba de sentirse como una pérdida de tiempo. De hecho, se sintió tan mal por no querer volver a salir con él que pidió que lo contrataran para uno de sus vídeos musicales.

Después de ese intento fallido se había excusado consigo misma alegando que estaba ocupada, que tenía una vida muy controlada por la prensa, o simplemente que no conocía a nadie que le gustara lo suficiente como para intentarlo. Tan solo hizo una excepción con un cantante francés que la invitó a cenar tras un concierto y lo hizo porque Carrie la presionó para que lo hiciera. No obstante, para ella no fue como una cita, sino más bien como una reunión entre colegas.

Sin embargo, en esos momentos mientras se arreglaba para salir con Asher, aceptó, por fin, que eso no eran más que absurdas excusas para no reconocerse a sí misma que seguía teniendo esperanzas con Rhys. Quizás había sido por eso por lo que le había evitado tanto, porque si alguna vez se encontraban, si coincidían en algún lugar, sería porque él la había buscado deliberadamente.

Tras seis meses en que dicho encuentro nunca se produjo, Ivy dejó de pensar en ello y siguió evitándole por inercia. Su vida era un constante ir y venir de viajes, conciertos, programas de televisión y entrevistas.

Los días siguieron pasando y llegó su encuentro en el aeropuerto. Lo demás era historia reciente.

Llamaron por el interfono interior y respondió, consciente de que ya era la hora de que Asher la recogiera.

—Señorita Anderson —habló la voz de Vladimir—, han venido a buscarla.

Ni siquiera se molestó en preguntar quién era. Asher era la persona a la que esperaba y había sido tremendamente puntual.

—Por favor, dígale al señor Mills que ya bajo.

—¡Por supuesto!

Se miró una vez más en el espejo y salió del dormitorio. Llevaba unos pantalones negros de piel, una blusa de seda, una chaqueta de pelo y botines de tacón todo del mismo color. El *clutch* en *animal print* le daba un toque animado al look.

En el ascensor se retocó el pintalabios.

Cuando las puertas se abrieron se topó con la cara desencajada de Vladimir, que la esperaba a solo unos pasos del ascensor. Ivy recordó que él la había visto bebida la noche anterior, por lo que enrojeció por la vergüenza.

—Buenas noches, señorita Anderson.

—Buenas noches, Vladimir, ¿te encuentras bien? —Más allá del portero vio a Asher ponerse de pie y dedicarle una sonrisa.

Llevaba un abrigo gris oscuro y, bajo él, Ivy solo podía distinguir unos pantalones negros y unos zapatos color camel.

—Necesito que me haga un favor —dijo la voz del ruso.

Dejó de mirar a su cita y fijó su atención en Vladimir. Jamás lo había visto tan alterado como esa noche, normalmente era un tipo impasible. De hecho, era sorprendente que le hubiera dedicado algo más que toscos monosílabos.

—¿Qué sucede? ¿Está enfermo?

Él negó con la cabeza.

—¿Podría pedirle un autógrafo para mí al señor Mills? —Sacó un libro de su chaqueta y la miró esperanzado.

—¿Por qué no se lo pides tú? Está ahí mismo —lo señaló confundida.

Él se cuadro muy serio.

—No puedo. Estoy de servicio.

Ivy se aguantó las ganas de echarse a reír para no ofenderle. Cogió el libro y el bolígrafo que le tendía, y se acercó a Asher con una sonrisa de disculpa en los labios.

—¡Estás preciosa! —la saludó él con abierta admiración.

Ivy no sabía muy bien cómo saludarle. Después de todo, solo lo había visto una vez, por lo que se limitó a sonreírle y a agradecerle sus palabras.

Asher se fijó en el libro que sostenía en las manos.

—¿Podrías, por favor, dedicárselo a mi portero?

—¿A él? —lo señaló con un movimiento de cabeza.

Ella asintió.

—¿Por qué te ha enviado a ti? No parece un tipo vergonzoso.

—No lo es. Está de servicio. —Apartó la mirada de Asher para controlar la risa que la confesión del portero le producía.

—Sí que se toma en serio su trabajo.

—Tal vez un poco demasiado.

Asher asintió también tratando de esconder una sonrisa y volvió a sentarse para escribir apoyándose en su rodilla.

—¿Cómo se llama?

—Vladimir.

—¡Vaya! El nombre le va muy bien a su aspecto.

—Así es. Es ruso.

Asher se puso a garabatear algo en la primera página y cuando terminó se lo tendió a Ivy confuso.

—¿Debo dártelo a ti o se lo devuelvo a él?

—Mejor dámelo a mí. No sea que infrinjamos alguna norma.

Asher soltó la carcajada que había estado aguantándose, pero se lo dio.

Dos minutos más tarde salían del edificio mientras Vladimir los observaba completamente

eufórico.

—¿Te apetece pasear? Donde vamos no está muy lejos de aquí —dijo, ofreciéndole su brazo para que se agarrara a él.

El otoño en Nueva York era una época preciosa, pero hacía frío y mantenerse caliente era importante. Ivy asintió y se agarró a su brazo para compartir el calor.

—¿Qué te parecería tener una aventura conmigo? —preguntó de repente.

Él se detuvo para mirarla.

—¿Es eso una oferta formal?

Ella rio.

—Es probable que nos hagan fotos y que digan que tenemos un romance. Te aviso para que no te sorprendas.

—Los chismes no me interesan. Además, ¿no sucede a veces que para que una película se venda bien hacen que los actores que la protagonizan finjan una relación?

—Supongo. El cine no es mi campo.

—¡Es cierto! Pero podemos adaptar la idea para nuestro anuncio —bromeó él—, si nos fotografían vamos a tener una campaña de marketing genial.

El resto del camino lo dedicaron a hablar de la campaña y, cómo no, del otro integrante de esta, Rhys Byrne. Ivy tuvo que confesarle su relación porque sabía que cuando los viera juntos su familiaridad le sorprendería. Asher no comentó nada e Ivy volvió a relajarse y a disfrutar del paseo.

The Great Circus era un restaurante espectacular ya desde la fachada, pero una vez dentro era todavía más increíble. Lo primero que llamaba la atención, además de lo coloridas que eran sus paredes y sus sillas, era el techo abovedado, que imitaba al de una carpa de circo.

En el centro del comedor estaba el bar, con forma redonda y postes que salían de la barra hasta el techo, emulando un tiovivo.

El maître, vestido como el maestro de ceremonias del circo, se acercó a ellos en cuanto cruzaron las puertas, y tras comprobar que tenían una reserva los llevó hasta la zona de salas privadas. Ivy se asombró al ver que la moqueta roja estaba por todo el local y que en las paredes había cuadros redondos con escenas circenses, desde elefantes sobre pequeños taburetes hasta tigres saltando a través de aros de fuego.

—¡Este sitio es genial! —dijo cuando el personal les dejó a solas.

El reservado estaba decorado como una de esas casitas circenses en las que se vendían palomitas o manzanas de azúcar.

—Me alegra que te guste. Ya te dije que es muy discreto.

Ivy rio divertida.

—¿Discreto? Este sitio es cualquier cosa menos discreto.

—Me refiero a que los reservados confieren intimidad. Normalmente se utilizan para cenas de negocios o citas románticas —dijo sonriendo.

—Me parece perfecto para cualquiera de esas veladas. ¿Lo has usado alguna vez en tus libros?

—Mis libros son cualquier cosa menos románticos —bromeó él. Era uno de los autores más famosos de novela negra, por lo que el romance aparecía muy veladamente en algunas de sus novelas.

Ivy asintió y aceptó la carta que él le tendía.

—¿Sueles venir a menudo?

Asher asintió.

—Vengo a comer aquí cuando pierdo la inspiración.

—No me extraña —rio ella, abriendo la carta.

Se quedó asombrada cuando vio el contenido del menú: hamburguesa con salsa de palomitas, perritos calientes con salsa de castañas tostadas, patatas asadas con virutas de caramelo, croquetas de manzanas caramelizadas…

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba —murmuró para sí.

—Pide cualquier cosa. Está todo increíble. Confía en mí.

Un camarero, vestido con camisa blanca de franjas rojas y pantalones negros, les tomó nota. Finalmente, Ivy se decidió por la hamburguesa y las patatas. Debía de haber acertado porque Asher escogió lo mismo que ella.

Siguieron hablando como lo habían hecho durante el trayecto de todo y de nada en particular, hasta que llegó la comida.

Puede que tuvieran nombres corrientes, pero la hamburguesa que tenía delante era cualquier cosa menos corriente. Empezando por el pan, hecho con multitud de cereales, dado el color de la misma, y terminando por las patatas, que estaban enteras y rellenas.

Cuando el camarero se retiró, Asher fue el primero en hablar.

—Ha llegado el momento de preguntarte por el motivo que me ha llevado a invitarte a cenar —dijo bromeando—. ¿Ya sabes cuál de mis libros leíste?

—¿Quieres que te sea sincera o prefieres que lo haga bonito?

Asher rio divertido.

—La sinceridad por encima de todo.

—De acuerdo, ahí va: ahora mismo puedo decir que los he leído todos, pero… —Se detuvo.

—¿Pero?

—Cuando te dije que me sonaba tu nombre era cierto, pero no porque hubiera leído nada tuyo, sino porque me gusta detenerme en las librerías de los aeropuertos y, siempre que lo hacía, veía tus libros…

—¿Así que me dijiste que me habías leído solo para ser cortés?

Ella negó con la cabeza.

—Nada de eso. Sinceramente me sonaba tu nombre y estaba casi segura de que te había leído. La realidad de lo que había pasado lo descubrí más tarde cuando fui a una librería para comprar alguno de tus libros.

Asher sonreía con interés.

—¿Puedo preguntarte por qué no compraste ninguno de mis libros antes de conocerme?

—Los títulos.

—¿Los títulos?

Ivy estaba dándole un bocado a su hamburguesa con salsa de palomitas y emitió un gemido de placer que hizo parpadear a Asher.

—¡Está buenísima! —exclamó emocionada—, deliciosa. ¡Vaya! Este restaurante no deja de sorprenderme.

—Me alegra que te guste, pero no te distraigas. ¿Qué les pasa a mis títulos?

Ivy sonrió. Asher era el típico autor que disfrutaba hablando de libros, sobre todo si eran los suyos.

—No creo que reflejen la maravilla que son tus novelas —le dio una bofetada aliñada con un

cumplido.

Él pareció pensarlo unos segundos.

—¿Tan malos son?

—No son malos, son… asépticos. Fríos, apáticos…

—¡Vaya! Mi editora no suele ser tan directa.

—¡Lo siento! Querías sinceridad.

—No lo sientas, quiero sinceridad. Siempre. —Se calló unos segundos pensando en algo que Ivy desconocía—. Hagamos un trato —dijo por fin—, te diré el título de mi próxima novela y tú tendrás que mejorarla. Para compensar por la mentira que me dijiste cuando nos conocimos. —Y añadió con picardía—: Después de todo, tú también eres escritora.

Ivy soltó una carcajada.

—Escribo música, no veo en qué se le parece a escribir libros.

—¿No escribes las letras de tus canciones?

Ella asintió.

—Entonces eres escritora. También usas palabras.

Tras pensarlo unos segundos decidió que era posible que tuviera razón. Juntaba letras y les ponía melodía, por lo que era cierto que escribía y por lo tanto que era escritora. Además, había heredado de su padre, profesor de literatura, su adicción por la lectura, lo que le confería cierto bagaje que podía usar para ayudar a Asher.

—¡De acuerdo! ¡Dispara!

Asher le dio el título y ella no pudo evitar poner una mueca de disgusto. Lejos de tomárselo a mal, él rio encantado por lo expresiva que era.

—Está claro que vamos a tener que trabajar en ello —comentó muy seria.

—¡Confío en ti! Estoy en tus manos.

Capítulo 29

La velada con Asher había sido muy divertida, tal y como había adivinado, él era encantador, el local que había elegido para cenar era genial y la conversación interesante y entretenida, incluso habían llegado a un consenso respecto al título de la nueva novela que Asher estaba escribiendo.

Regresaron a casa del mismo modo en que habían llegado al restaurante, dando un paseo, y al llegar allí, Asher no había tratado de besarla e Ivy se sintió agradecida por ello.

Una cosa era que decidiera abrirse de nuevo a los hombres y otra muy distinta que fuera a hacerlo a la desesperada.

Tenía previsto volver a salir con él precisamente porque no la había presionado en ningún momento, y porque se sentía cómoda con él. Su estómago no se retorcía como le sucedía cuando Rhys estaba cerca y, en esos instantes en que su cabeza era desorden de ideas y pensamientos, esa clase de tranquilidad le venía muy bien.

Asher le había contado que salía de viaje al día siguiente para asistir a la boda de su hermana en Austin, y que estaría fuera de la ciudad hasta el próximo lunes. Lo que le daba tiempo a ella para asimilar sus decisiones y actuar conforme a ellas.

Cuando Asher le confió que se marchaba tan pronto, su hermana se casaba el sábado siguiente, para ayudar a su madre con los detalles de última hora, su simpatía por él aumentó. No parecía avergonzado ni sentía que su masculinidad estuviera en entredicho por encargarse de mantelerías, cubiertos o flores.

—Te llamaré cuando regrese —ofreció cuando se detuvieron en la puerta de su edificio para despedirse. Vladimir había asomado la nariz, pero al verlos había huido, seguramente avergonzado por la presencia de su ídolo—. Supongo que tú y Rhys tendréis que pasaros por vestuario esta misma semana. Yo no podré hacerlo hasta más tarde. —Y añadió con una sonrisa —: Será una sorpresa para mí ver lo que has elegido.

Ivy no quiso darse por aludida.

—No te preocupes por eso. La boda es más importante.

Él sonrió.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla.

—Lo he pasado muy bien esta noche, Ivy Anderson.

—Lo mismo digo, Asher Mills.

—¡Buenas noches! —se despidió y echó a andar para detener a un taxi. Ivy le dijo adiós con la mano y entró al vestíbulo.

Vladimir estaba de pie esperándola para abrirle la puerta.

—Gracias.

El portero le hizo una exagerada reverencia, que seguramente había aprendido de Albert, y corrió para llegar antes que ella al ascensor y pulsar el botón.

—Gracias, Vladimir, pero no es necesario que te molestes.

Él la miró con reverencia. ¿Desde cuándo la miraba de ese modo?, se preguntó, normalmente era un tempano de hielo con todo el mundo.

—Por supuesto que lo es. Gracias a usted tengo la dedicatoria del señor Mills.

Ivy asintió y entró al ascensor sonriendo.

—Buenas noches, Vladimir.

Así que era por eso. La actitud del ruso se debía a Asher, no a su simpatía por ella.

Salió del ascensor sin mirar hacia delante, sonriendo por el cambio del portero, y se dio de bruces con Rhys.

—¡Ay! —se quejó masajeándose la frente.

Había chocado contra algo duro.

—¿Estás bien? La culpa es tuya por ir sonriendo como una boba y no fijarte por donde andas. ¿Tan genial ha sido tu cita con el escritor que no puedes concentrarte?

—No me reía por la cita.

—¿Entonces? —Rhys parecía que no iba a moverse hasta que se lo contara, por lo que se dispuso a relatarle la historia de Vladimir, y de cómo desde que le había conseguido la firma de Asher no hacía más que mostrarse solícito con ella.

—No es propio de Putin. A mí ni siquiera me miró dos veces la primera vez que me vio.

—A lo mejor no le gustan tus películas.

Él le lanzó una mirada ofendida.

—A todo el mundo le gustan mis películas.

—Es posible —concedió magnánima y se acordó entonces de que se había topado con Rhys porque él pretendía ir a algún lado—. ¿Dónde vas a estas horas?

Él se encogió de hombros.

—Tengo hambre.

—¿No has cenado?

—Sí, pero me apetece algo dulce. No tengo nada así en casa para evitar la tentación. Voy a ver si Dean & DeLuca sigue abierto.

—¡¿Estás a dieta?!

—No, pero el azúcar atrofia estos músculos perfectos. —Alzó el brazo para mostrar de qué hablaba a pesar de llevar puesto un jersey y el abrigo.

—Te entiendo. Yo esta noche me he saltado el postre. La hamburguesa ya tenía demasiadas calorías.

—¿Te ha llevado a comer hamburguesas?

—El local era genial.

—Seguro —dijo y presionó el botón del ascensor para que las puertas volvieran a abrirse, pero se lo pensó mejor antes de entrar—. ¡Vente conmigo! No has comido postre, y si tú también pecas me sentiré mejor.

Ella rio. Pecar con él, sonaba bien… se regañó en cuanto se dio cuenta de lo que significaban sus pensamientos. Aun así… sería capaz de comerse un pastel de nueces y pasas sin sentir remordimientos.

—¡Vamos! —dijo decidida—, conozco el sitio perfecto.

Rhys no estaba seguro de que ese fuera el sitio perfecto. Era demasiado rosa. En realidad, era demasiado de todo.

—¿Cómo descubriste este sitio, es muy ros… original?

—Original es el restaurante al que me ha llevado Asher. Este sitio es acogedor.

—¿Cómo de original? ¿Dónde te ha llevado?

Ivy le dio el nombre del restaurante, pero como Rhys no lo conocía le contó cómo era. Y que su cariz pintoresco iba más allá de su aspecto y también se encontraba en la comida.

—Yo conozco lugares mejores que ese.

—¿De veras?

Rhys asintió pensativo.

—Una cita. Ten una cita conmigo y te lo demostraré.

La rubia sonrió para evitar que él se diera cuenta de su verdadera reacción. ¿Una cita? ¿Acababa de pedirle una cita?

—Creía que éramos amigos. Los amigos no tienen citas.

Él lo pensó unos segundos antes de responder.

—¡De acuerdo! Una cita como amigos. Igualdad de condiciones que Mills, yo escojo el lugar. Te demostraré que conozco lugares mejores que ese al que te ha llevado él esta noche.

—No es una competencia.

—Lo sé. Es una cita. —Y añadió con picardía—: Yo no tengo la culpa de que la mía sea mejor. El miércoles. Te recojo a las cinco.

Se callaron cuando la dueña de la pastelería se acercó a su mesa con una bandeja cargada de comida que no habían pedido.

Rhys iba a protestar, pero Ivy le dio una patada por debajo de la mesa para que se callara.

Él la miró arrugando el ceño.

—Eso ha dolido. ¿Por qué me has pegado? —preguntó cuando volvieron a quedarse a solas.

—Porque parte del encanto de este sitio es que tu pides la comida y la dueña te trae lo que quiere.

—Interesante —aceptó él, al tiempo que asía un pastelito de nueces y pasas y se lo llevaba a la boca. Cerró los ojos sorprendido por el sabor—. Esto está de muerte.

—¡Lo sé! Ya te había dicho que conocía el sitio perfecto para una sobredosis de azúcar.

Siguieron hablando de cómo había dado Ivy con la pastelería y de lo exquisito que estaba todo. Rhys reconoció que, de haber pasado por delante, no se habría atrevido a entrar, precisamente por lo colorido que era todo.

—¿Tienes miedo a que especulen con tu masculinidad si entras a un lugar como este?

Él la miró como si acabara de transformarse en un monstruo mitológico.

—Claro que no. Lo que me da miedo es la cantidad de azúcar que esconden estos pastelitos —dijo al tiempo que le daba un bocado al que tenía en la mano—. Todo es de color pastel. El azúcar es el ingrediente principal.

Asintió con vehemencia.

—Siempre puedes hacer unos largos en la piscina para compensar.

Él le guiñó un ojo, travieso.

—¿Te preocupa que pierda mis maravillosos músculos? —Volvió a poner la pose.

—¿Puedo preguntarte algo, Rhys? —preguntó seria de pronto.

—¿Es sobre mis músculos?

—¡Claro que no!

—¿De matemáticas?

Ivy negó con una sonrisa.

—Entonces puedes. Ya sabes lo malo que soy con los números.

Ella se tomó unos segundos para formular la pregunta.

—Aquella vez, cuando tenía dieciocho años y te dije que me gustabas… ¿Por qué te marchaste sin darme una respuesta? Lo siento, Ivy, pero «no me gustas» hubiera estado mejor que marcharte del modo en que lo hiciste.

Rhys se puso serio.

—¡Estaba acojonado! No sabía qué decir. George acababa de darnos una charla a los chicos y a mí para que nos mantuviéramos lejos de ti. Era mi mejor amigo, no podía traicionarle, y tú eras lo más parecido a una mejor amiga que tenía. Además, prácticamente vivía en tu casa…

—Aun así, podrías haber dicho que no te interesaba.

—No quería decir no. ¿Por qué te crees que te escogí a ti para mi primer beso? Me gustabas, Ivy. Aunque me sintiera culpable por George.

—¿Era tu primer beso?

Él asintió.

—Pero si eras guapísimo y todas las chicas estaban locas por ti.

Rhys se encogió de hombros.

—En esa época estaba interesado en otras cosas. Las chicas no eran mi prioridad.

Ivy se quedó en silencio unos minutos, tratando de asimilar todo lo que Rhys acababa de decirle.

—¿Hay algo más que quieras saber? —ofreció él, cuando ella no volvió a hablar en un rato. Tenía esperanzas de que ella quisiera saber más. De que le preguntara por lo que vino después.

Negó con la cabeza.

—No, Rhys, gracias. Esto es suficiente por hoy.

—De acuerdo. Pero, Ivy, cuando quieras. No lo olvides.

Capítulo 30

El lunes Ivy se despertó por culpa de unos insistentes timbrazos en su puerta. Miró el reloj digital de la mesilla de noche, las diez de la mañana, la noche anterior le había costado conciliar el sueño, no podía dejar de darle vueltas a las respuestas que le había dado Rhys y por eso se le habían pegado las sábanas.

—¡Voy! —gritó saliendo de la cama.

Si es Rhys voy a matarlo, se dijo. Pero no era su vecino quien esperaba al otro lado de la puerta, sino una de sus mejores amigas, Carrie.

—Buenos días. Tienes un aspecto lamentable. ¿Te he despertado?

—Por supuesto que me has despertado —se quejó.

—¿Eso significa que Raven aún no ha llegado?

—¿Raven?

Carrie suspiró exageradamente.

—¿No has revisado tus mensajes?

—Acabo de levantarme, no he tenido tiempo —dijo y salió disparada hacia el dormitorio para buscarlo. Lo encontró entre las sábanas de su cama deshecha.

Había varios mensajes sin leer del grupo de chat que tenía con Carrie y Raven. El mensaje era de esta última, que las citaba a ambas en casa de Ivy porque al parecer tenía algo importante que decir.

Salió a toda prisa del dormitorio para buscar a Carrie, que se había acomodado en su salón.

—¿Crees que haya pasado algo malo?

—Claro que no. Le habrán dado algún premio nuevo o algo por el estilo. —Se encogió de hombros—. Lo sabremos cuando llegue. Si fuera algo malo habría llamado.

—Tienes razón. Voy a darme una ducha. Te dejo a cargo del fuerte.

Carrie bufó como un gato arisco.

—¡Como siempre!

Ivy no le preguntó por qué estaba de tan mal humor. Le daba miedo que le diera alguno de esos arranques que le daban, lo mejor era esperar a que llegaran refuerzos.

Cuando salió del dormitorio, duchada y vestida, Carrie estaba leyendo un libro que había sacado de su estantería y Raven no había aparecido por allí. Sabía que su amiga libraba los lunes ya que era el único día que el restaurante cerraba, pero no por ello dejaba de ser extraño que las hubiera citado y que no apareciera para dar alguna explicación.

Estaba a punto de interrumpir a Carrie para preguntarle si debían llamarla cuando sonó el

timbre de la puerta. Tenía que ser ella, se dijo, Albert solo dejaría subir sin avisar a sus amigas.

—Ya está aquí —dijo al pasar por delante de Carrie para ir a abrir.

—No estoy sorda. Lo he oído.

Ivy se giró para mirarla con preocupación. Fuera lo que fuera lo que le sucedía a Carrie le había afectado mucho.

Abrió la puerta con el corazón acelerado, pero se calmó cuando vio que Raven estaba entera y sonriente.

—He traído dulces —dijo con una sonrisa—. Son de ayer, pero los dulces de Matilda están tan buenos al día siguiente como recién hechos.

—¿Estás bien?

—Sí, mejor que bien. ¿No ha llegado Carrie todavía?

—Está en el salón.

—Entonces vamos —dijo con impaciencia.

—Ya era hora —se quejó Carrie al verlas entrar—, soy una mujer ocupada.

—Lo siento, me he entretenido… —Ivy se dio cuenta de que se sonrojaba.

Raven dejó la bandeja con los pasteles sobre la mesa y se sentó junto a Carrie, que había dejado el libro y paseaba la mirada de una a otra.

—Ivy, será mejor que te sientes.

La rubia hizo lo que le pedía sin estar segura de que no fuera a contarles algún tipo de desgracia. Una cosa era lo que Raven decía y otra que diera tantas vueltas antes de hablar.

—Estoy saliendo con alguien —dijo de golpe y levantó un dedo para acallar posibles preguntas—. No, alguien no. Lo cierto es que estoy saliendo con George.

—¿Mi George? —preguntó Ivy.

—Dirás nuestro George —corrigió Carrie.

—Lo que sea.

—Sí. Ese George.

—¿Desde cuando? —preguntó Ivy muy seria, todavía asimilando lo que acababa de escuchar.

—Desde el sábado.

—¿La cena? —inquirió Carrie.

La pelirroja asintió.

—¿Y nos lo cuentas ahora?

Fue Carrie la que respondió.

—Ha estado ocupada.

Raven le lanzó una mirada fulminante.

—Voy a matar a mi hermano. No me ha dicho nada. ¿Por qué no me ha dicho nada?

—¡Es culpa mía! —contestó Raven—, le he pedido que me dejara a mi decírtelo.

—¡Umm! Ya empieza a defenderle —murmuró Carrie.

Raven volvió a mirar a su amiga mal, y durante unos segundos el silencio se impuso en el salón. Entonces Ivy se levantó de un salto y corrió a abrazar a Raven. Mientras daba saltitos emocionados con ella se giró para hacerle una señal a Carrie para que se uniera a ellas.

—No me lo puedo creer. ¡Es genial! Eres perfecta para mi hermano y él lo es para ti.

—¡Lo sé! —se emocionó Raven.

La morena se levantó de mala gana y las abrazó.

—No te hagas muchas ilusiones, Ivy, los dos son adictos al trabajo. No sabemos si la cosa va a funcionar.

Fue Raven la que se separó de ellas y se enfrentó a Carrie con una mirada asesina en los ojos.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy?

—Sí, Carrie, ¿estás bien? ¿Ha sucedido algo en el trabajo que te tenga tan mal? —insistió Ivy.

—No, nada de trabajo. Me han echado de la agencia de citas —confesó sin mirarlas.

—¿Qué? —la rabia de Raven se había esfumado con la misma rapidez con la que había llegado.

—¿Por qué, cariño? —La abrazó la rubia.

—Soy una *indatable* —confesó.

—¿Eso qué es? —preguntó Raven e Ivy le dio una palmada para que se callara. Era evidente, de *date*, cita, *indatable*. Alguien con quien era imposible tener una cita.

Tal y como había sospechado Ivy, la palabra significaba que no era apta para tener citas.

Al parecer, Carrie les había dado muchos problemas a la agencia, rechazando a todos los hombres que le habían mandado.

Las dos amigas la miraron con lástima. Carrie era una mujer de éxito en su trabajo, profesional, inteligente y atractiva. La única pega que se le podía poner era su carácter. Tenía la mecha corta y se molestaba demasiado fácilmente, además, no tenía muchos filtros por lo que decía lo que le pasaba por la cabeza cuando le pasaba, pero era buena persona y a su manera también era afectuosa.

—¿Y por qué no tratas de conocer a alguien por el método tradicional? —ofreció Raven—, ya sabes, amigo presenta a amigo.

—No creo que funcione.

—Eso no lo sabes —confirmó Ivy apoyando la propuesta de Raven.

Carrie volvió a dejarse caer en el sofá. No tenía ganas de plantearse otra vez lo de salir de cita en cita para ver si el destino le ponía delante al hombre perfecto para ella. Para evitar eso, precisamente, se había inscrito en la agencia, para que fueran otros los que los filtraran y le ahorraran tiempo y esfuerzo.

—Creo que voy a darme un tiempo sin citas.

—¿Estás segura? —Ivy se sentó a su lado.

—Completamente, pero dejemos de hablar de mí, Raven, cuéntanos lo importante, ¿qué tal se lo monta George en la cama?

Los gritos de protesta de Ivy mientras se tapaba los oídos con las manos las hicieron reír como locas y, mientras eso sucedía, Carrie se olvidó de que estaba sola, de que la habían echado de una agencia matrimonial y de que su reloj biológico seguía en movimiento.

Capítulo 31

Después de la visita de sus amigas y, tras el rapapolvo de Carrie por no haber escrito ninguna canción completa, Ivy se metió en su despacho, guitarra en mano, a componer. Aunque había estudiado piano desde que era una niña, para componer siempre lo hacía con su vieja guitarra. Había apagado su teléfono y se había dedicado en cuerpo y alma a su música. Saliendo lo justo y necesario para cubrir sus necesidades fisiológicas y aplacar su hambre.

El miércoles por la mañana, no obstante, no entró en el estudio como había hecho los días anteriores, sino que decidió dedicarse unas horas a sí misma. Se metió en la bañera y encendió el jacuzzi mientras se ponía una mascarilla en la cara y otra en el pelo. Y lo hacía no porque esa noche tuviera una cita con Rhys, sino porque después de pasarse tantas horas sin ver la luz del sol su piel había comenzado a resentirse.

Y por supuesto tampoco fue por él que vació su armario tratando de dar con el *outfit* perfecto para una cita con un amigo: nada demasiado llamativo ni demasiado discreto.

Tras probarse decenas de combinaciones optó por un vestido de algodón, largo hasta la rodilla, azul marino con estampado de florecitas amarillas, botas altas marrones y abrigo del mismo color.

Para su sorpresa, Rhys la halagó cuando pasó a recogerla. Había esperado que no dijera nada sobre su aspecto, pero se mostró solícito y afectuoso, casi como si se tratara de una cita de verdad. Aun así, ella decidió no devolverle el cumplido, por lo que se quedó con las ganas porque él estaba muy guapo vestido con vaqueros y jersey de lana y con su abrigo gris y su bufanda.

—Buenos días, lady Anderson —la saludó Albert cuando salieron del ascensor—, cuánto tiempo sin verla. ¿Ha estado bien?

Fue Rhys el que respondió, sorprendiendo a ambos.

—Ha estado componiendo.

Ivy le miró boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—Sabiéndolo.

—¡Rhys! ¿Cómo lo sabes? ¿Tienes cámaras en mi casa o algo así?

Él se burló de la ocurrencia.

—Te he oído cantar desde mi casa.

—Eso es imposible. He estado encerrada en el estudio.

—De acuerdo —concedió—, te he oído cantar desde el pasillo.

—¿Y qué hacías tú en el pasillo?

—¿*Pasillear*? Digo, pasar. —Alzó las manos a la defensiva—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Espiarte?

—No he dicho eso. Aunque no me extrañaría que George te hubiera enviado a hacerlo —replicó, olvidándose de la presencia de Albert que parecía encantado con la conversación.

—Tu hermano no tiene tiempo para eso. Ahora está enamorado —dijo con una sonrisita traviesa.

Ivy echó a andar de nuevo y ninguno de los dos se acordó de Albert.

—¿Te lo ha contado? —preguntó Ivy.

—Evidente que me lo ha contado. Siempre he sabido que le gustaba. No creerás que soy adivino.

Ivy se calló, molesta. Increíble, su hermano había llamado a su mejor amigo para contárselo, pero no había tenido un minuto para hacer lo propio con su hermana y mejor amiga de su novia.

Salieron a la calle y Rhys paró a un taxi, pero no se perdió detalle de la expresión de Ivy.

El taxi se detuvo frente a ellos y Rhys le abrió la puerta para que entrara, después pasó él y le dio la dirección al taxista, que estaba hablando por el dispositivo de manos libres en un idioma que a Rhys le pareció que podía ser hindi.

—No te molestes con George, seguramente no sabía cómo decírtelo.

—No le defiendas.

—No lo hago, solo digo la verdad. A los hombres nos cuesta un poco más expresar nuestros sentimientos.

—Eso es una burda excusa y lo sabes.

—No lo es. Lamentablemente no nos educan igual que a vosotras y entre nosotros no solemos hablar de sentimientos. No es fácil.

—Pero es mi hermano.

—Razón de más para que no sepa cómo decírtelo. Y no te olvides de que ella es tu mejor amiga. Debe de ser complicado para él. ¿O acaso tú se lo has contado todo?

Ante la pregunta y lo que esta significaba en realidad le miró directamente a los ojos, él no la evitó y le sostuvo la mirada.

—¿Lo crees de verdad o solo tratas de defenderle? —preguntó tratando de cambiar a un tema menos comprometido.

—De verdad lo creo y, en todo caso, no lo haría por defenderle, sino por hacerte sentir mejor.

Ivy parpadeó por la sorpresa, pero no apartó la mirada. Rhys, por su parte, ni siquiera se movió. De repente el pequeño espacio compartido se llenó de tensión, de cercanía.

Ella no se había dado cuenta hasta ese instante de que sus brazos se tocaban, al igual que lo hacían sus muslos…

Un grito inesperado la hizo saltar del asiento a sus brazos. Instintivamente, él la rodeo con ellos, pero no la estaba mirando a ella, sino al taxista que había dejado de hablar por teléfono y estaba dando gritos mientras los miraba por el retrovisor.

—No me lo puedo creer —estaba diciendo—, ¿son los verdaderos o son dobles? No es la primera vez que me topo con los dobles de un famoso.

Ivy sonrió pensando en cuántas veces habrían engañado al pobre hombre diciéndole que era sus dobles en lugar de admitir la verdad. Miró a Rhys y le vio sonreír. Adivinó que estaba pensando lo mismo que ella y su sonrisa se amplió. Al darse cuenta de que seguía en sus brazos trató de apartarse de él, pero no se lo permitió.

—¡Rhys!

Él la miró y la soltó como si quemara.

—Somos los de verdad —le dijo al taxista—, ¿no me diga que quiere un autógrafo? —bromeó.

—Por supuesto que lo quiero, y una fotografía para pegarla en mi taxi, si es posible.

—Esto es un cine —anunció Ivy cuando entraron en una de las salas.

En la puerta no había más que un cartel con el nombre del local: Casablanca, pero eso no daba ninguna pista de lo que había dentro. Podría haber sido un restaurante, una cafetería o lo que era, un cine donde ponían películas antiguas.

—Veo que sigues siendo tan aguda como siempre —dijo él mientras buscaba las butacas que había elegido.

—Bueno, es un poco distinto a los que suelo visitar —se excusó.

—Distinto no. Original —resaltó y siguió buscando sus butacas—. Aquí no verás las últimas novedades de la cartelera. Eso te lo aseguro.

—¿No estamos muy lejos de la pantalla? —preguntó cuando él se paró en la última fila.

—No, esta es la ubicación perfecta. Centrados en la pantalla y sin nadie que dé patadas a nuestros asientos desde atrás.

—A qué cines más raros vas. Nunca le han dado patadas a mi asiento.

Rhys rio.

—Eso es porque no tuviste adolescencia.

—¡Qué gracioso! Será que tú sigues viviendo en ella.

—De acuerdo —concedió—, dejémoslo en empate y ocupemos nuestras localidades.

Ivy asintió y se sentó, y al hacerlo se dio cuenta de que las butacas no eran como las habituales de los cines. Eran más grandes de las que ella había visto nunca, y delante había una especie de bandeja o de mesa con una lamparita en la que brillaba una lucecita roja con un interruptor en su base. Miró a Rhys y le vio reír por lo bajo.

No comprendió el motivo por el que estaba allí la luz. Era demasiado pequeña para que tuviera la función de alumbrar, no obstante, si no era para alumbrar, ¿para qué era necesaria una luz en un cine?

—¿Por qué está esto? ¿Y la luz?

—Para que puedas comer tranquila. La luz es para avisar a la camarera de que quieres que te traiga algo.

—¿Comer? ¿Camarera?

—Estamos en un restaurante, Ivy. Comes mientras ves la película. —Sacó del lateral del asiento una carta.

—¡Oh!

—Te dije que te iba a llevar a un lugar sensacional. Deberías haber creído en mi palabra —dijo con orgullo, presionó el interruptor y la lucecita cambio de roja a verde.

Unos segundos después se acercó una camarera que volvió a presionar el interruptor dejándola de nuevo en rojo.

—Buenas noches, ¿ya saben lo que van a pedir? —dijo sin dejar de sonreír.

Si la sorprendió verlos allí y verlos juntos, no lo demostró.

—Una pizza Rhys Byrne para dos, y una ensalada de la casa, por favor.

La camarera sonrió divertida por la petición.

—Por supuesto. ¿Para beber?

—Dos colas, por favor.

La muchacha asintió y se alejó con la misma rapidez con la que había aparecido.

—No me digas que me has traído aquí para alardear de que hay una pizza con tu nombre.

—Querías un sitio original y no hay nada más original que cenar en un cine mientras comes una pizza que lleva mi nombre conmigo sentado a tu lado.

Ivy resopló.

—No me digas que la película también es tuya.

—No. Vamos a ver *El mago de Oz*, la versión de 1939. Ya te he dicho que aquí solo reproducen clásicos.

Ella parpadeó sorprendida.

—*El mago de Oz* era mi película preferida de niña. De mayor quería ser Judy Garland.

—Tú cantas mejor que ella —dijo con una sonrisa—, pero ¿ya no lo es? Tu película favorita.

—No lo sé. Hace mucho que no la veo. Últimamente no he tenido mucho tiempo libre.

—En ese caso vamos a descubrirlo —anunció cuando las luces se atenuaron.

Ivy se dio cuenta en ese momento de lo cerca que estaban y de lo íntimo que era estar sentados así con las luces de la sala apagadas. A pesar del tamaño de las butacas compartían reposabrazos y su brazo rozaba el de él… Apenas hacía unos días que se habían estado besando y, sin embargo, la situación en ese momento se sentía más íntima. Más sofocante.

—Te escucho pensar —susurró Rhys, acercándose a su oreja y rozándole el cuello con la nariz.

—No pienso en nada. Estoy viendo la película —protestó.

—Entonces es que eres vidente porque todavía no ha empezado.

Ivy se fijó entonces en la pantalla y vio que se estaban proyectando anuncios.

Dio las gracias mentalmente al cielo cuando Rhys lo dejó correr y no volvió a hacer alusión al tema.

* * *

Definitivamente, seguía siendo su película favorita, decidió Ivy. Había disfrutado mucho de la velada, e incluso de la pizza, a pesar de que esta tuviera poco que ver con Rhys.

—Los que hicieron esa pizza no tienen ni idea de quién eres —comentó Ivy mientras se tomaban un batido helado en la pastelería que él había bautizado como la pastelería rosa.

—¿Por qué lo dices?

—¿Verduras?

—Bueno, sí.

—¿Bueno, sí? Eres la persona más carnívora que conozco y le ponen tu nombre a una pizza que solo lleva verduras. La verdad es que lo que más me ha sorprendido es que te la comieras sin pedir que te añadieran algo más. No sé… ¿beicon?

—¡Wow! Con beicon habría estado espectacular.

Ivy rio.

—¡Lo ves! Te conozco mejor de lo que crees.

—Siempre lo he sabido, Iv —musitó con la vista clavada en sus labios—. Siempre lo he sabido.

Capítulo 32

Londres
Invierno de 2016

Tras bajar del avión, Rhys buscó un taxi y le dio la dirección de Ivy en Kensington. Nadie sabía que tenía intención de viajar a Londres. Ni siquiera se lo había dicho a Bruce. De hecho, Bruce era a la última persona a la que se lo diría, dada su relación con Ivy. Poco importaba que fuera su agente, que tuviera que estar preparando las maletas para salir de viaje a su nuevo rodaje, o que se hubiera subido a un avión sin siquiera prepararse una bolsa con lo básico para sobrevivir unos pocos días.

Rhys estaba decidido a hablar con ella en persona y eso era en lo que había pensado cuando se plantó en el aeropuerto John F. Kennedy dispuesto a coger el primer vuelo que saliera para Londres. Tal vez, si hubiera podido contactar con ella, se lo habría tomado con calma, el problema era que llevaba dos semanas sin poder hacerlo. Los primeros días en que trató de localizarla porque su teléfono le daba apagado, y los siguientes porque había cambiado de número telefónico.

Sabía que podría haber solucionado, al menos esa parte, con solo pedirle su nuevo número a George, el problema residía en que se vería obligado a darle una explicación de por qué no se lo había dado ella misma y no sabía si estaba preparado para hacerlo.

El taxista se detuvo frente al edificio de Ivy, un edificio que había visitado cada vez que el trabajo lo llevaba a Londres y, como en esa ocasión, se había quedado sentado en el taxi sin hacer amago de salir.

Estaba a unos metros de distancia de ella y no sabía qué decirle, había volado hasta allí con intención de disculparse con ella, de explicarle el terror que le había entrado en el cuerpo al imaginar que su mejor amigo llegara a su piso y se topara de lleno con lo que había pasado entre ellos. Que sus años de amistad se fueran al garete por lo que sentía por ella…

Cuando se sentó junto a Ivy en la cena de Raven, tras disculparse con su cita y deshacerse de ella sin mucho tacto, ni siquiera se había planteado que algo así pudiera suceder. Lo único que deseaba con todas sus fuerzas era recuperarla, recuperar a su amiga, a la niña que lo trataba como a un hermano, a la jovencita que siempre estaba ahí para él, a la chica que valientemente le había confesado sus sentimientos.

—Quiero esperar unos minutos —le dijo al taxista—, ¿le parece bien?

—El taxímetro sigue corriendo. Lo que usted desee, caballero.

—El dinero no va a ser un problema.

El hombre asintió y paró el motor.

Se había aventurado a buscarla y ahora que la tenía tan cerca no sabía qué hacer o decir para que lo entendiera. Por alguna maldita razón que se escapaba de su control siempre metía la pata cuando se trataba de Ivy. Pero había llegado el momento de cambiar eso y el primer paso, antes de hablar con ella, era enfrentar a otra persona.

Sacó el teléfono del bolsillo y tras desbloquearlo buscó uno de sus números favoritos.

Eran las dieciocho y cuarenta, hora de Londres, lo que significaba que en Nueva York era la una y cuarenta del mediodía, lo que indicaba que George estaría en el periódico.

George respondió al segundo tono:

—¿Qué sucede? ¿Por qué me llamas a esta hora? Si quieres quedar para comer te aviso de que ya lo he hecho.

—Estoy en Londres.

—¿Y qué haces ahí? Creía que rodabas en Italia.

—Y lo hago. Estoy aquí por otro motivo. He venido por Ivy.

Escuchó un estrépito y a George maldiciendo porque se le había caído el teléfono de las manos. Lo recuperó con rapidez, preocupado.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana? ¿Por qué no me ha llamado ella?

—A tu hermana no le ha pasado nada. He venido porque estoy enamorado de ella —confesó sin darse tiempo a pensárselo mejor.

George no respondió durante casi un minuto.

—¡Lo sé! —dijo finalmente.

—¿Lo sabes? ¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo te gusta?

—¡Vete a la mierda! —colgó mascullando maldiciones.

¿Qué clase de amigo era? Llevaba años tratando de deshacerse de sus sentimientos solo porque él se lo había pedido, puede que no expresamente a él, pero sí a todos sus amigos en general… Y ahora se lo decía con tanta tranquilidad como si no tuviera importancia… Con todas las estupideces que había hecho en nombre de su amistad.

George le devolvió la llamada y Rhys, aunque cabreado, respondió.

—¿Qué quieres?

—Supongo que estás en Londres porque tienes intención de decírselo.

—¿Por qué? ¿Tienes algún problema con que lo haga? ¿Tienes previsto amenazarme como cuando teníamos diecinueve? Porque esta vez no voy a hacerte caso tan fácilmente.

—No tengo intención de hacer nada de eso. ¡Buena suerte!

Cortó la llamada sin añadir nada más.

Rhys siguió allí sentado unos minutos más hasta que el taxista, que había escuchado todo, le habló:

—¿Qué hace ahí sentado todavía? Me parece que le han dado carta blanca.

—¡Tiene razón! —Sacó la cartera y pagó al hombre. Estaba a punto de salir cuando se fijó en un tipo con una gorra negra en la cabeza. Era alto y fornido, pero no le habría llamado la atención de no ser porque el tatuaje que tenía en el brazo derecho le resultó familiar, estaba parado en la puerta del edificio de Ivy, miró el reloj, giró sobre sí mismo y se paseó impaciente por la puerta unos minutos más hasta que volvió a mirar el reloj y esta vez entró.

—Un momento —le dijo al taxista. ¿A quién le había visto el maldito tatuaje del mapa y la maldita brújula? La respuesta le llegó como un puñetazo en el estómago: a Steve Cameron, se lo había visto a él. Pero ¿qué hacía Steve en Londres? No, ¿qué hacía Steve en el edificio de Ivy?

No tenía ni idea de que se conocieran. Trató de calmarse, a lo mejor no estaba allí por ella, tal vez vivía alguien a quien conocía y estaba allí para verla a ella, no a Ivy, se dijo.

—Necesito esperar unos minutos más. Le pagaré.

El taxista debió de darse cuenta de su expresión mortificada porque respondió con camaradería:

—Tranquilo, amigo. Lo que necesite.

Esperó unos minutos para asegurarse de que lo que suponía no era lo que estaba sucediendo. No podía marcharse sin estar seguro, si lo hacía, si se marchaba, se arrepentiría siempre. Estaba seguro de ello.

Fueron los cinco minutos más largos de su vida…

—Al aeropuerto, por favor —pidió cuando vio que Ivy salía del edificio con Cameron a su lado.

Había llegado tarde, o quizás hacía años que lo había hecho.

Capítulo 33

No había vuelto a ver a Rhys desde el miércoles por la noche cuando la acompañó hasta la puerta de su apartamento y se perdió por el pasillo de camino a su casa. Tampoco la había llamado, a pesar de haberse ofrecido a ayudarla con el papel del anuncio y, ella, movida por el orgullo, tampoco le había buscado a pesar de que actuar la aterraba. De no haber sido por Carrie, no habría aceptado la oferta para formar parte de la campaña.

Normalmente, en los vídeos musicales no tenía que aprenderse diálogos ni fingirse una persona distinta a quien era, por lo que solía limitarse a cantar y a hacer los movimientos que el director le pedía. Lo mismo había sucedido con el spot para el perfume, no obstante, en esa ocasión se iba a ver obligada a interpretar varios papeles.

Como siempre que tenía un problema lo apartó de su mente y no volvió a pensar en él hasta el viernes por la mañana, cuando Carrie pasó a recogerla para asistir a las pruebas de vestuario.

Su agente estaba encantada con la idea de que Ivy actuara, e incluso estaba decidida a hablar con el director para que escogiera alguno de los temas de Ivy como banda sonora.

—Esto va a salir genial. Vas a llegar a mucha gente a la que no le interesa la música —iba diciendo mientras el coche las llevaba hasta el estudio de grabación.

—No hay gente así, a todo el mundo le gusta la música —protestó, convencida de lo que decía.

—Eres una soñadora. Por supuesto que hay gente a quienes no les gusta la música.

Ivy la retó.

—Ponme un ejemplo.

La morena alzó el índice y lo puso delante de su cara para pedir tiempo mientras pensaba en una respuesta.

—¡Lo tengo! Al Grinch no le gusta la música.

—Muy graciosa, y lo que no le gusta son los villancicos, no la música en general, eso, por supuesto, en el caso de que existiera.

—¿Dudas de su existencia? ¿Ahora me vas a decir que tampoco crees en el Hada de los Dientes y en Papá Noel?

Carrie estaba hablando tan seria que Ivy no pudo evitarlo, se echó a reír con tanta vehemencia que acabó por dolerle el estómago.

—¡Eres genial! —halagó cuando pudo serenarse.

—¿Ahora te enteras?

Bien, se dijo Ivy, parecía que su amiga había superado el disgusto de los *indatables*. De cualquier manera, lo mejor era no decir nada que pudiera recordárselo. Tener a Carrie de buen humor era lo mejor que le podía pasar a nadie, tenerla a malas estaba a la altura de un tsunami,

arrasaba con todo lo que se le pusiera por delante, sin distinciones.

El director del spot era un chico de unos treinta y tres, treinta y cuatro años, educado y con cierto aire intelectual, seguramente resaltado por sus gafas de pasta negra y su pelo largo y despeinado, que inmediatamente cayó bien a Ivy.

Las estaba esperando en la entrada junto con sus asistentes y se declaró fan de su música en cuanto les presentaron. Tal y como la rubia había esperado, Carrie aprovechó la tesitura para comentarle la posibilidad de que la banda sonora corriera a cargo de la propia Ivy. No llegó a escuchar la respuesta del director porque una asistente la acompañó hasta el camerino en donde la esperaba la estilista.

Cuando entró en el camerino se topó con una sonriente Lucy Bell.

—Gracias por recomendarme —le dijo ella sin dejar de sonreír.

—Ahora eres mi estilista, lo que te obliga a acompañarme en cada uno de mis proyectos. Además, tienes un gusto maravilloso.

La morena enrojeció de placer.

—Mi próxima meta es que te den un premio a la mejor vestida en alguna revista importante. ¿Qué te parece en *Elle*? ¿O prefieres *Marie Claire*?

Ivy rio.

—Cualquiera de las dos me parece perfecta.

—Entonces estamos de acuerdo. —Y añadió mirando más allá de ella—: Había oído que Rhys también venía hoy. He traído ropa para los dos. —Señaló dos percheros enormes que había tras ella.

—Sí, eso creo.

La voz estridente de Bruce hizo acto de presencia antes de que él y Rhys entraran en el camerino.

Iba vestido con vaqueros y una especie de gabardina entallada, y remataba el look con una boina. Daba la sensación de que pretendía emular a aquellos antiguos directores de cine que salían en las películas viejas, pero se había quedado en participante de safari.

Tanto Ivy como Lucy tuvieron que mirar para otro lado para controlar la risa que les produjo verlo con esas pintas.

—Buenos días, Ivy, estás preciosa —la saludó muy sonriente. De un tiempo a esta parte su amabilidad con ella era exagerada y desconcertante—. Lucy, me alegro de verte. —Dio un vistazo al camerino buscando a alguien más—. ¿Dónde está el escritor? Asher Mills, quiero decir.

—Tengo entendido que hoy no viene —comentó Lucy—. Solo he traído ropa para Ivy y para Rhys.

—¡Qué poco profesional! —dijo con malicia—. Después de todo, es el protagonista.

—No es poco profesional. Tenía compromisos ineludibles.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con suspicacia. Así que era verdad que Ivy tenía contactos…

—Son amigos —anunció Rhys, que hasta el momento no había abierto la boca ni siquiera para saludar.

—¿Amigos? —Eso no era bueno para Rhys, decidió—. Supongo que es tu tipo.

—¡Cállate, Bruce! —intervino Carrie entrando también—. ¿No te da vergüenza salir a la calle con ese aspecto?

Él no pareció inmutarse por sus palabras.

—Es evidente que no tienes ni idea de moda. ¿Verdad que estoy perfecto para la ocasión, Lucy?

—¡Estás genial! —mintió esta con descaro.

—Esto parece el camarote de los hermanos Marx —se quejó Rhys—. ¿Podríais salir los dos para que nos cambiemos sin tanto público?

Los dos agentes le lanzaron una mirada airada, pero no protestaron. Entre pullas salieron del camerino.

—¡Gracias! —dijo Ivy—, odio cuando se ponen a discutir. Parece mentira que salieran juntos.

—Fue solo una cita —apuntó Rhys.

Lucy lanzó una risita por lo bajo.

—¿Qué? —La miró Rhys sin entender su gesto.

—No me acordaba de que sois todos amigos. Es curioso veros juntos.

—En realidad somos más que amigos —comentó Rhys con la mirada clavada en Ivy—, ella es mi primer amor.

Estaba claro que Ivy no se había esperado que él dijera algo así, pero a juzgar por el gritito de sorpresa de Lucy, ella tampoco.

Decidió intervenir antes de que la pobre chica se lo creyera.

—Es mentira, Lucy. Era a mí a quien me gustaba él. No a la inversa.

—¿De veras?

Asintió.

—Cuando tenía dieciocho años estaba colgada de él. Entonces no era famoso —añadió con un guiño—, era más agradable que ahora, que se le ha subido la fama a la cabeza.

Rhys obvió la pulla.

—Lucy, te prometo que te he dicho la verdad. Me enamoré de Ivy cuando tenía dieciséis. De hecho, la engañé para que me dejara besarla.

Las miradas de los dos se clavaron de repente en ella por lo que no pudo evitar enrojecer.

—¿También estoy mintiendo ahora? —la retó Rhys.

—Creo que será mejor que dejemos el tema.

Lucy soltó una risita soñadora, pero no dijo nada.

Ivy sabía que se estaba cambiando a solo unos metros de Rhys y, por supuesto, estaba al tanto de que él estaba haciendo lo mismo, pero trató de no pensar en ello. Lucy había preparado dos biombos tras los que ambos se ocultaban para cambiarse. Eran lo suficientemente grandes para que no se les viera por ningún lado.

La estilista ya había descartado dos vestidos y un conjunto de pantalón y americana, e iba de un lado a otro de los biombos para ver cómo les quedaba la ropa a ambos.

Cuando por fin dio con un vestido que las dos aprobaron, ceñido hasta la cintura, rojo y largo hasta la rodilla, la hizo salir del camerino hasta el estudio, donde Rhys ya se encontraba posando para la cámara, ataviado con vaqueros y una camisa verde oscura medio abierta. En cuanto la vio el director hizo parar al fotógrafo y la instó para que se uniera a su *partenaire*.

El obturador se disparó y comenzó la sesión para la que se cambiaron varias veces más de ropa.

Hasta el momento, lo más extraño que le habían hecho hacer había sido sentarse y hacer que

leía un libro, fingir que comía palomitas del mismo cuenco que Rhys y sonreír, sonreír sin parar.

Llevaban una hora de fotografías cuando el director se acercó al fotógrafo para susurrarle algo al oído. El tipo asintió y se acercó a ellos para darles instrucciones de lo que quería.

—Vamos a cambiar un poco el estilo, ¿de acuerdo? Ahora necesito que os abracéis y que os miréis como si fuerais una pareja enamorada.

—¿Cómo?

—¿Crees que no puedes hacerlo, Ivy? —preguntó preocupado.

—No.

Rhys la miró divertido.

—¿No? —preguntó el fotógrafo—, ¿no puedes hacerlo?

—No, quería decir que sí. Puedo hacerlo.

—Perfecto —alabó y se alejó de nuevo poniéndose en posición—, chicos, mostradme lo mucho que os queréis.

Rhys no necesitó más instrucciones, antes de que el fotógrafo dijera algo más, él ya la había rodeado con sus brazos y había puesto su cara a dos milímetros escasos de la de ella.

—¿Qué haces? —susurró, nerviosa.

—Trabajar.

—¿Necesitas estar tan cerca para eso?

No fue necesario que respondiera porque el fotógrafo lo hizo por él, aplaudiendo su iniciativa.

—Muy bien, Rhys, así es. ¡Seguid! Ivy, sonríe.

Rhys volvió a cambiarla de postura, esta vez la pegó a su cuerpo cual larga era y la obligó a levantar la pierna para sujetársela él por el muslo.

El pulso de Ivy se disparó tanto que temía que él pudiera notar los latidos acelerados de su corazón contra su pecho. Cerró los ojos para tratar de concentrarse, pero su aroma masculino y el calor que emanaba de su cuerpo no le permitían que desconectara las sensaciones que la atenazaban.

El obturador seguía disparando y Rhys no dejaba de presionarla más y más. Enterrando la nariz en su cuello o dándole la vuelta para abrazarla por detrás, sus antebrazos rozando sus pechos…

Estamos trabajando, estamos trabajando, repetía su mente como un mantra, pero fuera o no trabajo, su cuerpo estaba actuando por iniciativa propia. Sus pezones se habían endurecido tanto que le dolían y sus partes más íntimas se derretían ante su contacto.

—Ahora un beso —pidió el fotógrafo.

Ivy se apartó de Rhys como si quemara.

La idea de besarle en las condiciones en las que estaba solo por tenerle cerca la horrorizó.

—¿Por qué se supone que he de besarle? En el guion pone que me decido por Asher, no por él —protestó, tratando de salir del lío.

El director, que parecía ajeno a la escena, se dio la vuelta al escuchar sus protestas y se encaminó hacía ella.

—¿Qué sucede?

Ivy le dio la misma respuesta que le había dado al fotógrafo.

—Es cierto, pero eso no significa que Rhys no esté enamorado de ti, Ivy. En realidad, ambos lo están: la literatura y el cine, eres tú, la música, quien decide quedarse con la literatura. Si has leído el guion recordarás que tienes varias escenas románticas con los dos.

Carrie la observaba preocupada a cierta distancia mientras que Bruce parecía encantado con su

ataque de diva. Lo que todos menos Carrie desconocían era que no se trataba de un arranque de diva, sino de puro instinto de conservación.

Besar a Rhys era lo más difícil que iba a tener que hacer por el spot. ¿Cómo iba a besarle estando sobria y después actuar como si no hubiese pasado nada?

—De acuerdo, lo haré. —Y añadió para convencerse a sí misma—. Es solo un beso.

Rhys no pudo aguantarse.

—Mis besos no son solo besos. Ya deberías saberlo. No hace mucho que lo comprobaste.

Al escuchar su respuesta Ivy se dio cuenta de que estaba enfadado, y probablemente humillado, pocas mujeres se resistirían a besarlo, pero ¿qué esperaba, que lo aceptara así como así? Remover lo que sentía por él era la peor idea del mundo, y si eso no fuera suficiente encima tenía que compartir esa intimidad, por fingida que fuera, con él delante de todo aquel que quisiera verlo. ¡Ella no era actriz! No sabía separar la realidad de la ficción.

—¡Empecemos! —animó el fotógrafo.

—Tranquila, va a ser un beso de película. Nada de lo que tengas que preocuparte.

—No estoy…

Rhys apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de Ivy, deslizó los pulgares entre su pelo y cualquier pensamiento coherente que Ivy pudiera haber tenido desapareció.

Se quedó suspendido sobre ella unos segundos, como si estuviera decidiendo cómo seguir. Después inclinó la cabeza y la besó con la boca abierta, nada de besos fingidos. Si Ivy tenía alguna duda de que estaba enfadado, su boca se la disipó.

La besó con tanto ímpetu que sus dientes chocaron con los suyos.

Sintió su lengua en la boca, sus dedos la sujetaron con más fuerza. El beso era intenso, parecía un castigo o un reto, la castigaba por haberse puesto difícil y la retaba a apartarse, a demostrarles a los demás que no podía soportarlo.

Ella no iba a rendirse, llevó los brazos alrededor de su cuello y le demostró que podía hacerlo… Como bien había dicho, no era más que un beso. En respuesta, Rhys asió sus nalgas, pegándola más a su cuerpo.

Si hubieran sido capaces de darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor habrían sido más discretos. Los vítores comenzaron, pero ellos seguían perdidos el uno en el otro. La mano derecha de Rhys fue subiendo por el costado de Ivy hasta detenerse sobre su pecho. La dejó allí, sin emitir presión, sin acariciarla, solo la dejó ahí. El calor de su mano atravesó la ropa y calentó su piel. Ivy gimió completamente entregada al beso y, como si el sonido lo hubiera sacado de un trance, Rhys se apartó y lo dio por finalizado.

Los aplausos fueron tan estridentes que Ivy no pudo ignorarlos, hasta Lucy había salido del camerino y se había unido a los asistentes que los vitoreaban.

—Enhorabuena, Iv, ese beso merece un Oscar —dijo antes de darse la vuelta y dejarla allí completamente desubicada.

La mirada de Carrie, una mezcla de sorpresa y reprimenda, tampoco la tranquilizó.

Capítulo 34

El día después de la sesión de fotos, Ivy se vio obligada a pasarse toda la mañana colgada del teléfono. Su madre la despertó para quejarse de que hacía días que no había sabido nada de ella, aunque la conversación fue cambiando durante la hora y media que la tuvo hablando, hasta convertirse en auténtico jubilo maternal porque George estuviera saliendo con Raven, a quien Grace, la madre de Ivy, siempre había adorado.

—No me digas que también te lo ha contado a ti.

—Por supuesto. Estuvo en casa el lunes. Me dijo que tú ya lo sabías, que Raven os lo estaba contando a ti a Carrie en ese mismo momento.

—Supongo que se repartieron el trabajo sucio —murmuró molesta.

Grace rio.

—No se lo tengas en cuenta. Estoy segura de que tu hermano pensó que preferirías que te lo dijera ella.

—Ni siquiera tenía idea de que le gustara.

—Ivy, cariño, a tu hermano siempre le ha gustado Raven. ¿Por qué crees que siempre ha tenido preferencia por las chicas pelirrojas?

Las palabras de su madre le trajeron a la memoria una conversación fugaz con su hermano acerca de sus gustos en cuanto a mujeres. ¿Había tratado de decírselo en ese momento y ella estaba tan obsesionada con Rhys que ni siquiera se había dado cuenta?

—¿Ivy, me oyes?

—Sí, mamá.

Grace se quedó satisfecha y siguió con su perorata.

—Ahora falta que tú también encuentres a alguien y tu padre y yo podremos tener nietos pronto.

—¡Mamá!

—No veo por qué te escandalizas. Ya tenéis edad para sentar la cabeza.

—Mamá, tengo que colgar, yo…

—¡Recibido! No volveré a preguntarte por tus citas, no hace falta que cuelgues.

Ivy suspiró y permitió que su madre sacara un nuevo tema. Definitivamente, iba a tener que ir a verla pronto.

* * *

Cuando por fin tuvo tiempo para sí misma, Ivy volvió a darle vueltas a lo ocurrido el día anterior cuando se había visto entre los brazos de Rhys. No entendía la mitad de lo que había

sucedido y lo poco que entendía la había descolocado.

Todo en el estudio había sido raro, desde su confesión acerca de que ella había sido su primer amor hasta su enfado porque ella se había negado a besarle delante de todos, no obstante, si había algo verdaderamente extraño era su críptico comentario sobre el Oscar, ¿creía acaso que el beso había sido falso? Porque si ese era el modo falso en que él besaba a las actrices con las que trabajaba entendía que la prensa le atribuyera romances con todas sus compañeras de reparto.

Y por si los aplausos tras su beso público no hubieran sido suficientemente humillantes, Lucy había hablado más de la cuenta mientras se cambiaban y le había contado a Rhys que ella la había confundido con su novia cuando se toparon en el ascensor de su edificio.

La respuesta del actor había sido tan confusa como todas sus palabras esa mañana. La había mirado muy serio durante un tiempo extremadamente largo y después había desviado la mirada, sin decir nada, para sonreír a Lucy.

Se llevó las manos a las sienes tratando de ordenar sus pensamientos. Como si estos fueran piezas de un puzle que se pudieran ordenar para que formaran una imagen nítida.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con todo este lío? —se quejó en voz alta.

No había llegado a ninguna conclusión satisfactoria cuando sus pensamientos volvieron a ser interrumpidos, esta vez por la llamada de su hermano. Eso era cosa de su madre, adivinó. Seguro que Grace había llamado a su hijo en cuanto colgó para contarle lo molesta que estaba su hermana por no haber sido él quien le hablara de su relación con Raven.

Antes de responder, tomó tres respiraciones profundas y trató de sonar calmada y amable.

—¡Vaya, George! Por fin te acuerdas de que tienes una hermana. —Fracasó estrepitosamente.

—¿Estás molesta por algo? —preguntó él con tacto.

—¿No lo sé? ¿Lo estoy? ¿Crees que tengo motivos para estarlo?

—Eso son muchas preguntas. ¿A cuál te respondo primero?

—Creía que eras periodista y que tu trabajo consistía en responderlas todas. El orden es lo de menos.

—De acuerdo, ya lo capto, estás enfadada por lo de Raven. ¿Te molesta que salgamos? ¿Es eso? ¿Crees que voy a apartarte de tu mejor amiga?

—¡Eres idiota! —lo acusó sin tratar de suavizarlo.

¡De acuerdo! Era muy posible que su madre no le hubiera dicho nada. Había pecado de mal pensada.

—¡Gracias! Supongo, ¿podrías ilustrarme y darme una pista sobre por qué exactamente soy idiota?

—No me llamaste. Se lo has contado a todo el mundo menos a mí.

—Raven me dijo que te lo contaría ella —se excusó, confundido por su reacción.

—Quiero mucho a Raven, pero ella no es mi hermana, mi hermano eres tú. Tendrías que haberme llamado para contármelo, aunque ya lo supiera por ella.

Se hizo un silencio en la línea.

—Tienes razón. Soy un idiota —concedió al entender el punto—. No lo pensé.

—¡Lo eres! —corroboró ella, un poco más apaciguada—. Pero eres mi idiota y te quiero.

—Entonces, ¿crees que podrás perdonarme si te cuento mi versión ahora?

Ivy sonrió, pero respondió lo más seria que pudo.

—No lo sé, que te quiera no significa que vaya a perdonarte sin sufrimiento. Prueba a ver si puedes aplacarme.

George sabía que el tema estaba zanjado, por lo que se puso a relatarle la historia con el

mismo rigor periodístico con el que escribía sus artículos.

Definitivamente, la historia de Raven era mejor, decidió Ivy, no obstante, eso jamás se lo diría a su hermano. Con lo que le había costado que se lo contara…

—Jamás pensé que te gustara Raven. Supongo que no soy muy observadora. Aunque hasta hace poco tampoco sabía que le gustaras a ella, así que no debería extrañarme.

—Lo cierto es que traté de que no me gustara.

—¿Por qué? ¿No sería por el beso que te negó en Nochevieja? Nos lo contó.

—El beso no tiene nada que ver, creo que era culpabilidad. No era justo para ti dado lo que había hecho. —Hizo una pausa y, al ver que ella no decía nada, añadió—: Aunque me reconozco culpable de lo que hice a los diecinueve, pero soy no culpable a los veinticinco.

—¿De qué hablas? Me he perdido.

—De Rhys. Es cierto que a los diecinueve les pedí a mis amigos, especialmente a él, que no se acercaran a ti, pero le di mi bendición cuando me llamó a los veinticinco. Al final todo se reduce a los números —bromeó.

—George, no entiendo lo que dices.

Su hermano suspiró exasperado.

—Me refiero a que no me opuse a que te confesara lo que sentía por ti cuando fue a buscarte a Londres. Ni me entrometí cuando no anunciasteis que estabais juntos. Tuve que controlarme para no preguntaros a ninguno de los dos, pero me pareció lo mejor. Dado lo que había pasado antes.

—Nunca estuvimos juntos.

—¿Qué sucedió en Londres? —preguntó George descolocado.

La cabeza de Ivy empezó a dar vueltas. Demasiada información que no tenía sentido, su pulso se aceleró y las manos comenzaron a sudarle.

—¿Cuándo vino Rhys a buscarme a Londres? Jamás nos encontramos.

—¡No puede ser! Fue un par de semanas después de la inauguración del Red Raven.

—Tiene que haber un error. Rhys nunca vino a buscarme a Londres, George. Te aseguro que lo recordaría.

—Eso es imposible. Estaba frente a tu casa en un taxi y me dijo que iba a decirte lo que sentía. Bruce se molestó con él porque desapareció durante un par de días sin darle explicaciones a nadie. Creí que estaba contigo.

—George, tengo que dejarte. Luego te llamo.

Colgó y soltó el teléfono de cualquier manera en el sofá. Los siguientes cinco minutos ni siquiera fue capaz de mover un músculo.

No podía ser cierto, se dijo, él había huido la noche después de acostarse con ella, ¿por qué iba a ir a buscarla a Londres después de eso? No tenía sentido. Su hermano tenía que haberse confundido de fechas… de persona. No podía haber ido a verla a ella. George estaba confundido, esa era la única explicación que tenía sentido. Si es que algo de lo que había pasado entre ella y Rhys lo tenía.

Capítulo 35

Llamó a la puerta del apartamento de Rhys y esperó con el corazón en un puño a que él le abriera. ¿Qué se suponía que le iba a decir? Hola, Rhys, mira es que acabo de enterarme de que viniste a buscarme a Londres hace tres años, y me preguntaba por qué finalmente no nos encontramos. Por cierto, siento mucho haberme puesto quisquillosa ayer con el tema del beso.

No, definitivamente ese no era el modo de entrarle y mucho menos de averiguar la verdad.

Tal vez debería… Su cerebro dejó de funcionar cuando la puerta se abrió y se topó con su sonrisa socarrona. Se dio la vuelta tan rápido que Ivy no tuvo tiempo de leer en su rostro si seguía enfadado.

—¿Ya te has enterado? Tenía previsto acercarme a tu casa para contártelo, pero parece que las noticias viajan rápido. —Se apartó de la puerta para que entrara—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —respondió por inercia.

De qué estaba hablando y cómo era posible que estuviera al tanto de que sabía lo de Londres. ¿Acaso lo había llamado George?

—¿Te lo ha contado George?

Rhys se dio la vuelta como un resorte y clavó en ella la mirada.

—¿George también lo sabe? Espera, trabaja en la prensa, por supuesto que lo sabe.

Ahora sí que no entendía nada.

—¿En la prensa? ¿De qué estamos hablando exactamente?

Él le lanzó una mirada especulativa.

—De nuestra relación.

—¿Nuestra relación? —repitió ella.

Asintió.

—Estamos en la portada de todos los periódicos y, según Bruce, en Twitter somos *trending topic*.

—¿Cómo dices?

—¿Te acuerdas del taxista de los dobles?

Ivy asintió.

—Pues no era tan simple como parecía. De hecho, nos la ha jugado bien jugada.

¡Mierda! Las fotografías que se habían hecho. El tipo debía de habérselas vendido a la prensa.

—No tiene tanta importancia, seguro que no es la primera vez que te adjudican un romance falso, pero espera, ¿qué se supone que somos? ¿Novios?

Rhys negó con la cabeza.

—¿Amantes esporádicos?

Volvió a negar.

—¿Amigos? Bueno, eso tampoco era un secreto para nadie.

—Por supuesto que no creen que somos amigos, saben que lo somos, ya te he dicho que he hablado de ti en alguna entrevista.

—¿Entonces? Dímelo, ya no se me ocurre nada más.

—Prometidos, Ivy. Estamos prometidos. Vamos a casarnos.

—¿Por qué diría algo así el taxista?

—No sé, tal vez, ¿porque nos vio abrazados? ¿Porque parecíamos íntimos? ¿Porque al decirlo le pagaban más? Desconozco sus motivos.

Todavía no había terminado de decirlo cuando el teléfono de Ivy comenzó a sonar en su bolsillo. Acto seguido hizo lo propio el de Rhys.

—Es mi madre —anunció Ivy mirando la llamada entrante—. No hace ni media hora que hemos estado hablando—. ¡Lo sabe! ¿Qué le digo?

—Bruce —le mostró Rhys—, también es la segunda vez que me llama hoy. El asunto debe de haberse puesto peor. —Hizo una pausa para pensar—. Creo que lo mejor es que no contestemos a nadie hasta que decidamos qué hacer.

—¿Qué hay que decidir? No estamos juntos.

Rhys la miró muy serio.

—Vivimos en el mismo edificio, Ivy. ¿Cuánto crees que tardará la prensa en descubrir ese dato? —hizo la pregunta mientras se dirigía tranquilamente a la cocina y servía una taza de café. Ivy fue tras él decidida a terminar la conversación.

—¿Y?

—Te aseguro que es mejor dejarles creer que estamos prometidos a que piensen que somos amantes. Los dos tenemos una carrera que cuidar. —Le tendió la taza, a la que previamente le había añadido dos cucharadas de azúcar.

En eso tenía que darle la razón, decidió.

—¿Me estás proponiendo que finjamos ser pareja?

—¿Tienes alguna idea mejor? Después del numerito que montamos ayer en la prueba de vestuario nadie va a creer que no tenemos una relación. Sin contar con que te has mudado desde Londres al mismo edificio en el que vivo. Van a especular con que yo soy el motivo.

—¡Esto es una locura! —se quejó Ivy—. Cuando quería estar contigo de verdad me rechazaste. ¡Dos veces!

Rhys la asió del brazo y la obligó a mirarle.

—No te rechacé ni una sola vez.

—¿Y cómo llamas tú a darte la vuelta y largarte sin decir una sola palabra cuando alguien te dice que le gustas? ¿O a marcharte en medio de la noche después de acostarte con alguien? Para mí es rechazo. Tú llámalo como quieras.

—¿Es por el escritor? ¿No quieres hacerlo por él? Vas a dejar que nuestra carrera se tambalee por su culpa.

—No seas ridículo. Hay muchas parejas de famosos que salen juntos y no es ningún escándalo. No quiero hacerlo porque no es verdad.

—O sea que te gustaría que lo fuera —preguntó con furia mal disimulada.

—¡Vete a la mierda, Rhys! —estalló y se dio la vuelta para marcharse, pero él la retuvo.

—Ivy, lo siento. Pero tienes que entenderlo, no somos como cualquier pareja. La prensa sabe que crecimos juntos, no nos van a dejar en paz a menos que digamos que es cierto, que estamos comprometidos. Si lo negamos no lo creerán y los tendremos detrás en cada paso que demos.

Ella se llevó las manos a las sienes para tratar de calmar el dolor de cabeza que estaba empezando a sentir.

—Van a correr ríos de tinta y lo que digan no va a ser agradable.

—¡Tienes razón! Pero deja que lo piense —pidió y, sin añadir nada más, se marchó a su apartamento. De nuevo sin haber aclarado lo que había ido a solucionar.

Su teléfono no dejó de sonar durante el resto del día. No contestó a ninguna llamada porque no tenía memorizados los teléfonos, además, Carrie la avisó, a pesar de que sabía que no lo haría, de que no respondiera a nadie que la llamara.

¿Por qué tenía que fingir una relación con Rhys? Era absurdo. Muchos famosos salían entre ellos sin que hubiera nada más que un interés mediático, ¿por qué el hecho de que ella y Rhys fueran viejos amigos tenía que cambiar las reglas?

Todo pasaría, se dijo, y siguió creyéndolo hasta que llamaron al timbre, y al abrir la puerta se topó con Raven y con Carrie. La pelirroja había dejado su restaurante en manos de sus empleados un sábado por la noche, y no precisamente por George, lo que le indicó que, efectivamente, había una crisis.

—¿Estás bien? —preguntó la chef, abrazándola.

—Perfectamente. Es un chisme más. Acabarán por cansarse.

Una mirada entre ellas captó su atención.

—¿Qué sucede?

—¡Nada! —respondió rápidamente Carrie.

—¡Cuéntamelo!

—Carrie —pidió Raven—, lo va a saber tarde o temprano. Es mejor que lo sepa por nosotras.

—¿De qué habla?

—Me ha llamado mi madre. La prensa está en Jersey, están preguntándoles a los vecinos sobre ti y sobre Rhys.

—¿Y? Hay más. Por tu cara sé que hay más. No trates de protegerme. Necesito que me lo cuentes todo.

Carrie suspiró sonoramente antes de decidirse a contárselo.

—¿Te acuerdas de lo que pasó ayer?

Ivy arqueó las cejas, interrogante. ¿A qué de todo lo que había sucedido ayer se refería?

—El beso entre tú y Rhys. Alguien lo grabó con un móvil y ahora está por todo Internet.

—¡No!

—Lo siento, pero vas a tener que aceptar la propuesta de Rhys y fingir que estáis prometidos.

—¿Por qué? Fue solo un beso, era trabajo.

—Cariño —intervino Raven—, he visto el vídeo y no parece fingido. Es casi pornográfico. Si tuvierais puesta menos ropa sería clasificado como X.

—¡Dios! ¿En qué lío me he metido?

—En uno en el que tienes un prometido —sentenció Carrie.

Capítulo 36

Raven había pedido refuerzos. Media hora después de la llegada de sus amigas llamaron al timbre y apareció George con dos cajas de pizza y cervezas.

Su hermano la abrazó sin decir nada, ni tratar de consolarla ni preguntarle cómo se sentía, y eso fue suficiente para que se derrumbara.

—¿Has visto el vídeo? —le preguntó a su hermano cuando se separaron—, dime que papá y mamá no lo han visto.

George trató de quitarle importancia al tema.

—Iv, el vídeo es una tontería. No es más que un beso. No tiene nada de malo.

—¿Que no tiene nada de malo? Es un momento de intimidad que ha dejado de ser íntimo. Está por todas partes, George.

Su hermano miró a Carrie antes de hablar.

—Estoy seguro de que tu agente se está encargando de que lo eliminen de la red.

La aludida asintió. Ya he hablado con los abogados, Ivy, no te preocupes por eso, es inminente.

—Lo mejor será que nos comamos la pizza antes de que se enfríe —comentó Raven.

Sabedora del esfuerzo que estaban haciendo sus amigos para hacerla sentir mejor, Ivy trató de olvidarse, aunque fuera por unos minutos, de la espiral de desastres que la estaba engullendo, por lo que comió pizza y bebió cerveza y se rio cuando alguno de ellos dijo algo gracioso.

Sus amigos, por su parte, trataron de entretenerla para que no pudiera pensar en nada, hablando sin parar y haciéndola hablar a ella.

Cuando terminaron con la última porción de pizza, Raven y George se ofrecieron a recoger.

Su hermano y su mejor amiga se veían tan felices y compenetrados. Durante la cena, Ivy había tenido la sensación de que ambos mantenían conversaciones solo usando sus miradas, como si eso fuera posible.

Miró a Carrie y supo que su amiga estaba pensando lo mismo que ella. Sonrió con auténtico júbilo. Entre todo lo que le estaba sucediendo había topado con algo bueno y, además, lo tenía delante, era evidente solo con mirarlos lo enamorados que estaban George y Raven.

—Dan una envidia mortal, ¿verdad? —preguntó Carrie poniéndose a su lado.

—Sí, pero son una monada.

—¡Lo son! Pero nosotras, aunque no tengamos pareja, también somos una monada. —Se detuvo un segundo en su discurso—. ¡Espera! Tú sí que tienes pareja, aunque sea de pega. Ahora me he convertido en la única soltera del grupo. ¡Mierda!

Ivy la miró sonriendo.

—Ahora todos los tipos disponibles te corresponden a ti.

Carrie frunció el ceño, pensativa.

—Ahora que lo dices, no suena tan mal estar soltera —bromeó—. De hecho, si lo piensas, tú estás peor que yo.

—Gracias, amiga. No me había dado cuenta.

—Lo siento, Iv, pero no estaba hablando del vídeo, sino del hecho de que mientras dure tu compromiso no vas a poder salir con nadie ni tener sexo.

—¿De qué hablas?

—De Asher, por supuesto.

—Solo somos amigos. No tenía previsto tener sexo con él, por si te lo preguntas.

—Tuvisteis una cita. Y regresaste muy contenta de ella, pensaba que tenías intención de volver a salir con él. —Su amiga trató de adivinar lo que pensaba escaneándola, como siempre hacía.

—Eso fue antes de que pasara todo esto.

—Eso es lo que trataba de decirte. Ahora vas a ser la prometida de Rhys y vas a tener que renunciar a algunas cosas, como por ejemplo al sexo. —Se calló cuando otra idea le vino de golpe a la mente—: A no ser, claro está, que el sexo sea con él. En ese caso sí que estaría permitido.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga? —preguntó bromeando—, de todas las personas que conozco eres la última de quien me hubiera esperado que dijera algo como eso.

Carrie hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—A veces hay que adaptarse a lo que tenemos. Además, Rhys ha comenzado a caerme bien.

—¿Por qué? ¿Cuándo ha sucedido eso?

—Porque no tenía ninguna necesidad de fingir un compromiso y, aun así, te ha tendido su ayuda. Tal vez no es tan malo como pensábamos.

—Es una opción.

—¡Lo es! Ahora voy a dejarte. He de hacer algunas llamadas.

Capítulo 37

Por mucho que Raven, George y Carrie trataron de animarla, Ivy no podía dejar de pensar en lo que había sucedido. En el maldito vídeo de Internet que, tal y como Raven había descrito, era mucho más que un simple beso, y en la posibilidad cada vez más inminente de tener que fingir que Rhys era su prometido.

Y es que en menos de quince minutos había pasado del desconcierto por lo que le había contado George a la urgencia de un falso compromiso por culpa de una mentira. ¿Cuándo iban a funcionar las cosas entre ella y Rhys? ¿Se acabarían alguna vez las falsedades, las medias verdades y los secretos? A lo mejor lo primero de todo pasaba por hablar con él y poner las cartas sobre la mesa. Pero y si la realidad era mucho peor que lo que ella había supuesto, ¿estaba preparada para escucharla? Aunque ya puestos tampoco estaba preparada para todos los comentarios que el vídeo había provocado en Internet.

Después de todo, en la sociedad en la que vivían, si se negaba a fingir una relación con Rhys ella sería la que saldría peor parada. Sería su moral la que quedaría en entredicho solo por ser mujer, de Rhys solo se comentaría que era un atractivo mujeriego que seducía a sus compañeras de reparto… de ella los comentarios no serían tan benévolos. Todavía no hacía ni veinticuatro horas que el vídeo estaba *online* y ya no lo eran.

Después de ponerla al día de las novedades, Carrie se había pasado casi una hora al teléfono tratando de conseguir que el vídeo desapareciera de la red. Y aunque Raven y George estaban seguros de que su amiga sería capaz de lograrlo, Ivy no era optimista de que lo consiguiera. Aun así, estuviera disponible o no, su existencia ya era *vox populi*, y había desatado decenas de artículos y de especulaciones.

Miró la hora en su móvil. Era pasada la medianoche, tal vez no era el mejor momento para visitar a Rhys, pero sabía que no iba a poder conciliar el sueño hasta que no hablara con él. Sus amigas, e incluso su hermano, le había ofrecido ayuda esa noche ofreciéndole su periódico por si quería hacer algún tipo de declaración para la prensa. Del mismo modo también le habían aconsejado que aceptara el compromiso, puesto que en ese momento era la mejor opción que tenía. Lo único que tenía que hacer era ser consciente en todo momento de que este era falso. Ese punto era primordial si quería salir ilesa de la situación, no podía permitirse olvidarlo.

Se levantó del sofá, cogió las llaves y salió por la puerta sin siquiera ponerse los zapatos. Solo tenía que cruzar el pasillo, no iba tan lejos. Y, aun así, sorprendentemente, cruzarlo le costó sus buenos cinco minutos, mientras se debatía entre ir o no. Entre llamar a la puerta o regresar a su casa.

Finalmente decidió echarle valor y llamó al timbre. No obstante, después de hacerlo comenzó a preocuparle que fuera demasiado tarde. Los nervios empeoraron cuando escuchó pasos al otro

lado.

—¿Estás loca? —preguntó Rhys asiéndola del brazo y metiéndola rápidamente dentro—. ¿Cómo se te ocurre venir así vestida? ¡Y descalza!

Ella agachó la cabeza para mirar su atuendo. Llevaba una de sus camisetas para dormir que le llegaba un poco por encima de la rodilla y unos calcetines gruesos. No era la primera vez que la veía de esa guisa, ¿qué había cambiado?

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—Podrían estar haciéndote fotografías, Ivy. ¿Acaso no piensas las cosas antes de hacerlas?

—¿Fotografías? Aquí no puede pasar nadie.

Volvió a asirla del brazo y la arrastró por el pasillo hasta el salón que solo estaba iluminado por la luz que salía de la televisión.

—Después de lo de ayer cualquier cosa es posible. Nunca se me hubiese pasado por la imaginación que nos estuvieran grabando y mira. Pero, dime, ¿qué te trae por aquí a esta hora?

—Tenías razón.

—Espera, eso tengo que grabarlo. —Se dio la vuelta como si estuviera buscando su móvil—. ¿Puedes repetirlo a la cámara?

—No estoy para bromas, Rhys. —Se dejó caer en el sofá—. Enciende la luz, esto está muy oscuro.

Él no dijo nada. Alargó el brazo y encendió la lámpara de pie que había junto a uno de los sillones.

—¿Tienes suficiente o las enciendo todas?

—Así está bien, gracias. ¿Y ahora qué?

—Ahora estamos oficialmente prometidos, Ivy. No podemos hacer otra cosa.

Era evidente que él podía hacerlo. El problema no sería tan grande para él como lo era para ella.

—Nadie te va a cuestionar si simplemente no hacemos nada. Tengo la sensación de que te estoy obligando a hacer esto.

Rhys la miró confundido.

—Si no recuerdo mal, he sido yo quien te ha obligado a ti.

—Esa parte es la que no entiendo. Tú eres el hombre. No pasará nada si la gente cree que solo he sido una más de tu lista.

—Es posible, pero jamás te dejaría en la estacada. Te he dicho hasta la saciedad que somos amigos. Además, aunque no lo fuéramos, eres la hermana de George. No te voy a dejar sola en esto. —Se encogió de hombros—. Después de todo, el beso fue cosa mía.

—Podría haberme apartado.

Rhys optó por no responder.

—Tendremos que inventar una historia —propuso Ivy al ver que él no tenía intención de hablar.

—Lo mejor es que nos ciñamos lo más posible a la verdad.

—¿Qué se te ocurre?

—Somos amigos desde hace años y nos gustábamos, pero nos distanciamos por el trabajo. Cuando nos reencontramos nos dimos cuenta de que seguíamos sintiendo lo mismo y decidimos dar el paso.

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

—Tres años.

—¿Y nunca nos han pillado? Eso no se lo va a creer nadie. En tres años no nos hemos cruzado nunca. Ni siquiera estábamos en el mismo continente.

—Eso no es cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Nos vimos en Paris.

—Ni siquiera hablamos. No creo que cuente como encuentro.

—Y yo no creo que la prensa vaya a tirar de hemeroteca. Y si lo hace solo tenemos que decir que tenemos agendas muy dispares y que hemos sido discretos.

—¿Por qué una relación de tanto tiempo?

—Porque eso justificaría el compromiso. En cualquier caso, no vamos a hacer declaraciones. Simplemente nos dejaremos ver juntos.

—Carrie cree que lo mejor es responder a la prensa para que se dé por satisfecha y deje el tema. Y George me ha ofrecido…

—No, dejemos fuera de esto a tu hermano —interrumpió—. Vamos a comportarnos lo más normal posible. Tendremos citas e iremos juntos a eventos, pero no hablaremos directamente de nuestra relación.

—Si crees que es lo mejor.

—¡Lo creo! Cuanto menos hablemos del tema menos riesgo corremos de meter la pata.

—¡De acuerdo! —aceptó levantándose del sofá.

Ahora que estaba todo claro lo mejor era regresar a su casa y tratar de ordenar sus ideas, pero, sobre todo, de mentalizarse de que el compromiso era un modo de salvar el pellejo.

—Ivy, ahora viene la parte que no te va a gustar…

—¿Y cuál es?

—Cuanta menos gente sepa que el compromiso no es real, mejor.

—Si lo dices por mis padres, no…

—No lo digo por ellos, aunque sería buena idea que no se lo dijeras, tu madre es… muy especial. Estoy hablando de Asher.

—De acuerdo, queda anotado tu consejo y te respondo que lo pensaré.

—Pues piénsalo rápido porque pasado mañana vamos a tener una cita. Y esta vez no será de amigos.

Capítulo 38

No tenía ganas de levantarse de la cama. Y no tenía por qué hacerlo. Era domingo y tenía derecho a autocompadecerse de sí misma y quedarse escondida entre las sábanas hasta el día siguiente.

Después de todo, no tenía nada que hacer. George se había ofrecido a pasar a recogerla para llevarla a Jersey para hablar con sus padres, pero ella lo había dejado para otro día, alegando que ya había hablado con ellos por teléfono y que ya sabían lo que sucedía. Con el tacto que le caracterizaba, su hermano había ratificado su decisión sin hacerla sentir mal por sentirse débil.

Tan solo la había hecho flaquear cuando le preguntó si ya había descubierto lo que pasó en Londres.

—Con todo lo que ha sucedido no le he preguntado.

George se había mantenido en silencio unos segundos antes de hablar:

—Tal vez esa sea la respuesta que necesitas para que todo cambie —le había dicho muy serio.

Ivy no había dicho nada al respecto, se había despedido y colgado después.

Y al hacerlo se había sentido una mema. Era una completa mema, una cobarde redomada. Nada de métodos Scarlett, su actitud era simple y puro terror. Cuando algo era potencialmente peligroso lo evitaba. Así de quirúrgico, así de cobarde.

Ya lo había hecho cuando Rhys la besó y le dijo que era pura práctica. En lugar de darle una bofetada y dejar clara su opinión, lo había dejado correr. Y volvió a repetir cobardía cuando se le declaró y él no dijo nada. Se convenció a sí misma de que había sido muy valiente por atreverse a confesarse, pero eso no era ser valiente. Valiente era el que se quedaba cuando las cosas no salían como esperaba, el que no se escondía, sino que sacaba pecho y continuaba desde el mismo punto en el que había fallado.

Y seguía cometiendo errores, uno tras otro. Al no seguir preguntando cuando él le ofreció las respuestas, al no tratar de averiguar la verdad sobre Londres, al no responder que sí, que deseaba que el compromiso fuera cierto, que lo que más le dolía en esos momentos, más que el que hablaran de ella, era que había conseguido lo que tanto había deseado, pero lo había hecho a medias, porque aunque sus sentimientos fueran reales los de Rhys no lo eran.

No, de momento no tenía ninguna intención de levantarse de la cama.

* * *

Se encontraba en la cocina bebiendo una taza de café cuando su móvil comenzó a sonar en la lejanía. Estaba tan harta de las llamadas que lo había dejado por ahí y no tenía deseos de saber dónde. No obstante, tras sonar dos veces más, se levantó, preocupada porque fuera su madre, su

padre o incluso George con más novedades.

La noticia se había extendido tanto que hasta su abuela Elisabeth la había llamado para darle la enhorabuena y regañarla por no haberle contado ella misma sobre su compromiso.

Siguiendo el consejo de Rhys, se había disculpado con ella apaciguándola con que en cuanto tuviera tiempo libre le llevaría a su prometido para que le conociera.

El móvil sonó de nuevo e Ivy por fin pudo ubicarlo debajo del pan de molde.

—Hola, Asher —saludó tratando de parecer normal—. ¿Qué tal fue la boda?

—Muy bien, pero ya te lo contaré mejor en otro momento. Ahora lo que importa es saber cómo estás tú. He leído lo que ha sucedido. ¿Estás bien?

—No.

—¿Quieres contármelo?

—No es verdad. Sí que lo es que entre nosotros hay una historia, pero no es cierto que estemos comprometidos. Jamás hubiera salido contigo entando prometida a otro hombre.

—¡Lo sé!

—Pero…

—¿Pero?

—Estoy enamorada de él.

—¿Y Rhys lo sabe?

—No.

—¿Hay algún motivo oculto por el que no se lo hayas dicho?

—La historia es más bien larga. ¿Tienes tiempo?

El rio a través de la línea.

—Todo el que necesites. Mi familia está en coma después de la boda. Soy el único que ha bajado a desayunar.

Tras su conversación con Asher, Ivy se sentía un poco mejor. El escritor había conseguido que dejara de sentirse una idiota y sus palabras la habían reconfortado. Además, la había escuchado sin juzgarla, sin hacerla sentirse mal consigo misma, tratando de ponerse en su piel, pero sin ofrecerle consejos. Tan solo se limitó a darle otro punto de vista en el que pensar.

De hecho, después de hablar con él, se sentía tan bien que había dejado de lado su actitud pasiva y se había quitado el pijama. Tras colgar la llamada se había dado una ducha y lavado el pelo, después había tratado de secárselo como Luigi le había enseñado a hacerlo, e incluso se había puesto una falda y un jersey y se había maquillado. No tenía previsto salir de casa, pero eso no tenía que decir necesariamente que tuviera que ir en pijama todo el día. Si Rhys se pasaba por allí no podía verla tan deprimida, no sería justo para él.

Estaba tratando de entretenerse con una película cuando sonó el interfono. Se levantó para atender a lo que fuera que Albert tuviera que decirle y se sorprendió cuando este le anunció que tenía una visita.

—¿Estás seguro de que ha pedido verme a mí?

—Sí, milady. Ha preguntado por usted.

—¡De acuerdo! Pídele que suba.

Tras la breve conversación, se había encaminado hacia la puerta para recibirle. Bruce no era precisamente alguien a quien hubiera esperado ver en su casa. No era que no tuvieran una amistad de años, se trataba simplemente de que sus caracteres siempre habían chocado. Mientras

que Bruce era un maniático del orden, Ivy era una persona menos metódica; de ahí que siempre le hubiera molestado que la hermana pequeña de su hermano y sus amigas se les unieran, no era una amistad lógica dada la diferencia de edad. Según Bruce, si no estaban en su rango de edad no deberían tener ese tipo de relación.

Después, cuando él y Carrie comenzaron a salir, aunque solo tuvieran una desastrosa cita, Bruce le echó la culpa a ella y a Raven de que no saliera bien. Con la diferencia de que Raven había sido perdonada y ella no.

Sus idas y venidas con Rhys no hicieron más que darle oxígeno a esa animadversión natural que sentía por ella, de ahí que no comprendiera los motivos que le habían llevado a visitarla. ¿Estaría allí para pedirle que se alejara de Rhys por culpa del vídeo?

Las puertas del ascensor se abrieron y Bruce salió, en esta ocasión vestido de forma normal con un abrigo y unos pantalones oscuros.

—Bruce —lo saludó cuando se detuvo frente a ella—, pasa, por favor.

—Gracias.

Ivy echó a andar hasta el salón y le ofreció un sillón para que sentara.

—¿Quieres tomar algo? ¿un café?, ¿un té?

—Nada, gracias. Tengo cosas que hacer en otra parte, así que seré breve.

Ella asintió con curiosidad.

—Tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—Rhys ha trabajado mucho para llegar a estar donde está —empezó y se detuvo para evaluar su respuesta.

—Ya he aceptado fingir una relación con él, aunque estoy segura de que la mayor afectada por esta situación soy yo. Estoy segura de que si no hubiera compromiso a él no le afectaría.

Bruce la miró unos segundos con desprecio antes de hablar.

—¿De veras eres tan boba?

—¿De qué hablas?

—¿Acaso no te das cuenta de nada? Sinceramente, no comprendo a Rhys.

—¡Bruce!

—Solo he venido a avisarte de que no voy a permitir que vuelvas a ponérselo difícil. Por tu culpa casi pierde un papel hace tres años…

—¿Por mi culpa? —interrumpió Ivy—, no he tenido relación con él desde que tenía dieciocho años.

—No te hagas la inocente. Llegó tarde al rodaje por venir a verte. Tuvieron que retrasar el inicio dos días porque llegó a Roma exhausto tras viajar de Nueva York a Londres, de vuelta a Nueva York y finalmente a Roma.

—Lo siento, pero no entiendo qué tiene eso que ver conmigo.

Parecía que iba a responder, pero en el último instante cerró la boca y permaneció en silencio unos segundos que incomodaron a Ivy.

—Primero pensé que todo esto era por George, pero ahora estoy seguro de que es por ti, así que más te vale fingir bien este compromiso porque si se descubre que es falso no solo será tu carrera la que se vaya al garete y, como muy bien has dicho, Rhys no necesita fingir que está comprometido contigo. Lo está haciendo para protegerte.

Clavó la mirada en ella unos segundos antes de continuar con su monólogo:

—Tal vez deberías dejar de mirarte el ombligo y darte cuenta de cuáles son los motivos de Rhys para hacer lo que hace. No sé, es un consejo que te doy. Que lo sigas o no ya es cosa tuya.

Capítulo 39

París
Verano de 2016

El concierto había sido un éxito, Ivy estaba satisfecha de cómo había sonado su voz y de la entrega del público. Además, había tenido la suerte de que Didier Allard, líder del grupo Triple X, estuviera disponible para cantar con ella, lo que había vuelto locos a los asistentes, tanto como la canción que había cantado con él en francés.

El cantante la había invitado a cenar al día siguiente del concierto, y como Ivy tenía previsto quedarse en París unos días no había podido negarse. Además, Carrie tampoco le habría permitido hacerlo. Tras el concierto, las dos amigas se habían montado una fiesta particular en la que, además de probar todas las variedades de champán que el hotel tenía disponibles, habían hablado de muchas cosas, entre ellas su falta de citas románticas. Cuando por fin se arrastró hasta la cama, todo le daba vueltas, razón por la que se había pasado toda la mañana durmiendo y tratando de recuperarse de la resaca.

No se había metido en el cuerpo nada más que una sopa para que le asentara el estómago. Y cuando llegaron al Le Delfin estaba hambrienta.

Esa noche había optado por un traje de chaqueta de falda y blusa Chanel, zapatos de tacón y bolso acolchado. Estaba mucho más guapa de lo que había pretendido, puede que Didier fuera encantador y muy amable, pero ella no quería confundirle arreglándose excesivamente y dándole a entender que aquello era algo más que una simple cena de agradecimiento por su aportación al concierto.

No tenía intención de seguir las recomendaciones de Carrie y convertirlo en su última conquista.

Les recibieron en la puerta en cuanto salieron del coche, Allard era un habitual del restaurante y los trataron como tales.

El *maître* los acompañó hasta su mejor mesa, cerca de la ventana que daba a los Campos Elíseos, y, tras ofrecerles la carta y la recomendación del chef, se retiró para que un camarero les sirviera unas copas de champán mientras ojeaban la carta y decidían lo que iban a tomar.

Ivy se quedó completamente paralizada cuando alzó la vista de los entrantes para dar un vistazo por el comedor y vio a Rhys, sentado frente a ella, concentrado en la conversación que mantenía con su acompañante. Aunque no podía verle la cara a la mujer, lo que alcanzaba a distinguir de ella era suficiente para ver que era elegante y escultural.

—¿Va todo bien? —preguntó Didier siguiendo su mirada—. ¡Oh! ¿Ese no es Rhys Byrne?

Ivy asintió con una sonrisa fingida.

—¿Quieres saludarle? Es un compatriota tuyo.

Negó con la cabeza.

—No será necesario. Parece ocupado.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Didier volvió a girarse con disimulo.

—En ese caso, yo tampoco me levantaré a saludar a Camile.

—¿Camile?

—Camile Bélanger.

—¿Es ella? —preguntó Ivy. La famosa top francesa era bellísima, algo que ella ya había percibido incluso cuando la mujer estaba de espaldas.

—Por favor, no lo hagas por mí. Puedes acercarte si lo deseas.

Didier le ofreció una sonrisa tan atractiva como estudiada.

—Prefiero tu compañía.

—¿Crees que deberíamos aceptar la recomendación del chef? —trató de llevar la conversación por otros cauces menos incómodos.

Didier rio con tanta travesura al notar su cambio de tema que sus ojos verdes se rasgaron con el gesto.

—Siempre hay que hacer caso a los especialistas, Ivy. Primera regla de los auténticos *gourmets*.

—¿Cuál es la segunda?

—Esa la dejo para el postre —dijo con una sonrisa y un guiño. Aunque el comentario no fue abiertamente sexual, Ivy se quedó con la sensación de que Didier no había captado su mensaje.

—En ese caso, probaré el pescado.

Él le ofreció una sonrisa satisfecha.

—Buena elección. Si me permites, yo escogeré el vino, a menos que desees hacerlo tú.

Ivy negó con vehemencia.

—No, no tengo la menor idea sobre vinos. A lo máximo a lo que llego es a decir si me gusta o no.

Didier rio con franqueza en un tono más alto de lo normal, lo que atrajo la atención de Rhys, que clavó la mirada en Ivy más tiempo del que era cortés.

A pesar de haberla visto no hizo ningún gesto o saludo en su dirección, e Ivy por su parte se mantuvo sentada el resto de la velada y evitó cruzar una mirada con él.

Tanto fue así que no se movió ni para ir al baño; para eso menos todavía.

Capítulo 40

Ivy no estaba segura de si debía contarle a Rhys acerca de la visita de Bruce, si su relación hubiese sido real no habría dudado un segundo, se lo hubiese dicho de inmediato, pero la realidad del caso era que no lo era. Se trataba solo de dos amigos fingiendo tener una relación, lo que la obligaba a anteponer el hecho de que Bruce era el agente de Rhys, y de que llevaban mucho tiempo juntos, meterse entre ellos podía hacer que saliera perjudicada o, llegar incluso a causarle algún problema a Rhys y, dado lo maravillosamente bien que se estaba portando con ella con todo el asunto del vídeo del beso, no tenía ninguna intención de creárselo. Aunque para ese fin tuviera que mentirle u omitir la verdad.

Tomada ya una decisión en firme al respecto se preparó para su primera cita con Rhys.

En lugar de acercarse hasta su casa, dado que vivían uno frente al otro, Rhys le había enviado un mensaje a mediodía para decirle que se pusiera ropa cómoda para salir esa tarde. Fuera lo que fuera lo que había planeado parecía ser algo para lo que los tacones eran innecesarios. Ante la advertencia, Ivy optó por vaqueros rectos, jersey verde claro y botas; el pelo se lo dejó suelto.

Ante toda la situación, Ivy no estaba segura de qué era lo que la ponía más nerviosa, si salir con él y tener que fingir que estaban comprometidos o controlar sus propios sentimientos.

No obstante, si había sacado algo positivo con lo que había sucedido con la prensa era que, por primera vez en mucho tiempo, se había visto obligada a aceptarse a sí misma, que lo que sentía por Rhys no era solo cosa del pasado, sino que seguía latente también en su presente. Otro tema distinto era que tuviera intención de hacer algo al respecto… para eso no había tomado ninguna decisión, aunque su propia actitud también había cambiado y ya no evitaba pensar en ello, sino que tenía toda la intención de aclarar sus pensamientos y actuar al respecto.

Faltaban diez minutos para la hora en que habían quedado que pasaría a recogerla cuando Ivy ya estaba sentada, con el abrigo puesto y el bolso cruzado en el pecho, esperando a que Rhys se presentara.

—Enhorabuena, Ivy —se dijo a sí misma—, estás peor de lo que creías.

Una cosa era pretender ser puntual y prepararse para que él no tuviera que esperarla y otra muy distinta era ser tan impaciente como para arreglarse antes de tiempo y estresarse esperando. Tanto que los diez malditos minutos se le hicieron eternos, se quitó y se puso el abrigo más de cuatro veces hasta que al final el timbre sonó y, contrariamente a lo esperado, se tomó su tiempo para ir a abrir la puerta. Una cosa era que estuviera impaciente por verle y, otra muy distinta, que estuviera dispuesta a que él lo supiera.

—¿Estás lista? —la saludó Rhys cuando le abrió.

Él también llevaba abrigo, vaqueros y botas. Por lo que no cabía dudas de que había acertado.

—Sí. —No quería parecer impaciente, pero estaba realmente intrigada por el sitio al que la

llevaba.

—¡Genial! Vamos —la instó. Parecía estar emocionado y no precisamente por salir con ella, porque ni siquiera le había dicho lo guapa que estaba, o la había halagado de algún modo como se solía hacer en las citas. Aun así, tenía un brillo especial en los ojos cuando la miraba que Ivy no podía pasar por alto.

Salió de su apartamento y cerró la puerta tras de sí.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

Rhys no se hizo de rogar.

—Vamos a adoptar un perro.

—¿Un perro? ¿Has dicho perro? ¿En serio?

Él asintió.

—Derek Rivera, ¿te acuerdas de él? —Ivy respondió que lo recordaba—. Tiene una camada de labradores en la clínica y nos vamos a quedar con uno de ellos.

—¿Nos vamos? —repitió al tiempo que entraba en el ascensor—, ¿por qué me incluyes a mí en tus locuras? Yo soy más de gatos.

—Los perros son mejores —sentenció—, y te incluyo porque somos una pareja. Lo ideal sería tener un bebé, pero es muy pronto para nosotros, así que lo sustituiremos por un perro y dejaremos al bebé para más adelante.

—¡Vaya! Parece que hoy estás chistoso —se quejó ella mientras trataba de esconder lo estupendas que le habían sonado sus palabras. Tener un bebé con Rhys implicaba muchas cosas, como tener una relación estable y compartir algo más que una relación de mentira.

Al salir al vestíbulo se toparon con Albert, quien aprovechó la oportunidad para felicitarles por su reciente compromiso. Ivy se dio cuenta de que el portero le miró las manos, esperando ver el anillo. Se quedó parada sin saber qué hacer con ellas, ya que no había anillo, pero Rhys tomó la iniciativa y respondió al portero con tanta seguridad que Ivy no tuvo más que reconocerle su capacidad interpretativa.

—Eres un actor sensacional —le dijo cuando estuvieron solos.

Rhys no respondió, ni siquiera hizo amago de haberla escuchado y Ivy decidió no insistir en ese tema.

Como la clínica veterinaria de Derek estaba relativamente cerca decidieron ir hasta allí a pie, por lo que cruzaron Central Park cogidos de la mano, esperando también que si la prensa les seguía los vieran de esa guisa.

En algún momento durante el paseo Ivy trató de sacar el tema del compromiso falso, ya que había muchos aspectos de este que no habían tratado:

—Rhys, ¿cuánto tiempo vamos a estar comprometidos? No hemos hablado de eso y creo que deberíamos tomar una decisión al respecto.

Él la miró unos instantes e Ivy notó cómo apretaba ligeramente la mano que tenía enlazada a la suya.

—No menos de un año. Aunque eso deberíamos valorarlo conforme la prensa vaya reaccionando a nuestra relación.

—¡De acuerdo! —dijo en un tono que despertó el interés del actor.

Decidido a saber qué era lo que le ocultaba se detuvo en medio de su paseo y trató de leer en sus ojos.

—¿Qué sucede? ¿Hay algo más que quieras decirme?

Ivy suspiró. Por culpa de los comentarios de Carrie ahora no podía quitarse de la cabeza el

tema del sexo.

—No comprendo cómo me conoces tan bien después del tiempo que hemos estado separados —se quejó, molesta de que él pudiera leer en ella como en un libro abierto.

—Porque no has cambiado nada —rio él—, ahora, ¡dispara!

—No hemos hablado sobre sexo —musitó en voz tan baja que Rhys no estuvo seguro de haber escuchado bien.

—¿Cómo has dicho?

Ella le lanzó una mirada cargada de rencor por hacerla repetir sus palabras, no obstante, las repitió.

—Será mejor que te expliques, a menos que quieras que malinterprete tus intenciones al sacar el tema.

—Lo que pretendía decir es que no quiero que la gente piense que me estás engañando. No que te prohíbo tener sexo mientras estemos comprometidos.

—¡Ya veo! Hablabas de tener sexo con otras personas, no entre nosotros. —Y su expresión, completamente fingida, era de decepción.

—Muy gracioso, Rhys.

Él se encogió de hombros.

—Tampoco sería la primera vez que nos acostamos. En cualquier caso, no te preocupes, no voy a engañarte, ni pública ni privadamente. Aunque no lo creas, soy un hombre de principios.

—¿Entonces? ¿Vas a estar sin sexo un año?

Él negó con vehemencia.

—¡Para nada! Simplemente voy a esforzarme lo necesario para convencerte de que te acuestes conmigo.

Ivy no respondió, se quedó tan asombrada por la declaración como por el modo en que la había hecho. Rhys había sido claro y a juzgar por el modo en que la estaba mirando ni siquiera se sentía avergonzado por sus palabras.

Le vio sonreír antes de tirar de ella para reanudar el paseo.

—No te preocupes, Iv, no voy a forzarte a nada que no desees hacer. Tan solo he decidido tentarte… Serás tú la que decida si se deja o no tentar por mis encantos.

Sabiendo que le había dado algo en qué pensar, Rhys cambió de tema y decidió que hablar de Derek era un tema lo bastante inocente como para recuperar la camaradería de que habían hecho gala durante los últimos días. Por ello la puso al día sobre lo que sabía del veterinario, a quien Ivy no había vuelto a ver desde aquel día en que cumplió dieciocho años. Por aquella época, Derek era uno de los amigos de George, y junto con Rhys era con el que mejor se llevaba. No obstante, al marcharse a Londres, perdió el contacto con él y no había vuelto a verlo desde entonces.

—¿No sabía que seguíais en contacto con él? Me he acordado muchas veces de Derek, pero nunca se me ocurrió que os siguierais viendo.

—Si se lo hubieses preguntado a George, él te habría dado su número. De los tres, George, al vivir aquí de un modo más permanente que nosotros, es quien más tiempo ha pasado con él.

—Así que es veterinario. —Lo pensó unos segundos—. Le pega. Recuerdo que le gustaban mucho los animales.

—Sí, yo también lo recuerdo. De todos nosotros, Derek era el favorito de tu abuela Elisabeth —comentó con una sonrisa.

—A mi abuela le gustabais todos, incluso Bruce le caía bien —comentó con una mueca.

Rhys sonrió, consciente de la mala relación que tenía con su agente.

—Con el tiempo todos nos fuimos, pero él se quedó en Nueva York porque lo admitieron en la Universidad de Cornell, donde estudió veterinaria.

—No sabía que tú también te hubieras marchado.

Rhys asintió.

—Me marché a Los Ángeles para estudiar interpretación. Regresé casi al mismo tiempo en que lo hizo George. Después de eso los cuatro retomamos el contacto. Quedamos de vez en cuando, pero Derek está muy ocupado con su clínica, así que nos vemos poco.

—Lo siento, pero suena a excusa. De todos vosotros, él es el que parece tener el trabajo más estable.

—La verdad es que dejamos de vernos tan a menudo los cuatro porque Bruce y él no se llevan especialmente bien. Ya sabes cómo es Bruce, a veces puede ser un poco impertinente.

—Si he de escoger bando, me quedo con el de Derek.

—Ni siquiera le has visto en nueve años y te decantas por él. Muy solidaria, Iv.

Ella le ofreció una sonrisa falsa y repelente.

—Lo que escapa a mi intelecto es el motivo por el que Bruce sigue siendo tu mánager. —Sintió una punzada de culpa por no contarle nada sobre la visita que le había hecho, pero la respuesta de Rhys le dijo que había tomado la decisión correcta al no hacerlo.

Lo vio encogerse de hombros.

—Me gusta ser fiel a mis amigos. Bruce me ayudó cuando lo necesitaba, se preocupa por mí.

—Ni que lo digas.

—A veces puede ser muy intenso, pero es buena persona.

—Si tú lo dices.

Sonrió al ver que ella no estaba muy convencida y que, aun así, no pretendía discutírselo.

* * *

Durante el paseo se toparon con varias personas que los miraron abiertamente, otras disimuladamente, y algunas, muy pocas, se acercaron para pedirles un autógrafo.

Cuando finalmente llegaron a la clínica de Derek, una preciosa clínica de paredes blancas y carteles de animales, las reticencias de Ivy respecto a compartir un perro con Rhys se fueron por la borda. Los cachorros eran tan monos que supo que no iba a marcharse de allí sin alguno de ellos. La parte difícil fue escoger únicamente a uno.

—Seguro que tu apartamento es lo suficientemente grande para que os llevéis dos —propuso Derek con una sonrisa—. ¿Qué tal una parejita?

Ivy sonrió divertida.

Reencontrarse con él había sido una sensación agradable. A pesar de los nueve años que hacía que no se veían su conexión fue instantánea. Derek estaba igual a como ella lo recordaba, tal vez un poco más alto y sin duda mucho más musculoso, pero seguía teniendo los mismos ojos oscuros y risueños y el pelo negro y rebelde. Era tan guapo como Rhys, solo que, de un modo completamente opuesto, como lo eran la luz y la oscuridad. El cabello y los ojos de Derek contrastaban con el pelo y los ojos claros de Rhys.

—No me lo pongas más difícil —dijo riendo.

—Dime, ¿qué tal les va a Raven y a Carrie? Hace mil años que no las veo. Todavía sois amigas, ¿verdad?

Ivy rio al pensar en la posibilidad de que alguna de ellas ya no fuera su amiga, era algo tan imposible como que la Tierra dejara de dar vueltas sobre sí misma.

—Todavía lo somos —dijo y le explicó a qué se dedicaban. Incluso le contó la novedad de Raven, que había comenzado a salir con George.

—¡Llegas tarde! Tu hermano me llamó hace unos días para contármelo.

—¿A ti también? —preguntó sorprendida.

Derek asintió y declaró lo encantado que estaba y lo mucho que a su hermano le había gustado siempre la pelirroja. Ivy frunció el ceño, ¿es que todo el mundo lo había sabido siempre? Espera un momento, se dijo, si sabía que Raven y George estaban juntos, ¿por qué le había preguntado por ella?

La respuesta le llegó antes de lo que esperaba, cuando él le preguntó directamente lo que deseaba saber:

—¿Y Carrie? ¿Ella también ha dado con el príncipe azul?

Así que eso era lo que deseaba saber… Le miró a los ojos desde otra perspectiva, evaluándolo. Derek era amable, educado, atractivo y no parecía tan pagado de sí mismo como Rhys ni adicto al trabajo como George, quizás era la clase de hombre que Carrie necesitaba. Y si no lo era, tampoco le haría daño a nadie comprobarlo.

—No, ahora mismo no sale con nadie —respondió con naturalidad.

Derek pareció dudar unos segundos antes de atreverse a preguntar:

—¿Me darías su teléfono? La verdad es que me gustaría saludarla, si no te importa. Ha pasado tanto tiempo que…

—Te lo mando por mensaje —le cortó ella.

—Gracias, Ivy.

Derek se apresuró a cambiar de tema cuando vio que Rhys regresaba de preparar la documentación para la adopción.

—¿Ya lo has decidido? —preguntó este mirando a Ivy sostener a uno de los cachorros.

Ella asintió.

—Ha sido amor a primera vista. Me gusta este —se lo pensó mejor—, o esta. No sé si es macho o hembra.

—Déjame ver —pidió Derek sosteniendo al perrito—. No hay duda de que es un machote —rio.

—Estupendo. Ahora ponle nombre —pidió Rhys—, necesitas ponérselo para la documentación.

—¿Que le ponga un nombre? Pero así de repente no se me ocurre ninguno. Creía que se lo ibas a poner tú.

—¡Piensa rápido! —siguió pinchándola Rhys.

—Es tu perro. Elígelo tú.

—¡De acuerdo! Se llamará…

—No, espera. Bender, se llama Bender. Siempre quise tener un perro y llamarlo así.

Rhys miró a Derek, que asintió con una sonrisa.

—¿Bender como el robot de *Futurama*[2]?

Ivy asintió con cierta vergüenza.

—No sabía que fueras tan friki. ¡Me gusta! —apuntó Derek con una de sus fabulosas sonrisas.

—A mí también, sobre todo esa faceta tuya. Es muy sexy —concedió el actor—. Pues Bender. Hola, Bender, bonito. —Le acarició la cabecita y él movió el rabito a toda velocidad.

Ivy sintió que se sonrojaba. ¿Por qué tenía que decirle cosas como esa en público?

—¿Quieres cogerlo? —ofreció para cambiar de tema.

—¿Estás loca? Mi abrigo es de cachemir —dijo con un guiño. Era evidente que estaba hablando en broma.

—Voy a hacerle saber a la auxiliar el nombre que habéis decidido ponerle —anunció el veterinario sonriendo ante las pullas de esos dos.

—Así que era por eso por lo que me necesitabas, para que ejerza de niñera y el cachorrito no te estropee el abrigo.

—Qué inteligente eres —dijo, pero sus gestos desmintieron sus palabras. Cogió a Bender en brazos y se lo pegó al pecho, sin importarle si se le llenaba de pelos o no.

—Tendremos que comprarle una cama y cuencos para el agua y la comida —comentó Ivy, al tiempo que paseaba la mirada por la clínica en busca de los accesorios que había enumerado.

—No hagas planes para esta noche. Te quedas a dormir en mi apartamento.

—¿Cómo has dicho?

—¿Qué se supone que voy a hacer solo si se pone a llorar? Somos sus padres, la responsabilidad es de los dos, Ivy. Hay que ser responsables.

La conversación no continuó porque Derek regresó en ese momento con los papeles de la adopción.

—Ha llegado el momento de ponerle el chip, chicos.

---

[2] Es una serie animada creada por Matt Groening, creador de la popular serie humorística *Los Simpson.*

Capítulo 41

Derek les había abastecido con todo lo necesario para cuidar de Bender y ahora el piso de Rhys parecía una zona de guerra con cuencos por aquí y por allá, y empapadores en zonas estratégicas para que el cachorrito no llenara el apartamento de pipis.

Ivy se rio con ganas sentada en el suelo del salón de Rhys mientras veía a Bender corretear de un lado a otro. Había estado jugando con él, pero el pobre era tan pequeño que apenas era capaz de estarse quieto.

—¿Qué es tan gracioso? Compártelo y nos reiremos todos.

—Tu casa ha perdido todo su glamour. Tu diseñadora se arrancaría los ojos si la viera ahora —siguió riendo—, está llena de minas antipersona.

Sorprendido por su respuesta, Rhys se levantó súbitamente del sofá.

—¿Dónde? —preguntó mientras buscaba las minas con la mirada.

La risa de Ivy se acentuó.

—Me refería a los cacharros de Bender, Rhys, no a lo que tú piensas. ¡Qué asco!

Él se relajó un poco.

—No me des esos sustos, Iv. ¿Quieres que me dé un ataque o qué?

—No seas tan dramático —lo regañó ella todavía divertida por su reacción—, los cachorritos hacen sus cositas en casa hasta que les ponen la vacuna y el veterinario les permite salir a la calle. No es tan grave.

—Hablaré con su veterinario —dijo Rhys volviendo a sentarse—, no es por vanagloriarme, pero tengo contactos con las altas esferas —bromeó.

Así, sí, pensó Ivy, así era demasiado fácil estar con él. Demasiado fácil quererle. Este Rhys se parecía peligrosamente al que ella había querido, al que se le había declarado.

Tratando de parecer indiferente se puso de pie.

—Ahora que lo tienes todo controlado, me voy a ir a mi casa.

—De eso nada. Habíamos quedado en que dormías aquí. Estuviste de acuerdo antes.

—Lo siento, pero me he dado cuenta de que tu sofá no es tan cómodo como pensaba.

Rhys bufó.

—Tengo una habitación de invitados, aunque si lo prefieres podemos compartir mi cama. El sofá nunca ha sido una opción.

—¡Qué amable eres!

Él sonrió con travesura.

—Te dije que tenía previsto tratar de convencerte para que aceptaras mi propuesta. Y según tengo entendido a las mujeres les gustan los hombres amables.

—Pues hoy no vas a tener suerte, guapo. Me marcho.

—¡Ivy!

—Voy a por ropa para cambiarme. ¿Crees que se me permita ir a por mi propio pijama?

—No creo que sea necesario. Te dejaré una camiseta.

—¡Rhys! —su nombre sonó a protesta.

—Está bien, pero ya que vas coge lo que necesites para unos cuantos días.

—¿Unos cuantos días?

—¿Te hace especial ilusión repetir lo que digo?

—¡Rhys!

La miró directamente a los ojos con una expresión indescifrable.

—Es un bebé, Ivy. Los bebés no se educan en una noche. Quedamos en que la responsabilidad era de los dos. Y los dos queremos que haga sus cositas en los empapadores que le hemos preparado, ¿no?

—Podemos turnárnoslo. Que pase una noche con cada uno, hasta que se acostumbre. Después podemos compartirlo durante más tiempo, cada dos días por ejemplo.

Rhys compuso una expresión escandalizada.

—Acabamos de comenzar, y ¿ya estás proponiendo la custodia compartida?

Definitivamente, Rhys era genial cuando se lo proponía. Se echó a reír a carcajadas e hizo que Bender se acercara a ella para comprobar qué le sucedía.

—De acuerdo, Rhys, tú ganas. Al menos de momento, nada de custodias compartidas. Seremos unos padres ejemplares para Bender —se burló.

Una vez en su casa, se sentó en la cama y comenzó a cuestionarse su cordura al aceptar pasar unos días en casa de Rhys. ¿En qué estaba pensando? Ni siquiera habían aclarado los malentendidos que habían regido su relación, y aceptaba mudarse a su casa, aunque fuera temporalmente.

Se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

Ese no era su único problema, decidió, ahora, por si fuera poco todo lo que tenía en la cabeza, debía preparar una bolsa con sus pertenencias para llevarse a casa de Rhys. Y el punto complicado era ese mismo, ¿qué se llevaba?

Además de lo básico, pijama, cepillo de dientes, crema de noche y perfume… tenía que incluir en la bolsa ropa interior y algo con lo que vestirse, pero ¿qué se llevaba? Ropa que dijera: «Hola, Rhys, somos buenos amigos»; o ropa que dijera: «Querido, ¿de verdad somos solo buenos amigos?». Resumiendo, ropa interior de algodón o de encaje.

Trató de adivinar qué le dirían sus amigas si se atreviera a llamarlas para algo tan absurdo. La respuesta de Carrie sería evidente, encaje, pasara lo que pasara, una mujer tenía que estar preparada para todo. Raven se lo pensaría un poco y finalmente estaría de acuerdo con Carrie.

Ivy se puso en pie.

—Encaje, pues.

Abrió el cajón de su ropa interior y seleccionó los mejores conjuntos. Todavía no había decidido si tenía previsto dejarse seducir, pero mientras lo decidía lo mejor era ir preparada.

Cuando hubo guardado su ropa se encaminó hasta el baño para coger los enseres de aseo personal, los metió en la bolsa y salió de allí, no sin antes coger el libro que estaba leyendo y que había dejado en su mesilla de noche.

Lo había comenzado tras su conversación con Asher y tenía previsto terminarlo antes de

volver a verle.

Salió de su piso y cruzó el pasillo para llamar a la puerta de Rhys.

Este le abrió unos segundos más tarde, pero no se apartó para dejarla entrar, sino que asió su mano y la puso frente a él con la palma hacia arriba.

—¿Qué haces?

Su respuesta fue dejar un juego de llaves sobre ella.

—¿Para qué me das esto? —preguntó confundida.

No podía ser lo que ella creía que era.

—Son unas llaves, Ivy. ¿Para qué crees que son?

Se metió dentro dejándole el camino libre a ella para que lo siguiera.

—No es necesario que…

—Me niego a estar levantándome a abrirte cada vez que tengas que salir de casa. Que te quedes el juego es lo mejor. —Y añadió tratando de que no siguiera asustada por lo que ella creía que las llaves implicaban—: Así, si me dejo alguna vez mis llaves en casa, podré recurrir a ti para que me abras.

—Albert también tiene un juego en la portería.

—Albert no siempre está en la portería. Ya te he dicho que no se recarga a pilas.

—Muy gracioso. También está Putin, digo Vladimir.

Él rio alegre de haberle pegado la manía de llamar Putin al portero ruso.

—Putin me da miedo y tú no.

Consciente de que no iba a conseguir nada, aceptó.

—De acuerdo. Ejerceré de buena vecina y me quedaré una copia de tus llaves por si hay una emergencia.

—Ejerce de prometida. Me gusta más cómo suena. Ahora ve y deja tus cosas en el dormitorio de invitados, parece que vayas a venderme algo.

—Muy gracioso.

—Gracioso y eficiente, creo que he enseñado a Bender a sentarse.

Ivy disimuló una risita.

—Es demasiado pequeño para eso. Será pura casualidad —dijo, pero se encaminó por el ancho pasillo en busca de la habitación de invitados.

Por pura inercia y dado que su casa tenía la misma distribución, abrió la puerta del que ella creía que era el dormitorio que le había asignado Rhys, no obstante, en cuanto puso un pie dentro se dio cuenta de que no estaba en el que se suponía que debía dejar sus cosas.

El estilo masculino impregnaba el dormitorio. La colcha era de color marrón oscuro con franjas más finas en azul marino. La habitación era amplia y luminosa, aunque a diferencia de lo que sucedía en el salón, aquí las ventanas eran un poco más pequeñas, con persianas automáticas. Las cortinas, largas hasta el suelo, eran de un tono más claro que la colcha confeccionadas con una fina tela que, por sí misma, no evitaba que entrara la luz.

Al fondo y hecho de cristal transparente estaba el vestidor, y junto a él una puerta indicaba dónde encontrar el cuarto de baño privado.

Las lámparas eran pequeñas y vanguardistas, bombillas que colgaban del techo dándole un aire minimalista. A los pies de la cama había una mesa negra, estrecha y fina, que Ivy adivinó se usaba para desayunar sin tener que salir de la cama.

Le llamó la atención lo limpio que estaba todo. Seguramente Rhys, al igual que ella misma, tenía contratado un servicio de limpieza, pero, aun así, todo estaba ordenado y colocado justo

donde se suponía que debía estar.

No obstante, lo que realmente captó su atención fue la microcadena que reposaba sobre uno de los muebles oscuros que adornaban el dormitorio. Como buena entendida en música, Ivy sabía que esa era de las mejores. No solo reproducía cualquier tipo de ficheros, sino que se conectaba al teléfono móvil por Bluetooth con una calidad de audio inmejorable. Estaba a punto de acercarse para verla mejor cuando unos CDs captaron su atención. Desde la distancia en la que estaba, apenas a medio paso de la puerta, era capaz de distinguirlos, no tanto porque los viera bien, sino porque los conocía perfectamente, ya que eran sus últimos trabajos.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba, ¿estás pensando en aceptar mi propuesta de compartir dormitorio? —comentó Rhys apareciendo por detrás de ella con Bender en brazos.

—Lo siento, me he equivocado de habitación. No era mi intención husmear.

Rhys sonrió divertido.

—Entra, puedes echar un vistazo. No muerde. Lástima que no puedas decir lo mismo de mí.

Y tras soltar semejante frase se dio la vuelta y la dejó allí completamente alucinada y debatiéndose entre salir de allí o satisfacer su curiosidad.

Finalmente optó por marcharse, no obstante, no pudo quitarse de la cabeza el hecho de que tuviera su trabajo en el dormitorio. Cuando entró a su estudio se había molestado por no ver nada de música en él, por lo que había supuesto que no le interesaba, no obstante, ahora sabía que eso no era cierto.

Sacó la ropa de la bolsa, para que no se arrugara, y le echó un vistazo al dormitorio de invitados. La colcha de un azul celeste con florecitas amarillas estaba decorada en un tono neutro. Tampoco había nada que fuera remotamente personal.

Ivy se sentó un segundo y trató de recordar qué era exactamente lo que había visto: la microcadena, los CDs… pero la pregunta era, ¿eran todos suyos o entre ellos había los de otros cantantes? ¿Estaban los Adele? Maldijo por lo bajo y se echó hacia atrás en la cama. Por boba, ahora se iba a quedar con la duda.

Capítulo 42

Carrie necesitaba café. Uno bien cargado que la ayudara a abrir los ojos o sería incapaz de ser productiva, justo lo que más detestaba en la vida, la pereza y la vagancia. Cuando trabajaba como editora podía pasarse las horas leyendo sin moverse de su silla y, aun así, no por ello dejaba de contribuir al mundo puliendo las joyas que después llegarían a las librerías para que las disfrutaran el resto de los mortales que tenían tanta suerte como ella, que era la primera en deleitarse con ellos.

Había adorado su trabajo, no obstante, no había dudado en dejarlo todo cuando Ivy la había necesitado. Su amiga llevaba un tiempo pidiéndole que se marchara a trabajar con ella, pero siempre había optado por darle largas, ser editora era divertido: leía libros sin parar, estaba permitido criticar lo que no le gustaba y, encima, mantenía conversaciones inteligentes con gente interesante. De cualquier manera, cuando Ivy le contó lo que había sucedido con Sarah, el modo en que esta se había portado con Ivy y cómo se había jactado de su relación con Rhys, como si supiera que al hacerlo la dañaría, no se lo había pensado dos veces y tras dimitir se mudó a Londres, desde donde podía dirigir mejor la carrera de Ivy.

Después de varios meses de dedicación intensa, en los que aprendió todo lo que debía saber del gremio, se matriculó en dos cursos a los que asistía por las noches, agotada como estaba: uno de marketing, publicidad y comunicación; y otro de dirección ejecutiva de empresas.

Atrás había quedado su licenciatura en Lengua Inglesa, que para el trabajo que tenía que desempeñar se le quedaba corta. Pero ella, Carrie Taylor, no era de las que se daban por vencidas. De modo que estudió y trabajo día tras día, noche tras noche, hasta estar, no solo a la altura de las circunstancias, sino hasta superarlas con creces.

Gracias a su espíritu de trabajo inagotable había terminado por convertirse en tan solo tres años en una de las mejores agentes musicales, no solo de Gran Bretaña, sino también de Estados Unidos. Y con esa mentalidad se levantó un día más, dispuesta a conseguir que el recuerdo del maldito vídeo que ponía a una de sus mejores amigas en una situación comprometida fuera borrado de la faz de la Tierra.

Porque, aunque había conseguido que este fuera eliminado de Internet, los comentarios sobre el mismo seguían apareciendo constantemente. Y sería así hasta que apareciera un escándalo mayor que un simple beso entre dos personas comprometidas.

Dispuesta a afrontar la nueva jornada, se metió en la habitación reconvertida en gimnasio y se dispuso a correr en la cinta mientras de fondo sonaba Sia y su *Never Give Up*.

I’ve battled demons that wouldn’t let me sleep
Called to the sea but she abandoned me

But I won’t never give up, no
Never give up, no, no

En cuanto corriera sus ocho kilómetros diarios se premiaría con un expreso preparado en la maravillosa cafetera italiana que George le había regalado por su cumpleaños.

Su móvil sonó y sin dejar de correr respondió. Ese era el motivo por el que corría en casa, porque su teléfono siempre estaba sonando y era mucho más cómodo responder y ponerlo en manos libres en la tranquilidad de su casa que correr por Central Park con él colgado en la oreja.

La otra opción, la que sus amigas le aconsejaban, era que se lo dejara en casa, no obstante, esa no era una opción. Ella era una mujer tan profesional que no podía dejar de atender sus llamadas.

—Carrie Taylor, dígame.

—Buenos días, Carrie —saludó una voz desconocida para ella—. Soy Derek Rivera. No sé si te acuerdas de mí, me ha pasado tu número Ivy Anderson.

—Hola, Derek —saludó todavía desubicada con quien era—, ¿me llamas porque necesitas un agente? ¿Por qué no me dices para qué me necesitas? ¿Eres músico?

La risa del otro lado de la línea fue sexy y ronca. A Carrie se le erizó el vello de la nuca.

—No, nada de eso. Veo que no me recuerdas.

—¿Significa eso que nos conocemos?

—Perdona, ¿pero te pillo en mal momento? Parece que estés sin aliento.

—Estoy corriendo, Derek. El ejercicio matutino es lo mejor para comenzar el día con energía.

—Estoy completamente de acuerdo contigo.

—Maravilloso, Derek, parece que tenemos algo en común. Ahora, cuéntame, ¿has dicho que nos conocemos?

—Solíamos ser amigos, sí.

—No te lo tomes como algo personal, pero no me suena tu nombre. Mis neuronas no se activan hasta que me tomo el primer café.

—¿No tiene ese efecto el ejercicio? —bromeó él.

—Nada comparable con el café —respondió ella cada vez más intrigada con el tal Derek.

—Entonces, ¿por qué no me das tu dirección y te acerco uno ahora mismo? Estaré allí cuando termines tu carrera matutina.

—No te recuerdo, pero reconozco que eres atrevido.

Él volvió a reír.

—¿Eso es un sí?

—En realidad es un ¿por qué no? —Después de todo, había sido Ivy la que le había pasado su número de teléfono, las posibilidades de que fuera un asesino en serie eran escasas.

Derek no había cumplido su palabra. Carrie terminó la carrera, se duchó y se vistió con un traje de chaqueta gris perla y una blusa blanca y él todavía no había aparecido con el café.

Estaba a punto de prepararse uno ella misma cuando el portero la llamó por el interfono.

—Theo, por favor, pídele que suba —le dijo al portero que la había llamado para anunciarle la visita.

—Por supuesto.

—Theo —volvió a llamarle—, ¿tiene pinta de psicópata?

El chico rio con disimulo.

—No, aunque supongo que esos son los peores.

—O sea, que es guapo.

—¡Mucho! —concedió Theo, que visto los hombres que venían a buscarle cuando terminaba su turno era evidente que tenía buen gusto.

—¡Bien! —dijo y colgó.

Regresó a su dormitorio a toda prisa y se miró de nuevo en el espejo. Estaba guapa, el maquillaje estaba perfecto, la ropa impecable, le daba un toque profesional y su pelo como siempre caía lacio, el flequillo sobre su frente y el cabello sobre sus orejas.

El timbre sonó y se puso en marcha para descubrir quién era el tal Derek que decía conocerla, y que tenía tanto descaro como para pedirle su dirección sin haberse visto siquiera.

—Buenos días, Carrie —la saludó con una sonrisa sexy cuando le abrió la puerta.

—¿Derek? ¿Derek Rivera eras tú? —preguntó acercándose a él para darle un abrazo—. ¡Madre mía! No me lo puedo creer. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Él sonrió encantado con el recibimiento.

—Nueve años más o menos, pero ¿qué tal estás?

—Bien, ¿no me ves? —preguntó traviesa y dio una vuelta sobre sí misma para que él pudiera apreciar lo que decía—. He hablado con tus padres alguna vez cuando he ido a ver a los míos, me dijeron que eras veterinario.

—Lo soy, pero antes… —le tendió una taza de café del Starbucks—. Lo prometido es deuda.

Ella la aceptó y le cogió la mano que le quedaba libre para meterlo al salón.

—Te he reconocido sin él —dijo con orgullo—, ahora cuéntame de ti mientras me lo tomo y verás lo bien que me funcionan las neuronas después.

Derek soltó unas carcajadas y Carrie decidió que si era sexy escucharle reír por teléfono verle en persona era lo más erótico que había visto nunca.

Capítulo 43

¿Qué había creído que quería decir Rhys cuando comentó que tenía que quedarse a dormir con él? ¿Que se tumbarían los tres juntos en la misma cama? No tenía que haber hecho caso a sus insinuaciones, se estaba diciendo Ivy. Si hubiera actuado con sentido común ahora estaría durmiendo a pierna suelta y no sufriendo de insomnio.

Llevaba dos días en casa de Rhys y no había habido ningún movimiento por su parte. Muchas insinuaciones, sí, pero ningún gesto real que la llevara a pensar que lo que decía era verdad. Tenía la sensación de que, sobre negarse constantemente a sus insinuaciones, era ella la que estaba más interesada.

En esos dos días había terminado el libro de Asher e incluso había tenido tiempo de comenzar otro que había cogido del estudio de Rhys. Adiós a su intención de componer música, la concentración y la inspiración se habían esfumado de su vida sin remordimientos. Lo único que impedía que se quedara embobada mirando a Rhys jugar con Bender era la lectura, y si seguía a ese ritmo iba a terminar con todos los libros que Rhys tenía en su estudio.

Cansada de dar vueltas en la cama comenzó a plantearse la posibilidad de levantarse y regresar a su apartamento, si se ponía el despertador a tiempo, podía regresar antes de que Rhys se diera cuenta de que se había marchado. Seguro que en su piso podría conciliar el sueño sin estar pensando cada cinco segundos en que él estaba a solo unos metros de distancia y ligerito de ropa.

Se levantó de la cama y salió del dormitorio sin hacer ruido. No necesitaba zapatos y tenía llaves para entrar cuando lo deseara, no podía ser más fácil.

Con mucho sigilo atravesó el pasillo e iba a cruzar el salón cuando se dio cuenta de que había una luz encendida, lo que indicaba que, o Rhys andaba cerca, o que se la había dejado encendida al acostarse. Estaba a punto de dar gracias al cielo de que fuera lo segundo cuando la voz de su anfitrión resonó a su espalda.

—¿Dónde vas a estas horas?

Ella saltó como un resorte y se dio la vuelta para encararle. Iba vestido con una camiseta desgastada y unos pantalones cortos que dejaban al descubierto los trabajados músculos de sus piernas. ¡Mierda! No iba a conseguir dormir ni aunque se cansara hasta la extenuación.

—Iba a por un vaso de agua —mintió.

—¿Y para eso necesitas las llaves?

Trató de esconderlas a su espalda, pero era inútil porque él ya las había visto.

—La verdad es que tenía hambre y había pensado pasar por casa para prepararme algo —dijo en un arranque de inspiración.

—No me digas que otra vez ibas a largarte.

—No tenía previsto cambiar de continente. Solo tenía previsto pasar por casa para comer algo.

No me parece adecuado abusar tanto de tu hospitalidad.

Rhys la miró frunciendo el ceño. Estaba claro que no le había creído una palabra.

—No necesitas ir a tu casa para comer —la asió del brazo—, ¡vamos! Prepararemos unos sándwiches, yo también tengo hambre.

Una vez en la cocina la hizo sentarse frente a él en la isla del desayuno y abrió la nevera de la que fue sacando cosas: pan de molde, lechuga, mayonesa, queso, beicon frío que había sobrado del desayuno del día anterior, pepino…

—¿Uno o dos pisos?

—Uno.

—Creía que tenías hambre.

—Y la tengo, pero no puedo comer tanto antes de dormir.

Él hizo un gesto para dejar claro que estaba en contra de sus palabras y comenzó a montar el sándwich.

—¿Dónde está Bender? —preguntó al no verlo salir tras él.

Puede que de palabra el perro fuera de los dos, pero era evidente que Bender quería más a Rhys que a ella, de hecho, habían tratado de turnárselo para dormir, pero cuando la noche anterior ella lo metió en su dormitorio el cachorrito había montado un escándalo hasta que Rhys abrió la puerta y se lo llevó.

—Durmiendo.

Rhys terminó de preparar la comida y se sentó frente a ella.

—¿Vas a decirme la verdad ahora o después de que nos comamos esto?

—No sé de qué verdad me hablas.

—¿Ivy?

—No hay nada que contar.

—¿Realmente te incomoda tanto vivir aquí conmigo? ¿Tan malo sería ser mi prometida?

Ella negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Se trata de que… —Hizo una pausa para pensar en cómo decir lo que pensaba sin quedar como una completa cretina—. Es solo que para ti parece tan fácil. No te incomoda ni te desconcierta mi presencia aquí, para mí no es tan fácil.

—¿Crees que no me pones nervioso? —la incredulidad tiñó su voz—, me pones nervioso como el demonio, Ivy. No hay nadie en el mundo que consiga ponerme tan alerta como tú. Me preocupa volver a meter la pata contigo de nuevo, me preocupa que tu orgullo te impida preguntarme alguna vez por lo que pasó después de aquella noche, y me mata pensar que nunca más vuelvas a confiar en mí.

—No es orgullo —musitó en voz tan baja que no estuvo seguro de si la había escuchado bien.

—¿Y qué es?

Ivy tardo unos segundos en responder.

—Miedo. Me da miedo que vuelvas a hacerme daño. Me da miedo escuchar lo que puedas decir.

Ninguno de los dos había tocado la comida y dado el cariz que estaba tomando la conversación parecía fácil adivinar que no lo iban a hacer.

—¿Qué crees que te voy a decir? Deberías haber adivinado que te quiero. —Se calló para observar su reacción.

—No te entiendo. Siempre has hablado de amistad.

—Puede que haya sido un poco ambiguo con el tema, pero es que creí que el primer paso era

recuperar tu amistad y tu confianza.

Ella hinchó el pecho, como si tratara de darse ánimo a sí misma, pero se mantuvo en silencio.

¿Estaba asustada porque temía que la quisiera o lo que le preocupaba era que no lo hiciera? La mujer que tenía delante era un complejo rompecabezas que se moría por montar al tiempo que se preocupaba por no presionar demasiado las piezas por temor a que estas se quebraran.

—Si me querías, ¿por qué te marchaste de ese modo? ¿Por qué no me llamaste o me enviaste un mensaje?

—Me marché porque a veces yo también soy un cobarde —confesó.

Ahí estaba por fin, su oportunidad para ser sincero con ella, para decirle lo que realmente sucedió esa madrugada cuando desapareció del apartamento de George, pero su confesión no se iba a quedar solo en eso. Siguió hablando y le dijo sobre su visita a Londres y el motivo por el que no había sido capaz de acercarse a ella y deshacerse de Cameron de un puñetazo.

Y siguió contándole lo mucho que se había alegrado cuando se encontraron en el aeropuerto y lo agradecido que estaba a George por ponerla de nuevo en su camino.

—¿Crees que mi hermano lo hizo deliberadamente?

—¿Acaso no le conoces? Por supuesto que lo hizo a propósito. George sabía lo que siento por ti. También sabía que fui a buscarte a Londres.

—¡Lo sé! Me lo dijo.

Rhys inclinó la cabeza a un lado. Se produjo una larga pausa y, cuando finalmente habló, se mostró inusualmente cauto.

—También creo que me dio las llaves de su apartamento aquella noche porque quería que arregláramos nuestras diferencias. Aunque es solo una suposición, nunca se lo he preguntado.

—¡Vaya! Nunca lo habría visto así.

Rhys dejó que ella lo asimilara.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó tras unos minutos de silencio.

—No estoy segura. Supongo que necesito tiempo para digerir lo que acabas de contarme.

—¡De acuerdo! Piénsalo, pero no tardes mucho. He esperado tanto tiempo que no creo que sea capaz de esperar mucho más.

Ella le miró con una expresión perdida.

—Entre nosotros las cosas siempre han salido mal. ¿Crees que ahora será diferente?

—Lo será si no dejamos correr las dudas, si lo hablamos todo.

Ivy asintió perdida en sus pensamientos.

—Puede que tengas razón.

—¡La tengo! Solo una cosa más, Ivy…

Ella centró su atención en él a la espera de que dijera lo que quisiera decir.

—No te mudes, por favor. Quédate conmigo. Pero no lo hagas por el falso compromiso o por Bender, quédate por mí, por nosotros…

—¡Está bien, Rhys! Me quedaré.

Capítulo 44

El sonido de mensajes la despertó de golpe, lo que hizo que se sobresaltara. Con lo que le había costado dormirse, después del encuentro nocturno con Rhys y la conversación que durante tanto tiempo había evitado, y ahora se veía obligada a abrir los ojos para acallar el maldito teléfono.

Se incorporó un poco y lo buscó por la cama, estaba enredado con las sábanas, lo que hizo que se espabilara un poco antes de poder dar con él.

La pantalla estaba encendida, así que no pudo evitar ver que los mensajes eran del grupo de WhatsApp que tenía con Raven y Carrie. ¿Qué narices les había pasado a esas dos que escribían a las…? Se fijó en la hora que marcaba el teléfono y se tragó una palabrota. ¡Las ocho de la mañana!

A esas horas Carrie llevaba una en la oficina y Raven estaba encerrada en su cocina desayunando con sus compañeros… Su todavía adormilado cerebro se despertó de golpe, si andaban enviando mensajes a esas horas debía de ser por algún motivo concreto. Se sentó mejor en la cama y desbloqueó el teléfono, que, dados sus ojos llenos de legañas, se negó a reconocer su rostro y tuvo que poner la contraseña.

Leyó los mensajes mientras se ponía de pie a toda prisa y caminaba de un lado a otro del dormitorio sin tener mucha idea de qué hacer.

Tanto Raven como Carrie estaban esperándola en la puerta de su apartamento y no podía poner la excusa de que había salido porque Albert se había ido de la lengua y les había dicho a sus amigas que no había salido del edificio.

Contestó a toda prisa un «ahora salgo» y se metió en el cuarto de baño para lavarse la cara. No tenía tiempo para más.

Si se ponía a ducharse sus amigas se impacientarían. De hecho, si se tomaba unos minutos para vestirse iban a lapidarla. Lo mejor era salir así y decirles que había ido a casa de Rhys para pedirle azúcar, sí, eso era lo mejor. Tenía que esforzarse por parecer indiferente, nada más.

Una cosa era contarles a sus amigas que se había trasladado a casa de Rhys y otra muy distinta que ellas la pillaran *in fraganti*.

Contra todo pronóstico, cuando abrió la puerta del apartamento de Rhys se topó con que sus amigas no la estaban esperando frente a su casa, como ella había esperado, sino que estaban plantadas frente a la puerta del actor.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó tratando de sonar casual—, he pasado a que Rhys me diera un poco de azúcar, no me queda ni gota.

Carrie asintió.

—¿Y dónde lo llevas?

—¿El qué? —preguntó confundida.

—El azúcar.

—¡Oh! Me lo he bebido. Quiero decir que me lo he bebido con el café. También me ha invitado a uno.

Raven fingió una tos para disimular una carcajada. E Ivy se dio cuenta de que debía de parecer patética.

—¿Te lo has bebido? —siguió Carrie.

—Déjalo ya, Carrie. Ivy, lo sabemos todo. Nos lo ha contado Albert.

Carrie fulminó a la pelirroja con la mirada.

—Tendrías que haberte callado. Quería ver hasta dónde tenía previsto mentirnos.

—¡Maldito chivato! —murmuró Ivy, encaminándose a su casa y abriendo la puerta—. Y él cómo narices lo sabe.

—Tu portero lo sabe todo. Además, Rhys le pidió que le hiciera una copia de las llaves para ti —contó Raven con una risita—. Ya tienes las llaves de su apartamento y a mi tu hermano todavía no me las ha ofrecido. —Hizo un puchero que le valió un manotazo de Carrie.

Tanto Ivy como Raven estaban paradas en mitad del pasillo y ninguna parecía tener ganas de moverse, por lo que Carrie se paró frente a ellas y se dispuso a dirigir el tráfico.

—A la cocina. ¡Ahora!

Ambas obedecieron y, una vez allí, Raven se puso a preparar huevos y tortitas mientras Carrie hacia el café, e Ivy se daba una ducha y se ponía algo más adecuado.

Quince minutos más tarde estaban todas sentadas a la mesa.

—Cuéntanoslo todo —pidió Carrie.

—¡Un momento! No creo que Albert os haya llamado por teléfono para contaros que he pasado un par de días en el apartamento de Rhys, lo que significa que habéis venido por otro motivo y os habéis encontrado con el chisme… ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estáis aquí en lugar de en el trabajo?

—Una muy buena pregunta —pinchó Raven mirando a Carrie.

—Carrie, creo que vas a tener que hablar tú primero —comentó Ivy mientras se ganaba la aprobación de Raven.

—¿Esto de que seáis cuñadas va a repercutir siempre en mi contra? —se quejó.

—¡Cuéntalo ya! —la instó Raven—. Solo ha dejado caer alguna cosa mientras te esperábamos. Estoy impaciente por conocer los detalles.

Carrie suspiró sonoramente, las fulminó con la mirada y acto seguido comenzó su relato sobre cómo Derek Rivera la había llamado y se había presentado en su casa con un café.

Aunque Ivy sabía algo de la historia, después de todo le había dado ella misma el teléfono al veterinario, dejó que Carrie contara lo que había sucedido.

Cuando por fin terminó fue el turno de Raven de hablar.

—Lo he buscado en Facebook y he de decir que está impresionante. Ya era guapo de joven, pero ahora…

—Lo sé, lo vi el otro día en persona —presumió Ivy—, yo le di tu número.

—Me lo dijo. Fue muy agradable verle.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—¿Problema? —intervino Raven, que no se había dado cuenta del motivo por el que Carrie las había citado allí—. No hay ningún problema.

—Lo pasé muy bien con él, pero había decidido darme un tiempo de descanso de las citas. No

sé si es el momento de aceptar meterme de nuevo en citas. ¿Y si todo vuelve a terminar en desastre?

—¿Te ha invitado a salir? —preguntó Raven, que no entendía las dudas de su amiga.

Carrie asintió mientras se llevaba una tortita a la boca.

—Las oportunidades hay que aprovecharlas cuando llegan. No te lo pienses mucho —aconsejó Ivy.

—Significa eso que has pensado en darle una oportunidad a Rhys y hacer que vuestro romance sea real.

—No, claro que no. Lo nuestro no es tan fácil.

Raven anticipó la respuesta de Carrie, por lo que le lanzó una mirada de advertencia.

—Sabes, quizás deberías predicar con el ejemplo y darle una oportunidad. Después de todo te has mudado a su casa.

—No me he mudado realmente —confesó y les relató cómo Rhys había pensado que adoptar a un perro era un modo sensacional de conseguir que la gente creyera en su compromiso. De ahí que se toparan con Derek.

—No me digas que crees realmente que lo del perro ha sido para la galería —comentó Carrie.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que con el perro lo único que pretendía era que te comprometieras de verdad con él. Después de cuales han sido tus reacciones es lógico que le dé miedo decirte claramente cómo se siente. El perro es una manera de atarte a él, supongo que le preocupa que vuelvas a hacer la maleta y te marches a Londres.

Ivy miró a Raven, esperando que su otra amiga apoyara o no la teoría de Carrie.

—Creo que tiene razón —secundó la pelirroja—, tiene mucho sentido.

—Ayer me dijo que me quiere.

Ninguna de las dos parecía tener intención de interrumpirla, por lo que Ivy siguió con su relato y les expuso lo que habían hablado la noche anterior, como, por fin, después de tanto tiempo, las cartas se habían puesto sobre la mesa y ella ya sabía a qué atenerse con él.

—¿Qué vas a hacer? No es un secreto que le quieres —apuntó Raven.

—Le quiero, pero necesito estar segura de que él siente lo mismo. De que no va a cambiar de opinión a la primera de cambio.

—Siento ser yo la persona que te diga esto, pero, cariño, normalmente eres tú la que desaparece, no Rhys. —Y que el comentario viniera de Raven y no de Carrie, hizo que Ivy se planteara hasta qué punto había sido culpa suya no haber arreglado antes las cosas con él.

Capítulo 45

Ivy se dio cuenta de que ese día era especial cuando al entrar a la cocina no le llegó el aroma del beicon y los huevos que Rhys siempre devoraba, sino que la recibió un dulce aroma a pastelitos de nueces y pasas.

—¿Has salido a comprar el desayuno? —preguntó tratando parecer avergonzada.

Regresar al apartamento de Rhys después de la conversación con sus amigas fue un poco más difícil de lo esperado. Como siempre, ellas le habían hecho ver la realidad de lo que sucedía y, aunque la mayor parte de Ivy estaba ilusionada y emocionada con los sentimientos de Rhys, otra pequeña parte estaba asustada de que, cuando se despertara del sueño, él hubiera vuelto a largarse de su lado.

Por eso se había pasado el día anterior como si fuera un zombi. Incapaz de mantener una conversación de más de tres frases, completamente perdida en sus pensamientos. Peleando con sus miedos con sentido común y hechos. Hechos como el que se estaba produciendo frente a ella, Rhys había ido hasta su pastelería favorita para traerle el desayuno.

—Sí, me apetecía un poco de azúcar y ya sabes que no suelo tener en casa tentaciones. Bueno, a excepción de ti —dijo bromeando.

Ella sonrió tímida, pero no dijo nada.

Rhys le puso delante una taza de café y un pastelito, y tomó asiento frente a ella para compartir el desayuno. Tenía la esperanza de que ese día estuviera más comunicativa que el anterior. Hablar con ella había sido prácticamente imposible, parecía perdida en sí misma. Tanto que había terminado por llamar a Carrie, completamente asustado por su falta de reacción. La morena se había mostrado más amable de lo habitual con él y le había aconsejado que le diera espacio y tiempo, al parecer Ivy estaba lidiando con una serie de supuestos en los que había creído siempre. No obstante, Rhys no era de los que se quedaban mucho tiempo sin hacer nada. Tenía un plan y estaba deseando llevarlo a cabo.

—Después de desayunar vamos a salir de compras —anunció Rhys—. Hay algo que necesitamos.

—¡De acuerdo! —respondió mordisqueando el pastelito—. ¿Qué vamos a hacer con Bender? No creo que podamos llevarlo con nosotros. Todavía no puede tocar el suelo.

—No vamos a llevárnoslo. George va a venir a cuidarlo.

—¿Mi hermano? ¿De veras?

—Sí. He hablado con él hace un rato.

Ivy trató de sonar despreocupada.

—¿Ha pensado en lo que haremos con Bender cuando tengamos que trabajar?

—Lo llevaremos a la guardería. Dudo que George pueda hacerse cargo de él siempre que lo

necesitemos.

—¿Guardería? —preguntó sorprendida por la respuesta.

—Sí, a mi también me preocupa. Es tan bebé. ¿Crees que se llevará bien con los demás perritos? ¿Y si le muerden?

—Rhys —Ivy trató de no sonar exasperada—. ¿Sabes siquiera si hay guarderías para perros? Porque me parece una idea tan surrealista que no sé si existe algo como eso.

Él se encogió de hombros.

—Debe de haberlas, esto es Nueva York. Aquí hay de todo.

—¿Y si no las hay?

—Entonces contrataremos una canguro, Ivy. Te preocupas demasiado.

Ivy decidió que lo mejor era dejar la conversación como estaba. Ya trataría de abordar el problema más tarde, porque era evidente que tenían que encontrar una solución. El rodaje del spot comenzaba esa misma semana y llevarse a Bender con ellos no era una opción. En primer lugar, porque era poco profesional aparecer con la mascota de uno, y en segundo lugar, y quizás más importante, porque Carrie echaría el grito al cielo si lo hacía. Tal vez Bruce, pensó. Él estaba pendiente de Rhys, así que cabía la posibilidad de que aceptara hacerse cargo de Bender mientras ellos trabajaban.

—Ve a cambiarte. Vamos a estar fuera todo el día, así que abrígate y ponte cómoda.

—¿Qué vamos a comprar?

—¡Ya lo verás!

Ivy estaba en el salón jugando con Bender mientras Rhys se cambiaba cuando llegó George. Su hermano parecía tranquilo, pero Ivy se dio cuenta de que se tocaba demasiado el cabello, señal inequívoca de que le preocupaba algo. Lo llevaba desordenado, lo que indicaba que lo que fuera que le preocupaba venía haciéndolo desde hacía un tiempo. ¿Se habría peleado con Raven?

—¿Qué tal va todo con Raven? —preguntó dispuesta a sacarle la verdad.

—De maravilla. ¿Por qué? ¿Se ha quejado ella por algo?

Definitivamente lo que lo tenía así no tenía nada que ver con Raven, comprendió Ivy. De modo que siguió por otro camino.

—¿No tienes trabajo?

George le mostró la bolsa del portátil.

—Con esto puedo trabajar desde cualquier parte.

—Eres el jefe de redacción. ¿No se supone que tienes que vigilar que tu equipo hace lo que les mandas?

—Creo que has visto demasiadas películas.

—Eso es lo que hacen los jefes. Controlar y dar gritos.

—¡Es posible! Pero tengo la suerte de que mi equipo es sensacional y me permiten ausentarme unas horas sin destrozar nada. ¿Por qué me preguntas tanto? —Así que eso era lo que le preocupaba a George, que le hiciera preguntas sobre el porqué de su ofrecimiento para cuidar de Bender, adivinó Ivy, que conocía a su hermano a la perfección.

Decidió que lo mejor era disimular para no ponerle alerta. Si seguía preguntando en algún momento se pondría nervioso y metería la pata largándolo todo casi sin darse cuenta.

—Es solo que me sorprende que hayas accedido a venir a cuidar del perro. Pero quiero que sepas que te lo agradezco profundamente. Eres un hermano maravilloso —siguió haciéndole la

rosca.

George se encogió de hombros.

—Es por una buena causa.

—¿De veras? ¿Qué causa?

—Que vayas de compras. ¿No te lo ha dicho Rhys? Siempre has disfrutado de ir de tiendas y después de lo mal que lo has pasado con el tema de la prensa he creído que lo mejor era colaborar para que pudieras darte un respiro.

—Buena táctica, George, pero no sabes mentir. —Y añadió con una mirada al estilo Clint Eastwood en Harry el sucio—: Si sigues tocándote el pelo de ese modo vas a quedarte calvo. Dime, ¿por qué estás aquí?

—Para que podamos salir a hacer unas compras, Ivy, ya te lo he dicho durante el desayuno —intervino Rhys, que apareció en ese momento en el salón.

Ella paseó la mirada de uno a otro, tratando de captar alguna señal entre ellos, pero ninguno de los dos hizo el menor gesto.

—¡De acuerdo! ¿Qué vamos a comprar? Si no me lo dices no voy a salir de aquí —anunció muy seria—, no me gusta que me mientan.

—No te he mentido. Necesitamos cosas para Bender.

—Tenemos de todo. Derek nos suministró todo lo que necesita un cachorro.

Rhys negó con la cabeza.

—No es cierto. Nos falta un trasportín para cuando lo llevemos a la guardería, y una placa con su nombre.

—Ya lleva chip.

—Así nos aseguramos. ¿Qué sucede? Pensaba que te apetecería venir, pero si prefieres quedarte…

—Iré —le cortó con rapidez.

Por suerte, ella no vio la mirada de preocupación que George le lanzó a su amigo cuando este le ofreció quedarse en casa. ¿Estaba loco? Ivy era capaz de decir que sí solo para fastidiarle lo que fuera que creyera que estaban tramando.

Todo era cierto, pensó Ivy mientras Rhys conducía de regreso a casa. Habían ido hasta una tienda exclusiva para mascotas para comprar el trasportín, y de ahí habían ido a una joyería canina donde habían escogido un collar para Bender.

Entre unas cosas y otras se había hecho la hora de comer, por lo que se habían detenido en una hamburguesería, que por muy famosa que fuera no dejaba de serlo, e Ivy se preguntó si el interés de Rhys se había esfumado.

Después de todo podría haber aprovechado la oportunidad para tratar de impresionarla con un local original, como había hecho aquella vez en el cine. No obstante, en esa ocasión no lo había considerado necesario y había optado por una hamburguesería de la calle cincuenta y seis. La comida estaba rica, pero era común.

Iba perdida en sus propios pensamientos, por lo que no se dio cuenta hasta que llegaron de que Rhys la había conducido hasta Jersey.

Se incorporó un poco en el asiento y miró por la ventanilla. Rhys estaba entrando en su antigua calle. La misma en la que seguían viviendo los padres de ambos.

—¿Hemos venido de visita? —preguntó confundida. —Creía que habías dicho que íbamos de

compras.

—Y lo hemos hecho, es solo que no te conté esta parte.

El vehículo se detuvo frente a la casa de sus padres y él estacionó. Paró el motor y bajó.

—Coge la bufanda que hay en el asiento de atrás. Hace frío.

Ivy hizo lo que le pedía y se apeó mientras se enrollaba el cuello con ella.

—¡Vamos! —dijo, cogiéndola de la mano.

Se sacó un juego de llaves del bolsillo y abrió la verja.

—¿Por qué tienes llaves de casa de mis padres? ¿Qué hacemos aquí? ¿Vamos a verlos a ellos? ¿Nos están esperando?

Rhys entró y esperó a que ella hiciera lo propio para volver a cerrar tras ellos. Cuando sus padres estaban en casa, la verja estaba siempre abierta, lo que debería haberle dado a Ivy una pista de lo que sucedía. El problema era que estaba tan desconcertada que no acertaba a pensar con claridad.

—Las llaves me las ha dado tu hermano, y tus padres han salido a cenar. Una limusina ha pasado a recogerles hace media hora para llevarlos al Red Raven donde los espera una cena a la luz de las velas, cortesía de la casa.

—¿Has hecho tú eso? —Él asintió—. ¿Por qué?

—Necesitaba venir aquí y disponer de intimidad.

No explicó nada más. La cogió de la mano y la llevó bordeando la casa hasta el jardín posterior. No se detuvo hasta llegar al banco.

—Siéntate, por favor. —El banco de la abuela Elisabeth estaba como siempre, quizás un poco mojado por la humedad y el frío, pero igual.

El corazón de Ivy latía desbocado en el pecho. Rhys, por su parte, parecía tranquilo, pero dado lo buen actor que era, ella no sabía si era porque lo estaba realmente o porque lo fingía.

Tomó asiento y él hizo lo propio frente a ella.

—Como aquí fue donde empezó todo me ha parecido perfecto para que sea aquí donde termine.

Definitivamente, pensó Ivy, el corazón se le iba a salir del pecho.

Rhys metió la mano en su abrigo y sacó una cajita azul del bolsillo interior. A pesar del frío de estar al aire libre, ella no sentía más que calor, un fuego intenso que le subía del pecho y calentaba sus extremidades.

—Rhys… —empezó, pero se calló al darse cuenta de que no sabía qué decir a continuación.

—Ivy, cásate conmigo.

Ella parpadeó sorprendida y emocionada.

—¿Esto es de verdad? —atinó a preguntar.

Él soltó una carcajada entre divertida y frustrada.

—¿De veras crees que me habría tomado tantas molestias para una declaración falsa?

Ella negó rápidamente con la cabeza y él aprovechó para abrir la cajita y mostrarle el diamante. Era de unos dos quilates, en un clásico corte de pera y rodeado de pequeños brillantes.

—¿Desde cuando lo tienes?

—¿Me creerías si te dijera que lo compré al día siguiente de saber que vivías en mi edificio?

Ivy asintió, sorprendida por su respuesta y por lo que significaba.

—Es precioso —dijo ella, admirando la pieza. Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, de lo que significaban sus palabras, cambió su atención del diamante a Rhys—, ¿me puedes dar tiempo para que me lo piense? Es todo muy precipitado. Ni siquiera hemos comenzado a salir.

—Para mí no es precipitado, Ivy. Sé perfectamente qué tú eres con quien quiero pasar el resto de mi vida. Lo he sabido siempre.

—Rhys… Por favor.

Él se presionó las sienes unos segundos antes de mirarla con los ojos cargados de emoción.

—De acuerdo, pero hazme un favor.

Ella asintió y él sacó el anillo del estuche y se lo puso.

—Quiero que lo lleves y que pienses en lo maravilloso que sería estar casada conmigo. —Trató de sonreír—, nadie se sorprenderá porque lo luzcas, todo el mundo cree que nuestro compromiso es real, y yo necesito verte con él puesto. Creer que existe alguna posibilidad de que digas que sí.

—Rhys…

—¿Puedes hacerlo por mí?

Ivy asintió y se inclinó para abrazarlo.

—Gracias por entenderme —susurró, emocionada.

—No te entiendo, Ivy, esto es porque te quiero, no porque te entienda. Eso no sé si puedo hacerlo.

Su respuesta la emocionó y se apretó más a él, como si pretendiera desaparecer entre sus brazos.

Capítulo 46

Dado que su relación era de conocimiento público y vivían, al menos temporalmente, en la misma casa, Rhys e Ivy se presentaron juntos en el estudio de rodaje del spot. Cuando llegaron Bruce y Carrie ya estaban allí y, para sorpresa de todos, parecía que se estaban llevando bien. Bruce incluso le llevó un café y Carrie se lo agradeció con una sonrisa que parecía auténtica.

Con el papel aprendido, gracias a la ayuda de Rhys, acompañó a Lucy hasta el camerino que le había sido asignado, pero por el camino se topó con un sonriente Asher que se acercó hasta ella y la abrazó.

—Ivy, me alegro mucho de verte. —Lo saludó sin dejar de sonreír—. Estás fabulosa.

—¡Gracias! Yo también me alegro.

Ivy se dio cuenta de que Asher miró más allá de su cabeza y su expresión se tornó sería.

—Te dejo para que te prepares —dijo a toda prisa y se marchó.

Ivy se dio la vuelta para buscar lo que le había aturdido, pero no vio nada más que a Bruce y a Rhys hablando en cuchicheos. Les ofreció una sonrisa a modo de saludo, pero solo Bruce se la devolvió.

Desconcertada, siguió a Lucy y continuó pensando en ello mientras la maquillaban y la peinaban para las grabaciones.

El anuncio comenzaba con ellos tres vestidos como si se encontraran en los años veinte, en un espacio en blanco y negro, como emulando al cine mudo de la época. En ese fragmento no había diálogos, solo el sonido de la música que provenía del violín que Ivy sostenía y que fingía tocar. Incluso sus movimientos se iban a retocar digitalmente para que se parecieran a los del cine mudo.

Tras ser cortejada por el galán de cine y el pobre escritor, la violinista le prometía su amor a este último.

Inmediatamente después, la escena y los personajes cambiaban, dando paso a un estilo propio del cine de los años cincuenta. El atractivo galán volvía a interesarse por la dama, en este caso una actriz de musical, pero de nuevo era el escritor quien se ganaba el corazón de la dama.

El último fragmento se correspondía con la actualidad. Una atractiva cantante que escribía una canción ayudada por el escritor mientras el actor trataba de atraer su atención con regalos y lisonjas. Tras varios momentos de tensión entre los tres protagonistas, esta terminaba decidiéndose, de nuevo, por el escritor.

Ese día no se grabó una sola escena. Se limitaron a ensayar y a aceptar las propuestas y recomendaciones que el director tenía en mente.

Asher se mostró especialmente amable, nada que ver son su reacción tras saludarla, cuando posteriormente se había ido de un modo tan abrupto. El que estaba distante y excesivamente serio era Rhys, pero Ivy lo achacó a su profesionalidad, quizás ese era su modo de distanciarse y de meterse en el papel. Cada actor tenía su propio método.

—¿Qué le pasa a Rhys? —preguntó Carrie en uno de los descansos.

—Está concentrado.

La morena arrugó el ceño.

—No creo que sea eso, Bruce no para de lanzarte miraditas de odio y creo que es por culpa de Rhys.

Ivy le restó importancia.

—Bruce siempre me maldice con la mirada. Es cosa mía, no tiene nada que ver con Rhys.

—Si tú lo dices.

Durante la parada para comer, Asher se sentó junto a ella, lo que la hizo sentir un poco incómoda. Aunque fuera un compromiso falso, era lo que todo el mundo creía, por lo que estaba segura de que verla comer con Asher debía de resultarle extraño a la gente del rodaje. El escritor estaba siendo tan amable como siempre, el problema era que Rhys no lo estaba siendo en absoluto y el contraste entre ambos era evidente. Incluso tomó asiento lo más alejado posible de ellos.

—Rhys —lo llamó ella señalando el asiento vacío de su derecha—, ¡ven!

Él negó con la cabeza.

—Tengo asuntos que tratar con Bruce —dijo en un tono seco que hizo que varios técnicos volvieran la cabeza para mirarlos.

—¿Qué le sucede? —musitó para sí misma.

—Creo que está celoso —musitó Asher, de quien ella ni se acordaba.

—¡Oh! ¿Por qué?

—Porque estoy cerca de ti.

Ivy apartó la mirada de Rhys y la clavó en él.

Asher sonrió y se agachó hasta quedar a su altura, después se acercó todo lo que pudo, sin llegar a tocarla y susurró:

—Me ha parecido buena idea provocarle para que te diga de una vez por todas lo que siente por ti. Es evidente que te quiere.

Ella se apartó con las mejillas encendidas.

—En realidad… ya me lo ha dicho. He sido yo…

Él la miró con una expresión de incredulidad.

—No puedo creerme que lo hayas rechazado. Me dijiste que estabas enamorada de él.

—No le he rechazado. Le he pedido que me dejara pensarlo.

—¿Por qué?

Ivy sonrió antes de responder.

—¿Tienes tiempo?

Asher también sonrió al recordar otra ocasión en la que le había dicho esas mismas palabras.

—Para ti, el que necesites.

Rhys no había dicho nada durante todo el trayecto, pero era evidente que estaba molesto por algo, tanto que incluso la música que habían estado escuchando en el coche era un estilo que Ivy

jamás le había visto poner.

Show me a piece of your heart, a piece of your love
I'm calling you up to getting down, down, down
The way that we touch is never enough
I'm turning you up to getting down, down
Show me a piece of your heart, a piece of your love[3]

Sabía que le gustaba la música femenina, pero Janis Joplin tenía poco que ver con Adele o con ella misma.

Aun así, no se atrevió a preguntar, como tampoco lo hizo cuando no pasó por la clínica de Derek, quien se había ofrecido para hacerse cargo de Bender mientras grababan.

—¿Quieres que hoy me quede esta noche en mi apartamento? Después de todo, Bender no está aquí.

Él se giró como si tuviera un resorte y la fulminó con la mirada.

—Voy a hacerte el favor de fingir que no te he escuchado. Por el bien de los dos.

—¿Estás enfadado por algo?

Rhys no dijo nada, las puertas del ascensor se abrieron y salió decidido a entrar en su apartamento antes de estallar en medio del pasillo.

Ivy le siguió desconcertada. En todos los años que le conocía nunca le había visto tan molesto por algo. El problema era que desconocía qué era lo que le había puesto así.

—¿Rhys? —preguntó entrando tras él.

El aludido se dio la vuelta y se masajeó las sienes tratando de calmarse. No podía obligarla a quererle, se dijo, como tampoco podía obligarla a que le aceptara.

La miró y toda su ira se congeló. Lo invadió una profunda tristeza.

—No entiendo cómo puedes ser tan afectuosa con él estando yo delante —dijo por fin.

—¿Afectuosa? No he sido afectuosa con él, solo he sido amable. Es un amigo, Rhys.

—¿Un amigo? ¿Un amigo como yo, Ivy?

Ella negó con la cabeza.

—No, no hay nadie como tú para mí.

Su respuesta le dejó temblando.

—¿Qué significa eso?

—Lo que he dicho. No hay nadie que signifique lo que tú significas para mí.

—Ivy, voy a besarte y a hacerte el amor ahora mismo. Si todavía no estás preparada para eso creo que el que te quedes en tu apartamento no va a ser una idea tan descabellada.

—No voy a irme a ningún lado.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Con palabras, Ivy, dímelo con palabras.

—Estoy segura. Completamente segura.

Rhys no esperó más, la cogió en brazos y caminó con ella hasta el dormitorio. Donde la dejó con suma suavidad sobre la cama. No obstante, su beso no fue tan tierno, sino que la abrasó con él haciendo que cada terminación nerviosa de su piel se incendiara y se acelerara a la espera de sus caricias.

Ansioso por saborearla, separó sus bocas y metió el dedo por debajo de la blusa, enganchó un

tirante del sujetador y tiró hacia abajo desnudando un pecho. Se inclinó e hincó los dientes en un punto justo por encima del pezón. Ella soltó un gritito de sorpresa y Rhys chupó con fuerza el punto que acababa de morder para después tratar de calmarlo con su lengua.

Empezó a besarla otra vez. Agradeció que llevara falda porque así le resultaba más fácil devorarla. Le quitó las braguitas y la penetró con un dedo. Ivy gimió. Después bajó la cabeza y la devoró. La llevó conmocionada hasta el orgasmo.

Pero no estaba satisfecho todavía sin esperar a que se recuperara, la penetró midiendo los tiempos, torturándola, un centímetro primero, salía de nuevo y volvía a intentarlo con dos centímetros esta vez, de nuevo fuera…

—¡Rhys! —gritó Ivy—, hazlo de una vez.

Él sonrió sobre la piel de su garganta.

—No quiero. Voy a tomármelo con mucha calma. Quiero disfrutar del momento.

—Disfrutarías mucho más si lo hicieras de una vez.

—No lo creo, cariño.

Ivy volvió a apoyar la cabeza sobre la cama. Estaba claro que había decidido vengarse por lo de esa tarde, y también que tenía previsto hacerlo usando el sexo… Sus pensamientos se esfumaron cuando la embistió por completo para volver a salir de ella un instante después… La operación volvió a repetirse e Ivy tuvo un último pensamiento lúcido antes de perderse de nuevo en las sensaciones, pensó que si siempre iba a vengarse de ese modo iba a tener que ponerle celoso muchas, muchas veces.

---

[3] Janis Joplin, *Piece of my Heart.*

Capítulo 47

Cuando Ivy se despertó al día siguiente tras su maravillosa noche de amor con Rhys, entró en pánico. Al abrir los ojos se topó con que la cama estaba vacía y con el recuerdo de que le había dicho te quiero en algún momento mientras hacían el amor, lo que la había dejado completamente expuesta ante él.

Justo las dos cosas que más temía y las que la habían llevado a darle tantas vueltas a sus propios sentimientos. Agudizó el oído para ver si escuchaba movimiento que le anunciara que Rhys seguía en el apartamento, pero no se escuchaba más que el silencio. Se quedó allí tumbada unos minutos, debatiéndose entre levantarse y comprobar lo que tanto temía o quedarse allí, en la cama de Rhys, que olía como él, y esperar a que esta vez no la hubiera dejado sin una palabra.

Finalmente se armó de valor y se levantó. Rhys no estaba en la cocina ni el en estudio, tampoco estaba en el salón ni en el cuarto de baño. Lo llamó casi a gritos, desesperada.

Antes de que pudiera controlarse, las lágrimas se derramaron en sus ojos.

No podía ser, se dijo, se estaba precipitando, Rhys no iba a dejarla de nuevo. Él la quería, se lo había dicho y tenía que confiar en que fuera verdad.

Completamente confundida y aterrada se dejó caer en el suelo y se quedó allí mientras su mente se debatía entre lo que veía y lo que su corazón le decía.

Tras quince minutos allí sentada sin poder contener las lágrimas se levantó y volvió a meterse en la cama. Estaba en medio de una pesadilla, se dijo, en cuanto consiguiera volver a dormir, se despertaría y comprobaría que todo era una pesadilla. Rhys seguiría durmiendo a su lado y todo volvería a ser como antes.

Estaba tan aturdida que se quedó dormida por agotamiento.

Se despertó con dolor de cabeza cuando la sobresaltó el sonido de pasos y los ladridos de Bender por el pasillo. Sin saber si estaba dormida o soñaba, se quedó inmóvil en la cama y cerró los ojos.

¿Qué parte del sueño era la real? ¿La parte en la que estaba sola o aquella en la que podía escuchar a Bender y a Rhys?

Cuando se abrió la puerta escuchó a Bender quejarse porque no llegaba a subir a la cama y a Rhys trasteando con algo y riendo quedamente por los intentos desesperados del animal, pero siguió sin moverse, fingiéndose dormida.

Sintió los lametazos fríos del cachorro y a punto estuvo de echarse a llorar de alivio.

—Buenos días, cariño —la saludó Rhys mientras le daba un beso en la frente, la única parte de su cara que Bender no había chupado—, el desayuno está listo.

Ivy se dio la vuelta para mirarle directamente.

¿Era cierto que estaba allí o había comenzado a delirar? Alzó la mano y le acarició la áspera

mejilla por la incipiente barba. La sensación era tan real que si finalmente solo resultaba ser un sueño significaría que había perdido la cabeza.

—Buenos días —volvió a decir al ver que ella no respondía—. ¿No has dormido bien? —preguntó preocupado al darse cuenta de su aspecto—, tienes los ojos rojos.

—Estoy bien —contestó ella, todavía conmocionada porque hubiera aparecido. Porque estuviera allí de verdad.

—Cómetelo todo y prepárate —dijo poniendo frente a ella una bandeja con café y tostadas—. Tenemos rodaje dentro de dos horas, pero antes hay que dejar a este pequeñín con Carrie.

—¿Cuándo has ido a recogerle?

—Me he despertado bastante pronto, así que he salido a correr y he aprovechado para recogerlo. Tenía previsto que pasara un rato con nosotros y después volver a llevarlo con Derek, pero Carrie ha llamado y se ha ofrecido para cuidarlo.

—¿Que Carrie ha hecho qué?

Ivy ya no estaba segura de qué era más alucinante, que Rhys estuviera de verdad a su lado o que Carrie fuera a responsabilizarse de su perro.

—Lo sé. He pensado lo mismo. —Y añadió como si fuera un secreto—: Creo que quiere ganar puntos con Derek.

—Es posible.

—¡Venga! Es hora de que comas algo —apuntó él.

Pero Ivy no le hizo ni caso a la bandeja, sino que la apartó poniéndola a un lado y se lanzó a sus brazos para abrazarle con todas sus fuerzas.

—Te quiero, Rhys.

Él la abrazó más fuerte.

—Y yo a ti.

—Me casaré contigo —anunció—. Cuando quieras. De veras lo haré.

Él la retiró con cuidado de sus brazos para mirarla a los ojos. Una sonrisa ocupaba toda su cara, nunca se había sentido tan feliz. Le dio un fugaz beso en los labios.

—Si hubiera sabido que solo necesitabas sexo para aceptarme lo habríamos hecho mucho antes. Dios sabe que ganas no me faltaban —dijo bromeando.

Ella parpadeó con los ojos empañados por lágrimas no derramadas.

—No ha sido el sexo. Te has quedado.

—¿Qué?

—Me he despertado, pero no estabas. —Hizo una pausa para tratar de retener un sollozo—. Creía que te habías marchado otra vez.

—Ivy, cariño…

Le dio un beso en la coronilla y la abrazó con fuerza.

—Creía que te habías marchado —repitió—. Cuando me he despertado no estabas… te he buscado por todas partes.

—Ivy, cariño mío, no llores. He ido a recoger a Bender para que estuviéramos los tres juntos, como una familia.

Ella asintió sobre su hombro.

La apartó con cuidado para mirarla a los ojos y que ella le mirara a él.

—Vamos a casarnos ya, Ivy. ¡Cuánto antes! ¿De acuerdo? No pienso dejarte nunca más. Te lo prometo.

Ella volvió a colgarse de su cuello, pero fue para besarle.

Epílogo

Nueva York
Invierno de 2019

—Rhys, esto es una completa locura, si viene alguien…

Se habían escapado de la recepción de bodas y Rhys la había llevado, con los ojos vendados, hasta su edificio. Después la había subido al ascensor y no había parado hasta que este se detuvo en la última planta. Con ella de la mano había cruzado el gimnasio, mortalmente desierto a esas horas, y la había hecho detenerse junto a la piscina.

Las luces se habían atenuado para la ocasión, por lo que la sala apenas estaba iluminada por la luz de las estrellas que entraba por los enormes ventanales.

Al quitarle la venda, Ivy había parpadeado maravillada por lo que veía. Después habían aparecido las dudas…

—No te preocupes por eso, he bloqueado el ascensor —la cortó Rhys, impaciente por ponerse manos a la obra.

—¿Cómo?

—He dicho que no te preocupes. Tengo un cómplice que me ha estado ayudando.

Ivy rio histérica.

—Dime que no le has dicho a Albert lo que vamos a hacer aquí.

—¿Por quién me tomas? —preguntó fingiéndose indignado, aunque inmediatamente cambió su expresión por una compungida—, Albert ya lo sabía. No tuve que decir nada.

—¡Rhys! —se quejó Ivy.

—Cariño, no pienses en eso y quítate la ropa, por favor.

Ivy rio nerviosa y asintió con la cabeza.

—Necesito ayuda. No es fácil quitarse un vestido de novia sin ayuda.

—Creí que no me lo pedirías nunca —musitó él y se acercó hasta ella al tiempo que dejaba caer su chaqueta y se deshacía de sus zapatos.

Ivy le dio la espalda y Rhys gimió de frustración. El vestido era precioso e Ivy estaba guapísima con él, pero tenía sus inconvenientes, llevaba una hilera de diminutos botones que iban desde el cuello hasta el coxis, por lo que iba a tardar una eternidad en desabrocharlos.

—Cariño, ¿cuánto afecto le tienes al vestido? —preguntó rezando para que ella dijera lo que él quería escuchar y pudiera arrancarlos sin miramientos.

—Ni se te ocurra, Rhys. Si tenemos una hija espero que pueda usarlo en su boda.

Él suspiró molesto y comenzó con la ardua tarea de desnudarla. No obstante, con cada botón se topaba con un pedazo de piel suave y tersa, y lo que inicialmente parecía una tortura se tornó

en una situación sexy y muy sensual. Decidido a no perder el tiempo fue besando y lamiendo cada porción de piel desnuda que sus manos dejaban al descubierto. Cuando el vestido terminó siendo un charco de seda blanca y satén a sus pies, la imagen de Ivy en ropa interior con medias y ligas lo dejó sin aliento. Del mismo color que el vestido parecía un ángel travieso que estuviera allí para tentarlo e impedir que cumpliera con su cometido.

—Ahora creo que no quiero que te desnudes —comentó Rhys—, me gusta lo que llevas puesto.

Ella rio, encantada con su expresión maravillada.

—¿De verdad esperas que me meta en la piscina con las ligas y las medias puestas?

—Sí.

Ivy le miró con el ceño fruncido.

—¡No! —cambió de opinión—, pero prométeme que te las vas a poner otro día. Cuando estemos en casa y pueda disfrutar bien de las vistas.

—Te lo prometo.

Él asintió e hizo un gesto con la mano.

—Procede, por favor —pidió con la voz ronca.

—¿Estás seguro de que no quieres quitármelo tú? Me gusta cuando me desnudas —dijo en un tono sensual.

Rhys estaba tan excitado que no podía hablar. Ver a su mujer de esa guisa estaba causando estragos en su autocontrol, pero tenía que hacerlo, se dijo. Lo que pretendía era cumplir el deseo de Ivy de nadar con las estrellas. No obstante, no tenía ninguna intención de ponerle trabas a lo que viniera después… Era una noche para cumplir deseos y él estaba decidido a cumplir también el suyo.

—Sí, prefiero mirar.

Ella le sonrió coqueta, y paso sus dedos por el muslo, al tiempo que buscaba las cintas que ataban las medias a las ligas. Cuando pudo desatarlas se las bajó muy lentamente, sin dejar de mirar a su marido, que no se perdía detalle.

Cuando ya no le quedó nada más que las braguitas, se lo puso más difícil a Rhys, que respiraba por puro instinto de supervivencia.

—Quítatelo todo, por favor.

Ella sonrió, era evidente que estaba disfrutando, viéndole en ese estado, pensó Rhys, pero iba a vengarse. La iba a torturar en cuanto tuviera la oportunidad de ponerle las manos encima.

Obediente, Ivy hizo lo que le pedía y se quedó completamente desnuda frente a él.

—¿Tú no tienes previsto meterte en el agua? —preguntó con una mirada que le recorrió de arriba abajo.

Él la miró confundido hasta que ella señaló su ropa.

Tardó diez segundos en quitársela, y solo dos en lanzarse al agua, a la espera de que ella hiciera lo mismo. Estaba comenzando a impacientarse cuando Ivy se zambulló en el agua y se acercó a él.

—Debe de habérseme corrido todo el maquillaje —bromeó.

—Estás preciosa. Hablé con Karen para que te pusiera el más resistente que tuviera.

Ivy rio.

—¿De veras hablaste con mi maquilladora?

—No, pero podría haberlo hecho porque estás preciosa —insistió.

Se acercó a él y le dio un beso largo y sensual, pero Rhys se apartó como si quemara.

—¡No! Primero haz unos largos.

Ella le miró confundida.

—¿Por qué? No me apetece nadar ahora.

Él asintió con los ojos cerrados. El agua era demasiado clara, se quejó mentalmente, podía ver el precioso cuerpo de su esposa se pusiera donde se pusiera.

—Tienes que hacerlo para cumplir tu deseo, solo cuando lo hagas puedo empezar a cumplir el mío.

—Rhys, ¿qué deseo? No comprendo de qué hablas.

—Querías bañarte desnuda en las estrellas…

—Sí, lo recuerdo. Te preguntaba sobre tu deseo, ¿cuál es? El mío ya se ha cumplido.

Él la observó maravillado con que por fin fuera su esposa.

—Hacerle el amor a mi mujer y llevarla a las estrellas.

Ivy rio y se acercó más a él. Le envolvió las piernas alrededor de la cintura y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Y se puede saber a qué estás esperando?

Nota de la autora

Cuando un escritor termina una novela hay muchas personas que han contribuido a ella, a veces sin que estas siquiera lo sepan. Es por ello que quiero agradecer a esas personas su granito de arena en esta historia.

En primer lugar, quiero dar las gracias a Elisa, de HarperCollins, por la paciencia infinita que tiene y esa tranquilidad que resulta contagiosa. Sin ella este libro no estaría ahora en tus manos (estoy segura de que se habría retrasado un poco).

Mi siguiente agradecimiento es para los lectores, sin los que ni este libro ni ningún otro tendría sentido. Gracias a los que me seguís desde el inicio, a los que me acabáis de conocer, o los que me conoceréis gracias a este libro.

Gracias a mi hija Aitana por entender mis momentos de aislamiento y animarme siempre.

Gracias a mi familia por la misma razón.

A mis amigas escritoras porque hablar con ellas sobre libros, o sobre cualquier cosa relacionada con ellos, siempre es un placer, y consiguen que mis ganas de teclear se multipliquen.

Gracias a los amigos de las redes sociales por el cariño que me dan cada día.

Gracias a los músicos, en esta ocasión la mayoría han sido mujeres, que han formado parte de la banda sonora de esta novela, y la banda sonora de su creación. Si la vida siempre es más bonita con música, imaginaos, pues, una historia.

Y por supuesto, un gracias infinito a todos los que ya no están, pero que todavía siguen ahí, atrincherados en mi corazón.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com